



Gonzalo Seid
[editor]

Sociabilidad y desigualdades

Vislumbrar el presente desde
micromundos cotidianos en Buenos Aires



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | **GINO**
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



SOCIABILIDAD Y DESIGUALDADES

**VISLUMBRAR EL PRESENTE
DESDE MICROMUNDOS COTIDIANOS
EN BUENOS AIRES**

Sociabilidad y desigualdades : vislumbrar el presente desde micromundos cotidianos en Buenos Aires / Gonzalo Seid ... [et al.] ; Compilación de Gonzalo Seid. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA, 2025.
Libro digital, PDF - (IIGG-CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-29-2076-4

1. Sociedad. 2. Desigualdad Social. 3. Ambiente Urbano. I. Seid, Gonzalo
II. Seid, Gonzalo, comp.
CDD 300

Otros descriptores asignados:

Vida cotidiana / Relaciones de poder / Interacción social / Clases sociales / Sociología / Argentina / América Latina

Esta publicación ha sido sometida al proceso de referato bajo el método de doble ciego.

SOCIABILIDAD Y DESIGUALDADES

VISLUMBRAR EL PRESENTE DESDE MICROMUNDOS COTIDIANOS EN BUENOS AIRES

Gonzalo Seid
[editor]

Gonzalo Seid
Eliana Maiolino
Magdalena Felice
Juan Bautista Ballestrin
Antonella Santin
Serena Santos
Marcela López Aversa
Facundo Rosano
Santiago Rodríguez Durán
Eva Lorena Stilman



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

IIGG | **GINO**
GERMANI

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES





INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | GINO GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Martin Unzué - Director

Ignacio Mancini - Coordinador del Centro de Documentación e Información

Lucía Ariza, Pablo Barbeta, Alejandro Bialakowsky, Alejandro Kaufman, Eugenia Mattei, Susana Murillo, Flabián Nievas, Luciano Nosetto, Natalia Romé, Senda Sferco y Facundo Solanas - Comité Editor

Nicolás Varela - Coordinación técnica

Eduardo Rosende - Corrección, edición y diseño de portada

Gonzalo Seid - Imagen de portada [con la herramienta ChatGPT, de OpenAI]

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Pte. J.E. Uriburu 950, 6º piso | C1114AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina | www.iigg.sociales.uba.ar



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo

Gloria Amézquita - Directora Académica

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Producción Editorial

Valeria Carrizo y Dario García - Biblioteca Virtual



Librería

Latinoamericana
y Caribeña de
Ciencias Sociales

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Sociabilidad y desigualdades: vislumbrar el presente desde micromundos cotidianos en Buenos Aires

(Buenos Aires: CLACSO, diciembre de 2025).

ISBN 978-950-29-2076-4



© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | [<clacso@clacsoinst.edu.ar>](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar) | [<www.clacso.org>](http://www.clacso.org)

ÍNDICE

Introducción: sociabilidad y desigualdades <i>Gonzalo Seid</i>	9
Sociabilidad: algunas definiciones, antecedentes y reflexiones <i>Gonzalo Seid y Eliana Maiolino</i>	19
Lazos, afectos y deseos juveniles en torno al hogar propio <i>Magdalena Felice</i>	41
La acción recíproca instrumental del capitalismo de plataformas <i>Juan Bautista Ballestrin</i>	59
Vínculos comunitarios en un mercado asociativo frutihortícola <i>Antonella A. Santin</i>	77
Intermediarios y articulaciones en la gestión de un programa de apoyo escolar <i>Serena Santos</i>	99
Micropolíticas entre mujeres que aprenden danza del vientre <i>Marcela López Aversa</i>	119
Mandatos de superación personal en la musculación de los muchachos <i>Facundo Rosano</i>	139
Injurias y solidaridades desde un club de lectura queer <i>Santiago Rodríguez Durán</i>	159
La fotografía en la investigación sociológica de la vida cotidiana <i>Eva Lorena Stilman</i>	181
Sobre los autores	203

Gonzalo Seid

INTRODUCCIÓN: SOCIABILIDAD Y DESIGUALDADES

La vida social, para ser conocida, necesita ser narrada y pensada. De lo contrario, historias, costumbres y significados de situaciones sociales no llegan a tomar forma objetivada y perdurable. Son múltiples las maneras para documentar realidades sociales cotidianas. En formato escrito, por ejemplo, la literatura de no ficción y la crónica periodística son algunas de las formas de narrar lo que ocurre en determinados momentos y lugares. Las etnografías y los análisis sociológicos basados en observaciones, entrevistas y documentos, por su parte, ofrecen productos más analíticos, cuya lectura es a veces más ardua, pero apoyados en información sistemática y con interpretaciones basadas en teorías de las ciencias sociales. Este libro se inscribe en esta tradición, de investigación social cualitativa, aportando perspectivas sobre un conjunto de ámbitos de sociabilidad seleccionados.

La descripción sociológica o etnográfica es lenta, de largo plazo, madurada. A veces los temas llegan con demora a la investigación social, pero con una perspectiva enriquecida por la reflexión y la teoría. Comprender rasgos sociales de una época es siempre una tarea casi inagotable. Si esa época es el presente, la falta de distancia temporal y la abundancia de informaciones dispares complejizan la construcción de una perspectiva de conjunto, lo que Charles Wright Mills (1961) denominó “recapitulaciones lúcidas” que conecten estructura social, biografías e historia.

Los aspectos “serios y racionales” de la vida han sido los temas preferidos de la sociología por bastante tiempo. En ellos se expresa un potencial clásico de la disciplina, al mirar la estructura social, lo subyacente y permanente, más allá de lo circunstancial o superficial.

Pero hace rato también se ha advertido que en lo trivial se condensan rasgos significativos de lo social y de las sociedades contemporáneas en particular. Maneras de relacionarse o detalles cotidianos hablan tanto del orden social como puede hacerlo, por ejemplo, la información demográfica o del mercado laboral.

Este libro es una compilación de investigaciones diferentes, pero con un punto en común: cruces entre sociabilidad y desigualdades. Miran la desigualdad y el poder en la vida cotidiana de Buenos Aires. Mediante etnografías y entrevistas, cada autor se adentró en un ámbito de sociabilidad y en algunas dimensiones conceptuales relativas a los vínculos contemporáneos.

¿Por qué sociabilidad y desigualdades? La búsqueda es comprender algo de las relaciones sociales de la época, a través de distintas ventanas. Fragmentos de realidad social a los que interrogamos desde una mirada en las relaciones microsociales y sus nexos con las asimetrías de la estructura social. Mirar lo microsocial permite analizar la producción permanente de lo social y las maneras en que se procesan en la vida cotidiana los condicionamientos estructurales. Situaciones ordinarias, en el hogar, en el trabajo o en lugares de ocio, entre semejantes, en las que no siempre hay conflictos manifiestos, también algo nos dicen sobre cómo se reproducen y naturalizan las desigualdades.

Entendemos las desigualdades en sentido amplio, como asimetrías de riqueza, poder o prestigio entre categorías de personas o entre comunidades. De las dimensiones posibles de las desigualdades sociales, clase social, etnia/raza y género constituyen ejes principales para analizar sociológicamente. Algunos mecanismos para explicar cómo las desigualdades se generan y mantienen son la explotación, el acaparamiento de oportunidades y la violencia simbólica (Bourdieu, 2001; Tilly, 2000). Aunque las desigualdades sociales se desarrollan en amplias escalas temporales y espaciales, no es irrelevante comprender cómo se manifiestan, producen y subvierten en interacciones cotidianas, en redes de sociabilidad y en espacios íntimos de la vida social.

Un supuesto que subyace a este libro es que asistimos a una gran transformación de los vínculos sociales. Conjeturamos que un nuevo régimen de sociabilidad puede vislumbrarse entre los rasgos que distintos autores y teorías (Castel *et al.*, 2013; Han, 2022; Hochschild, 2008; Le Breton, 2018; Rosa, 2016) identifican en las sociedades contemporáneas: individuación, mercantilización, digitalización, aceleración, centralidad del cuerpo. Varios libros sociológicos de autores contemporáneos sugieren caracterizaciones en direcciones afines para pensar rasgos del presente: capitalismo emocional (Illouz, 2007), era del individuo tirano (Sadin, 2022), sociedad del rendimiento y del cansan-

cio (Han, 2012), época de pasiones tristes (Dubet, 2022), *happycracia* (Cabanas e Illouz, 2019), sociedad de la seducción (Lipovetsky, 2020).

Individuación y mercantilización no son fenómenos del todo nuevos. Ya los clásicos de la sociología señalaban estas tendencias de la modernidad y del capitalismo. Quizá lo novedoso es que continuaron su curso sin cesar, en escalas cada vez mayores en profundidad y en extensión a todas las dimensiones de la vida. El hedonismo a través del consumo es un valor anhelado y legitimado, que se busca realizar en experiencias de disfrute variadas. La realización individual es un mandato social más intenso que antes, se extiende también a los sectores populares y tiene un nuevo soporte en el mundo digital, donde se pueden encontrar canales para orientar proyectos personales y espacios para construir, exhibir y modelar la individualidad ante un público expandido más allá del círculo habitual de conocidos.

La mercantilización de todos los aspectos de la vida alcanzó a las propias personas, exhortadas como nunca a valorizarse, a “venderse”, y a las relaciones interpersonales, que se mercantilizan de múltiples maneras: por la instrumentalización de vínculos, porque lo que une es el consumo o porque los vínculos son absorbidos por mediaciones digitales que les imponen su lógica. Los cambios aparentemente más triviales en costumbres, como que los cumpleaños se festejen en algún bar donde cada uno paga su cuenta, reflejan la profundidad del enraizamiento de la individualización y la mercantilización.

La digitalización de los vínculos mediante aplicaciones de mensajería y redes sociales no es ya una capa que el mundo *online* le agrega a la sociabilidad, sino que la configura y constriñe. La sociabilidad contemporánea se rige, en parte, por una gramática de videojuegos. Las posibilidades del juego de la interacción han cambiado: conexiones según permisos configurados, *stalkeos*, silenciamientos, bloqueos, reacciones con *emojis*, historial de interacciones, mensajes efímeros, calificaciones recíprocas e intercambio de audiovisuales ya no son complementos, sino que se han impuesto como dispositivo básico de la sociabilidad. Las personas se buscan, se conocen, se vinculan y se alejan a través del mundo digital, inducidos por algoritmos y asistidos por inteligencia artificial. O se conocen primero en persona y apenas sienten interés en vincularse pasan al mundo digital para consumir la realidad del vínculo o del grupo. Lo que se llega a saber del otro en el mundo digital no complementa lo percibido como puede hacerlo un rumor, sino que es el encuadre de la interacción.

Al mismo tiempo, el mundo digital trastoca grupos de referencia desconectándolos de las pertenencias sociales. Las redes sociales inducen a ver de manera continua fragmentos de la vida cotidiana de otras posiciones sociales. Esto tiene implicancias en las posibilidades

de percepción e interpretación de las desigualdades. Por ejemplo, un joven de un barrio pobre está expuesto diariamente varias horas, a través de su teléfono móvil, al detalle de consumos y estilos de vida de celebridades de élite cuya realidad contrasta con la suya, pero también a los contenidos compartidos por otros menos distantes de su posición de clase que muestran consumos inspirados en los primeros. Si bien en el pasado las revistas y la televisión mostraban los hogares o los viajes de ricos y famosos, se lo entendía más como extravagancia. Hoy estas escenas inundan las pantallas, donde se entremezclan el video casero y lo producido como ficción, el consumo real, la publicidad y la pose. El contacto constante con universos alejados trastoca las dinámicas tradicionales de aspiración y pertenencia, transformando las formas en que se configuran deseos e identidades sociales.

Sabemos que la vida cotidiana y las formas de sociabilidad han cambiado por las mediaciones tecnológicas. Uno de los desafíos en la investigación de estos temas es considerar el cambio sin desviar el foco hacia la tecnología, sino manteniéndolo en las dinámicas de sociabilidad cotidiana. Por ejemplo, analizar cómo se integran en la sociabilidad cotidiana *Instagram* o *WhatsApp*, tomándolas como dimensión de análisis y no necesariamente como objeto de estudio en sí mismo. Abordar la mediación tecnológica de la vida integrándola con los demás problemas sociológicos y no como una especialidad separada permite actualizar ideas clásicas de la sociología, evitando separar el mundo social *online* y *offline*. Si hay un aspecto positivo para la investigación social es que, como nunca, disponemos de trozos de sociabilidad grabados o ficcionados, producidos desde variadas experiencias sociales y susceptibles de análisis sociológico como productos culturales (véase, por ejemplo, una escena humorística producida desde un barrio popular, en el video de Orce, 2024). Nuevos materiales de análisis y un posible nuevo rol del investigador social como curador de esos materiales emergen para ser explorados.

La aceleración social —el incremento constante en la velocidad de los ritmos de vida y de los cambios sociales— tiene implicancias en las formas de sociabilidad. Las interacciones aumentan en cantidad y el conocimiento recíproco ocurre más rápidamente. En contrapartida, los vínculos pierden espesor, la disponibilidad para los otros es menor y el tiempo se experimenta siempre insuficiente. La sociabilidad cotidiana transcurre veloz, pero el tiempo vivido se recuerda menos significativamente. Con la aceleración social las interacciones se tornan más instrumentales, enfocadas en la productividad y en objetivos inmediatos. La lógica competitiva y la necesidad de adaptarse a ritmos acelerados contribuyen a que los lazos sociales se vuelvan más frágiles y efímeros, produciendo lo que Rosa (2016) señala como alienación generalizada.

El tiempo de descanso se ocupa en buena medida con consumos digitales, en soledad o en compañía, pero de forma individualizada. Se pierde noción del tiempo, por ejemplo, en videojuegos o al *scrolllear* videos, que generan tanta adicción como hastío, pero también mediante la búsqueda de experiencias que alteren la percepción del tiempo, por ejemplo, mediante el masificado consumo de marihuana o la experimentación con hongos alucinógenos. Las búsquedas eróticas y sexoafectivas también están atravesadas por la inmediatez, la experimentación y la lógica de mercado, por ejemplo, mediante aplicaciones de citas que *gamifican* el cortejo o el accesible *prosumo* de pornografía.

El cuerpo, lejos de quedar relegado por las pantallas, se torna objeto de creciente centralidad y atención en la vida cotidiana. Las imágenes en redes sociales de deportistas, músicos o celebridades contribuyen a moldear estándares corporales y de modas. A esto se suman los tratamientos de belleza de todo tipo, desde las cirugías plásticas que Beatriz Sarlo (1994) observaba hace más de tres décadas como novedad en *Escenas de la vida posmoderna*, hasta la infinidad de tratamientos y cuidados estéticos actuales. El cuerpo se moldea y se planifica: en ocasiones se habla de un “proyecto corporal” para formar el cuerpo deseado. Esto influye en la sociabilidad cotidiana, donde el cuerpo se convierte en tema de conversación, fuente de inquietudes compartidas y objeto de deseo o desprecio.

Las expresiones cotidianas de la centralidad del cuerpo son múltiples. El cuidado estético masculino se expandió entre los jóvenes en las últimas décadas, en un cambio cultural que quizá no llegamos a dimensionar y que se manifiesta, por ejemplo, en la atención a los efectos corporales del entrenamiento y de la alimentación, la búsqueda deliberada del estilo individual o en cuidados corporales que dejan de considerarse exclusivamente femeninos. El cuerpo como objeto de culto puede advertirse en las visitas asiduas a la barbería o en la generalización de los tatuajes, una estética de época que expresa y construye interioridades distintas a las del pasado. Nuevas pautas de alimentación reflejan una pérdida de ingenuidad o espontaneidad respecto de lo que se come. Ya es más inhabitual en las clases medias de Buenos Aires el descuido sobre la alimentación o una aceptación naturalizada de las comidas tradicionales de la familia o la comunidad étnica. Ahora se busca saber lo que se come, se elige la comida por sus nutrientes —por ejemplo, muchos varones sustituyen hidratos de carbono por proteínas y fibras— y la relación con la comida se tiñe a veces por la culpa o la ansiedad.

En la ciudad de Buenos Aires coexisten estilos de vida, consumos y maneras de relacionarse de las clases medias similares a las que podrían encontrarse en otras metrópolis de países desarrollados, con una proporción importante de la población en situación de pobreza e

indigencia. En las calles, en el transporte público y en algunos lugares de trabajo conviven e interactúan personas socialmente desiguales, sin que la desigualdad se traduzca en deferencia en el trato cotidiano —como han reflexionado O'Donnell (1984) y Torre (2025)—, pero sí en estrategias de evitación de parte de quienes están en posiciones superiores. La segmentación de circuitos y lugares pone barreras al contacto entre desiguales, pero el igualitarismo en el trato aún sobrevive en escenas cotidianas de Buenos Aires. Todo indica que son más difíciles de hallar, en cambio, ámbitos de sociabilidad donde regularmente se formen lazos duraderos como parejas o amistades entre socialmente desiguales.

Lo dicho hasta aquí, de modo ilustrativo, pretende argumentar por qué mirar vínculos cotidianos y costumbres aparentemente triviales puede ser una vía para comprender preguntas que nos hacemos sobre el orden social, las desigualdades y su legitimación. Quizá algunos de los problemas públicos que, desde preocupaciones intelectuales y políticas, nos hacemos sobre el presente puedan, si no responderse, al menos comprenderse mejor mirando lo microsocial, lo íntimo y lo trivial. A continuación, la narración del contenido de los capítulos presenta las investigaciones realizadas y cómo se vinculan con el tema del libro.

La idea de este libro ha sido reunir indagaciones que ponen en relación dos áreas temáticas clásicas y muy amplias de las ciencias sociales, en particular de la sociología. Si imaginamos estas áreas temáticas como grandes conjuntos, el libro se ubica en la intersección. Dentro de la zona de intersección entre sociabilidad y desigualdades, un parecido de familia atraviesa las inquietudes de los capítulos. Algunos de ellos provienen de investigaciones de posgrado realizadas por los autores, detalladas en cada caso, mientras que otros son fruto del trabajo de los miembros del proyecto de Reconocimiento Institucional 2024-2026 de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA *Sociabilidad cotidiana y micropoder en Buenos Aires del pasado y del presente*, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Asimismo, los seminarios de posgrado *La sociabilidad en la teoría sociológica y como objeto de investigación*, dictado en FLACSO Argentina, y *Conceptos y metodologías sobre sociabilidades*, en el Doctorado de Sociales UBA, han sido espacios de intercambio de ideas que inspiraron este libro.

Al menos tres aspectos acotan aquello que de la intersección entre sociabilidad y desigualdades se encuentra reflejado en los capítulos. El primero de ellos es la delimitación espacial y temporal de los objetos de estudio: Buenos Aires, en un sentido amplio como metrópolis, y

el tiempo presente, delimitado de forma flexible en torno a la última década, con ligeras variaciones según el capítulo.

En segundo lugar, los capítulos están basados en investigación cualitativa en escenarios de la vida cotidiana, mediante observaciones y entrevistas a grupos pequeños, en hogares, lugares de trabajo o de ocio diurno. La descripción se complementa con el análisis, las conceptualizaciones y las interpretaciones que buscan en los detalles aparentemente menores las pistas para pensar el orden social. Aunque cada capítulo surgió de una investigación independiente, al ensamblar estas piezas se adivina que forman parte de un mismo rompecabezas. La articulación nos permite entrever, de manera inevitablemente fragmentaria e incompleta, facetas de la época, de sus desigualdades y de sus relaciones de poder.

Por último, los trabajos que integran el libro provienen de investigaciones teórico-empíricas realizadas por investigadores jóvenes, en distintas etapas de formación, todos de la generación que se denomina *millennial*. La mirada de las personas que investigan, sabemos, está muy condicionada por sus posiciones sociales y experiencias. Por ende, la pertenencia generacional de las autorías es un condicionante implícito de las miradas ofrecidas, que seguramente algo tenga que ver con los alcances y limitaciones que encuentren quienes lean.

El primer capítulo, *Sociabilidad: algunas definiciones, antecedentes y reflexiones*, que escribimos junto a Eliana Maiolino, ofrece un recorrido conceptual por definiciones y problemáticas vinculadas al concepto de sociabilidad. Sin pretender exhaustividad ni brindar definiciones cerradas y definitivas, el texto propone coordenadas y selecciones de lecturas que, desde diversas miradas teóricas e investigaciones, puedan servir como una puerta de entrada y punto de partida.

El capítulo *Lazos, afectos y deseos juveniles en torno al hogar propio*, elaborado por Magdalena Felice, comienza el recorrido del libro por espacios de sociabilidad y lo hace desde el hogar. El contexto en el que podemos enmarcar sus observaciones y análisis son tendencias que fueron cambiando en las últimas décadas. La edad a la que los jóvenes dejan el hogar de los padres viene aumentando, las posibilidades de comprar una vivienda propia son más restringidas que en el pasado y el matrimonio hace rato dejó de ser el evento biográfico fundamental para abandonar el hogar de los padres. Jóvenes que viven solos, o con amigos, o que prueban vivir en pareja, son realidades extendidas que producen novedades en pautas de sociabilidad. Los viejos mandatos de formar familia y tener hijos no se extinguieron, pero la posmodernización familiar es una realidad diversa que ya se ha materializado. El trabajo nos permite pensar cómo los mismos eventos biográficos adoptan formas y significados diferentes según la clase social. La búsqueda de autonomía

individual parece ser un denominador común de la época, pero las desigualdades dejan a los jóvenes en disímiles condiciones de alcanzarla.

Los tres capítulos siguientes nos llevan al mundo del trabajo. El capítulo *La acción recíproca instrumental del capitalismo de plataformas*, de Juan Bautista Ballestrin, aborda las interacciones que establecen los trabajadores de aplicaciones de reparto de pedidos a domicilio. Los repartidores con sus mochilas cúbicas a bordo de bicicletas forman parte de las escenas que pueden verse en las calles de Buenos Aires y muchas otras ciudades del mundo. Distante de cualquier mirada ingenua, el autor nos enfrenta a un panorama sombrío respecto de la opresión a través de la tecnología en el capitalismo de plataformas. Los trabajadores pedaleando y teniendo que amoldarse a las exigencias de la aplicación constituyen un objeto de análisis privilegiado para ver las formas contemporáneas de la enajenación y la presión por la aceleración. Las mediaciones tecnológicas formatean con lógica de mercado las relaciones sociales, reduciendo los resquicios para una sociabilidad desinteresada, no solo entre repartidores y clientes, sino también como dispositivo que sofoca las iniciativas de solidaridad entre trabajadores.

El siguiente capítulo, *Vínculos comunitarios en un mercado asociativo frutihortícola*, a cargo de Antonella Santin, nos transporta a un mercado de frutas y verduras que tiene la particularidad de ser una asociación de productores y vendedores, en su mayoría de origen boliviano. El análisis muestra la multiplexidad de la red, es decir, los variados tipos de vínculos que tienen lugar simultáneamente entre este conjunto de actores sociales. Vínculos étnicos, familiares, comerciales y de camaradería se entrelazan y constituyen una forma contemporánea de lo que la tradición de las ciencias sociales ha denominado comunidad. Lejos de las miradas miserabilistas hacia los sectores populares, pero sin desconocer la subalternización de esta comunidad en la sociedad argentina, la autora nos muestra la potencia de una experiencia asociativa para sostener las condiciones de vida y lidiar con las desigualdades en la práctica.

A continuación, *Intermediarios y articulaciones en la gestión de un programa de apoyo escolar*, elaborado por Serena Santos, usa las lentes conceptuales del Análisis de Redes para estudiar cómo trabajan en conjunto empleados estatales de la ciudad de Buenos Aires y referentes de organizaciones sociales para que un programa de apoyo escolar realmente funcione. En tiempos en que desde el desconocimiento se cuestiona la utilidad de las políticas públicas, la autora nos muestra que son los trabajadores quienes les dan verdadero contenido, esforzándose mucho más allá de lo que dictan sus obligaciones en los papeles. También nos muestra que los vínculos informales de sociabilidad tienen un papel central para la integración escolar de niños en situaciones de vulnerabilidad social.

Los tres capítulos siguientes abordan ámbitos de ocio y esparcimiento. *Micropolíticas entre mujeres que aprenden danza del vientre*, de Marcela López Aversa, nos deja entrar en la intimidad de sus clases de danza a través de una narración de escenas cotidianas. Analiza las interacciones entre las participantes, las dinámicas grupales y las experiencias personales relativas al cuerpo. En cada detalle nos permite comprender de qué maneras lo personal es político. El capítulo nos muestra desde la sociabilidad las desigualdades de género y promueve una pedagogía feminista como resistencia.

El recorrido sigue por un gimnasio, desde donde Facundo Rosano, autor de *Mandatos de superación personal en la musculación de los muchachos*, nos presenta los sectores, las rutinas y las personas. Como aquí el entrenamiento individual o entre *gymbros* limita la duración de las conversaciones en el salón o en los vestuarios, no fue sencillo conseguir testimonios espontáneos que reflejen los sentidos subjetivos del entrenamiento. La perseverancia del autor en la indagación sociológica no se detuvo hasta dar con los valores subyacentes que motorizan a los jóvenes en el entrenamiento. Los encontró en el mundo digital, sobre todo en un grupo de *Whatsapp* de varones que entrenan y en videos de *influencers fitness*. Allí abundan testimonios, exhortaciones y arengas de superación personal. En el discurso predominante que impregna mucho de lo que se dice, los resultados físicos del entrenamiento materializan fortaleza interior, tienen significado moral y prefiguran el éxito personal, imaginado en especial en lo económico.

El trayecto por algunos espacios de sociabilidad de Buenos Aires finaliza con *Injurias y solidaridades desde un club de lectura queer*, donde Santiago Rodríguez Durán analiza un espacio de encuentro al que concurren varones gays de clase media a compartir lecturas. Aquí la especificidad es múltiple: se trata de un espacio no heteronormativo, pero que se diferencia de la sexualización habitual de lugares gays. Tampoco es un espacio de militancia, al menos no directamente. Es un ámbito de sociabilidad afín al *habitus* intelectual donde las experiencias biográficas de los participantes los ubican en una posición de especial reflexión respecto de las jerarquías cotidianas basadas en género o sexualidad.

El último capítulo nos enseña y reflexiona sobre usos de la fotografía en la investigación social. *La fotografía en la investigación sociológica de la vida cotidiana. Reflexiones a partir del análisis de Podría ser yo*, escrito por Eva Lorena Stilman, se centra en el análisis del libro ya clásico de Jelin, Vila y D'Amico, y nos ofrece además un recorrido histórico que abre interrogantes a futuro. Es casi seguro que quien lea este capítulo aprenderá algo nuevo, ya sea alguna referencia desconocida o más de una buena idea metodológica para inspirarse.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, Pierre (2001). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Cabanas, Edgar e Illouz, Eva (2019). *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Planeta.
- Castel, Robert; Kessler, Gabriel; Merklen, Denis y Murard, Numa (2013). *Individuación, precariedad, inseguridad: ¿Desinstitucionalización del presente?*. Paidós.
- Dubet, François (2020). *La época de las pasiones tristes: De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Siglo Veintiuno Editores.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, Byung-Chul (2022). *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*. Taurus.
- Hochschild, Arlie Russell (2008). *La mercantilización de la vida íntima: Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*. Katz.
- Le Breton, David (2018). *La sociología del cuerpo*. Siruela.
- Lipovsky, Gilles. (2020). *Gustar y emocionar: Ensayo sobre la sociedad de la seducción*. Anagrama.
- O'Donnell, Guillermo (1984). *¿Y a mí, qué me importa?: notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*. CEDES.
- Rosa, Hartmut (2016). *Alienación y aceleración: hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz.
- Sadin, Éric (2022). *La era del individuo tirano: El fin de un mundo común*. Caja Negra.
- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Ariel.
- Tilly, Charles (2000). *La desigualdad persistente*. Manantial.
- Torre, Juan Carlos (2025). A propósito del impulso igualitario en la sociabilidad política de Argentina. *Trabajo y sociedad*, 26(44), 165-172.
- Wright Mills, Charles (1961). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.

FUENTES

- Orce (2024, agosto). *Uber en Argentina* [Video]. <https://www.youtube.com/shorts/frTsUwHe9og>

Gonzalo Seid y Eliana Maiolino

SOCIABILIDAD: ALGUNAS DEFINICIONES, ANTECEDENTES Y REFLEXIONES

El término “sociabilidad” es, como ocurre con muchos conceptos en las ciencias sociales, un término polisémico cuyo origen se encuentra más en el lenguaje coloquial que en una definición formal. En el uso común, se utiliza para referirse a la capacidad inherente de los seres humanos de relacionarse con otros —en algunos contextos este aspecto es designado como *socialidad*— y suele asociarse con características como la cordialidad o la extroversión. Estas acepciones suponen la sociabilidad como un rasgo psicológico humano, relativamente ahistórico.

Desde el pensamiento ilustrado europeo del siglo XVIII la sociabilidad se pensó como expresión de civilización. Opuesta a la barbarie, la violencia o la intolerancia, la sociabilidad requería refinamiento de las costumbres y autocontrol para mantener agradables las interacciones. Así, la palabra sociabilidad se emparentó en Francia con la vida social de las élites en salones, clubes y cafés.

Estas connotaciones de sociabilidad están en la base de algunos usos e intentos de definición de las humanidades hasta principios del siglo XX. Por ejemplo, Georg Simmel parece haberse inspirado en sus experiencias en reuniones de élites (Frisby, 1993) para su concepto de sociabilidad como interacción por la interacción misma, sin finalidad utilitaria y regida por el arte de agradar.

Recién en el siglo XX desde las ciencias sociales se subrayó que “la sociabilidad vinculada a la existencia de ciertos mecanismos de autoacción solo puede ser una de las acepciones posibles, pues la violencia tiene que ser también considerada como una forma de relación

social” (Gayol, 2008, p. 496). Así, sociabilidad pasó a considerarse un concepto general, como trama de relaciones sociales o interacciones.

Un diccionario de sociología de mediados del siglo XX (Fairchild, 1949) define el concepto como “modo de estar ligado a un todo y por un todo. Diferentes formas de interdependencia en las relaciones con los demás y diferentes formas de fusiones parciales en el ‘nos’ (masa, comunidad, comunión) son ejemplos de formas de sociabilidad”. Esta definición, escrita por Georges Gurvitch, entiende la sociabilidad como las múltiples posibilidades de relaciones entre individuos que forman un “nosotros” en el plano microsocial.

En la historiografía el concepto suele usarse para referir a las interacciones cotidianas de personas comunes, en contraposición tácita con los grandes hechos y personajes históricos. Lo que para la sociología es un tema inabarcable —que requeriría delimitar qué de la sociabilidad se quiere observar—, para la historia puede llegar a ser una dimensión por tratar entre otras dentro un mismo estudio.

El concepto de sociabilidad es de uso más habitual aplicado al pasado relativamente cercano, en particular al siglo XIX y principios del XX. En esta escala temporal, el tiempo transcurrido, suficiente para difuminar los detalles, permite creer que se puede captar lo esencial de una red de interacciones, espacios y costumbres. Al no tratarse de un pasado tan remoto, además, es posible documentar aspectos cotidianos que suelen faltar en los registros de épocas más antiguas.

A continuación, hacemos un recorrido por definiciones, antecedentes y reflexiones en torno al concepto y sus usos.

ALGUNAS DEFINICIONES CLÁSICAS

Diversos autores señalan que “sociabilidad” es un término muy utilizado en las ciencias sociales, pero que resulta polisémico (Feldman y Murmis, 2002; Chapman Quevedo, 2015; Nemcovsky, 2022). De acuerdo con González Bernaldo de Quirós (2008), esto se explica “en parte por la arraigada idea de que la sociabilidad es una categoría de sentido común que no necesita ser explicitada ni contextualizada, simplemente evocada” (p. 1). Sin pretender exhaustividad ni suprimir esa polisemia productiva del concepto, en esta sección repasamos algunas definiciones de cuatro autores europeos que se cuentan entre el bagaje conceptual clásico de las ciencias sociales.

Para el sociólogo y filósofo alemán Georg Simmel, la sociología es la encargada del estudio de las condiciones o formas del proceso de socialización, entendida como acción recíproca —no en el sentido de internalización—. Al preguntarse cómo es posible la sociedad, argumenta que “la sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca. Esta acción recíproca se produce siempre por

determinados instintos o para determinados fines” (Simmel, 1997, p. 15). Así, la socialización es

la forma, de diversas maneras realizada, en la que los individuos, sobre la base de los intereses sensuales o ideales, momentáneos o duraderos, conscientes o inconscientes, que impulsan causalmente o inducen teleológicamente, constituyen una unidad dentro de la cual se realizan aquellos intereses. (Simmel, 1997, p. 17)

Hay distintas formas de socialización y la sociabilidad es una de ellas. Según Simmel, constituye “la abstracción de la socialización, que se realiza dándole un carácter de arte o de juego, exige la forma más pura, transparente y fácil de practicar de la interacción, la que se da entre iguales” (2002, pp. 89-90), y se define como “la forma lúdica de la socialización” (2002, p. 84). Entre los distintos tipos de relaciones, las de sociabilidad se distinguen por basarse en el puro placer de estar con otros. Son para Simmel relaciones puras, en el sentido de formas despojadas del contenido de intereses.

Puesto que la sociabilidad en su configuración pura no tiene una finalidad material, no tiene contenido ni resultado que estuviera, por así decir, fuera del momento sociable como tal, se apoya por completo en las personalidades; no se persigue nada más que el estar satisfecho de este momento —como mucho aún de su resonancia posterior—, y así, el suceso, tanto en sus condiciones como en su resultado, queda limitado exclusivamente a los que lo sostienen personalmente. (Simmel, 2002, p. 84)

En la sociabilidad no hay motivaciones concretas para la relación más allá de la alegría de estar juntos. En su definición, “la riqueza y la posición social, la erudición y la fama, capacidades excepcionales y méritos del individuo no han de jugar ningún papel en la sociabilidad” (Simmel, 2002, p. 85). Aquello “más específicamente personal de la vida, del carácter, del estado de ánimo, del destino, tampoco tienen un lugar en la sociabilidad” (p. 85).

Para el sociólogo ruso-francés Georges Gurvitch (1941), la sociología general se ocupa de “estudiar ‘los fenómenos sociales totales’, las estructuras de las sociedades globales; se trata de analizar las agrupaciones integradas en ellas o los componentes más simples e irreductibles de estas últimas —las formas de sociabilidad—” (p. 13). Las diferentes formas de sociabilidad constituyen para Gurvitch los componentes más simples de “toda unidad colectiva real”. Considera que es allí donde debería comenzar el estudio de toda sociedad, es decir, por el análisis de “las múltiples maneras de estar ligado por el todo y en el todo o formas

de sociabilidad que, en diferentes grados de actualidad y de virtualidad, se combaten y se equilibran en cada grupo real” (p. 13).

Gurvitch elabora una teoría de lo social que intenta superar lo que considera falsos problemas de la sociología del siglo XIX. Para ello, desarrolla clasificaciones y terminologías que conforman un sistema teórico original. Una de las distinciones que propone es de tres escalas de lo social: microsociología, sociografía diferencial de las agrupaciones y tipología de las sociedades globales. La microsociología es la que corresponde a la sociabilidad, las interacciones de proximidad que crean lo social, al conformarse distintos “nosotros” en la vida cotidiana. El siguiente nivel son las agrupaciones sociales, a las que denomina diferenciales porque en su diferenciación reside la función mediadora que procesa los cambios sociales e impacta tanto en el nivel micro como en el macrosocial. La tipología de sociedades globales es el nivel macro y estructural, de grandes formaciones históricas. El principal aporte de Gurvitch, de acuerdo con Vega Torres (2015), fue “consolidar la sociabilidad como un aspecto constitutivo de la sociedad, que merece un estudio particular, pues a diferencia del planteamiento de Simmel que lo considera como un caso extremo de la abstracción de la socialización, este autor lo pone como base de la concepción ontológica de lo social” (p. 16).

Gurvitch se pregunta por las maneras de los seres sociales de vivir juntos, cómo se relacionan y cómo se constituyen heterogéneas formas de vida en una misma realidad. Sostiene que “las relaciones con otros son procesos de vinculación o de separación entre los grupos y entre los hombres; están siempre en movimiento, son dinámicas” (Gurvitch, 1941, p. 63). Las relaciones entre grupos o individuos siempre tienen un marco de referencia y no son posibles sin las estructuras sociales. Así, piensa en diferentes tipos de sociabilidad que afectan y son afectados por los grupos y las estructuras macrosociales.

Aunque reconoce las dificultades de las clasificaciones de formas de sociabilidad, distingue entre masa, comunidad y comunión. La primera es la de menor intensidad de la fusión, puesto que los individuos no están vinculados profundamente, sino más bien aglomerados transitoriamente. La comunidad ya implica una densidad y estructuración de la sociabilidad, un nosotros más estable que genera una solidaridad. La comunión genera la máxima interioridad compartida, una experiencia social de solidaridad total. Paradójicamente, a mayor fuerza de la unión, es menor la presión que sienten los individuos. En la masa el nosotros es débil y efímero, pero la presión que arrastra a los individuos es máxima. Lo inverso ocurre en la comunión. La comunidad es un equilibrio entre fusión en un nosotros y presión que experimentan sus miembros.

A partir de esta manera de comprender la sociabilidad, Gurvitch reflexiona sobre cómo se afectan recíprocamente los elementos de la realidad social y diferencia dos formas de manifestación de la sociabilidad, una directa o espontánea y otra reflexiva u organizada:

La sociabilidad espontánea estaría ligada a procesos más dinámicos por presión, mientras que la organizada tiende más a la reproducción e institucionalización por coacción. Las dos formas o criterios tienen en común el hecho de distinguirse internamente entre una sociabilidad activa y una pasiva. La primera persigue una obra común que permite la construcción de superestructuras organizadas, mientras que la otra no. Así, el cruce de estos tipos de categorización conformará un panorama de las posibilidades de vivir en sociedad, las formas de sociabilidad. La presentación de las formas de relación de estos elementos puede ser, para Gurvitch, infinita. (Vega Torres, 2015, p. 6)

La sociabilidad organizada y la sociabilidad espontánea pueden superponerse más que oponerse, penetrando la segunda en la primera de diferentes formas. Esta distinción puede emparentarse con la distinción entre vínculos formales e informales, heredada del funcionalismo, de uso extendido en sociología de las organizaciones, análisis de redes y enfoques sobre capital social.

Por su parte, el historiador francés Maurice Agulhon introdujo en el ámbito historiográfico el concepto de sociabilidad en la segunda mitad del siglo XX. Para este historiador, la sociabilidad constituye una disposición inherente a la vida humana, que se manifiesta en la capacidad de consolidar vínculos mediante la formación de asociaciones de carácter voluntario. Sostiene que la sociabilidad puede observarse de manera diferencial en el tiempo y el espacio. Las condiciones materiales, las redes y relaciones de poder juegan un papel fundamental en las formas que la sociabilidad puede adquirir. De acuerdo con Agulhon (2009), el estudio de las sociabilidades es “de algún modo, la historia conjunta de la vida cotidiana, íntimamente ligada con la psicología colectiva” (p. 38). Se pregunta si el término sociabilidad es una categoría histórica y argumenta que, como tal, “parece contradecir el sentido común y atravesar los límites impuestos por los diccionarios (p. 31).

Para Agulhon (2009) las condiciones materiales juegan un papel importante en las formas que la sociabilidad puede adquirir. Al respecto plantea, por ejemplo, que “la sociabilidad de las gentes del pueblo tiene necesariamente formas diferentes, ya que tienen menos tiempo y dinero y, además, al menos en principio, no saben leer el periódico” (Agulhon, 1977 en Chapman Quevedo, 2015, p. 16). En una de sus obras más emblemáticas, Agulhon se concentra en el estudio de una de las

formas de sociabilidad que emergió en la Francia posrevolucionaria durante la primera mitad del siglo XIX: el círculo, “una asociación de hombres organizados para practicar juntos una actividad desinteresada (no lucrativa) o incluso para vivir juntos la no actividad o el ocio” (2009, p. 47). El círculo devino en generador de formas de sociabilidad que permearon diferentes espacios en la cotidianidad francesa.

En sus planteos sostiene la necesidad de “identificar instituciones o formas de sociabilidad específicas y hacer su estudio concreto” (Agulhon, 2009, p. 38). Sus contribuciones muestran que los vínculos entre individuos constituyen un componente esencial del entramado subyacente a todo proceso histórico que se busque analizar. En este sentido, todo grupo humano, por definición, tiene su propia sociabilidad, independientemente de su ubicación en el espacio, el tiempo o la jerarquía social.

Para finalizar este apartado, destacamos a Norbert Elias, un autor cuyas reflexiones sobre la relación entre individuo y sociedad mantienen vigencia y permiten pensar sociológicamente la sociabilidad. La sociología figuracionista de Elias centra su atención en la relación individuo-sociedad en los procesos históricos. Sostiene que para comprender de qué se trata la sociología “es preciso (...) entenderse a sí mismo como una persona entre otras (...). Pueblos y ciudades, universidades y fábricas, estamentos y clases, familias y grupos profesionales, sociedades feudales y sociedades industriales, estados comunistas y estados capitalistas, todos son redes de individuos” (Elias 1982, p. 16).

En la obra de Elias pueden destacarse tres postulados que definen su posicionamiento:

Los individuos no pueden ser comprendidos como entidades aisladas, sin el contexto de relaciones e interacciones del que participan; los fenómenos sociales no pueden ser explicados sin comprender a las personas que los movilizan; las realidades tanto individuales como sociales debe ser observadas en su devenir, en su dinámica procesual e histórica. (De Grande, 2019, p. 99)

Pensar la sociabilidad desde Norbert Elias supone tomar en cuenta estos postulados. No existe ser humano que no esté o haya estado inserto en una red de personas en relación. Elias propone pensar los entramados interdependientes de personas mediante la noción de “figuración”:

La imagen de muchas personas individuales que, por su alineamiento elemental, sus vinculaciones y su dependencia recíproca están ligadas unas a otras de modo más diverso y, en consecuencia, constituyen entre sí entramados de interdependencia o figuraciones con equilibrios de poder más o menos inestables del tipo más

variado como, por ejemplo, familias, escuelas, ciudades, capas sociales o estados. (Eliás, 1982, p. 16)

La idea de figuración puede aplicarse a pequeños grupos o grandes conjuntos de individuos. En palabras de Eliás, resulta un “instrumento conceptual con ayuda del cual flexibilizar la presión social que induce a hablar y pensar como si ‘individuo’ y ‘sociedad’ fuesen dos figuras no sólo distintas sino, además, antagónicas” (1982, p. 154). Frente al modo de pensar cosificador, sustancialista, de la sociedad como entorno de los individuos, la figuración del entramado dinámico de interdependencias posibilita restituir el carácter relacional, histórico y procesual de lo social. Desde esta perspectiva, propone comprender las figuraciones como entramados de interdependencias históricamente situadas, de modo que los vínculos entre los individuos solo pueden explicarse en relación con los procesos y transformaciones históricas que los configuran.

Eliás distingue entre interdependencias impersonales y personales. Resulta de interés el lugar otorgado por el autor a las vinculaciones emocionales que forman parte de los entramados, en tanto parecieran fundamentales para sostenerlos, a la vez que no permanecen fijas, sino que se van modificando en diferentes contextos y responden a los cambios históricos de la sociedad de la cual son parte y conforman.

Las valencias emocionales que vinculan a unas personas con otras directamente en relaciones *face to face* o bien indirectamente a través de la referencia a símbolos comunes constituyen un plano de vinculación de tipo específico. Se conectan de diversos modos con tipos de vinculación que representan un plano de interdependencia distinto, menos derivado de la persona individual. Hacen posible la conciencia ampliada de “yo y nosotros” de las personas individuales, conciencia que constituye un vínculo de unión aparentemente imprescindible para el mantenimiento de la cohesión no solo en pequeños grupos, sino también en grandes unidades que integran a millones de personas, como los estados nacionales. (Eliás, 1982, p. 164)

En suma, en los autores clásicos del siglo XX mencionados, la idea de sociabilidad aparece ligada a búsquedas teóricas para comprender los vínculos sociales, yendo de lo atemporal a lo histórico. En Simmel, la sociabilidad designa la forma pura de la socialización, un juego de interacción donde los individuos se relacionan por el placer mismo de estar juntos, despojados de fines instrumentales; en Gurwitsch, en cambio, la sociabilidad está en la escala microsocial de análisis cuando se mira el modo en que se integran los individuos en un todo; Agulhon retoma el

término desde la historia cultural y política, para analizar los espacios asociativos y de encuentro; mientras que Elias alude a figuraciones de interdependencia, en las que las relaciones entre individuos se inscriben en procesos históricos y estructurales.

MATICES Y ÉNFASIS LATINOAMERICANOS EN LA NOCIÓN DE SOCIABILIDAD

Desde América Latina la sociabilidad se ha pensado en relación con las problemáticas e ideas de la región. En el siglo XIX, autores argentinos como Alberdi, Sarmiento o Mitre usaron el término entendiéndolo como costumbres que expresaban civilización, por oposición a la barbarie. La sociabilidad era concebida como un indicador de madurez, civilidad y racionalidad de los individuos para asociarse y conformar una nación. El término era usado con una carga ideológica y normativa, para aludir a cómo debían ser las relaciones sociales para el proyecto político liberal (González Bernaldo de Quirós, 2008; Ben, 2005).

Entre los significados a los que puede asociarse sociabilidad en América Latina está la idea de mixtura. La sociabilidad se pensó en varias latitudes de la región entre los siglos XIX y XX en relación con la integración de distintos grupos étnicos. Se asoció al mestizaje, al “crisol de razas”, a las políticas de blanqueamiento. Con la construcción de los Estados nación, se apuntaba a uniformizar y se esperaba que en la sociabilidad termine de consumarse la fusión.

Durante buena parte del siglo XX, la integración de diferencias culturales también puede vincularse con la convivencia en los barrios y espacios públicos de las ciudades que recibían migrantes de otras nacionalidades o provenientes del mundo rural. La sociabilidad en grupos políticos, religiosos, intelectuales, deportivos y otras organizaciones se desarrolló durante el siglo XX en relación con identidades perdurables y posibilitó hasta cierto punto el contacto entre personas de distintos orígenes sociales. La sociabilidad latinoamericana como mixtura, ya como fusión, ya como yuxtaposición, remite tanto a la promovida desde el Estado para suprimir diferencias como a la surgida espontáneamente por la convivencia entre diferentes.

Más cerca en el tiempo, Néstor García Canclini alude a una “sociabilidad híbrida” entre lo tradicional y lo moderno. “La sociabilidad híbrida que inducen las ciudades contemporáneas nos lleva a participar en forma intermitente de grupos cultos y populares, tradicionales y modernos” (García Canclini, 1990, p. 332). Sin embargo, hacia fines del siglo XX, la sociabilidad pasó de las asociaciones y espacios públicos barriales al mundo privado. “Casi toda la sociabilidad, y la reflexión sobre ella, se concentra en intercambios íntimos” (p. 268), “en

la intimidad doméstica, en encuentros confiables, formas selectivas de sociabilidad” (p. 265).

Otra impronta latinoamericana para pensar la sociabilidad gira en torno a la idea de asociatividad de los sectores populares como modo de supervivencia y lucha. En oposición a la connotación de sociabilidad como algo propio de círculos elitistas o como una interacción puramente lúdica en la que no se toman en cuenta los orígenes sociales de sus participantes, la idea de sociabilidad como solidaridad entre marginados repone la cuestión del poder y la relación con la estructura social. Así, comedores comunitarios, fábricas recuperadas, ferias de trueque o de productos usados, experiencias de economía social o popular, organizaciones campesinas, indígenas o de sectores pobres urbanos, surgen de sociabilidades previas y constituyen en sí mismas ámbitos de sociabilidad que distan de reducirse al ocio o a lo lúdico. También el intercambio de favores, beneficios o puestos por lealtades políticas, en sectores populares y también en sectores medios (Barozet, 2006), se cuenta entre las formas regionales de sociabilidad política.

Un estudio fundamental en América Latina es el de Adler de Lomnitz (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, basado en una investigación etnográfica realizada en una barriada de Ciudad de México en 1970. La autora describe las redes de intercambio recíproco de bienes y servicios —información, asistencia laboral, préstamos y apoyo moral— como mecanismos informales que permiten la adaptación de los marginados. Estas redes de sociabilidad se generan entre parientes y vecinos, quienes, mediante ayuda mutua, mitigan los efectos de la inseguridad laboral y económica. De este modo, se crean lazos de parentesco ficticio (compadrazgo) entre vecinos de similar nivel económico, así como lazos de camaradería masculina (cuatismo). Este conjunto de redes se distingue por su informalidad y por no ser explícito ni específico como el intercambio en el mercado. Ante la exclusión en la vida urbana, estas tramas conforman una comunidad efectiva para los marginados.

Por último, entre las improntas regionales puede mencionarse la sociabilidad limitada por los miedos en las ciudades latinoamericanas contemporáneas. Los espacios y momentos que se construyen en las representaciones como amenazantes o molestos, los mapas y códigos no escritos que organizan circuitos urbanos, peligros que evitar y fronteras que no cruzar, marcan el límite y el reverso de la idea clásica de sociabilidad. Rossana Reguillo ha caracterizado estos imaginarios a partir de la figura de las “criaturas de la noche”: “drogadictos, borrachos, prostitutas, jóvenes —que escapan a la definición normalizada—, homosexuales, travestidos, que son imaginados como portadores de los antivalores de la sociedad y propagadores del mal”, representados como amenaza, pero también como tentaciones. Interpreta que el

origen histórico latinoamericano de estos miedos son los “fantasmas del pasado”: la visibilización de indígenas, migrantes y pobres que el proyecto modernizador invisibilizó y negó. “Pensado como un operador ‘natural’ de las violencias urbanas, el pobre (étnico y generacional) se convierte en el principal chivo expiatorio de la crisis de sociabilidad contemporánea” (Reguillo, 2008, pp. 66-67).

SOCIABILIDAD EN ARGENTINA

En este apartado mencionaremos algunas investigaciones desde las ciencias sociales de las últimas décadas. Existen importantes antecedentes históricos que no abordamos aquí, que pueden rastrearse en trabajos como los de Devoto y Madero (1999), Gayol (2000), Losada (2006) y González Bernaldo de Quirós (2008).

Con el retorno de los regímenes democráticos en América Latina durante la década de 1980, diversos politólogos —entre ellos O’Donnell (1984) y Lechner (1988)— destacaron la importancia de la sociabilidad cotidiana para indagar en las raíces sociales del autoritarismo. En su texto “Democracia en la Argentina. Micro y macro”, O’Donnell (1997) argumenta que la dictadura logró consolidar un tipo de autoritarismo internalizado por numerosos ciudadanos que ejercían poder en distintos ámbitos de la vida cotidiana —en las fábricas, las escuelas, las calles y los hogares—, generando una sociedad que, en palabras del autor, “se patrulló a sí misma”. Las personas incorporaron como propio el afán del régimen de “poner las cosas en su lugar”, lo que permitió que las lógicas autoritarias se reprodujeran socialmente. Según su hipótesis, ello fue posible porque la sociedad argentina combinaba una relativa igualdad en el trato entre clases con una fuerte tendencia a la intolerancia y al autoritarismo hacia los diferentes. Entre las manifestaciones de ese patrón autoritario, el autor incluye los “minidespotismos”, el racismo y una inclinación general a las explicaciones paranoides.

Durante la década de 1990, el deterioro de las condiciones de vida de amplios sectores de las clases medias y el incremento de la exclusión social desplazaron el centro de las preocupaciones de las ciencias sociales desde el análisis de la democracia hacia el examen de la cuestión social. En este contexto, la sociología argentina comenzó a focalizarse en las transformaciones de la sociabilidad bajo el impacto de la desigualdad y las políticas neoliberales (Margulis, 1997; Feldman y Murmis, 2002). Diversos estudios destacaron la polarización espacial y simbólica entre la villa miseria y el *country*, convertidos en emblemas de formas de sociabilidad crecientemente segregadas y guetificadas (Svampa, 2002). Al mismo tiempo, investigaciones sobre los mundos populares abordaron fenómenos como el desempleo, la pobreza y las trayectorias delictivas amateur entre jóvenes urbanos (Kessler, 2004).

En el plano ensayístico, Beatriz Sarlo (1994) describió nuevas costumbres urbanas y pautas culturales interpretándolas desde la idea de “modernidad periférica”. La sociología reflexionó sobre nuevas fronteras de inclusión y exclusión, redes de supervivencia y reconfiguración neoliberal de las relaciones sociales.

Los estudios sobre capital social y redes realizados en distintos periodos permiten conocer algunas regularidades generales sobre la sociabilidad en la Argentina. En los sectores socioeconómicos bajos, las formas de sociabilidad basadas en el barrio adquieren centralidad: constituyen fuentes de apoyo y contención, aunque no siempre logran compensar las carencias materiales o simbólicas (De Grande, 2015). En este contexto, se distinguen dos tipos de capital social relevantes en la reproducción de la pobreza: por un lado, las redes familiares y vecinales que facilitan el acceso a recursos como el empleo; por otro, los vínculos “puente” que conectan el entorno local con actores externos —como organizaciones políticas o no gubernamentales— y posibilitan la obtención de bienes o servicios colectivos (Forni y Nardone, 2005; Gutiérrez, 2007).

Los sectores medios empobrecidos, en cambio, tienden a activar su capital social en situaciones críticas, recurriendo a familiares, amigos o conocidos, pero cuidando que esa demanda no implique exponer públicamente su necesidad económica (Kessler, 1998). En los sectores medios estables, las formas de sociabilidad surgen en mayor medida a partir de vínculos en marcos institucionalizados, por ejemplo, amistades entre compañeros de trabajo o estudio (De Grande, 2015). Este conjunto de investigaciones permite hipotetizar que el capital social cumple un papel dual: funciona como recurso de supervivencia para los más pobres y como mecanismo de reproducción social en sectores medios y altos.

Recientemente, el artículo de Kessler y Piovani (2024) analiza los entornos cercanos en Argentina, definidos como las relaciones más próximas de los individuos, utilizando datos de la Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales (ENRS) de 2019. Los autores exploran la composición de estos entornos y desarrollan una tipología que combina el tipo de vínculo (familiares, amigos, vecinos) con el tipo de relación (socioafectiva, instrumental o mixta). Sus resultados muestran que los vínculos cercanos suelen ser multipléxicos, es decir, combinan dimensiones afectivas y utilitarias en un mismo lazo. Los entornos cercanos varían significativamente según clase, género, edad y lugar de residencia. Detectan una mayor presencia de vínculos afectivos, relaciones familiares y de vecindad en sectores bajos, en mujeres y en las regiones norte y centro del país; y de intercambios instrumentales y de pares en sectores altos, en hombres y en la ciudad de Buenos Aires. Respecto al

curso de vida, observan que al llegar a la vejez tiende a producirse una disminución de los lazos extrafamiliares, con la excepción de los sectores más acomodados, donde el aislamiento se ve atenuado. Además, se observa que los entornos cercanos tienden a ser más isomórficos entre los jóvenes y en relaciones de amistad, mientras que los entornos familiares introducen mayor diversidad en edad y género. El estudio confirma la persistencia de homofilia —es decir, la prevalencia de vínculos entre semejantes— y la importancia del capital social.

Las regularidades generales que describen los autores mencionados son relevantes porque no abundan los estudios con información cuantitativa de cobertura nacional y porque proporcionan insumos para explicaciones sobre cómo funciona la sociabilidad contemporánea respecto de las desigualdades sociales. Estas pautas generales permiten contextualizar numerosos estudios cualitativos que abordaron dimensiones de la sociabilidad en distintos ámbitos, por ejemplo, instituciones educativas, espacios de encuentro sexoafectivo o el mundo digital. Citamos a continuación, sin desarrollar, algunos antecedentes relevantes de un universo amplio y variado de investigaciones.

La relación entre política y sociabilidad en sectores populares fue abordada en varios trabajos. Las investigaciones sobre clientelismo político —como las de Auyero (1996) y Vommaro (2007)— exploraron las tramas de interacción cotidiana que estructuran los intercambios entre actores sociales y políticos. Svampa y Pereyra (2003) analizaron la experiencia de las organizaciones piqueteras y el papel de las bases barriales en las movilizaciones colectivas. Por su parte, Merklen (2005) articuló la relación entre ciudadanía democrática y pobreza en los sectores populares, introduciendo nociones como la de politicidad popular para volver a vincular dimensiones que habían sido escindidas por las divisiones disciplinares entre la sociología y la ciencia política. Desde la mirada en políticas sociales y emociones se hicieron investigaciones con implicancias respecto de la sociabilidad, por ejemplo, sobre la actitud de desconfianza (Cervio y De Sena, 2017). Por su parte, Ferraudi Curto (2014), en su etnografía sobre la urbanización de una villa de emergencia en La Matanza, observa que durante los tiempos extraordinarios posteriores a la crisis de 2001, las ciencias sociales se centraron en los procesos que emergían “desde abajo”; sin embargo, con la posterior normalización política, el foco académico se desplazó nuevamente hacia las acciones “desde arriba”, es decir, las impulsadas por el Estado y las instituciones formales, dejando en segundo plano la vida política cotidiana y sus formas de sociabilidad.

En los estudios de juventudes y escolarización también ha estado presente la dimensión sociabilidad. Los trabajos de Maldonado (2005) abordaron la sociabilidad entre alumnos de escuelas secundarias de

Córdoba, mediante un abordaje etnográfico que le permitió comprender las divisiones étnicas y de clase en el plano microsocial. Di Napoli (2017) analizó las formas de sociabilidad entre estudiantes secundarios de dos escuelas estatales bonaerenses, destacando que los modos de agrupamiento juvenil se relacionan con la movilidad estudiantil en cada institución. Nemcovsky (2022) profundizó en el abordaje teórico-conceptual de las nociones de sociabilidad y socialidad para analizar procesos educativos que se dan en los grupos familiares de jóvenes atravesados por la desigualdad social de la ciudad de Rosario. Algunas investigaciones en contextos escolares abordaron los procesos de reconocimiento entre estudiantes secundarios (Núñez y Litichever, 2015; Tomasini y Bertarelli, 2014). En esta línea, algunos estudios ponen especial atención a la cuestión del “respeto” en relación con el reconocimiento entre estudiantes (Paulín, 2015).

Los estudios sobre relaciones interculturales produjeron conocimiento sobre los vínculos entre personas de distintos orígenes étnico-nacionales, destacando la persistencia de discriminación en las relaciones interétnicas y sus implicancias en la desigualdad y la cohesión social (Cohen *et al.*, 2004; Morales y Kleidermacher, 2015). Partiendo de las representaciones, Kleidermacher, Abiuso y Lanzetta (2024) muestran distintas facetas de los vínculos cotidianos entre nativos y migrantes en las escuelas, consideradas como un ámbito de sociabilidad entre los estudiantes y de ellos con los adultos a cargo. Las representaciones y los discursos basados en estereotipos discriminatorios no son exclusivos de los jóvenes nativos, sino también pueden encontrarse más sutilmente en discursos de la escuela como institución, a través de sus docentes y personal directivo, con efectos en los vínculos.

Los estudios sobre géneros y sexualidades hicieron aportes variados sobre temas relativos a la sociabilidad, como las redes de cuidados, el poder en la vida cotidiana o las normas de género en los erotismos (Branz, 2015; Meccia, 2019; Zibecchi, 2022). Sobre las relaciones de pareja, las investigaciones clásicas señalaron la prevalencia de la homogamia de clase social, pero también la relevancia teórica y estadística de las parejas heterogéneas en clase social (Gómez Rojas, 2007). Con los avances en el reconocimiento de la diversidad sexual y la cuarta ola feminista, fueron transformándose las maneras de vincularse, los lugares de encuentro y emergen nuevas tendencias en las búsquedas sexoafectivas de mujeres y diversidades sexuales (Marentes, 2022; Felitti y Palumbo, 2024), que también impactan en la construcción de la heterosexualidad en los varones jóvenes y que se reflejan, por ejemplo, en los discursos en internet dirigidos a este público (Pérez Ripossio y Seid, 2024).

Por último, pueden mencionarse los trabajos sobre la digitalización de la sociabilidad. Varios autores (Winocur, 2009; Lemus, 2017;

Linne, 2022) se han encargado de estudiar cómo los espacios virtuales (redes sociales, aplicaciones, juegos *online*) generan transformaciones significativas en los vínculos, introduciendo diferentes lógicas —en ocasiones, lúdicas— en la construcción y/o disolución de las relaciones, principalmente entre los jóvenes. Lago Martínez, Gala y Samaniego (2024) indagaron los sentidos que docentes y estudiantes confirieron a sus prácticas educativas ante la digitalización de la enseñanza universitaria en la pandemia, con énfasis en la sociabilidad y los lazos afectivos desarrollados en las plataformas. Achilli (2022) reflexiona que con la expansión de los procesos de conectividad remota y de comunicación mediada por tecnologías (internet, redes sociales, celulares) se hizo más necesaria la reflexión teórica sobre la cotidianeidad, en tanto estos procesos “generan una modificación y aceleración del tiempo y del espacio cotidiano” (p. 16), produciendo superposiciones espaciotemporales y “una dilución de fronteras cotidianas que nos induce a repensar la noción de contexto desde estas conectividades virtuales” (p. 16).

Diversos trabajos han abordado la construcción de subjetividades en relación con la digitalización de la vida cotidiana (Sibilia, 2005; Costa, 2021). Grimson (2024) sostiene que los vínculos sociales se han visto profundamente transformados por la revolución global de la comunicación impulsada por las TIC, la *smartphonización* y las redes sociales. Propone el concepto de neoindividualismo para describir la nueva subjetividad promovida por el microemprendedurismo, las tecnologías digitales y las estructuras individualizantes de las economías contemporáneas. Otra serie de trabajos se centraron en las subjetividades políticas, con el propósito de analizar el ascenso de la ultraderecha (Stefanoni, 2021; Vázquez, 2023; Semán, 2023). En estas investigaciones, la virtualización de la vida cotidiana y el uso de redes sociales, aplicaciones y sitios de internet ocupan un lugar central para comprender fenómenos como la polarización política, el ascenso del antiprogresismo, las reacciones antifeministas y la emergencia de nuevas sensibilidades autoritarias.

REFLEXIONES FINALES

El concepto de sociabilidad ha llamado la atención de diversos autores en las ciencias sociales. La definición clásica de Simmel la concibe como una forma social despojada de intereses materiales, en la que la interacción es un fin en sí mismo. Pero en otros autores pueden encontrarse elementos para otras nociones y dimensiones de la sociabilidad, entendida como interacciones en la vida cotidiana, como entramados de vínculos que asumen configuraciones diversas en cada contexto o como un componente básico de todo colectivo que adopta formas específicas en cada uno.

En América Latina y en Argentina, infinidad de investigaciones abordan espacios de sociabilidad particulares o se ocupan de temas como las redes personales, el capital social o los tipos de vínculos. Las sociabilidades latinoamericanas han sido imaginadas como especialmente heterogéneas, híbridas y con implicancias dispares respecto de la desigualdad social. En Argentina, con el retorno de la democracia en los años ochenta, se señaló que indagar en la sociabilidad cotidiana podría constituir un modo de analizar la inercia de sustratos autoritarios y comprender lo ocurrido durante la dictadura desde una lente complementaria a los análisis centrados en el Estado. En los noventa, el foco se desplazó hacia los efectos del neoliberalismo, analizando la desigualdad, la polarización social y nuevas formas de sociabilidad en contextos de exclusión, como la que tenía lugar en barrios carenciados o en urbanizaciones privadas.

En este siglo, algunas investigaciones destacaron la importancia de las relaciones barriales y familiares en los sectores populares, mientras que observaron que en sectores medios tienen más peso relativo los vínculos electivos forjados en ámbitos laborales, de estudio o por internet. Estudios recientes han abordado la composición de entornos cercanos, confirmando la prevalencia de la homofilia (vínculos entre personas con similares características sociales) y la influencia de factores como clase, género y edad en la configuración de redes personales. Además, se ha investigado bastante la sociabilidad en relación con lo político, en fenómenos como el clientelismo o las movilizaciones sociales, así como en otros contextos cotidianos como escuelas, búsquedas sexoafectivas y el mundo digital.

En las últimas décadas, la sociabilidad pudo haberse transformado en la dirección de un modelo neoliberal. Un tipo ideal de sociabilidad neoliberal podría pensarse como compuesto por vínculos electivos con alta rotación, prevalencia de vínculos instrumentales y en situaciones de consumo, lealtad a grupos primarios reducidos y desconfianza hacia lo colectivo. La digitalización de la vida cotidiana, con la difusión de dispositivos móviles y aplicaciones, parece haber reforzado estas tendencias. Las plataformas digitales, como las redes sociales y aplicaciones de mensajería, han transformado cualitativamente los vínculos, introduciendo lógicas lúdicas o *gamificación* en la formación y disolución de relaciones. Sin embargo, en lugar de generar nuevos contactos entre personas de diferentes clases sociales o ideologías, la sociabilidad digital puede reforzar la homofilia, el tribalismo y prevenir interacciones cara a cara entre quienes perciben sus diferencias de antemano.

En lo político, la sociabilidad ha sufrido cambios significativos. Mientras que en el pasado las acciones colectivas de los sectores subalternos se basaban en la copresencia física, como reuniones en

sindicatos o protestas callejeras, hoy la organización política depende en gran medida de la sociabilidad digital. Esta nueva dimensión, con su lógica *gamer* y la interacción entre humanos y máquinas, plantea nuevos desafíos para el conflicto de clases y las acciones colectivas. Un ejemplo es la organización de los trabajadores de plataformas digitales, desde repartidores a domicilio hasta quienes venden contenido erótico por internet, cuyas experiencias y restricciones requieren un análisis conjunto de sociabilidad, digitalización y mercado.

Por su parte, la masificación del feminismo, la popularización de la perspectiva de género y la apertura a la diversidad sexual introdujeron cambios significativos en las pautas de sociabilidad. Nuevas definiciones de situación, como el lenguaje inclusivo, las identidades no binarias y las relaciones sexoafectivas menos rígidas y naturalizadas que en el pasado, han transformado las normas relativas a los vínculos, los cuerpos y el cortejo. Sin embargo, estas novedades enfrentan resistencias conservadoras, como el *backlash* antifeminista, que ha generado discursos estigmatizantes y de revancha patriarcal. Una línea de investigación relevante sería analizar qué conquistas feministas perduran en épocas de reacción y qué comportamientos conservadores persisten como continuidades históricas.

Para finalizar, podemos afirmar que la investigación sobre las relaciones cotidianas es una tarea inagotable que permite desarrollar la imaginación sociológica, identificar mecanismos y efectos micro-sociales de las desigualdades y comprender procesos históricos desde dentro. Los problemas públicos pueden ser reexaminados desde el punto de vista de los vínculos cotidianos. El capital social puede ser una dimensión necesaria en los debates sobre cómo superar algunas restricciones al desarrollo económico. El estudio de las transformaciones de los vínculos personales puede brindar claves para políticas eficaces para combatir la violencia contra mujeres y minorías, o para abordar la soledad en adultos mayores. El análisis de escenas cotidianas puede brindar elementos para diagnosticar el sustrato de los nuevos autoritarismos que amenazan la democracia, o los tribalismos dogmáticos que traspasan el mundo digital. La sociabilidad cotidiana siempre ofrece matices valiosos para completar el cuadro de época, cuando resulta tan cierta la hipótesis del avance de la crueldad como la persistencia de la solidaridad y de la alegría de la vida en común.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Achilli, Elena (2022). Hacer antropología y transformaciones del contexto pandémico. En Mariano Gil; Eliana Maiolino; Lucas Biagetti y Noelia Martínez (Comps.), *Reflexividad sobre los procesos de investigación en pandemia*. UNR Editora – CEACU Ediciones.
- Adler de Lomnitz, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo Veintiuno Editores.
- Agulhon, Maurice (2009). *El círculo burgués*. Siglo Veintiuno Editores.
- Auyero, Javier (1996). *Me manda López: la doble vida del clientelismo político*. CAAP.
- Barozet, Emmanuelle (2006). El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile. *Revista de Sociología*, (20), 69-96.
- Ben, Pablo (2005). *El nacimiento del organismo social argentino*. En X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral.
- Branz, Juan Bautista (2015). Ser macho y jugar al rugby. Estudio sobre masculinidades y sociabilidad entre hombres de sectores dominantes de la ciudad de La Plata. *Masculinities and Social Change*, 4(3), 298-320.
- Cervio, Ana Lucía y de Sena, Angélica (2017). Desconfianza y programas sociales en contextos urbanos: Algunas “escenas” en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En Margarita Camarena Lhurs (Coord.), *Vida y vivencia en las ciudades hoy* (pp. 95-132). Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Sociales.
- Chapman Quevedo, Willian (2015). El concepto de sociabilidad como referente del análisis histórico. *Investigación y Desarrollo*, 23(1), 2-37.
- Cohen, Néstor; Carballude, Ana María; Malegaríe, Jessica; Pérez, Fernando y Santamaría, Roxana (2004). *Puertas adentro: la inmigración discriminada, ayer y hoy*. IIGG.
- Costa, Flavia (2021). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Taurus.
- De Grande, Pablo (2019). Las relaciones interpersonales en la teoría social. En Pablo de Grande, *Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual*. Ediciones Universidad del Salvador.
- De Grande, Pablo (2015). Estructura social y sociabilidad: ¿son desiguales las redes personales? *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 26(2), 15-39.

- Devoto, Fernando y Madero, Marta (1999). *Historia de la vida privada en la Argentina*. Taurus.
- di Napoli, Pablo (2017). Sociabilidades escolares. Un análisis de los sentidos que los estudiantes secundarios le otorgan a los vínculos de amistad, compañerismo y noviazgo entre pares. En Orce, V. (Comp.), *La educación como espacio de disputa: miradas y experiencias de los/las investigadores/as en formación*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Elias, Norbert (1982). *Sociología fundamental*. Gedisa.
- Elias, Norbert (1990). *La sociedad de los individuos*. Península.
- Fairchild, Henry (1949). *Diccionario de Sociología*. Fondo de Cultura Económica.
- Feldman, Silvio y Murmis, Miguel (2002). Formas de sociabilidad y lazos sociales. En Luis Beccaria et al. (Eds.), *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Biblos.
- Felitti, Karina y Palumbo, Mariana (2024). *Promesas de la revolución sexual. Mercado del sexo y del amor en tiempos feministas*. Prometeo.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2014). *Ni punteros ni piqueteros: Urbanización y política en una villa del conurbano*. Gorla.
- Forni, Pablo y Nardone, Mariana (2005). Grupos solidarios de microcrédito y redes sociales: sus implicancias en la generación de capital social en barrios del Gran Buenos Aires. *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, (9), 1-25.
- Frisby, David (1993). *Georg Simmel*. Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, Néstor (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- Gayol, Sandra (2000). *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés, 1862-1910*. Ediciones del Signo.
- Gayol, Sandra (2008). Sociabilidad. En Hugo Biagini y Arturo Roig, *Diccionario del pensamiento alternativo*. Biblos.
- Gómez Rojas, Gabriela (2007). ¿Cómo se construyen las parejas? Entre las diversas formas del amor y los límites de la clase social. *Revista Científica de UCES*, 11(2), 62-75.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar (2008). La “sociabilidad” y la historia política. En Erika Pani y Alicia Salmerón (Coords.), *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje* (pp. 419-460). Instituto Mora.
- Grimson, Alejandro (2024). *Los paisajes emocionales de las ultraderechas masivas: ¿La gente vota contra sus intereses?* Editorial Universidad de Guadalajara / CALAS.

- Gurvitch, Georges (1941). *Las formas de la sociabilidad: ensayos de sociología*. Losada.
- Gutiérrez, Alicia (2007). *Pobre'... como siempre: Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Ferreyra.
- Kessler, Gabriel (1998). Lazo social, don y principios de justicia: sobre el uso del capital social en sectores medios empobrecidos. En Emilio de Ípola, *La crisis del lazo social, Durkheim cien años después*. Eudeba.
- Kessler, Gabriel (2004). De proveedores, amigos, vecinos y barderos: acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires. *Desacatos*, (14), 60-84.
- Kessler, Gabriel y Piovani, Juan Ignacio (2024). Sociología de los entornos cercanos. Redes personales y capital social en la Argentina. *Población y sociedad*, 31(1), 133-161.
- Kleidermacher, Gisele; Abiuso, Federico y Lanzetta, Darío (2024). Análisis de la nacionalidad más discriminada y los motivos. En Gisele Kleidermacher (Ed.), *¿Discriminamos a las personas migrantes? Representaciones de estudiantes y personal directivo en escuelas de la Ciudad de Buenos Aires*. IIGG-Agencia.
- Lago Martínez, Silvia; Gala, Romina y Samaniego, Flavia (2024). Educación virtual: narrativas de docentes y estudiantes de la Universidad de Buenos Aires post pandemia. *Cuadernos de Investigación Educativa*, 15(2), e206.
- Lechner, Norbert (1988). *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política*. Fondo de Cultura Económica.
- Lemus, Magdalena (2017). Jóvenes frente al mundo: Las tecnologías digitales como soporte de la vida cotidiana. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(1), 161-172.
- Linne, Joaquín (2022). Entre afectos y algoritmos. Jóvenes, tecnologías y afectividad. *Revista de la Carrera de Sociología*, 12(12), 719-743.
- Losada, Leandro (2006). Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930). *Desarrollo Económico*, 45(180), 547-572.
- Maldonado, Mónica (2005). Noviazgo, emotividad y conflicto. Relaciones sociales entre alumnos de la escuela media Argentina. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 10(26), 719-737.
- Marentes, Maximiliano (2022). Seducir, levantar, estabilizar: amor y política entre varones gays argentinos. *Debates en Sociología*, (54), 213-247.
- Margulis, Mario (1997). *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Biblos.

- Meccia, Ernesto (2019). *Del Broadway gay a la ciudad gayfriendly. Mutaciones de la sociabilidad gay y del espacio urbano en Buenos Aires*. En XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Merklen, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina, 1983-2003*. Gorla.
- Morales, Orlando y Kleidermacher, Gisele (2015). Representaciones de migrantes senegaleses en la sociedad porteña de Buenos Aires: apuntes sobre exotismo y exotización. *Etnográfica. Revista do Centro em Rede de Investigação em Antropologia*, 19(1), 29-50.
- Nemcovsky, Mariana (2022). Procesos educativos y experiencias familiares de jóvenes en contextos de pobreza y violencias urbanas en la ciudad de Rosario, Argentina. Una reflexividad teórico-conceptual. *Espacios en blanco. Revista de Educación*, 1(32), 151-162.
- Núñez, Pedro y Litichever, Lucía (2015). *Radiografía de la experiencia escolar. Ser joven(es) en la escuela*. Grupo Editorial Universitario.
- O'Donnell, Guillermo (1984). *¿Y a mí, qué me importa?: notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*. Kellogg Institute.
- O'Donnell, Guillermo (1997). Democracia en la Argentina: micro y macro. En *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Paidós.
- Paulín, Horacio (2015). "Ganarse el respeto". Un análisis de los conflictos de la sociabilidad juvenil en la escuela secundaria. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 20(67), 1105-1130.
- Perez Ripossio, Ramiro y Seid, Gonzalo (2024). La atracción inducida: discursos de "expertos en seducción" en Internet para varones heterosexuales. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (45), 9-21.
- Reguillo, Rossana (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos: Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, 18(36), 63-74.
- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Ariel.
- Semán, Pablo (Coord.) (2023). *Está entre nosotros: ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Siglo Veintiuno Editores.
- Sibilia, Paula (2005). *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Fondo de Cultura Económica.
- Simmel, Georg (1997). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Alianza Universidad.
- Simmel, Georg (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Gedisa.

- Stefanoni, Pablo (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Siglo Veintiuno Editores.
- Svampa, Maristella (2002). Las nuevas urbanizaciones privadas. Sociabilidad y socialización: la integración social hacia arriba. En Luis Beccaria *et al.*, *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Biblos.
- Svampa, Maristella, y Pereyra, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Biblos.
- Tomasini, Marina y Bertarelli, Paula (2014). Devenir mujeres en la escuela: Apuntes críticos sobre las identidades de género. *Quaderns de Psicologia*, 16(1), 181-199.
- Vázquez, Melina (2023). “Ahora es nuestro tiempo”. Activismos juveniles en las nuevas derechas durante la pandemia (Argentina, 2020-2022). *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, 23(82), 117-137.
- Vega Torres, Daniel (2015). Análisis del concepto de sociabilidad en las ciencias sociales. *Revista Abra*, 35(51), 1-11.
- Vommaro, Gabriel (2007). “Acá no conseguís nada si no estás en política”. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política. *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 161-178.
- Winocur, Rosalía (2009). *Robinson Crusoe ya tiene celular*. Siglo Veintiuno Editores.
- Zibecchi, Carla (2022). ¿Nuevas formas de sociabilidad y politicidad en torno a los cuidados? Los movimientos sociales desde la perspectiva de los cuidados. *La ventana. Revista de estudios de género*, 6(55), 370-400.

Magdalena Felice

LAZOS, AFECTOS Y DESEOS JUVENILES EN TORNO AL HOGAR PROPIO

INTRODUCCIÓN

Un grupo de amigos, reunidos alrededor de una mesa, comparten cervezas mientras preparan un asado en la terraza de un PH remodelado del barrio de Villa Crespo. Una joven de 24 años les cocina a sus dos hijos en la pieza del segundo piso que su suegra le prestó en Ciudad Oculta, mientras espera su turno para bañarse en la planta baja. Un padre le presta a su hija, recién graduada y sin trabajo, el departamento de tres ambientes en Caballito que hasta hace poco le alquilaba a una familia. Una cortina y un placard aíslan la vida doméstica de una pareja de 20 años que, junto a su hijo de dos, miran la tele en la cama, mientras la familia celebra en la sala el cumpleaños de una vecina del barrio. Una joven de 26 años regresa a la madrugada a su monoambiente de Almagro buscando algo para picar en una heladera que le recuerda una tarea pendiente: ir al supermercado. Un joven de 27 encarga un juego de llaves para su novia, antes de buscar la ropa lavada por lo de su mamá. Otro joven está arreglando el techo que estropeó el último temporal, mientras su pareja ordena la mercadería que trajeron del Mercado Central y sus hijos juegan a la pelota en la calle de tierra a la que da la casa, situada a diez kilómetros de la estación de Moreno. La música suena fuerte en la pieza de un hotel-pensión de La Boca que un joven de 21 años acaba de alquilar con el primer sueldo de un trabajo “en blanco”. ¿Qué tienen en común estas escenas de la vida cotidiana tan diversas? ¿Son simples anécdotas individuales o existe una experiencia compartida que atraviesa las vidas de estos jóvenes, aun con sus diferencias?

Este capítulo se interesa por la dimensión habitacional de los procesos de construcción de autonomía juvenil. Para los y las jóvenes de generaciones recientes la salida del hogar de origen y la formación de un hogar propio se presenta como un proceso complejo, lento y accidentado. Por una parte, la llegada a una vivienda es un camino cada vez más sinuoso y esquivo debido a las dificultades para conseguir un empleo estable y las restrictivas condiciones del mercado habitacional en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Las propiedades son inaccesibles en relación con los ingresos medios y ante la ausencia de créditos hipotecarios viables; alquilar en el mercado formal se ha tornado una odisea frente al aumento de los precios y los requisitos exigidos por los propietarios, fenómeno que ha tenido su correlato en el mercado informal, donde los precios se incrementan al calor del crecimiento de la demanda; y la opción de edificar resulta costosa por los elevados precios de los materiales y la escasez de terrenos disponibles (Baer y Kauw, 2016; Belli, 2018; Bercovich y Alvaredo, 2024; Rodríguez, Rodríguez y Zapata, 2018). A estas dificultades se suman las mayores limitaciones que enfrenta la población juvenil respecto de la adulta para insertarse en empleos formales, con acceso a la protección social, lo que también restringe sus oportunidades económicas (Arancibia y Miranda, 2021; Busso y Pérez, 2019; Longo y Busso, 2017).

Por otra parte, durante las últimas tres décadas se ha consolidado una cultura más individualista que privilegia el desarrollo personal y la autorrealización frente al logro familiar, y se han flexibilizado los mandatos culturales tradicionales referidos a la afectividad, la sexualidad, la pareja y la familia, con notables efectos en las maneras de relacionarse y de formular proyectos vitales. La experimentación en los vínculos sexoafectivos se ha tornado más frecuente y aceptada, se ha postergado la maternidad/paternidad —e incluso extendido la opción por la no maternidad/paternidad— y emergen arreglos de convivencia que no se limitan a la forma familiar (Binstock, Cabella y Wierna, 2021; Linne y Angilletta, 2023; Palumbo, 2019; Zicavo, 2013).¹

¿Cómo experimentan los y las jóvenes la salida del hogar de origen y la formación de un hogar propio? ¿Qué formas adopta el acceso a una vivienda? ¿Con qué recursos cuentan y cómo los movilizan? ¿Qué rol cumplen los lazos de amistad y de pareja en este proceso? ¿Qué deseos y expectativas se articulan en torno al hogar propio? Desde una estrategia metodológica cualitativa-interpretativa, este capítulo analiza cómo un grupo heterogéneo de jóvenes del AMBA construye un espacio

1 A modo ilustrativo, según los datos del Registro Civil de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en 2023 nacieron 43.075 bebés, lo cual implica 33.226 nacimientos menos que en 2016. Esto marca una baja en la natalidad del 43%, una tendencia que se profundiza y alcanza el 48% en 2024.

propio, considerando las formas de conseguir un lugar donde habitar y los sentidos atribuidos al hogar propio.

Aquí se recogen resultados de una investigación basada en cuarenta y un entrevistas en profundidad realizadas a varones y mujeres entre los 20 y los 29 años, pertenecientes a los sectores medios y los sectores populares del AMBA.² Recuperando los aportes de otros estudios (Benza, 2016; Sautu, 2016), para la selección de los informantes se consideró el nivel educativo formal y el capital educativo de la familia de origen, así como la situación laboral y el tipo de ocupación del joven y su familia de origen, como criterios proxy del nivel socioeconómico. Se definió a los “jóvenes de sectores medios” como aquellos que han alcanzado un nivel educativo mayor al del colegio secundario completo, cuyos padres poseen trabajos de media o alta calificación y cuyo nivel educativo también es igual o superior al del colegio secundario completo. A su vez, se estableció como “jóvenes de sectores populares” a quienes poseen un nivel educativo menor o igual al del secundario completo, y en ocasiones son primera generación de estudiantes universitarios, que se desempeñan en empleos de baja calificación o informales (inestables y precarios — sin derechos o seguridad social—), aunque este criterio laboral ha sido flexible según las características particulares del caso. Respecto a sus padres, se utilizó como criterio que hayan alcanzado un nivel de estudios menor al de secundario completo y sean inactivos, estén desempleados o posean empleos de las mismas características que los y las jóvenes.³

El capítulo se organiza de la siguiente manera. En el primer apartado presento el enfoque desde el cual se aborda la relación entre juventudes y vivienda en el marco del proceso de la transición habitacional. En el segundo exploro las formas de conseguir un lugar donde habitar, teniendo en cuenta los vínculos afectivos que intervienen, los recursos movilizados y las modalidades que adopta ese espacio. En el tercer apartado analizo los sentidos atribuidos al hogar propio, en relación con los deseos y expectativas en torno a la autonomía. Finalmente, en las conclusiones, reflexiono sobre los modos distintos y desiguales de ser jóvenes a partir de las experiencias habitacionales indagadas en sectores medios y sectores populares.

2 Se trata de una investigación realizada en el marco de la tesis de doctorado en Sociología, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (EIDAES), Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). La investigación fue financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) entre 2013 y 2018 con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, y actualmente continúa en el Instituto de Cultura Popular de la Universidad Nacional del Oeste.

3 Cabe advertir que si bien la polaridad “sectores medios” y “sectores populares” no da cuenta de situaciones intermedias, sí constituye —como demostraron estudios previos— un buen punto de partida para explorar con mayor nitidez las semejanzas y diferencias en las experiencias de transición habitacional.

LA DIMENSIÓN HABITACIONAL DE LAS TRANSICIONES JUVENILES

En la experiencia juvenil la vivienda adquiere un papel central en la configuración subjetiva dado que se vincula con la salida del hogar de origen y la formación de un hogar propio, un aspecto fundamental del proceso de transición hacia la autonomía que atraviesan los sectores jóvenes. La cuestión de las transiciones juveniles remite al proceso a través del cual los individuos van adquiriendo mayor autonomía en distintos ámbitos de la vida social (Mora Salas y de Oliveira, 2014; Saraví, 2009). Estas transiciones han involucrado típicamente el pasaje entre el estudio y el empleo, la salida del hogar de origen y la formación de un hogar propio, la conformación de la pareja y la llegada de los hijos/as.

Durante las últimas tres décadas, las transiciones juveniles se han visto profundamente alteradas. Las trayectorias biográficas de las generaciones recientes dejaron de ajustarse al modelo tradicional (caracterizado, en parte, por el solapamiento entre la transición familiar y residencial) y se registran trayectorias con frenos, vueltas, idas y venidas (Jacinto, 2018; Miranda, 2015; Urresti, 2011). La finalización de los estudios, la estabilización de las carreras laborales y la conformación de una pareja y una familia ya no constituyen trayectos lineales, estables y predecibles. En la actualidad emergen nuevas formas de construir la autonomía o, también, nuevos modos de ser joven y hacerse adultos.

Los procesos mencionados adquieren notorias diferencias según la condición de clase y de género. Saraví (2009) alude a las “experiencias de la juventud” para referirse a la heterogeneidad y diversidad en que se experimentan las transiciones, en tanto están sujetas a los procesos de desigualdad social. De acuerdo con el autor, “la forma en que se experimente la juventud dependerá (y variará) sustancialmente de la estructura de oportunidades y constreñimientos a la que se enfrenten los sujetos, como así también del portafolio de activos o recursos de que dispongan” (p. 39). Además, en sociedades fuertemente desiguales, como la argentina, se destaca la relevancia de la familia como estructura de apoyo fundamental, ante la debilidad del Estado en cuanto a la formulación de políticas destinadas a la juventud. Según los recursos económicos, sociales, afectivos y culturales de los que disponga la familia de origen se configuran oportunidades y constreñimientos para la experiencia juvenil.

A diferencia de los procesos de transición educativa y laboral, la transición habitacional ha sido menos explorada por las ciencias sociales en el contexto nacional. Como consecuencia, es limitado lo que sabemos sobre los modos en que los y las jóvenes acceden a una vivienda y habitan el espacio doméstico al emprender la salida del hogar de origen. Al acercarme a la problemática, la revisión bibliográfica fue

fundamental para adoptar decisiones conceptuales que no limitaran el objeto de estudio y permitieran dar cuenta de su complejidad, considerando las particularidades del contexto argentino.

Por una parte, los estudios sobre transiciones juveniles enfatizaban las diferencias en las modalidades y velocidad de acuerdo con las presiones materiales y las pautas culturales a las que se esté expuesto. Por un lado, los y las jóvenes de sectores medios y medios-altos postergan su ingreso a las obligaciones que habitualmente corresponden a un adulto, tales como el trabajo y la familia propia, a la vez que permanecen durante más tiempo en el sistema educativo (Binstock, Cabella y Wierna, 2021; Busso, 2020; Corica y Otero, 2017; Jacinto, 2018). Por otro lado, entre los y las jóvenes de sectores populares resulta habitual que haya interrupciones en la formación educativa, inserciones tempranas en el mercado laboral y compromisos familiares a menor edad (Busso y Pérez, 2019; Corica, Otero y Merbilhaa, 2022; Lupica y Cogliandro, 2013; Miranda y Arancibia, 2017).

Esto me llevó a problematizar la definición de juventud exclusivamente como etapa de transición que finalizaría con el logro de la emancipación familiar plena y cuya concreción estaría vinculada al acceso a una nueva vivienda.⁴ Recuperando un enfoque sociocultural e histórico de las edades, adopté una definición de juventud que, anclada en la noción de experiencia, articula una doble concepción: como “moratoria vital” y “moratoria social” (Margulis y Urresti, 1996). Mientras la “moratoria vital” alude a la juventud en tanto experiencia temporal e histórica particular, que involucra un “crédito temporal” o un “plus de tiempo por vivir” significativamente más extenso que el de las generaciones anteriores; la “moratoria social” refiere a un modo singular de ser joven, asociado a una pertenencia socioeconómica determinada (la de sectores medios y medios-altos), que se caracteriza por atravesar un período más prolongado dedicado a la capacitación, la experimentación y la preparación para el futuro.

Por otra parte, los estudios sobre las estrategias habitacionales de los hogares y familias evidenciaban las dificultades para acceder a la vivienda, los distintos tipos de espacios habitados y las articulaciones entre familias, ya sea para compartir la vivienda o para llevar una vida doméstica en común (Cosacov, 2017; Di Virgilio y Gil de Anso, 2012). En sectores populares, las investigaciones señalaban que resulta frecuente la convivencia de diferentes núcleos familiares en un mismo espacio, así como también la práctica de compartir una pieza en hoteles-pensión

4 La “sociología de la transición” define la juventud como un “tramo dentro de la biografía, que va desde la emergencia de la pubertad física hasta la adquisición de la emancipación familiar plena”, y que concluye con “... el acceso a un domicilio propio e independiente” (Casal *et al.*, 2006, p. 28).

o en villas entre varios miembros de la misma familia o entre distintas familias. (Comas y Marquez, 2017; Cravino, 2016; Di Virgilio, Brikman y Najman, 2010; Toscani, 2018). Esto me llevó a distanciarme de los enfoques que vinculaban la transición habitacional exclusivamente con el acceso a una nueva vivienda. Aunque reconocía la importancia de conseguir una vivienda en este proceso de transición, no quería partir del supuesto de la neolocalidad (que vincula un nuevo hogar con el cambio de residencia), ya que sospechaba que esto restringiría la captación de otras formas de habitar que podían ser significativas en las experiencias de los y las jóvenes, sobre todo de sectores populares.

Los abordajes socioculturales sobre el espacio y el habitar (Bonvalet y Dureau, 2002; Giglia, 2012) se revelaron como una herramienta fructífera para lograr este corrimiento, ya que me permitieron acercarme al hogar desde una concepción amplia que incluyera tanto una referencia al espacio —la vivienda— como al habitar —las “prácticas del espacio”—. Así como el espacio urbano no es un mero contexto de localización de las prácticas sociales, sino que los actores producen espacio en sus modos de usar y practicar la ciudad; planteo que los y las jóvenes forman un hogar propio al construir, practicar y significar un espacio habitacional. De este modo llegué a formular la expresión “construcción de un espacio propio”, cuya ambigüedad es intencional, para referirme al proceso de salida del hogar de origen y formación de un nuevo hogar.

FORMAS DE CONSEGUIR UN ESPACIO HABITACIONAL

Al indagar sobre la llegada a una vivienda en sectores medios, se advierte que estos jóvenes movilizan el patrimonio de la familia de origen (dinero o propiedades) y las asociaciones entre pares (amigos/as o parejas). El acceso a la propiedad sólo aparece como resultado del regalo directo de una vivienda por la familia de origen o del “credipapis”, como llamó una entrevistada a los préstamos monetarios de padres/madres a hijos/as, sin interés y con condiciones sumamente flexibles. En esta dirección también opera el préstamo de una vivienda. Mientras el regalo supone la tenencia como propietario, el préstamo establece una situación particular que denominé “ocupante preferencial” (Felice, 2017b). Con esta expresión se alude a aquel joven que habita una vivienda prestada por su familia y asume tal responsabilidad con una serie de beneficios económicos: no paga alquiler o abona un alquiler simbólico, no debe afrontar gastos de entrada al departamento, ni requiere contar con una garantía propietaria ni con un recibo de sueldo, entre otros. Así lo cuenta una de las jóvenes entrevistadas.

De entrada pensé en que, si me mudaba sola, no quería que fuera a alquilar porque tampoco tenía el ingreso que me permitiera

alquilar. Más bien, tenía que ser con mucha ayuda. (...) Laburaba con changuitas en consultoras y así sacaba más o menos lo básico que necesitaba. Después me ayudaba un poco mi vieja. Ese verano que me había decidido, cuando fui a verlo a mi viejo a Europa, le dije: “Yo lo que quiero como regalo por haberme recibido es que cuando se vayan los inquilinos de [la calle] Conde —que mi viejo tenía todavía este departamento y siempre había estado alquilado— que me lo des a mí en vez de volver a alquilarlo”. (Rocío, 27 años, sectores medios)

Para estos y estas jóvenes de sectores medios, la “entrada al alquiler” tampoco resultó sencilla; afrontarla involucró la movilización de regalos o préstamos monetarios de la familia o las asociaciones con amigos/as o parejas para compartir gastos y conseguir garantías propietarias. Estas experiencias evidencian que con los pares se comparte dinero, garantía propietaria, objetos de equipamiento, información, contactos, entre otros y, a la vez, que ellos mismos constituyen recursos para acceder a una vivienda. Del análisis de las entrevistas surge que los costos involucrados en el proyecto de salida de la casa de origen son discutidos y calculados entre amigos/as y parejas sobre la base de las posibilidades económicas de cada uno/a, y luego repartidos equitativamente. Una de las jóvenes entrevistadas cuenta que, junto con su novio, tenían el proyecto de irse a “vivir solos” y consideraron que lo mejor era hacerlo juntos; por un lado, porque se sentían bien como pareja y les gustaba la idea de “vivir juntos”; por el otro, había un “tema de gastos”: al irse juntos, ahorran dinero y evitaban el “doble alquiler” (Agustina, 27 años).

A diferencia de lo advertido en sectores medios, entre los y las jóvenes de sectores populares la vivienda independiente es sólo una de las formas que puede asumir el espacio propio y, en rigor, la menos frecuente. Las historias indagadas muestran que la salida del hogar de origen no implica necesariamente abandonar la vivienda parental; con frecuencia estos jóvenes logran construir un espacio propio a través de las prácticas del habitar, es decir, mediante los usos y apropiaciones que hacen de los espacios habitados. Tal como planteamos en otro trabajo (Felice, 2024), además de la vivienda independiente —o “espacio afuera”—, las historias relevadas permiten identificar dos modalidades alternativas a las que denominamos: “espacio adentro” y “espacio aparte”. Estas distinciones surgen de marcaciones que hicieron los y las jóvenes al describir sus experiencias habitacionales.

El “espacio adentro” alude a la conquista de un espacio habitacional en una parte de la vivienda familiar de origen, como resultado de una división material y simbólica con la ayuda de artefactos propios y objetos como puertas, paredes, cortinas o biombos. “Hicimos una

división con un mueble grande que tenía mi suegra apoyado en la pared (...) y así hicimos una pieza atrás del ropero. Con una cortina que dividía”, describe una de las jóvenes entrevistadas (Angie, 24 años). Para otra joven, la habitación en la casa de la suegra era su “hogar”; aunque compartían la cocina y el baño, ella, su pareja y sus dos hijos tenían una economía doméstica independiente (Jésica, 27 años). Según cuenta, la suegra “se cocinaba aparte”, comía por su cuenta y tampoco compartían la “mercadería”, sino que “cada cual tenía lo suyo”: “no consumíamos las mismas cosas, viste, aparte con los nenes son más gastos”.

En cuanto al “espacio aparte”, remite a un lugar físico propio edificado en un terreno compartido con la familia de origen. En el relato de una de las entrevistadas se traza una frontera entre un “abajo” y un “arriba”: la planta baja donde viven sus padres con su hermano, la planta de arriba donde ella armó su casa junto a pareja y su hija. “Vivimos juntos pero no tan juntos”, señala ella mientras cuenta que la “comida es aparte” y que tienen una economía doméstica propia. “Así que yo tengo lo mío... Todo independiente”, repite ella (Rubí, 25 años). Según relata, cuando quedó embarazada de su primer hijo, el padre les propuso a ella y su pareja construir arriba: “con mis papás hablamos y decidimos que lo mejor era poner plata y construir. (...) También para estar juntos porque mi hija es la primera nieta, así que ellos querían tenernos cerca”. Al contar el proceso de edificación, esta joven expresa sus deseos de independencia familiar:

Mi viejo quería, en el primer piso, hacer un cuarto para mi hermano, y yo decía “pero mejor hacele una individual”, porque no es lo mismo, digamos... Es como que por ahí hablamos o alguna cosa y mi hermano escucha, o yo escucho cosas de él. Entonces es raro eso. Entonces yo decía “mejor hagámosle aparte para él, arriba mío, cosa q él tenga su independencia, yo tengo la mía, y ustedes tienen la suya”, decía yo. (...) Así que yo tengo lo mío... todo independiente. Tiene la habitación la nena, tengo una habitación, hay cocina, baño y tiene una sala... Y aparte, abajo, ellos tienen su habitación, está mi hermano abajo... ¡todavía está mi hermano! (Rubí, 25 años, sectores populares)

Así, el principal recurso movilizado por los y las jóvenes de sectores populares para conquistar un espacio habitacional es la vivienda parental, con terreno disponible y arquitectura flexible. Cuanto mayor sea la posibilidad de modificar la casa de origen, mayor seguridad parece ofrecerles, porque podrá expandirse a medida que la vida familiar la coloniza y la desborda. Ahora bien, el terreno parental constituye un capital escaso que se va agotando a medida que es ocupado y habitado de generación en generación, de manera que el tamaño de la familia y su

composición son factores que condicionan su disponibilidad. Además, para edificar una casa propia hacen falta recursos económicos, que no siempre están disponibles, dados los empleos precarios e inestables de varios de estos jóvenes de sectores populares. En estas ayudas y distribuciones, las historias indagadas sugieren que tienen prioridad quienes han tenido hijos/as.

SENTIDOS EN TORNO AL HOGAR PROPIO

Al emprender la salida del hogar de origen, los y las jóvenes de sectores medios buscan construir un espacio donde experimentar, aprender a manejarse solos/as y practicar la independencia de horarios, hábitos, sexualidad y amistades, aun cuando en ocasiones recurran al sostén económico de sus padres/madres. El análisis de las entrevistas muestra que esta experiencia habitacional —solos/as, con amigos/as o en pareja— forma parte de un período de “inversión en vida”, categoría nativa que remite a la acumulación de experiencias que contribuyen a su desarrollo personal. Con crédito temporal y social, aunque sin créditos hipotecarios, estos/as jóvenes de sectores medios —solteros/as y sin hijos/as—, ante un futuro incierto e indefinido, están en “plan vivir”; sus evaluaciones económicas manifiestan valores de placer y disfrute en el presente, y no están dispuestos a sacrificar “vida”, esto es, vivencias que cultiven su autonomía y crecimiento personal. Tal como profundizamos en otro trabajo (Felice, 2017a), en el marco del proceso de salida del hogar de origen, incluso el alquiler puede formar parte de una “inversión en vida”.

[El alquiler] formaba parte de una inversión y no de un gasto. Digamos, invertir en vida, en individualidad, en autonomía y crecer en todos esos aspectos que por ahí estaba como muy apichonado todavía por este abrazo de los padres, digamos. Entonces fue como que en ese momento dije: “bueno, es plata, es verdad, pero es plata que yo invierto en crecer, en aprender a manejarme solo, a tener mi espacio”. Y no me arrepiento para nada de esa decisión. (Federico, 26 años, sectores medios)

Recibirse, tener un empleo con ingresos suficientes para iniciar y sostener un hogar son factores que pueden prolongar la convivencia en la casa parental, sobre todo en períodos de mayor desempleo y precariedad, pero lo cierto es que ninguno esperaba consolidar su profesión o establecer una familia propia como requerimientos para dejar el hogar de origen. Tal como lo expresa uno de los jóvenes entrevistados en el siguiente testimonio, la salida del hogar de origen es una experiencia vinculada con la autonomía que no tiene “nada que ver” con “querer una familia”, sino con una experiencia que lo hace “crecer”.

Cuando me fui de lo de mis viejos, sentí como una sensación de crecimiento personal. Fue como darme cuenta de que podía hacer eso. (...) Capaz me siento un poco más grande, porque antes era un nene, qué sé yo, llegar a casa y tener la comida hecha, la cama hecha, que te laven la ropa, que te la planchen, y ahora todo lo tiene que hacer uno. Entonces, como que uno dice, “bueno, crecí en cuanto a responsabilidad con respecto a la casa”. No es que ahora de repente voy a... qué sé yo, “quiero tener un hijo y una familia”. No. Eso no tiene nada que ver con vivir solo o con tus papás. Uno puede vivir con sus viejos y decir “me muero de ganas de tener un hijo”. Pero no... Yo en lo que cambié, sí, me di cuenta de que hay una determinada cantidad de cosas que antes no hacía y que ahora tengo que hacer y que están asociadas a una persona adulta, entonces... bueno, me tocó crecer. (Sebastián, 27 años, sectores medios)

Desligado de la formación de una familia, el proyecto de salida del hogar de origen puede involucrar arreglos de convivencia unipersonales (“vivir solo/a”) o entre pares, ya sea con amigos/as o en pareja. El hogar unipersonal se presenta como una fuente de aprendizaje y de oportunidades, un espacio de descubrimiento sobre uno mismo. Tanto mujeres como varones expresan el deseo de atravesar la experiencia de vivir solo/a como una suerte de aventura y cuenta pendiente que, de no probarla, se arrepentirían. Una de las entrevistadas, por ejemplo, relata que había considerado irse a vivir con su novio, pero priorizó la “experiencia de vivir sola” (Noelia, 26 años). Otra joven remarca que la salida del hogar de origen estaba cargada de “todas las expectativas que tenía también a nivel de la individualidad, de crecer yo misma” (Daniela, 27 años). En esta misma sintonía, uno de los entrevistados afirma que la experiencia de vivir solo/a es “algo que todos tienen que hacer”; por eso, aunque estaba de novio, eligió atravesarla:

Tener la experiencia de vivir solos es algo fantástico. Antes de irse a vivir en pareja, tener un tiempo de vivir solo. Y uno, aparte, se aprende a conocer más viviendo solo porque estás solo con vos y te das cuenta de algunas cosas que... o falencias que antes no las notabas tanto porque tenías otra gente que te acompañaba. (Andrés, 26 años, sectores medios)

La “casa de la amistad”, elocuente expresión de un entrevistado, puede ser leída como una casa de transición que les posibilita experimentar un hogar propio, aunque no sea el definitivo, formando una “familia *ad hoc*” con los amigos y amigas. En palabras de un entrevistado: “no es la que, obviamente, querré toda la vida, pero como para practicar para ese momento me parecía que estaba bueno también no irse solo-solo” (Nicolás, 24 años). Así la describe otro joven: “Es como vivir con

tus viejos, pero sin tus viejos... es como vivir con tus hermanos, digamos" (Federico, 27 años). Para otro joven esta casa era una "prueba": "quiero probar si soy capaz de hacerlo, si lo puedo hacer, si tengo la capacidad en este momento" (Tomás, 25 años). El siguiente testimonio de una entrevistada sintetiza el significado que asume este hogar en tanto espacio de aprendizaje, y la importancia de los/las amigos/as en cuanto soportes afectivos.

A mí me motivó el desafío de tener un espacio propio, y todo lo que eso implica: desde tener que arreglarse para trabajar y pagar las cuentas como también la... no sé, la soltura que tiene decidir tus propios horarios, decidir tus cosas, no tener que estar avisando a qué hora llegas [...]. Yo quería tener ese espacio de autonomía para poder divertirse, para poder crecer, aprender a estar con uno mismo [...]. Era todo un proceso de aprendizaje, era algo como muy nuevo. Y, nada, lo tomé con mucha alegría porque sabía que estaba con dos personas que compartían los mismos hábitos, entonces como que lo hacíamos todo en conjunto. Nos remamos [apoyamos], ¿viste?, por ahí alguno lo levantaba al otro si alguno se había tomado una cerveza de más y se había acostado tarde [risas]. (Noelia, 27 años, sectores medios)

En cuanto a la convivencia en pareja, el hogar se conforma como un espacio de experimentación sexoafectiva que se revela central en la consolidación de la pareja. Compartir un desayuno, cocinar juntos, mirar una serie, realizar compras en el supermercado son actividades cotidianas que van configurando una vida en común y ponen a prueba tanto la relación de noviazgo como la convivencia. En efecto, si bien la convivencia con la pareja resulta de un proyecto común, ésta no se asume como definitiva; antes que el resultado o producto de su formación, la convivencia es vivida como una etapa de construcción y consolidación del noviazgo. Así cuenta uno de los entrevistados cómo decidieron con su novia irse de sus hogares de origen a vivir juntos: "estábamos muy bien como pareja, sufríamos bastante la distancia y todo nos llevaba a eso. Yo quería irme de mi casa, a Cami le quedaba bien Capital y llegamos a la conclusión de decir: 'bueno, busquemos'" (Lucas, 27 años).

Así, el hogar propio —solo/a, con amigos/as, en pareja— articula los deseos de libertad y autonomía respecto de la familia de origen; "adueñarse" de su tiempo o personalizar sus rutinas son algunas de las búsquedas de estos jóvenes al dejar el hogar parental. Como fue planteado en un trabajo previo (Felice, 2018b), aunque la autoridad parental se ha flexibilizado, dando lugar a relaciones entre padres e hijos más democráticas y negociadas, lo cierto es que estos jóvenes de

sectores medios procuran un espacio físico para ampliar su espacio personal. En ese marco, el hogar propio opera como un mensaje para los adultos: es un signo de autonomía e independencia familiar; y, a su vez, se presenta para sí mismos y frente a sus pares como un espacio de autorrealización, de prueba de la “autonomía”, entendida como enfrentarse solos/as a los desafíos cotidianos.

Al adentrarnos en las experiencias de sectores populares también nos encontramos con deseos de autonomía respecto de la familia de origen. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en sectores medios, esa autonomía es concebida como una autonomía familiar, antes que personal. Entre estos jóvenes resulta frecuente que la formación de un hogar propio —en un “espacio adentro”, “aparte” o “afuera”— se enlace con la experiencia de la maternidad/paternidad (planificada o imprevista) y la conformación de un espacio familiar, de manera que se produce un solapamiento entre la transición habitacional y la transición familiar.

Para varios/varias jóvenes entrevistados/as, la necesidad de un espacio propio surge con la llegada de la descendencia. Una entrevistada, por ejemplo, cuenta que se fue de su hogar de origen cuando al enterarse de que estaba embarazada decidió “juntarse” con su novio en la casa de la suegra. Según señala, su papá es “muy a lo antiguo” y, de no hacerlo así, se enojaría (Jésica, 27 años). Otra joven también relata que con su novio decidieron “vivir juntos” cuando se enteraron del embarazo imprevisto. Si bien al principio los padres de esta joven se habían opuesto a la convivencia, la llegada de la hija movilizó el apoyo y la ayuda familiar, de hecho el padre de ella les propuso construir arriba. En cuanto a la familia del novio, la joven advierte que hasta la llegada de la hija tampoco habían apoyado la convivencia de la pareja. Según señala, porque “son muy de agarrarlo al hijo económicamente”; la joven destaca que el problema era que, al irse con ella, su pareja “se llevaba un sueldo”.

Mi marido, cuando él se fue, como que mi marido era un sostén económico, entonces... una vez que él se fue, ese sostén económico se fue también... Se fue un sueldo. Entonces como que eso les costó al principio y le seguían pidiendo. (...) Quizás ya cuando nació mi hija como que entendieron que la cosa ya no daba para más. Ahora ya es distinto, ya no lo hacen, no le piden. (Rubí, 25 años, sectores populares)

Así, tener un espacio propio significa contar con un lugar donde resguardarse de los controles de la familia de origen para conquistar independencia e intimidad con la pareja y los/las hijos/as. “Uno quiere lo suyo... Te molesta, ya te digo, todo, viste, ‘el casado casa quiere’, que dicen. O sea, hasta un tiempo, bueno, uno tolera, pero después se

cansa. Querés lo tuyo. Es tranquilidad”, señala una de las entrevistadas (Jésica, 27 años). Otro joven expresa: “uno quiere su espacio (...) Ahí está la teoría del ‘casado casa quiere’; y sí, casa quiere porque quiere su espacio, quiere su privacidad” (Marcelo, 27 años). En la misma sintonía, una joven señala: “yo quería independizarme, no quería que siga mi mamá manejando mi vida” (Evelin, 27 años). En su caso, optó por subalquilarle a la madre una de las piezas de la “casa estilo chorizo” donde habitaban; ella tenía un hijo de tres años y quería “darle lo mejor”, ya que con su mamá, el padrastro, la hermana menor y el nene vivían “todos juntos” en una misma “pieza”. Aunque mantuviera la cercanía física, el espacio propio le permitía restringir la intervención de su madre en torno a las prácticas económicas y domésticas, así como centrarse en su propio hogar, pues la liberaba de las tareas hogareñas que realizaba en su casa de origen, algo que también fue advertido reiteradas veces por varias entrevistadas.

Yo me voy a vivir a la pieza de al lado, quería mi privacidad. Eso era lo que por ahí mi mamá no entendía. (...) Yo quería vivir cómoda, quería mi comodidad, entonces yo ahí sentía que ya éramos muchos en esa pieza. Todo es con esfuerzo, yo entiendo eso, pero al tener mi hijo, uno desea darle lo mejor. Por eso yo me alquilo mi pieza aparte, ya que empecé a ganar mi propio dinero. (Evelin, 27 años, sectores populares)

Las historias indagadas complejizan las tendencias advertidas por los estudios sobre transiciones juveniles, en tanto evidencian un fuerte arraigo del patrón tradicional caracterizado por la simultaneidad entre transición familiar y habitacional. El hogar propio se configura como un nuevo ámbito familiar. Al pretender comprender la recurrencia de la formación de una familia como desencadenante de la salida del hogar origen, nos encontramos con una paradoja desde el punto de vista teórico: la formación de una familia propia —uno de los eventos identificados con la adultez— es, en rigor, lo que promueve y a la vez legitima la búsqueda de autonomía juvenil.

En este contexto económico y sociocultural, no habría lugar material ni simbólico para experimentar la transición habitacional como proyecto personal. Dada la escasez de recursos económicos, el hogar unipersonal no sólo resulta costoso y difícil de sostener en el tiempo, sino que, además, quien se va del hogar parental por un deseo personal es catalogado de “egoísta” y su salida es percibida como una suerte de “traición”. Esta valoración negativa del desarrollo de la individualidad puede comprenderse en el marco de las estrategias reproductivas de las familias de sectores populares. Los hijos y las hijas jóvenes ocupan un rol fundamental en la reproducción familiar de sectores populares, a

través del aporte monetario o el trabajo doméstico y de cuidado. Bajo estas dinámicas domésticas, parece haber un mensaje, en ocasiones latente y en otras explícito: la salida del hogar del joven es percibida como la “salida de un sueldo”.

En contrapartida, la llegada de la descendencia permite conquistar espacios propios porque torna aceptable la búsqueda de autonomía, intimidad y privacidad, y a la vez otorga beneficios concretos en cuanto a los espacios habitados y los modos de habitarlos. Cuando “tenés tus hijos”, como repiten varios/as jóvenes, los padres reconocen una “responsabilidad” que legitima “llevarte” el sueldo o, también, el trabajo doméstico a otro hogar. Además, la familia de origen exime a los jóvenes padres y a las jóvenes madres de la participación en la reproducción de la unidad doméstica; e incluso pone a disposición recursos económicos para construir un espacio propio. En este sentido, sugerimos que en sectores populares la formación de una familia propia aparece como un operador moral que invierte la carga negativa que tiene la búsqueda de autonomía personal.

REFLEXIONES FINALES

Las experiencias de transición habitacional de las generaciones recientes llevan la marca de este particular tiempo histórico y social en el que les toca vivir su juventud, aunque el impacto de este contexto depende de su condición socioeconómica. El proceso de construcción de un hogar propio opera sobre la base de desigualdades sociales que atraviesan la experiencia juvenil, a la vez que participa en su reproducción, ya que sus modalidades repercuten en el devenir de las trayectorias juveniles. En particular, la familia de origen se ha revelado central para comprender cómo los y las jóvenes dejan el hogar parental. Agente socializador y subjetivador fundamental, la familia no sólo transmite recursos económicos para conseguir un espacio habitacional, sino también modelos y mandatos sobre la afectividad y el habitar que estructuran las experiencias juveniles de transición habitacional.

En sectores medios, dejar el hogar de origen y formar un hogar propio es un proceso asociado a la búsqueda de crecimiento personal, al desarrollo de la individualidad y a la acumulación de experiencias. Las modalidades que adopta el espacio propio —solos/as, con amigos/as o en pareja— manifiestan la ruptura del patrón tradicional, que establecía el solapamiento de la transición habitacional con la transición familiar. Las trayectorias de estos/as jóvenes muestran que la experiencia habitacional forma parte de un período de “inversión en vida” que se conjuga con la experimentación tanto en términos educativos, laborales como afectivos, y que suele contar con el apoyo material y simbólico de las familias de origen. Así, el espacio propio se inscribe

en una etapa de experimentación, descubrimiento y cambio, en la que los lazos de amistad y de pareja cumplen un papel fundamental. Con crédito temporal y social, las casas de estos/as jóvenes son lugares de encuentro y espacios de sociabilidad donde pocas veces concurren los adultos; una suerte de laboratorios donde la autonomía y la amistad se ejercitan día a día.

En sectores populares, por el contrario, la transición habitacional mantiene un patrón tradicional: los y las jóvenes suelen transitar desde una casa familiar de origen hacia una casa familiar de destino. A diferencia de lo advertido en sectores medios, aquí la familia propia adquiere un lugar central en la cotidianeidad, lo cual implica mayores obligaciones para los y las jóvenes, porque a las responsabilidades que supone sostener un hogar se suman las de una familia con hijos/as. El carácter familiar que adopta el espacio propio entre estos jóvenes resulta comprensible atendiendo no sólo a factores económicos sino también culturales. En sectores populares, la búsqueda de autonomía individual adquiere una connotación negativa, a tal punto que el deseo de realización personal parece estar moralmente condenado. En cambio, la formación de una familia permite negociar espacios propios y ampliar márgenes de la vida personal respecto de la vida familiar de origen. En este sentido, planteo que si bien la llegada de los/las hijos/as reduce la moratoria social, dadas las responsabilidades que acarrea, en este sector se convierte en una herramienta para la construcción de autonomía juvenil.

El recorrido realizado en este capítulo contribuye a mostrar que el proceso de construcción de autonomía juvenil adquiere formas particulares en cada sector social y está moldeado por factores socio-económicos y culturales. En sectores medios, la autonomía concebida como realización personal es un imperativo moral que se logra sobre la base de la inversión de la familia de origen y el apoyo de los pares. En cambio, en sectores populares, la autonomía juvenil remite a la formación de la familia y, en rigor, es la familia propia lo que la torna moralmente legítima. Así, aun en su diversidad, las escenas recorridas muestran las peripecias de jóvenes que, al trazar fronteras y esbozar zonas propias, van fundando los cimientos de esa autonomía. Jóvenes hacedores que van construyendo espacios que los construyen y delineando un horizonte de múltiples independencias posibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arancibia, Milena y Miranda, Ana (2021). Trabajar en la intersección entre juventudes, pobreza persistentes y violencias cotidianas. En Ana Miranda, Fabiola Carcar y Carla Fainstein, *Sobre esquinas y puentes: juventudes urbanas, pobreza persistente y estrategias productivas comunitarias* (pp. 25-52). FLACSO Argentina.
- Baer, Luis y Kauw, Mark (2016). Mercado inmobiliario y acceso a la vivienda formal en la Ciudad de Buenos Aires, y su contexto metropolitano, entre 2003 y 2013. *Revista EURE*, 42(126), 5-25.
- Belli, Leandro Vera (2018). La comisión inmobiliaria a cargo del propietario. Análisis descriptivo respecto a las discusiones y regulaciones recientes el mercado de vivienda en alquiler. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (9), 197-213.
- Benza, Gabriela (2016). La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013. En Gabriel Kessler (Comp.), *La sociedad argentina hoy*. Siglo Veintiuno Editores.
- Bercovich, Fernando y Alvaredo, Constanza (2024). *Monitor de Acceso a la Vivienda. Ciudad de Buenos Aires, septiembre 2024*. Centro de Estudios Metropolitanos.
- Binstock, Georgina; Cabella, Wanda y Wierna, Carla (2021). Las mujeres que terminan su vida reproductiva sin hijos: evolución reciente en América Latina y el Caribe (1980-2010). *Población & Sociedad*, 28(1), 32-52.
- Bonvalet, Catherine y Dureau, Francois (2002). Los modos de habitar: decisiones condicionadas. En Françoise Dureau; Véronique Dupont; Éva Lelièvre; Jean-Pierre Lévy y Thierry Lulle (Coords.), *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional* (pp. 69-87). Alfaomega.
- Busso, Mariana y Pérez, Pablo (2019). El velo meritocrático. Inequidades en la inserción laboral de jóvenes durante el gobierno de Cambiemos. *Rev IISE*, 133-145.
- Busso, Mariana (2020). Estudiar y trabajar en Argentina. Un análisis de la situación laboral de jóvenes estudiantes de nivel superior universitario en el período 2008-2017. *Cuadernos de Economía Crítica*, (6), 69-91.
- Casal, J., García, M., Merino, R., y Quesada, M. Á. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers, Revista de Sociología*, 79(798), 21-48.
- Comas, Guillermina y Márquez, Agustina (2017). Estrategias residenciales y trayectorias laborales: el acceso a la vivienda en un barrio popular consolidado de la periferia del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Pampa*, 111-140.
- Corica, Agustina y Otero, Analía (2017). Después de estudiar estudio... Experiencia de jóvenes egresados de la escuela media. *Población & Sociedad*, 24(2), 33-64.

- Corica, Agustina; Otero, Analía y Merbilhaá, Jimena (2022). Transiciones educación-trabajo: un seguimiento de jóvenes egresados en el Gran Buenos Aires (Argentina). *Profesorado. Revista de Currículum y Formación del Profesorado*, (26), 1-22.
- Cosacov, Natalia (2017). El papel de la familia en la inscripción territorial. Exploraciones a partir de un estudio de hogares de clase media en el barrio de Caballito, Buenos Aires. *Población & Sociedad*, 24(1), 33-65.
- Cravino, María Cristina (2016). Desigualdad urbana, inseguridad y vida cotidiana en asentamientos informales del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Etnografías Contemporáneas*, 2(3), 56-83.
- Di Virgilio, María Mercedes; Brikman, Denise y Najman, Mercedes (2020). Los conflictos por el acceso a la vivienda en la era PRO en la Ciudad de Buenos Aires: Hitos contemporáneos en una tradición de más de un siglo. *Revista Estado y Políticas Públicas*, (15), 135-14.
- Di Virgilio, María Mercedes y Gil y de Anso, María Laura (2012). Estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Revista de Estudios Sociales*, (44), 158-170.
- Felice, Magdalena (2025). “Vivir aparte”: experiencias habitacionales de jóvenes de estratos bajos del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Territorios*, (52), 1-20.
- Felice, Magdalena (2018a). Dineros, afectos y significaciones: prácticas económicas en torno a la vivienda entre jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires. *Estudios Sociológicos*, 36(107), 311-334.
- Felice, Magdalena (2018b). Experiencias de formación de un hogar propio en jóvenes de estratos medios de la Ciudad de Buenos Aires. *Población & Sociedad*, 25(1), 45-74.
- Felice, Magdalena (2017a). “Invertir en vida”: Decisiones económicas y diferencias generacionales en torno a la vivienda en jóvenes de la ciudad de Buenos Aires. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (28), 193-212.
- Felice, Magdalena (2017b). La “casa de la amistad”: modos de construir y significar el hogar propio en jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires. *Revista Última Década*, 25(46), 117-146.
- Giglia, Angela (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Anthropos.
- Jacinto, Claudia (2018). Los mundos del trabajo en los procesos de inserción: tránsitos y quiebres entre la educación, formación profesional y trabajo. En Claudia Jacinto, *El secundario vale. Saberes, certificados y títulos técnicos en la inserción laboral de los jóvenes* (pp. 17-32). Miño y Dávila Editores.

- Linne, Joaquín y Angilletta, Florencia (2023). Pet families. Modos de leer nuevas formas de vivir juntos. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 41(123), 667-698.
- Longo, Julieta y Busso, Mariana (2017). Precariedades. Sus heterogeneidades e implicancias en el empleo de los jóvenes en Argentina. *Revista Estudios del Trabajo*, (53), 1-27.
- Lupica, Carina, y Cogliandro, Gisell (2013). *Cuadernillo estadístico de la maternidad n° 7. Maternidad en Argentina: aspectos demográficos, sociales, educativos y laborales: procesamiento de datos de la Encuesta Permanente de Hogares, INDEC. Período 2006-2012*. Observatorio de la Maternidad.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1996). La juventud es más que una palabra. En Mario Margulis, *La juventud es más que una palabra* (pp. 13-30). Biblos.
- Miranda, Ana (2015). *Sociología de la educación y transición al mundo del trabajo*. Teseo.
- Miranda, Ana y Arancibia, Milena (2017). Repensar el vínculo entre la educación y el mundo del trabajo desde la perspectiva de género: reflexiones a partir de un estudio longitudinal en el Gran Buenos Aires. *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 25(74), 1-22.
- Mora Salas, Minor y de Oliveira, Orlandina (2014). *Desafíos y paradojas: los jóvenes frente a las desigualdades sociales*. El Colegio de México.
- Palumbo, Mariana (2019). Búsquedas de vínculos eróticos y/o afectivos a través de las apps. Un estudio comparado entre la Ciudad de Buenos Aires y la Ciudad de México. *Mora*, 25(2), 1-3.
- Rodríguez, María Carla; Rodríguez, María Florencia y Zapata, María Cecilia (2018). Mercantilización y expansión de la inquilinización informal en villas de Buenos Aires, Argentina. *Revista INVI*, 34(93), 125-150.
- Saraví, Gonzalo (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. CIESAS.
- Sautu, Ruth (2016). La formación y la actualidad de la clase media argentina. En Gabriel Kessler (Comp.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 163-184). Siglo Veintiuno Editores.
- Toscani, María Paula (2018). Dinámica de los hoteles-pensión y los desalojos del barrio de Constitución. Aproximaciones desde la dimensión de poder. *Quid 16*, 139-152.
- Urresti, Marcelo (2011). Los jóvenes adultos: un síntoma de estos tiempos. *Encrucijadas. Revista de la Universidad de Buenos Aires*, (53), 20-25.
- Zicavo, Eugenia (2013). Dilemas de la maternidad en la actualidad. *La Ventana*, 38(4), 50-87.

Juan Bautista Ballestrin

LA ACCIÓN RECÍPROCA INSTRUMENTAL DEL CAPITALISMO DE PLATAFORMAS

INTRODUCCIÓN

El concepto de “capitalismo de plataformas” (Srnicek, 2018) designa el despliegue de empresas proveedoras de servicios, que ocupan una posición de intermediación y control entre los oferentes y demandantes de los mismos, a través del desarrollo de aplicaciones utilizables en *smartphones*, computadoras u otros dispositivos digitales. Ejemplos de estas empresas son *Uber*, *Cabify*, *Rappi*, *PedidosYa*, *Aliadas*, *Freelancer*, entre otras. Su común denominador es que ofrecen al público consumidor una *app* para solicitar viajes a domicilio, repartos de bienes, tareas de cuidado o limpieza, entrenamiento de inteligencia artificial, etc., acaparando plusvalía a partir de la explotación del trabajo de choferes, repartidores, personal de asistencia, etc. y transfiriendo valor a raíz del cobro de comisiones a los consumidores, comercios, etc. De manera reciente, este modelo económico ha sido caracterizado como un “mercados de múltiples lados” (Harracá, 2023, p. 24), dado que facilita el encuentro entre diversos actores (repartidores, comercios y clientes, por ejemplo) y supervisa la compraventa de sus servicios. Pero las plataformas no solo son “mercados”, sino que revisten una “forma organizacional particular” (p. 24), mediante la cual disponen de medios para coordinar las acciones de “múltiples agentes autónomos” (p. 24) hacia un objetivo compartido (por caso, adquirir una mercancía y que la misma sea enviada a domicilio).

Desde el punto de vista productivo, la división y el control del trabajo es realizada por sistemas algorítmicos, los cuales relevan a seres humanos en las posiciones de planeamiento y supervisión de

la producción. Concretamente, es un mismo sistema informático el que determina quién realiza cada viaje, reparto o tarea de cuidado, y el que controla la eficacia en la ejecución de piezas de trabajo. Este control se realiza mediante la evaluación de los grados de satisfacción de los consumidores y también sobre la base del conteo y la medición de velocidad de las actividades laborales. Esto ubica a los trabajadores en *rankings*, estableciendo posiciones que brindan o quitan beneficios temporales o remunerativos. Crucialmente, las plataformas apelan al cobro por pieza de trabajo como forma de remuneración, dado que esta es la manera más eficaz de producir las “intensificaciones laborales” adecuadas al modo de producción capitalista (Cant, 2020).

En intervenciones previas (Ballestrin, 2021; 2023), intenté fundamentar la relevancia que posee la obra de Georg Simmel para realizar una crítica del trabajo promovido por el “capitalismo de plataformas”. Por un lado, al tratarse de un proceso económico que suprime “supervisores” y los reemplaza por sistemas algorítmicos, el trabajador debe dialogar más con un sistema abstracto (interfaces de una app en un celular) que con otras personas para gestionar sus actividades, pasando a depender de dicho sistema (y no de otras personas) como medio de supervivencia, lo cual genera un territorio proclive al individualismo (o al “ser-para-sí individual” del que habla Simmel (2016, p. 347) cuando analiza las relaciones laborales modernas). Por otro lado, las plataformas combinan ciertas experiencias de libertad (la “flexibilidad horaria” para elegir turnos de trabajo) con el cobro por pieza de trabajo, elevando mucho la importancia de la ganancia monetaria como instancia de regulación de la cantidad de trabajo individual. Por último, configuran actividades plenamente atravesadas por el problema del tiempo y la aceleración: llevar una mercancía a domicilio, limpiar una casa, trasladar a alguien al aeropuerto, *taggear* imágenes, etc., son actividades que deben realizarse de la manera más eficazmente posible desde un punto de vista temporal bajo los imperativos de la producción capitalista. La despersonalización en la relación capital-trabajo en la Modernidad, la experiencia de una libertad “negativa” (carente de direcciones vitales y proclive a la carencia de sentido) que brinda el salario frente al pago en especie y el ritmo asimétrico y acelerado de la producción de capital son problemas que el clásico de la sociología desarrolla cabalmente en *Filosofía del dinero* (Simmel, 2016), y son los que he abordado en los artículos citados, tomando como referente empírico a las plataformas de reparto.

En el presente capítulo realizaré un abordaje similar, pero privilegiando los conceptos de “socialización” [*Vergesellschaftung*] (el cual equivale, con matices, a “acción recíproca” o “interacción”) y “sociabilidad” [*Geselligkeit*], cruciales en otras obras de Simmel (2002; 2014),

demostrando su potencial para el análisis de los tipos de interacciones que realizan los repartidores de *Rappi* y *PedidosYa* en sus jornadas de trabajo. En efecto, existirán situaciones de interacción entre los trabajadores (en plazas, centros comerciales y otras zonas de espera) y entre clientes y trabajadores, que son susceptibles de un análisis mediado por aquellas nociones. En torno de la relación entre trabajadores, el foco estará puesto en la existencia de relaciones sociales guiadas por intereses o por el placer de sociabilizar. En cuanto al vínculo entre trabajadores y clientes, el análisis radicará en los sentidos que se derivan de situaciones de interacción determinadas por asimetrías de poder. A modo de aclaración sobre este punto: si bien todos los agentes están subordinados a la plataforma, esta mantiene el control sobre qué puede y debe hacer cada uno en la situación de intercambio, siendo crucial observar que los clientes deben evaluar el desempeño de los trabajadores, pero no al revés. De resultas, existe una asimetría de poder de los primeros frente a los segundos, dado que una mala calificación tras determinada prestación afecta negativamente a los trabajadores (por caso, les baja el promedio en el *ranking* laboral, lo cual los inhibe de conseguir más turnos de trabajo y les descuenta la cantidad de dinero que perciben por pieza de trabajo realizada). Esto vuelve interesante analizar los sentidos derivados de esta situación.

A modo de adelanto, y en términos globales, aquí sostendré que este empleo clausura la “sociabilidad” carente de intereses individuales y que fortalece lo que llamaré “acciones recíprocas instrumentales”, las cuales subjetivizan al trabajador según modelos empresariales. Para defender estas tesis, reconstruiré los conceptos de las obras citadas previamente, y las cotejaré teóricamente con la propuesta de Goffman (2012) sobre la presentación de la persona en la vida cotidiana, prestando atención a la manera en que la instrumentalidad capitalista genera subjetividad (Horkheimer, 2010). A su vez, enmarcaré esta lectura en el contexto del trabajo posfordista (Virno, 2008) y dentro de los bordes del neoliberalismo latinoamericano (O'Donnell, 1984), dado que esto fundamenta el carácter situado de la investigación. Estos desarrollos servirán para el abordaje empírico que propongo de manera subsiguiente, que enfoca el caso de las plataformas de reparto en la ciudad de Buenos Aires. En virtud de estos análisis teóricos y empíricos, el escrito cerrará con reflexiones sobre los efectos subjetivos que comporta el “capitalismo de plataformas” en quienes trabajan bajo su dominio.

SOCIALIZACIÓN Y SOCIABILIDAD: GENERACIÓN DE SUBJETIVIDAD Y FUNDAMENTO DE LA CRÍTICA SOCIOLÓGICA

La teoría sociológica elaborada por Simmel (2002; 2014) tiene por premisa fundamental que el objeto de la disciplina no debe ser una “macroestructura” como las clases sociales, el Estado, los partidos políticos, etc. (Fizti, 2012; Pyythinen, 2010). Antes bien, Simmel (2002) entiende que estas formaciones solo existen como síntesis de las acciones recíprocas realizadas por los individuos empíricos, siendo estas acciones el objeto de la sociología. En palabras del autor, son las “interacciones inmediatas” y las “determinaciones recíprocas” las que constituyen el “carácter fundamental” (p. 33) de la sociedad, la cual no es “una substancia” o “algo concreto en sí mismo, sino un *acontecer*” (p. 34). Según esto, el ser real de la sociedad es precisamente el acontecer de la “socialización” [*Vergesellschaftung*] (concepto que equivale a “acción recíproca” o al más común de “interacción”), es decir, “la dinámica del afectar y ser afectados con la que [los] individuos se modifican mutuamente” (p. 34). Como es conocido, Simmel concretiza esta teoría estableciendo que el objeto de la sociología son las *formas* que adquiere la socialización, entre las que se destacan “superioridad y subordinación, competición, imitación, división del trabajo, formación de partidos, representación”, etc. (p. 50). Este interés por las formas se explica por su carácter universal, es decir, por el hecho de que se presenten en círculos sociales y en épocas disímiles, sea en una “sociedad estatal, lo mismo que en una comunidad religiosa, en una banda de conspiradores, en una asociación económica”, entre otras (p. 50). Sin embargo, no es posible pensar la *forma* sin su contracara: el *contenido* de la socialización (Simmel, 2014). Esta noción designa a los “motivos, intereses e impulsos de los individuos” (Pyythinen, 2010, p. 26) que los hacen establecer vínculos sociales. Por lo tanto, siempre que haya “acción recíproca”, “socialización” o “interacción”, entendemos que los individuos que las realizan están motivados, de mínima, por un interés o por una necesidad (Fizti, 2012).

En diálogo con el concepto de “socialización” se encuentra el de “sociabilidad” [*Geselligkeit*] (Simmel, 2002). Este indica una situación de interacción en la que los individuos pasan a vincularse *en ausencia* de intereses o necesidades, y se ejemplifica con escenas en las que charlamos sin motivos que excedan la mera conversación, o cuando nos juntamos con otros a ver la puesta del sol o la salida de la luna. En estas situaciones, los individuos se han emancipado de sus intereses e impulsos para interactuar, haciéndolo como un fin en sí mismo, en virtud del “atractivo” y la “satisfacción” que genera sociabilizar con otras personas, tratándose de una acción que se vuelve “un valor y una

forma de felicidad” para quienes la hacen (p. 82). En la medida en que observamos que una evaluación positiva y cierta experiencia de felicidad son los efectos típicos de la “sociabilidad” según Simmel, aquí nos interrogamos por los efectos que tiene la mera “socialización” (determinada por las necesidades e intereses de quienes la llevan a cabo), dada su mayor afinidad con lo requerido por el modo de producción capitalista.

La plataformización del trabajo, por caso, hará que la mayor parte de las interacciones estén signadas por cierta instrumentalidad, es decir, por la necesidad de encontrar acuerdos con alguna contraparte, interactuando con ella por un interés individual y no en virtud del valor o la felicidad que esta escena podría traer aparejada. Esto es lo que denomino “acción recíproca instrumental” (interactuar por interés o necesidad y hacerlo orientándose exclusivamente a alcanzar acuerdos que satisfagan los intereses propios y ajenos según un esquema impuesto), y será el caso de la mayor parte de las interacciones que los trabajadores de plataformas de reparto llevarán a cabo. Es sobre esta base que plantearé que la economía capitalista tiende a impedir la aparición de “sociabilidades”, haciendo proliferar “acciones recíprocas instrumentales”, tornando interesante analizar los efectos subjetivizantes que estas poseen en quienes las llevan a cabo. Esta es la tarea que llevaré a cabo en este escrito, diseccionando las situaciones de interacción de los trabajadores de *Rappi* y *PedidosYa*.

Para ello apelaré teóricamente a Goffman (2012), quien en el prólogo a *La presentación de la persona en la vida cotidiana* señala que su enfoque sirve de “justificación para el de Simmel” (p. 14). En efecto, el sociólogo norteamericano sostiene que en la situación de interacción, los individuos deben proyectar imágenes de sí ante los otros (y recibir las proyectadas por ellos), existiendo un compromiso entre las imágenes de sí que se proyectan a los demás y lo que uno mismo es. Goffman entiende que estas proyecciones tienen un “carácter moral particular” (p. 27) y es el que permite la interacción: cada individuo tiene un “derecho moral” a “esperar que otros lo valoren y lo traten de manera apropiada” (p. 27), pero en conexión con la imagen que proyecta, es decir, que lo traten y valoren “de la manera que tienen derecho a esperar las personas de su tipo” (p. 27). De esta manera, los individuos desarrollan roles o papeles en la interacción y esperan que se crea que sus papeles y las situaciones que los enmarcan son verdaderos. Esto habilita la presencia de dos polos extremos, como lo son la sinceridad y el cinismo en la propia proyección, los cuales “son algo más que los simples cabos de un continuo” (p. 33): en realidad, son posiciones a las cuales el individuo se acerca o aleja, pero a las que no puede cesar de acercarse o alejarse. Sobre esta base, cada vez que desempeñamos un rol, adquirimos una máscara a la que utilizamos con mayor o menor

cinismo o sinceridad, lo cual representa “el concepto que nos hemos formado de nosotros mismos —el rol de acuerdo con el cual nos esforzamos por vivir—, esta máscara es nuestro «sí mismo» más verdadero, el yo que quisiéramos ser” (p. 34). Goffman concluye que solo “llegamos a ser personas” a partir de los roles jugados en la socialización (p. 34).

Dicho esto, ¿puede la “acción recíproca instrumental” traer aparejados efectos que tiendan a instaurar valores y comportamientos capitalistas en los sujetos? En efecto, si el sistema capitalista impone los esquemas según los cuales se debe interactuar, instrumentalizando la producción y la socialización, el mismo despliega una serie de valores e ideales que operan como formas adecuadas de comportarse y de interpretar lo que se hace y con los cuales los individuos pasan a identificarse. En el caso de los trabajadores de plataformas que analizaré luego, esto se presentará en sujetos que entienden que pueden expresar su ser “auténtico” gracias a mostrarse serviciales con los clientes con los que interactúan instrumentalmente en sus actividades laborales. Ser servicial en el trabajo, mostrarse dispuesto, amable, etc. frente a terceros, es una característica general del “trabajo posfordista” (Virno, 2008), el cual se realiza por fuera del régimen capitalista “clásico” (encerrado por los muros del establecimiento y por jornadas de ocho a doce horas diarias). En el “posfordismo”, la producción capitalista abandona el encierro de la fábrica, volviéndose económicamente hegemónica la industria de servicios. En esta, la facultad humana de la comunicación, que incluye la manipulación de símbolos y la destreza lingüística, se vuelve una “mercancía” y “la reina de la fuerzas productivas” (p. 57). Sobre esta base, al tratarse de industrias de servicios y al implicar puntualmente la facultad de comunicación y del mostrarse-servicial del trabajador, analizaremos las socializaciones de “subordinación” entre trabajadores y clientes de plataformas de reparto, prestando atención a los efectos que tiene en los primeros una interacción así determinada. Por otro lado, abordaremos a la “competencia”, dado que es inherente a la formación de *rankings* como método de control de la fuerza de trabajo (en los que se sube y se baja individualmente y según el propio esfuerzo, ganando o perdiendo beneficios), y dado que está muy vinculada con los esquemas de trabajo a destajo, en los que la ganancia monetaria atiza comportamientos competitivos, los cuales se vuelven reconocibles por los trabajadores, al narrar cómo *si otro hizo más que yo, algo está fallando en mí*.

A modo de resumen, la sociología de Simmel privilegia a la “socialización” como objeto de análisis y la distingue conceptualmente entre “forma” y “contenido” (Simmel, 2014). Aquí subrayamos que las necesidades e intereses individuales participan necesariamente de los “contenidos”, es decir, de aquello que promueve a los individuos

a socializar. El concepto de “sociabilidad” (Simmel, 2002) indica interacciones en las que las necesidades e intereses dejan de funcionar, siendo probable que aquí los individuos experimenten algún grado de “felicidad” o que evalúen estas instancias de manera positiva. Este diálogo conceptual nos habilita a preguntar si existen instancias de socialización que sean susceptibles de una crítica socio-filosófica. Aquí respondo que sí, proponiendo el concepto de “acción recíproca instrumental”, en la que solo se interactúa en busca de acuerdos. A sabiendas de que la socialización genera subjetividad (Goffman, 2012), subrayo que este tipo de interacción repercute en los individuos moldeando sus identificaciones con las formas subjetivas propias de la economía capitalista (ser servicial, competitivo, etc.). En el análisis empírico, veremos una concretización de estas tendencias en el ámbito laboral “posfordista”, en donde ser “servicial”, como parte de las capacidades comunicativas que se ponen en juego en el trabajo, contribuye en la formación de la subjetividad de los trabajadores de plataformas de reparto sobre la base de sus “acciones recíprocas instrumentales” con los clientes. Y al analizar las relaciones sociales que establecen los trabajadores entre sí, observaremos que ser “competitivo” es otra forma de identificación que prolifera como consecuencia del esquema productivo de las plataformas, en conexión estrecha con el trabajo a destajo (en la que cada quien cobra según lo que produce) y con el control (en el que cada individuo sube o desciende en *rankings*).

EL SUJETO SERVICIAL DEL CAPITALISMO NEOLIBERAL LATINOAMERICANO

El análisis sociológico reconoce que las interacciones no se realizan por fuera de estructuras de clase. Según Bourdieu (2001), aquellas se desarrollan en un contexto histórico expresado en las posiciones y disposiciones estructurales ocupadas por los individuos en la sociedad. Por tanto, el constructo teórico anterior, si ha de ser aplicado en el análisis empírico sobre interacciones de individuos concretos, debe contextualizarse históricamente en relación con la formación social de la que se trata. Es por ello por lo que apelo aquí, crucial y sucintamente, al ensayo de Guillermo O'Donnell (1984) titulado “¿Y a mí, que me importa?”. Cabe notar también que su recuperación provee herramientas teóricas fructíferas para el análisis aquí propuesto, al tiempo que avanza en un cruce teórico (entre la sociología formal en clave simmeliana y el análisis cultural o'donnelliano) escasamente promovido hasta el momento en el ámbito académico.

En general, el ensayo del investigador argentino tiene como objetivo específico observar el pasaje de la socialización capitalista “clásica” o “fordista” a la “neoliberal” o “posfordista” en la sociedad argentina, a

través de la mano (dura) de la dictadura militar de 1976-1983. El título del ensayo es bien explicativo: el autor comienza sus consideraciones sobre la socialización brasileña según un texto de Roberto Da Matta, en el que se observa un tipo de pregunta recurrente de quien ocupa una posición “superior” sobre un “inferior” quien se ha pasado de la raya: “¿usted sabe con quién está hablando?”. Esta pregunta constituye de por sí una redefinición de la situación, en la que la persona de estatus “inferior” debe entender que ha ido demasiado lejos con una de rango “superior” (es decir, ha sobrepasado los límites morales en la situación de interacción). Es aquí donde podríamos observar el pasaje de la sociabilidad a la socialización. Aclarativo de esto es la pregunta (que oficia como respuesta) típica de la socialización argentina predictatorial y que no se da en la brasileña: “¿y a mí, qué me importa?”. O'Donnell observa en esta pregunta-respuesta un carácter contestatario de la persona de estatus “inferior” en Argentina, quien tendría ocasión de manifestar su impulso a no dejarse rebasar ante un “superior” en la escala social. El autor brinda un ejemplo muy preciso de esta insumisión plebeya en el espacio de trabajo, en el que el trabajador argentino no siente que está “sirviendo” al consumidor, sino que está “trabajando” y que, por lo tanto, espera que se lo trate como un trabajador y no como un servidor.

Dicho muy generalmente, la dictadura viene a “poner las cosas en su lugar” (p. 13), a restituir lo esperado por la clase “superior”, quien ya no tolerará ese tipo de respuesta o de disposición: en una palabra, la dictadura cancelará el paso a la sociabilidad, generando sumisión en la socialización. El autor concluye señalando el rotundo éxito de la empresa militar en este sentido, pero da también con un elemento que solo luego se institucionalizará: la instauración de “micro-despotismos” (p. 13) en la socialización. Esto refiere a la imposibilidad de tutear a un “superior” y a la necesidad de mostrarse dispuesto y con márgenes de amabilidad, generando una interacción marcada por el signo de la servidumbre frente a quienes tienen “poder de vida o muerte, de empleo o de hambre” (p. 13) frente a un “inferior”. Curiosamente, en las plataformas veremos una institucionalización de este poder enmarcado en la socialización. Pero también podremos matizar estos hallazgos empíricos en el contexto latinoamericano, en el que el pasaje al neoliberalismo y a la producción “posfordista” no se dio sin la violenta intervención del Estado capturado por dictaduras militares. Es así que, situadamente, podremos ver los signos de la violencia que se inscriben en las formas productivas de la sociedad contemporánea.

ANÁLISIS EMPÍRICO DE SOCIALIZACIONES Y SOCIABILIDADES EN PLATAFORMAS DE REPARTO

Ante el ingreso de las plataformas de reparto en la ciudad de Buenos Aires en 2018, el proyecto de investigación UBACyT “Dinero y personalidad: el caso de los trabajadores de plataformas” (2020-2024), dirigido por el Dr. Esteban Vernik —con sede en Instituto de Investigaciones Gino Germani—, procuró realizar una investigación orientada a abordar cualitativamente la experiencia de trabajo, los impactos subjetivos y los sentidos de las relaciones sociales enmarcadas en esta novedosa forma de empleo. Son diversas las aristas que orientaron la tarea de investigación. Entre ellas se observó, por un lado, el vínculo singular entre capital y trabajo mediado exclusivamente por sistemas informáticos. En este sentido, interesa observar la presencia de asimetrías de poder encerradas en las posibilidades de organización laboral de las tecnologías digitales. Por el otro, se interrogaron las interacciones personales entre trabajadores y entre trabajadores y clientes, evaluando qué significados subyacen en estos diferentes intercambios de efectos cotidianos desde el punto de vista de los trabajadores. Por último, se indagaron las consecuencias subjetivas que tiene este tipo de formato laboral y las socializaciones típicas que implican en los sujetos de la producción, intentando dar cuenta del tipo de subjetivación que se deriva de este esquema, es decir, si es uno orientado a la reproducción de formatos empresariales de relaciones de sí —en el que el sujeto se vincula consigo mismo según los parámetros competitivos del sujeto empresarial neoliberal (Bröckling, 2015; Horkheimer, 2010)— o uno que puede generar una vincularidad de sí ajena a estos modelos, y orientado por relaciones de solidaridad que podrían derivar en organizaciones laborales colectivas.

Para estos fines, se realizó un muestreo de cuarenta casos, siguiendo criterios de representatividad de la población según relevamientos cuantitativos para el mismo caso de estudio (Haidar, 2020), esto es, las plataformas de reparto de la ciudad de Buenos Aires. El método de registro fue la entrevista en profundidad con una guía semiestructurada, que contempló cuatro ejes vinculados a la gestión algorítmica, la libertad, el tiempo y las relaciones intra e interpersonales en el contexto laboral. El acceso a los entrevistados se realizó de manera personal en áreas de alta presencia de *riders* (principalmente en Palermo, Once y Recoleta), realizando entrevistas presenciales o virtuales. Por otro lado, se organizaron dos grupos focales, en los que participaron cinco trabajadores respectivamente. Los mismos se realizaron en *anonimizado*. El material surgido de los grupos focales y las entrevistas individuales fueron transcritas y discutidas por el conjunto del equipo de investigación en reuniones periódicas, procediendo luego a un análisis

del material recolectado, siguiendo los lineamientos propuestos por el metodólogo cualitativo Steinar Kvale (2011). El “análisis centrado en el significado” (p. 11) que propone el autor comienza con la codificación y categorización de los registros, a los cuales se los interpreta según estructuras y relaciones de significado presentes en ellos, los cuales son recontextualizados luego dentro de marcos de referencia teóricos más amplios. Este encuadre metodológico abre paso a la transferencia de resultados de nuestro abordaje empírico.

En el marco de este capítulo, las dimensiones conceptuales elaboradas en los apartados previos nutrirán el análisis empírico que realizamos en el presente. En efecto, consideramos que existen diferentes tipos de socializaciones en el marco del trabajo de las plataformas de reparto, las cuales son divisibles en dos: entre trabajador y cliente, y entre trabajadores entre sí. Aquí observaremos ambas, a través de material surgido de entrevistas en profundidad. Para realizar el análisis entre trabajador y cliente, es necesario que nos refiramos a dos elementos del ensayo de O'Donnell (1984) y que ya puntualizamos: que en la sociedad neoliberal existirán estructuras de desigualdad en la socialización que determinarán los márgenes posibles de una interacción o socialización “normal”. Esto viene a significar que entre “superiores” e “inferiores” existirán condiciones de “poder [...] de empleo o de hambre” (p. 13), y también “micro-despotismos” (p. 13).

En relación con esto, recordemos que la “gestión algorítmica” de las plataformas de reparto disponen un ordenamiento de trabajadores según *rankings*: un trabajador con *ranking* alto podrá seleccionar turnos más rentables de trabajo y también ganará más dinero por pedido realizado (y un trabajador con *ranking* bajo, lo contrario). La formación de estos *rankings* depende, en buena medida, de la calificación del cliente al trabajador luego de que le haya entregado una mercancía: cuando el intercambio finalizó, los clientes son solicitados de puntuar al trabajador en una escala de 1 a 5. En principio, esto representa un “micro-despotismo”, dado que el trabajador no puede negociar dicho puntaje con el cliente y no puede responder o defenderse de un puntaje bajo, lo cual le trae enormes consecuencias negativas. En rigor, nuestra investigación empírica demostró que tan solo *un* puntaje bajo puede significar una suspensión temporal del trabajador por parte de la plataforma, y que muchas bajas calificaciones redundarán en suspensiones extendidas o permanentes. Así, lo sepan los clientes o no, lo cierto es que este elemento les brinda un “poder de empleo o de hambre” frente al trabajador, quien puede ser despedido o suspendido por una mala calificación. Este empoderamiento de los clientes redundará en una actitud servicial de los repartidores, la cual se explica estructuralmente

según los lineamientos de O'Donnell sobre la sociedad y socialización neoliberal, ahora institucionalizados en formatos de contacto digitales.

En este marco, damos con un elemento que nos parece crucial: la necesidad de los repartidores por mostrarse serviciales en la socialización con los clientes, la cual pretendemos ilustrar mediante fragmentos de entrevistas, para practicar una crítica a sus efectos subjetivizantes. Recuperamos primero la voz de un trabajador de aplicaciones que nos cuenta lo siguiente:

Trabajar con aplicaciones tanto en *Uber* como en *PedidosYa* es complejo porque siempre dependés de otros. Tanto los clientes como quienes manejan esas empresas son gente que vos no conocés y no tenés una relación constante con nadie, a mí me irrita eso porque es como siempre la misma historia, tenés que poner la mejor cara para otro siempre, y a veces no querés. En Samsung mis compañeros ya sabían de mi humor y nadie me molestaba, en cambio, en el *Uber* la gente se subía y te contaba de su vida, o yo tenía que charlar de compromiso por una calificación. [28 años; varón; secundario incompleto; Argentina; *PedidosYa*]¹

Como se ve, en el trabajo en plataformas el trabajador está estructuralmente orientado a socializar “de compromiso”, poniendo “la mejor cara” para obtener una buena “calificación” para el *ranking*, como señalé antes. Se observa entonces la necesidad de mostrarse disponible o dispuesto en el trato con un superior, quien tiene en sus manos una herramienta de ejecución despótica con poder de hambre o desempleo, más allá de que lo sepa o no. Es sobre esta base que palpamos el carácter “instrumental” y “servicial” que coordina la socialización en este empleo (sobre lo cual enfatizamos en el apartado anterior) y pasamos ahora a observar cómo este “instrumentalismo” y “servilismo” reaparece en otras voces, pero ahora para subrayar cómo la socialización dispuesta por el capital tiene efectos subjetivizantes, como planteamos junto a Goffman.

Realmente me gusta el servicio al cliente, el servicio al cliente ambulante, porque al final uno, bueno, como persona y yo en mi caso, yo trato de estar lo más pulcro presentado. Obviamente: es mi imagen. Trato de ser muy educado, muy cordial, bueno pues, intento ser gentil porque obviamente si se quejan yo soy el perjudi-

1 Se trata de un sujeto que trabajó también como chofer de *Uber* con una cuenta y un auto “alquilados”, es decir, que no era propietario de ninguno de los dos. Significativamente, el entrevistado identifica su experiencia como chofer con la de repartidor en el punto que aquí interesa, que es la de tener que mostrarse servicial con el cliente, sea a quien transporta o a quien le entrega una mercancía.

cado. Prácticamente, yo tengo que mostrarme y mostrar lo mejor de mí en este trabajo. [32 años; varón; universitario incompleto; Ecuador; *PedidosYa*]

Este trabajador muestra lo mismo que antes: si no es “educado”, “cordial” o “gentil”, puede ser perjudicado con una baja calificación por parte del cliente. Pero, a su vez, estas características son para él su “imagen”, la imagen de sí mismo que proyecta ante terceros y que constituyen su personalidad. Esto queda demostrado cuando sostiene que incluso le “gusta” el servicio al cliente, porque así puede generarse una identidad como persona “pulcra”, “gentil”, etcétera. Miremos otro fragmento en una línea similar:

Yo soy muy carismático, ese es mi toque personal. Yo trato de saludar siempre en el restaurante y al cliente. Hay personas que nada más llegan y se van, pero yo trato de que me digan “muy atento, muy amable”, que el cliente se sienta satisfecho. [23 años; varón; universitario incompleto; Venezuela; *Rappi*]

La satisfacción al cliente, demostrada en frases de cordialidad, constituye el “toque personal”, el “carisma” de la personalidad de este trabajador; lo cual nos permite reforzar la idea sostenida previamente, es decir, que la socialización con un cliente genera subjetividad en el trabajador. Es aquí donde subrayo que esta formación de subjetividad se realiza según valores productivos, los cuales en el “posfordismo” (Virno, 2008) consisten en ser servicial, gentil, amable, etc. (dado que son los rasgos típicos del trabajo comunicativo en la modalidad del régimen capitalista que abandona la fábrica para la producción de valor). La capacidad subjetivizante del “industrialismo” (Horkheimer, 2010), es decir, de la dominación totalizante del capitalismo en todas las áreas de la vida social y subjetiva (y no solo en la estrictamente productiva), es un punto crítico de la economía de plataformas, puesto que actualiza el temor de Horkheimer de que las relaciones de producción “repriman” o “absorban” a la individualidad (p. 157) —a la que define como “el elemento de lo singular desde el punto de vista de la razón” (p. 157)—, la cual se “diluye” (p. 157) en los marcos de conducta que imponen las plataformas de manera más o menos explícita.

Por último, quisiera detenerme en un fragmento que aporta un entendimiento de que en el trabajo de entrega a domicilio existen situaciones de socialización en la que el trabajador debe entender qué espera el cliente de la situación y comunicarse con él con la intención de que observe la posibilidad de llegar a un acuerdo.

Respecto a los pedidos sí, de pronto hay locales que te ponen, digamos “la mala fe de los locales”, porque es como que hacen que te equivoques dándote un pedido mal envuelto, enviándote mal las cosas para que digan “no, *PedidosYa* es lo peor”, “el pedido es una porquería”. Sin embargo, obviamente, yo también me fijo en el local. Y me pasó eso una vez, pero tuve un cliente que tuvo consideración, porque prácticamente el pedido era a dos cuadras del local y, al momento de abrir la mochila y agarrar el pedido, resulta que las gaseosas estaban todas impresentables. Entonces, el cliente me recibió el pedido y le expliqué que ni siquiera venía de una lejanía de veinte cuadras, que fui por una calle que no es empedrada o en bajada, que no se pudo haber revoloteado el pedido y me dijo “no te preocupes, tranquilo”, y la solución que le di es ir hasta el local de McDonald’s y explicarle que estaba mal envuelto todo el pedido, y bueno, le di esa opción porque ellos me habían empacado mal de McDonald’s, y le dieron nuevamente el pedido, y el cliente me dio hasta propina. [32 años; varón; universitario incompleto; Ecuador; *PedidosYa*]

Según lo narrado, la conducta de este cliente en particular podría constituir un contraejemplo en relación con el carácter despótico que hace a la conducta de los consumidores. Antes bien, aparece aquí el caso de un cliente susceptible de interpretar la situación por fuera de un comportamiento hostil y arbitrario frente al trabajador. Lastimosamente, tal no suele ser el caso usual, y de ahí el matiz sorpresivo que expresa el trabajador al narrar la resolución de la situación (“me dio hasta propina”). Retomando la línea argumentativa anterior, destaco que en este fragmento volvemos a observar el carácter servicial impreso en la actitud del trabajador respecto del cliente, y enfatizo ahora que se trata nuevamente de socializaciones enmarcadas por “intereses” y que corre por cuenta de los trabajadores definir la situación de acuerdo con el interés del “superior” para obtener un beneficio simbólico (una buena calificación) o uno material (como “propina”). Más aún, es aquí donde palpamos cabalmente a la “acción recíproca instrumental”, a la cual definí como una interacción orientada a la obtención de acuerdos que satisfagan los intereses y necesidades propias y ajenas según un esquema de comportamiento impuesto. Los trabajadores de plataformas de reparto se encuentran estructuralmente orientados a realizar socializaciones de este tipo, las cuales tienen el efecto de generarles una subjetividad moldeada por patrones capitalistas de conducta (es decir, racionales y serviciales), los cuales representan el “ocaso” de la individualidad según Horkheimer (2010). De conjunto, vemos cómo el carácter “instrumental” de la producción capitalista, en diálogo con la imposición de “valores” (ser-servicial) en el proceso de trabajo, deter-

minan tipos de socializaciones que imprimen formas subjetivas en los sujetos de la producción del capitalismo contemporáneo.

Quisiera ahora referirme al par socialización/sociabilidad entre trabajadores en el marco del trabajo en plataformas de reparto. En términos generales, me parece importante señalar el carácter nómádico (Sarlo, 1994) de esta socialización, la cual se da en plazas, centros comerciales, puertas de restaurantes de comida rápida, en resumen, en espacios siempre cambiantes y novedosos desde el punto de vista de la ciudad contemporánea. Piénsese en cómo se ven repartidores en la puerta de un McDonald's en cualquier punto de Buenos Aires, lo cual configura un paisaje urbano novedoso, pero que se replica en toda gran ciudad del mundo, con lo cual señalamos un indicador de la “extraterritorialidad” de la socialización del capitalismo actual, tal como hace Beatriz Sarlo en relación con el *shopping*.

Ahora bien, en términos más particulares, me interesa destacar tres elementos contrastantes: en uno, los trabajadores se juntan porque sí, por el bien común de juntarse, lo cual cristaliza al concepto de “sociabilidad” de Simmel (2002). En otro, se realizan “acciones recíprocas instrumentales” o socializaciones solamente motivadas por intereses (Simmel, 2014). Y en el último, se niega la socialización en virtud de la competencia. En relación con el primero, observamos la siguiente cita:

Acá, por ejemplo, somos todos muy unidos los de *Pedidos Ya*. Nos juntamos a comer todos y por ejemplo, nos juntamos en la plaza hasta que nos lleguen pedidos, nos ponemos al charlar, joder, todo. [24 años; secundario completo; varón; Argentina; *PedidosYa*]

Como se puede apreciar, aquí no hay interés, sino pura sociabilidad desinteresada entre compañeros de trabajo, ganando fuerza el concepto de “sociabilidad” como la forma lúdica de la socialización (Simmel, 2002). Pero es un riesgo generalizar esta situación, como lo demuestra parcialmente la siguiente cita, y tajantemente la subsiguiente.

Sí, nosotros nos reunimos todos en una plaza, somos todos compañeros, hay alguno capaz que... En *Rappi* no es que te tienen que cubrir la zona, pero en *PedidosYa* te tienen que cubrir la zona y vos tenés que pedir que te cubran, entonces vos tenés que hacer amistades como para que el día que vos no podes ir a laburar, te tiene que cubrir otro. [23 años; varón; terciario completo; Argentina; *PedidosYa*]

Y, cuando los veo en la plaza... o sea, nos saludamos y ya. Mis amigos los tengo en otro lado... No puedo ser amigo de alguien que compite conmigo por un pedido, ¿me entendés? [21 años; varón; secundario incompleto; Argentina; *Rappi*]

En la primera queda claro el “interés” o el carácter “instrumental” de la socialización: uno tiene que “hacer amistades” para que una amistad cubra el propio puesto de trabajo cuando no se puede estar en él. En la segunda, en cambio, la competencia se muestra como característica central en la relación entre compañeros de trabajo, lo cual inhibe la posibilidad de generar amistad o sociabilidad sin interés: un compañero es alguien con quien se “compite” por “pedidos”, y no se puede ser amigo de una persona bajo estas coordenadas. Sin embargo, la no-sociabilidad vinculada a la competencia es la cara de una moneda, siendo muy interesante observar la otra.

En el marco de un grupo focal de realización propia, diversos trabajadores tuvieron esta breve discusión (en la cual no interviene el entrevistador):

A: Pero sí sé que pasa eso, mucho de la culpa, de... de deslomarte trabajando y que lo veas en la aplicación, y se ve mucho en que entras en competencia con el otro, porque veo mucho en los *riders* también: “¿cuánto llevas tú?” “Cien”.

M: ¡Ay! ¡A mí eso me parece tan imprudente!

A: A mí también, pero mucha gente lo hace.

M: es que hay gente muy envidiosa...

N: no, yo no lo veo así, ¿sabes por qué? porque yo pienso que eso te inspira ¿sabes? o sea, si tú hiciste cinco mil pesos, y yo no hice cinco mil pesos, algo está fallando en mí, yo también puedo hacer lo mismo, estamos en la misma situación, estamos repartiendo en el mismo sitio de trabajo. [A: 33 años; varón; universitario completo; Venezuela; *Rappi*. M: 25 años; mujer; universitario completo; Perú; *Rappi*. N: 30 años; varón; secundario completo; Venezuela; *Rappi*]

Los trabajadores ponen de manifiesto una estructura competitiva en la trama de sus relaciones sociales. Esta se expresa en competencias “imprudentes” por quién obtiene más ingresos en una jornada, apareciendo la “envidia” como uno de los afectos de los que se sirve la estructura productiva de las plataformas. El salario a destajo y la autonomía temporal relativa estructuran estas relaciones competitivas, pero también producen efectos críticos: la “competencia” como forma de socialización se demuestra atractiva para algunos trabajadores. A decir de N, la competencia salarial con compañeros es “inspiradora” por una razón particular: “si tú hiciste cinco mil pesos, y yo no hice cinco mil pesos, algo está fallando en mí”. En efecto, vemos aquí otra manera en la que la economía de plataformas genera una subjetividad laboral moldeada por esquemas capitalistas de relaciones de sí. Según experimenta este trabajador, él mismo tiene problemas si produce menos

que otro, siendo el otro una instancia de competencia y de autoevaluación, configurándose la contabilidad y el rendimiento económico como esquemas de autovaloración. ¿Qué conclusiones críticas se pueden extraer de estas escenas típicas de socialización y subjetivación del trabajo en plataformas?

CONCLUSIONES

El presente escrito puntualizó las nociones de socialización y sociabilidad en el marco del capitalismo actual, tomando definiciones conceptuales a ser luego aplicadas a raíz de un trabajo empírico de investigación en las plataformas de reparto. En términos teóricos, planteé que el par socialización/sociabilidad nos permite ingresar en cuestiones críticas sobre el trabajo en la economía de plataformas, tales como los tipos y sentidos de las interacciones que realizan sus trabajadores, así como sus efectos subjetivizantes. En este marco, puntualicé que la “acción recíproca instrumental” y los marcos asimétricos y despóticos de la sociedad latinoamericana posdictatorial, condicionan un modo de subjetividad “servicial” acorde a modelos capitalistas de relacionarse consigo mismo. Esto fue corroborado en el análisis empírico, en el cual encadené el hecho de que la socialización del capitalismo de plataformas se realiza orientada al interés de mantener puntajes altos en *rankings* laborales, y que tienen la característica de que subjetivan al trabajador bajo sus coordenadas (“sirvo bien, tengo buena imagen, soy buena persona”). Por otro lado, subrayé que el interés también forma parte de la sociabilidad, o del hacer amistades, porque esto es necesario para mantener la propia fuente de empleo. Finalmente, he destacado la existencia de una competencia que tiene efectos subjetivizantes muy fuertes, según el modelo emprendedorista o de empresa, como en el caso de N, quien se siente fallar si pierde en la competencia con sus compañeros. Este elemento nos permite sostener que la subjetividad dispuesta o generada por estas plataformas es fuertemente capitalista, competitiva e interesada: uno adquiere personalidad por un buen servicio, por competir frente a otros y por establecer relaciones sociales por conveniencia. Si bien es posible que esta no sea la única subjetividad que genere este tipo de producción capitalista, es crucial observar la potencia que poseen algunos de sus elementos (el salario a destajo, la flexibilidad horaria, el comportamiento micro-despótico de buena parte de los clientes, etc.) para generar subjetividades de acuerdo con aquellas coordenadas (el ser-servicial, la competencia y la conveniencia).

No complace sugerir un cuadro como este, pero el mismo pretende dialogar con las investigaciones entusiasmadas por los incipientes intentos de organización y acción colectivas orquestadas por trabajadores del sector, en las que se priorizan sus lazos de solidaridad y se pone en

duda su subjetividad plenamente coordinada con los esquemas del capital. Frente a esto, lamento estar sugiriendo que nos enfrentamos con la posibilidad de que, en las plataformas y su modelo productivo, se esté generando una subjetividad estructuralmente en acuerdo con aquél.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ballestrin, Juan Bautista (2021). Trabajar en plataformas en la Ciudad de Buenos Aires. Una propuesta desde la sociología de Georg Simmel. *Argumentos. Revista de crítica social*, (24), 255-284.
- Ballestrin, Juan Bautista (2023). The effects of work. A Simmelian view of delivery platforms. *Digithum*, (29). <https://doi.org/10.7238/d.v0i29.394504>
- Bourdieu, Pierre (2001). El capital social. Apuntes provisionales. *Letra Internacional*, (70), 84-87.
- Bröckling, Ulrich (2015). *El self emprendedor. Sociología de una forma de subjetivación*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Cant, Callum (2020). *Riding for Deliveroo. Resistance in the New Economy*. Polity Press.
- Fitz, Georg (2012). A 'Transnormative' View of Society Building: Simmel's Sociological Epistemology and Philosophical Anthropology of Complex Societies. *Theory, Culture & Society*, 29(7/8).
- Goffman, Erving (2012). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Haidar, Julieta (2020). La configuración del proceso de trabajo en las plataformas de reparto en la ciudad de Buenos Aires. Un abordaje multidimensional y multimétodo. *Informes de Coyuntura 11*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. <https://iigg.sociales.uba.ar/2020/10/01/la-configuracion-delproceso-de-trabajo-en-las-plataformas-de-reparto-en-la-ciudad-de-buenos-airesun-abordaje-multidimensional-y-multi-metodo/>
- Harracá, Martín (2023). La economía política de las plataformas y el rol estratégico de la política pública. *Papeles de Trabajo*, 17(32), 21-39.
- Horkheimer, Max (2010). *Crítica de la razón instrumental*. Trotta.
- Kvale, Steinar (2011). *Las entrevistas en investigación cualitativa*. Morata.
- O'Donnell, Guillermo (1984). ¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil. *The Helen Kellogg Institute for International Studies*, Working Paper #9, 5-47.
- Pyyhtinen, Olli (2010). *Simmel and 'the Social'*. Palgrave Macmillan.
- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Seix Barral.
- Simmel, Georg (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Gedisa.

- Simmel, Georg (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica.
- Simmel, Georg (2016). *Filosofía del dinero*. Capitán Swing.
- Srnicek, Nick (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra.
- Virno, Paolo (2008). *Gramáticas de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Colihue.

Antonella Santin

VÍNCULOS COMUNITARIOS EN UN MERCADO ASOCIATIVO FRUTIHORTÍCOLA

INTRODUCCIÓN

Considerando a las sociabilidades como el conjunto de relaciones y/o contactos “en que se sitúan los sujetos en tanto ocupan una posición dada” (Feldman y Murmis, 2002, p. 174), partimos de entender a la sociedad de forma dinámica, compleja y multidimensional. Constituida por diversas formas de organización, vinculaciones y modos de vida, cada sociedad geográfica y temporalmente situada se conforma como una red de relaciones sociales que tejen entramados con base en múltiples interacciones (De Grande, 2013).

Desde la sociología figuracional de Norbert Elias, se entiende a las formaciones sociales como un proceso relacional en constante construcción. Compuestas por sujetos interdependientes, construyen relaciones sociales en donde se despliegan recursos, lenguajes y gestos de los más diversos con diferentes fines. Allí donde hay interacciones sociales hay relaciones de poder, a través de las cuales se generan acuerdos, conflictos, consensos y disputas, tanto explícitas como implícitas. Estas pueden asentarse sobre relaciones afectivas o de proximidad generadas en torno a la construcción de lo común, sean estos intereses, cercanías geográficas y/u objetivos afines.

Como formas que entraman lo social, la perspectiva de las redes fue mutando en función del momento histórico y el despliegue del modo de acumulación capitalista a nivel global. Según Boltanski y Chiapello (2002), en los años sesenta del siglo pasado la noción de red era asociada a una malla “informal” o clandestina que delimita, oprime y encierra, ligada a lógicas de inclusión de un nosotros y exclusión de

unos otros. A partir de los años noventa, el enfoque tomó relevancia ya que las redes empezaron a ser comprendidas como estructuras de oportunidades que los sujetos construyen para traspasar fronteras materiales y/o simbólicas, a través de las cuales logran oponer resistencias y posicionarse en la estructura social.

Desde este punto de partida, interesa desarrollar un análisis sobre el modo en que las sociabilidades en red y el capital social expresados en los vínculos comunitarios de los sectores subalternizados, se conforman como parte cotidiana de sus estrategias de vida. Para ello, se tomará como experiencia de análisis la instancia de organización asociativa con fines comerciales y socioculturales de las y los quinteros,¹ productores/as familiares y comercializadores/as asociados/as en el Mercado Frutihortícola Saropalca de Morón,² ubicado en la Zona Oeste de la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA). En trabajos previos se ha realizado una aproximación a estos abordajes (Santin, 2023; Santin, en prensa). Es la intención del presente capítulo³ complementar el análisis en torno a las sociabilidades y los vínculos comunitarios que se construyen en el marco de la experiencia.

Con este objetivo se realizará, en primer lugar, una recuperación teórica de algunas claves conceptuales vinculadas a las relaciones sociales, la sociabilidad en un grupo, la importancia del capital social, el enfoque de redes y la comunidad como nociones útiles para comprender la experiencia de estudio, entendida como una propuesta que integra el heterogéneo campo de la agricultura familiar. Partiendo de ello, se presentará el origen y forma de organización que impulsan las y los quinteros del mercado frutihortícola, poniendo principal atención al modo en que constituyen redes sociales sólidas a través de una fuerte impronta comunitaria sostenida en el tiempo. Posteriormente se finalizará con algunas reflexiones.

CLAVES CONCEPTUALES PARA EL ANÁLISIS

Las relaciones sociales que conforman el campo social se encuentran en constante movimiento. El sociólogo y filósofo alemán George Simmel (2015) plantea que las dinámicas e implicancias de los grupos sociales

1 Se utilizará la categoría nativa *quinteras* y *quinteros* para hacer referencia a las y los productores de la agricultura familiar que producen y comercializan sus productos mediante el mercado asociativo Saropalca.

2 Este trabajo se desarrolla en el marco de una investigación doctoral en curso financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

3 En este capítulo se hace mención al nombre de las formas asociativas centrales (mercado y asociación) que hacen a la experiencia de interés, ya que el desarrollo de la investigación se realiza con el consentimiento de sus integrantes. Asimismo, se resguarda la identidad de las personas entrevistadas.

varían en función del tamaño, la densidad y/o cantidad de integrantes de un grupo. Desde esta lógica, en los grupos pequeños las costumbres, ideas, valores y normas compartidas privilegian y cohesionan al grupo. Diferente es el caso para las formaciones constituidas por más integrantes, ya que el derecho se consolida como herramienta de legitimidad en su interior, tomando relevancia la institucionalidad como forma de cohesión que el mismo reviste. A su vez, el autor refiere a que existen grupalidades que se nominan en función de los componentes comunes, rasgos que expresan la síntesis y el significado que unifica a los grupos. La formación histórica es una de las características que puede expresar las implicancias sociológicas cualitativas que allí se manifiestan.

En su composición se pueden observar relaciones simétricas y asimétricas, lo que refleja las fuerzas que unen y cohesionan, y las que separan y generan competencia entre integrantes, lo cual permite develar las lógicas de construcción de poder allí subyacentes. Prestando atención a estas claves de funcionamiento social, es posible identificar elementos comunes y dispares, formas de relacionamiento entre los sujetos y racionalidades en juego. En su conjunto, estas cuestiones forman parte de los rasgos que caracterizan a un grupo dentro del conjunto social.

Al respecto, Simmel teoriza sobre los círculos de sociabilidad planteando que los sujetos conforman círculos primarios, relacionados con vínculos de vecindad y parentesco, comprendido como lo adscripto; y círculos secundarios, motivados por intereses y actividades comunes, comprendido como lo adquirido y elegido. El autor plantea que en la modernidad los sujetos forman parte de una multiplicidad de círculos de sociabilidad en simultáneo, algunos de los cuales se encuentran más cercanos y otros más lejanos. En todos ellos se entablan relaciones sociales donde se construyen jerarquías, sentidos y significaciones individuales y colectivas. De este modo, se conforman diversas tramas de asociación que constituyen formas sociales diferentes según objetivos, actividades, intereses y elementos compartidos, siendo el conflicto, la individualización y la diferencia, otra cara de la misma moneda.

Desde el análisis de las redes sociales, pueden estudiarse las relaciones tejidas al interior de estos círculos sociales. En este sentido, Kadushin (2013) establece que las sociabilidades generan ciertos vínculos que hacen a la densidad de la red, en la cual se puede manifestar la homofilia y la propincuidad. El primer término alude a los vínculos entre semejantes, es decir, a la atracción entre quienes tienen atributos y rasgos en común. El segundo refiere a los vínculos que se forjan a partir de la vecindad y cercanía geográfica, comprendida como base física y fuerza creadora de las relaciones sociales que cohesionan una red. Interesa aquí la predominancia de conexiones entre actores

que poseen atributos similares, desde los cuales se construyen relaciones y redes con mayor o menor grado de institucionalidad. De este modo, el autor refiere a la perdurabilidad de los vínculos, planteando que las relaciones entre similares resisten de mejor manera el paso del tiempo, cuestión que abona tanto al fortalecimiento de experiencias, influencias e identidades recíprocas, como a la consolidación de normas, hábitos y prácticas comunes, dándole sentido y forma a una red social compartida.

Estos entramados vinculares se manifiestan de distinto modo de acuerdo a las características y atributos de los ámbitos institucionales de desarrollo. Sin embargo, a nivel organizacional suelen surgir complejidades analíticas vinculadas a los roles y funciones de cada integrante, según los criterios que se ponen en valor al interior de cada grupo (McPherson *et al.*, 2001). Según Lawrence (2000, en de McPherson *et al.*, 2001), “en las organizaciones hay poderosos efectos de homofilia en quienes consideramos que son los otros significativos: aquellos con quienes nos comparamos, aquellos a cuyas opiniones prestamos atención, aquellos de cuyas señales inferimos lo que está sucediendo en nuestro entorno” (p. 428). Las vinculaciones en un grupo conforman una red de códigos, normas, sentidos e imaginarios mucho más amplia y compleja que trascienden los rasgos y afinidades compartidas, lo cual crea también heterogeneidades en su interior.

Pero ¿cómo las sociabilidades y las redes sociales pueden conformarse en formas de re-posicionamiento social? Para responder a esta pregunta desde la experiencia de estudio, interesa retomar la noción de Bourdieu (2001) sobre la importancia del capital social que despliegan los sujetos sociales para posicionarse en un campo determinado. De acuerdo con el autor, mediante las prácticas sociales cotidianas los actores ponen en juego diversos atributos a modo de mejorar su posición en la estructura social. Considerando la noción de poder, a partir de dichas relaciones y despliegue desigual de capitales entre agentes, se configura el mapa social temporal y espacialmente situado. De este modo, se constituyen relaciones de dominación-dependencia en un campo de fuerzas en disputa, donde el capital desplegado por cada actor intenta expandirse mediante luchas explícitas e implícitas.

El capital social se constituye así sobre los recursos involucrados en la posesión de una red sólida, sostenible y duradera de relaciones sociales, donde los sujetos se reconocen mutuamente unificados por la pertenencia grupal (Bourdieu, 2000). En este aspecto, el capital social

... tan sólo puede mobilizarse en un plazo breve, en el momento preciso, pero siempre y cuando hayan sido establecidas hace mucho, y se hayan conservado vivas como si fueran un fin en sí mismas. Por

eso, la posibilidad de servirse de ese capital exige un coste previo al tiempo de su utilización, a saber, una inversión de sociabilidad planteada necesariamente a largo plazo. (Bourdieu, 2000, p. 157)

De modo similar, Ostrom y Ahn (2003) entienden al capital social como las formas de organizarse colectivamente con base en la confianza, cercanía, reglas prácticas y normas de reciprocidad. De esta manera, las individualidades logran coordinarse a favor de la colectividad, potenciando su productividad y despliegue en los dos niveles. El capital social que se pone en juego en las interacciones sociales de un grupo o comunidad, facilita así la comunicación, fortalece los lazos y potencia las prácticas individuales mediante estrategias sociales colectivas.

Como vemos, la noción de comunidad toma relevancia al pensar en las redes de relaciones sociales con estas características. Siguiendo los aportes de Cowan Ros y Nussbaumer (2013), los estudios clásicos sobre la comunidad⁴ la han entendido como “un tipo ideal de modalidad de vinculación social, fundada en relaciones personalizadas y en el sentimiento de pertenencia a un mismo grupo” (p. 147). Desde este punto, los abordajes desde la perspectiva del actor propuestos por Pitt-Rivers (1971) y Cohen (2001) resaltan la importancia de concebir las sociabilidades al interior de una comunidad, como un universo simbólico que se reproduce por medio de los significados que movilizan sus integrantes (Cowan Ros y Nussbaumer, 2013).

De acuerdo con lo desarrollado, en todo entramado social los sujetos ponen en juego sentidos socialmente compartidos y al mismo tiempo disputados que son propios de la comunidad construida, los cuales, a su vez, tienden a generar diversos mecanismos de cohesión social. En ello, los autores recuperan la “política de reputación o pequeña política” referenciada por Bailey (1971, p. 2), la cual es útil para pensar las formas políticas cotidianas en las que los integrantes de una comunidad fundan pautas comunes a partir de juicios éticos que producen una valoración de la posición social de cada miembro al interior del conjunto (Cowan Ros y Nussbaumer, 2013). De esta forma, se configuran prácticas políticas sobre la base de prestigios y jerarquías particulares, movilizando significados, reconocimientos y componentes sociales diversos al interior de cada comunidad (Cowan Ros, 2014).

4 Los estudios clásicos sobre la comunidad son desarrollados por los “padres fundadores” de la sociología con los postulados de Emile Durkheim, Max Weber y Karl Marx. Para adentrarse en estos y otros abordajes, se recomienda ver de Marinis (2012).

LA EXPERIENCIA DEL MERCADO FRUTIHORTÍCOLA SAROPALCA

El Mercado Frutihortícola Saropalca está ubicado en el partido de Morón, zona oeste de la provincia de Buenos Aires.⁵ Conformado por aproximadamente 100 miembros, el 70% son quinteros/as de origen boliviano que hacen de la agricultura familiar su medio de vida; mientras el 30% restante son operadores/as comerciales que compran y revenden alimentos (Feito, 2023) del Mercado Central de Buenos Aires y/o de mercados aledaños. El cultivo de verduras, hojas verdes y frutillas de temporada es la especialidad principal de quienes movilizan su producción por la vía del espacio comercial (Feito, 2023), incorporando la reventa de frutas y hortalizas pesadas para garantizar el abastecimiento diversificado de los mercados de barrio y la comunidad local. Su actividad productiva se disemina por múltiples localidades de la RMBA, mientras la actividad comercial se concentra en el mercado de tipo asociativo mayorista en relación con minoristas (Caracciolo, 2019). Como una de las modalidades alternativas de comercialización de la agricultura familiar (Caracciolo *et al.*, 2012), parte de este tipo de mercados son impulsados por miembros de las colectividades bolivianas de la región, quienes se incorporaron a los circuitos de abastecimiento comercial tradicional a mediados de la década de los noventa (García, 2012).

Aproximadamente la mitad de las y los operadores comerciales de este mercado son quinteros/as nucleados/as en la asociación civil Residentes de Saropalca, ubicada en el partido de Pilar. Bajo esta figura jurídica impulsan sus actividades sociales, culturales y deportivas para las y los asociados, y gestionan y administran el espacio comercial. En este tipo de mercado asociativo, la identificación colectiva sienta sus bases en la esfera personal, familiar y también laboral (Busso, 2009), vinculada en este caso a la producción y comercialización de alimentos de primera necesidad. Los mismos se conforman a partir de un tejido de redes sostenidas en los lazos sociales de las familias originarias de Bolivia, quienes impusieron su presencia en la cadena hortícola en la zona (Rivero Sierra, 2015; Feito, 2023).

La mayoría de las y los quinteros asociados del Mercado Saropalca alquilan pequeñas parcelas de tierra donde viven, cultivan y trabajan con mano de obra familiar. Las quintas se encuentran ubicadas en las localidades de Exaltación de la Cruz, Moreno, Luján, Escobar, Pilar, General Rodríguez y Marcos Paz como parte de la zona noroeste de la RMBA; y Florencio Varela y La Plata como parte de la zona sur. Como epicentro de su actividad y movilidad espacial cotidiana, el Mercado

5 Puntualmente, se emplaza en la calle Juan Martín de Pueyrredón 1015, Barrio Santa Laura.

Saropalca se conforma como el punto central donde convergen para comercializar sus productos. Es el sentido de pertenencia de origen, institucional, cultural e histórico el que aúna al colectivo diseminado en la Tercera Corona, pero continuamente conectado y concentrado en espacios colectivos comunes. Al mapa de acción comunitario, se incorpora la sede de la asociación como lugar de reunión de las y los quinteros con motivos deportivos, donde organizan torneos relámpago; y festivos, como eventos sociales, culturales, casamientos y cumpleaños.

Las y los asociados de este mercado migraron desde su comunidad⁶ en el último periodo de la denominada etapa transnacional de la migración boliviana a la Argentina (1980-actualidad) (Sassone, 2009). En ese entonces, quien iniciaba el proyecto migratorio en una familia era el padre, para luego facilitar la inserción de la familia completa y hacer extensivo después el proceso vivido a otros/as: “Vino una familia de Bolivia a Buenos Aires y le gustó el lugar geográfico y la economía, y fue de boca en boca. Después esa familia volvió a Bolivia y les comentó (a los demás) que era un buen lugar, se ganaba bien” (Entrevista a miembro del mercado, agosto de 2023). Mediante la socialización intracomunitaria de la información, la comunidad llegó a instalarse en la región casi de forma completa.

Desde ese momento se insertaron como mano de obra en pequeñas explotaciones agrícolas dirigidas por italianos, portugueses y japoneses a lo largo del Cinturón Verde que conforma el tercer cordón de la RMBA. Según testimonios, para 1998 las y los integrantes de la comunidad saropalqueña decidieron comenzar a trabajar de forma independiente, alquilar pequeñas hectáreas de tierra para producir, e iniciar la venta callejera de sus productos y luego en puestos de mercados en el Gran Buenos Aires. Para el mismo año, lograron asociarse con el fin principal de “mantenerse unidos”, generar encuentros socioculturales y deportivos y fortalecer sus raíces y costumbres. En el año 2003, la asociación consiguió alquilar un predio cedido por el municipio de Morón, inaugurando el primer centro frutihortícola mayorista del distrito con el objetivo de ofrecer sus alimentos a los vecinos de la zona. En 2009, las y los miembros asociados de la colectividad lograron comprar un predio en Pilar⁷ con el fin de edificar su sede social para realizar sus festejos, eventos y actividades. Forman parte de las mismas el club deportivo River de Saropalca y el grupo musical de saropalqueños, ambos conformados por miembros asociados. Los procesos de organización

6 El pueblo de Saropalca se ubica en el cantón de Toropalca, provincia de Norchichas, departamento de Potosí, Estado Plurinacional de Bolivia.

7 La asociación civil Residentes de Saropalca tiene su sede en la Ruta N° 25, Km. 3, partido de Pilar.

fueron encabezados por la Comisión Directiva de la asociación civil, quienes llevaron adelante la gestión institucional con la participación activa de sus miembros. La Comisión renueva sus autoridades cada dos años mediante el sistema de *muyu* o turnos, referente a la rotación de cargos (Feito, 2023). De manera asamblearia, toman decisiones primero al interior de la Comisión y luego de manera ampliada entre los/as asociados/as.

A partir de las cadenas de información basadas en las redes de filiación, parentesco y vecindad, la emigración se construyó como posibilidad real para encauzar un proyecto familiar y comunitario por fuera de su pueblo natal.⁸ Como plantea Rivero Sierra (2015) y recupera Feito (2023), los vínculos sociales que une a las y los saropalqueños en Argentina con sus redes de conocidos del Cantón de Toropalca en Bolivia, sentaron las bases para su reproducción en la región, conformando un particular modo de vida transnacional. Los autores señalan que sus formas de movilidad espacial relacionadas con prácticas tradicionales históricas, se constituyen en claves importantes para comprender los modos en que se conectan sus tiempos, procesos y espacios.

La particularidad que adquiere este mercado está dada porque la mayoría de sus miembros emigraron desde su comunidad casi íntegramente; generaron un mercado autónomo con mayoría de integrantes productores/as, y consolidaron una gestión asociativa del espacio comercial sostenida en el tiempo. Aportando esfuerzos materiales y físicos concretos (en forma de dinero, tiempo y trabajo colectivo), sus integrantes han construido y ampliado en conjunto las instalaciones familiares y colectivas que los/as reúnen en la actualidad. Los tipos de relaciones establecidas entre los miembros de la comunidad han generado fuertes lazos sociales al interior de los grupos, lo cual garantiza la viabilidad de su hacer social, productivo y comercial.

Para ello, la base fundamental de la experiencia la otorga el *ayllu* o comunidad originaria, comprendida como una de las formas organizativas de las comunidades del altiplano boliviano (Prieto, 2010). Retomando a Fernández Rojas (2024), en la filosofía quechua-aymara “se trata de la constitución colectiva de relaciones que implican el cuidado de la propia identidad (...) El *ayllu* más allá del espacio y el tiempo, es el marco de vínculos y afectos íntimos que se tejen frente a las adversidades y amenazas del exterior” (p. 12). Al interior del mercado, la situación socioeconómica de las familias es dispar debido a los diferentes recursos, capitales, capacidades y roles adquiridos para

8 Las redes migratorias son elementos bases del enfoque teórico-metodológico que surge en 1980 en el campo de los estudios migratorios, para comprender una de las principales modalidades que toman las migraciones sur-sur en la región.

hacer frente a las lógicas de competencia mercantiles dentro del sector frutihortícola. En este sentido, la dimensión cultural comunitaria pondera los atributos individuales y familiares, sortea las diferencias sociolaborales y le otorga un lugar activo a sus integrantes, reforzando el conjunto frente a los condicionantes estructurales impuestos por el contexto general.

LOS VÍNCULOS COMUNITARIOS COMO BASE FUNDAMENTAL DE LAS Y LOS QUINTEROS ORGANIZADOS

A continuación desagregaremos las sociabilidades generadas por la comunidad saropalqueña a través de sus actividades, las cuales parten del peso que posee la asociación y el mercado como instituciones que sintetizan la potencia de sus relaciones y sus procesos organizativos. Desde allí, identificamos en sus dimensiones sociolaboral y sociocultural, las actividades que involucran estrategias productivas, logísticas y comerciales por un lado; y las que involucran sus prácticas simbólicas, culturales y políticas por el otro. Seguidamente, se retomarán las acciones y sentidos que hacen al componente socio-vincular del grupo a la luz de las claves conceptuales citadas al inicio. En la búsqueda de identificar el carácter relacional de este tipo de procesos sociales, se reconocerán tanto las relaciones personales, familiares y/o vecinales —o red social interna—, como las burocrático-institucionales —o red social externa— (Feldman y Murmis, 2002).

Las actividades impulsadas por las y los saropalqueños se deslindan de las acciones que realizan desde el Mercado Saropalca de Morón y la asociación civil ubicada en el partido de Pilar. Las actividades comerciales, deportivas y culturales que los reúnen, los posicionan en la escena local como saropalqueños, productores familiares y comercializadores en el territorio. Esta cuestión se manifiesta de manera frecuente en la narrativa de los integrantes pasados o actuales de la Comisión Directiva al contar su recorrido histórico:

La mayoría llegamos acá a Pilar y a Escobar. Y llegamos siempre al campo, a la agricultura... trabajamos con portugueses e italianos y de ahí uno aprende a trabajar, a hacerse de capital, a mejorar. Toda esta gente que vos ves, nos independizamos.. nos pusimos a trabajar, alquilar el campo, trabajar.. Somos ochenta más o menos. Nos unimos y nos pusimos a trabajar... entonces abrimos un mercado para ir todos los productores a vender nuestra mercadería. (Entrevista a integrante Comisión Directiva, agosto de 2024)

El discurso —hasta el momento, unificado— hace referencia a un “nosotros”, “familia”, “agricultores” que a través de la institución han podido adquirir autonomía y potenciar su agenciamiento. La apertura

de estas instancias organizativas se reconoce como un hito importante en la trayectoria de vida de los entrevistados, donde su sociabilidad se ve fortalecida en tanto su identidad individual, familiar y colectiva es reivindicada a través de su pertenencia institucional, lo cual refuerza a su vez, su posición como abastecedores en la comunidad de la zona.

En su dimensión sociolaboral, las actividades que realizan las y los actores con fines económicos, de producción y comercialización de alimentos, se vinculan con el despliegue de estrategias productivas, logísticas y comerciales de la colectividad. En términos productivos, las sociabilidades que tejen entre los/as quinteros/as posibilitan la circulación de información para manejar la actividad en torno a las temporadas de los cultivos, las técnicas de producción útiles, los precios y calidad de las semillas en venta, entre otros. Esto les permite desarrollar estrategias para disminuir costes, riesgos de pérdidas y potenciar su producción, ganancia y actividad (Santin, 2024). Parte de ellas son, también, los modos de acceder, labrar la tierra y organizarse familiarmente mediante el ahorro, la complementariedad de actividades, el préstamo de dinero y el ingreso de trabajadores a las quintas⁹ (Benencia, 2006, en García, 2012).

En términos comerciales, la información cotidiana que vehiculiza la red social interna se relaciona con el conocimiento respecto de los precios de los alimentos frescos fijados desde el Mercado Central de Buenos Aires y las condiciones en cuanto a variedades, oferta y demanda de productos en los espacios comerciales de la zona (Santin, 2024). El acceso constante a datos actualizados referentes a la actividad comercial en toda la cadena, facilita la toma de decisiones sostenidas y permite sortear ciertas dificultades, sobre todo en periodos de crisis. La diversificación de los lugares de venta de sus productos en puestos de otros mercados y/o verdulerías provistas por las redes familiares, de amistad y parentesco, sugiere la importancia que toman estos vínculos de confianza. Como plantea un productor respecto a las estrategias de quienes revenden alimentos en diversos puestos de mercados, pero tienen su principal canal de venta en el Saropalca: “Ponele, acá traen unos cajones, mañana llevan con su logística allá (al Mercado Central) y lo que queda de puchito (de algún producto) lo traen para acá... lo que pasa es que quieren rescatar la inversión” (conversación informal con productor asociado, septiembre de 2024). A modo de garantizar cubrir la ganancia invertida en el canal comercial y en los alimentos para la reventa, movilizan la mercadería a los puestos según días de

9 Según conversaciones informales con productores, la disponibilidad de mano de obra de “paisanos” no es igual que en épocas anteriores. El mayor problema es el recambio generacional, ya que las y los jóvenes suelen preferir trabajos en el sector textil, de la construcción y atención directa en verdulerías.

mayores ventas en el Mercado Saropalca (lunes, miércoles y viernes), siendo éstos atendidos por su familia o conocidos de la comunidad. Con base en sus redes y poniendo en juego sus capitales, se implementan estrategias que permiten multiplicar su acumulación económica. Por otro lado, la construcción de vínculos con clientes fijos minoristas, en su mayoría migrantes oriundos de Bolivia y/o descendientes nacionalizados, refuerza la sociabilidad común aunque no sean parte de su red social interna. Esto se observa en lo cotidiano en el mercado, ya que a partir de la confianza, los clientes reservan la mercadería y luego pasan a retirarla. Los pagos suelen ser realizados durante el día, aunque en muchos casos lo hacen días o semanas después.

En términos logísticos, las y los quinteros que poseen camioneta, garantizan el traslado de alimentos de manera familiar (Santin, 2024). Quienes no tienen medio propio para transportar su producción alquilan fletes a conocidos, lo cual también promueve la circulación de dinero dentro del tejido. De forma general, se fortalece la producción, distribución y comercialización de alimentos mediante las redes generadas, a través de las cuales se ponderan las habilidades integrales de las y los saropalqueños al tener un canal de comercialización directo que les otorga mayores márgenes de decisión. Poniendo en juego su capacidad de adaptación, flexibilidad, movilidad rápida y repetida, y de diversificación ante situaciones climáticas, de mercado y contexto cambiantes (Tassi *et al.*, 2012), activan una variedad de prácticas que les permiten extender su presencia e impactos en múltiples tiempos y espacios simultáneamente. Como plantea Feito (2023), el mercado funciona entonces como un “potente instrumento de comercialización alternativa para el sector, que puede mejorar intercambios entre actores e incrementar a la vez su capital social como resultado de estas experiencias” (p. 2).

En su dimensión sociocultural, las actividades desplegadas por las y los miembros del mercado se encuentran teñidas por significaciones comunes, donde toma relevancia el saber hacer y la trayectoria basada en las costumbres. La cohesión comunitaria y la reivindicación identitaria son claves fundamentales en este sentido. La comunidad originaria-*ayllu* sienta sus bases en la (re)construcción de la historia común y el mantenimiento de las tradiciones propias. Al decir de un integrante del mercado: “Lo principal para nosotros es lo social y cultural, después viene el trabajo. No perdemos nuestra historia y antepasados, seguimos adelante con eso, es importante para nosotros” (Entrevista a miembro del mercado, agosto de 2023). De este modo, el sostenimiento de la cultura adquiere un sentido preponderante porque, por un lado, se conforma en un valor en sí mismo y, por el otro, fortalece el propio “ser en comunidad”. Ejemplos de ello se encuentran en la figura del *curaca* como rol que ejerce la representación y autoridad de la comu-

nidad; en la lógica del *ayni* como práctica de reciprocidad mutua, y también en los eventos culturales, teñidos de símbolos patrios, figuras de devoción propias, roles como los pasantes y música tradicional con zampoñas y bombo como instrumentos base que resuenan en todo evento de la asociación.

El mercado y la asociación civil se conforman como expresiones institucionales donde se despliegan hábitos que en términos simbólico-culturales, alimentan el espacio boliviano (Mallimaci Barral, 2020) saropalqueño, y fortalecen la experiencia individual mediante el respaldo institucional que refiere al colectivo. Esto toma mayor relevancia al contextualizar dichas iniciativas dentro de un proyecto societal que en Argentina, se basa en una serie específica de “representaciones hegemónicas de nación que producen realidades” (Segato, 2007, p. 29), donde ciertas alteridades identitarias adquieren una posición subalterna respecto a esta formación imaginaria y homogénea que intenta primar en el orden social contemporáneo. En esta coyuntura, los espacios sociales con diferentes fines impulsados por la colectividad saropalqueña en Buenos Aires se vuelven refugios, lugares de reconocimiento mutuo y mecanismos de inserción social. Siguiendo a Mallimaci Barral (2020) “la construcción de una comunidad organizada alrededor de una nacionalidad es también una táctica de diferenciación y de búsqueda de reconocimiento” (p. 8). Desde esta mirada, dichos espacios replican una búsqueda de doble reconocimiento con una lógica envolvente hacia adentro y otra que delimita la diferencia con el afuera. Las formas que adquieren estos bordes comprendidos como fronteras simbólicas expresan así lógicas de integración y, a su vez, de distinción social.

Los círculos de sociabilidades impulsados en ambos ámbitos implican la movilización de recursos sociopolíticos que fortalecen al colectivo en el territorio. Éstos últimos se manifiestan en las relaciones burocrático-institucionales que impulsan los agentes, entabladas por ejemplo con miembros del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA), el Programa Mercados Bonaerenses del Ministerio de Desarrollo Agrario del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires y diversas áreas del gobierno local de Morón, mediante operativos y jornadas de trabajo. En la misma línea, las vinculaciones con mercados relacionados con la producción, comercialización y abastecimiento alimentario convocadas por agentes estatales y privados, tienden al encuentro entre actores con intereses similares, a la circulación de información y al fortalecimiento del sector frutihortícola en la región. Por otro lado, las acciones de donación de alimentos con intermediación municipal destinadas a organizaciones sociocomunitarias en contextos

de emergencia alimentaria, dan cuenta de su predisposición solidaria en el territorio y de ciertos vínculos forjados.¹⁰

Estas relaciones extracomunitarias con agentes de otras instituciones se conforman en acciones políticas que le otorgan legitimidad y reconocimiento al mercado al interior del sector. Como plantean Caracciolo *et al.* (2012), es elemental considerar que para superar la desigualdad en las relaciones de poder que fomenta la lógica tradicional de intercambio, es de vital importancia estimular la participación activa y emprender acciones mancomunadas entre distintos actores preocupados por el acceso a los alimentos.

Las dimensiones sociolaboral y sociocultural de la experiencia cotidiana desarrolladas son comprendidas como parte de las estrategias de vida del colectivo de quinteros/as saropalqueños/as asociados/as en Buenos Aires. Es a partir de estos lazos sociales aunados a un origen, y los múltiples espacios frecuentados desde diversos roles sociales (familia, vecinos, productores, puesteros, asociados) que se fortalece la cohesión social intracomunitaria. Como consecuencia, el colectivo logra articular con agentes extracomunitarios desde la forma organizativa y representativa asumida.

Teniendo en cuenta los aportes de Simmel (2015), las sociabilidades en red del colectivo poseen un alto nivel de intensidad y densidad de relacionamiento grupal. El tamaño del círculo social de la comunidad que nuclea la asociación es relativamente grande, ya que, como plantea un miembro del mercado, “empezamos con 84 miembros, y hoy estamos en 152, con jóvenes, cadetes (menores de dieciocho años) y se siguen sumando (...) tienen que ser de la comunidad boliviana para ser socios. Hijos, nietos de la comunidad” (Entrevista a miembro del mercado, agosto de 2023). De este total, gran parte vende sus alimentos en el espacio comercial. Allí la cohesión se explica en dos sentidos: por las cualidades que comparten las y los quinteros asociados, y por la formalización que otorga la institucionalidad en términos amplios, lo que garantiza el respeto a roles, intercambios y normas básicas establecidas entre la diversidad de actores intramercado.

La nominación institucional del espacio comercial marca la importancia del lugar de pertenencia de y para la mayoría de sus integrantes, pese a que allí comercializan también criollos, mestizos y descendientes de portugueses. Como lo retoma el asociado, el origen común se conforma como un criterio preferencial, ya que tienen mayores beneficios, poder de participación, decisión e influencia si pertenecen a la colectividad boliviana, cuestión que unifica las simetrías entre asociados/as, y profundiza las asimetrías de poder con los no-asociados/as. Según

10 Para más detalles sobre estas vinculaciones, véase Santin (2023; en prensa).

relatan técnicos del mercado, esta diferenciación ha sido un punto de conflicto en el espacio comercial en diversas circunstancias. Las y los operadores comerciales de otras nacionalidades pagan un monto mayor por el alquiler del puesto, poseen mayores exigencias en el pago y nula participación en instancias colectivas. El patrón diferencial se basa en los lazos homofílicos que se dan entre las y los saropalqueños que comparten formas, intereses y visiones comunes. Esto se refuerza por la constitución de un círculo primario sólido (Simmel, 2015) conformado por relaciones de vecindad, amistad y parentesco que hacen a las redes sociales esenciales de la experiencia asociativa; mientras que el círculo secundario está integrado por los operadores comerciales no-asociados; los agentes estatales, privados y comunitarios con quienes se articula para fines específicos.

De esta manera, los vínculos de homofilia y propincuidad (Kadushin, 2013) al interior del círculo primario aportan densidad al entramado. Ambos aspectos se encuentran imbricados debido a que los/as habitantes de Saropalca en Bolivia se reconocen entre sí como vecinos, familia directa y/o extensa sobre la base de un territorio compartido. Mediante dicha trayectoria social vincular entre los connacionales, alimentada en origen y destino a partir del proyecto migratorio, las y los saropalqueños garantizan el desarrollo del proyecto de vida familiar y colectivo en Buenos Aires. De este modo se consolida una gran red común que une lo local con lo transnacional. Tanto con los familiares que aún viven en Saropalca, como entre las y los integrantes de la comunidad en la RMBA, las comunicaciones, las festividades, las tradiciones y la circulación de bienes materiales y simbólicos motorizados por el sentido de pertenencia, unifican a la comunidad traspasando los límites geopolíticos locales y fronterizos (Santin, 2025, en prensa).

Esto último se manifiesta en lo que comenta un técnico sobre la participación de un miembro en el Mercado Saropalca:

Hay un productor que vive en Florencio Varela, produce en Varela y viene a vender a Morón por ser saropalqueño. Su afinidad es con su colectividad, su comunidad y es histórico, se ayudan entre ellos... ahí entran a jugar también los matrimonios, las fiestas de casamiento, ¿viste que salen de padrinos y madrinan? Entonces se ayudan a pagar la fiesta, la comida. (Entrevista a técnico, septiembre de 2023)

Investigaciones previas (Sassone, 2007; Zalles Cueto, 2002; Benencia, 1997) han hecho referencia al rol de las redes sociales basadas en los sistemas de reproducción cultural, las que posibilitan los procesos migratorios y fortalecen la inserción de quienes migran en las sociedades de destino. En este caso, el sentido colectivo marcado por el lugar de

origen constituye así la identidad subjetiva y la sociabilidad migrante, sorteando distancias geográficas y desafiando límites “fijos”. Con base en el reforzamiento de los lazos sociales que posibilitaron el cambio en el lugar de residencia, se reconstruye el propio lugar uniendo la dimensión individual y colectiva en un constante proceso de retroalimentación.

Estos agentes han encontrado en la organización asociativa una respuesta para colectivizar sus demandas, vender su producción e insertarse en la ciudad, a partir de cierta imbricación generada entre la fuerza de los vínculos personales, la resignificación de los sistemas de ayuda mutua andinos (Parra García, 2021) y las prácticas de otros actores sociales organizados.¹¹ En contextos socioeconómicos de exclusión, esta estrategia promueve una forma autónoma de organización donde el trabajo, la cultura y la comunidad se conforman como patas vitales del hacer: “Nosotros venimos de una historia de esclavitud, de sufrimiento, de siempre estar ahí dependiendo... y con esto (la asociación y el mercado) pudimos hacer algo diferente” (Entrevista a miembro de la Comisión Directiva, diciembre de 2024). Desde allí, la instancia organizativa se expresa como un medio de vida que aporta independencia en la toma de decisiones y a su vez resguarda su pertenencia cultural-identitaria. La producción cultural que allí sucede atenúa la ruptura espacio-temporal producto de la migración (Mariano, 2015), conformándose en un canal a través del cual la colectividad saropalqueña se institucionaliza y legitima su presencia local.

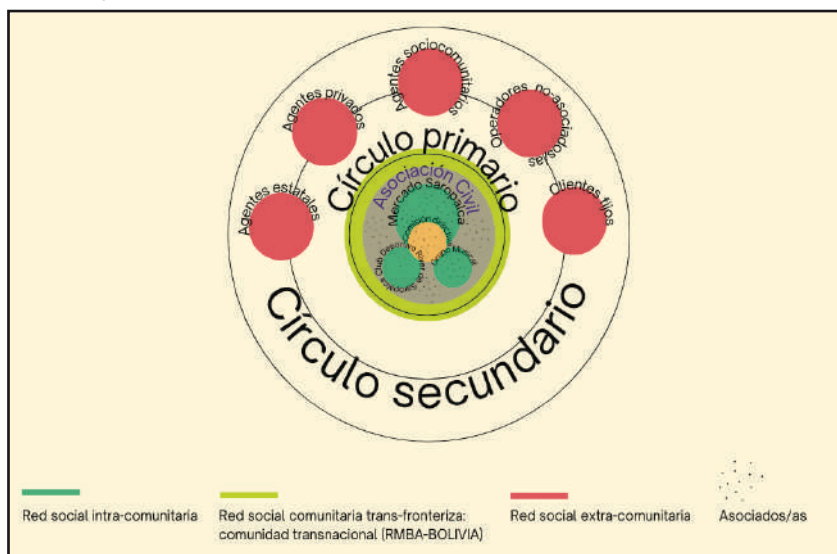
Considerando lo desarrollado hasta aquí, el diagrama de sociabilidades de las y los quinteros asociados en el Mercado Saropalca de acuerdo a las redes intra y extracomunitarias generadas, toma la forma que se expone en la Figura 1. La red social intracomunitaria está compuesta por la asociación civil Residentes de Saropalca que nuclea al Mercado Frutihortícola Saropalca, la Comisión Directiva que gestiona ambos espacios institucionales, el club deportivo River de Saropalca y el grupo musical como ámbitos de sociabilidad principales que, junto a las vinculaciones frecuentes con el pueblo de Saropalca en Bolivia, constituyen la comunidad transnacional, consolidando así el círculo primario de la experiencia. Se reconocen aquí subgrupos conformados por las y los propios asociados que constituyen la trama social asociativa, en tanto vínculos de cercanía, con historias y espacios de construcción comunes en contextos diversos. Por su parte, la red social extracomunitaria está conformada por los vínculos institucionales impulsados por intereses, intercambios y actividades enmarcadas prioritariamente en

11 Se hace referencia aquí a las asociaciones, sociedades de socorros mutuos, cooperativas y/o mutuales impulsadas por inmigrantes españoles/as o italianos/as a finales del siglo XIX y principios del XX en Argentina (Pastore, 2010). Dicha referencia fue considerada sobre la base del testimonio de un integrante del mercado asociativo.

la dimensión sociolaboral de la vida de las y los quinteros, dando lugar al círculo secundario.

Figura 1

Diagrama de sociabilidades de quinteros/as asociados/as en el Mercado Saropalca



A través de las relaciones sociales que atraviesan estas prácticas como las culturales y políticas, las y los quinteros asociados movilizan su capital social (Bourdieu, 2001) en todas las esferas de vida. Allí, los vínculos comunitarios se vuelven un elemento central del mismo. Siguiendo los aportes de Cowan Ros y Nussbaumer (2013), es la comunidad el factor clave de organización del pueblo saropalqueño en Buenos Aires, al cual le atribuyen un sentido vital. En palabras de sus integrantes, estar asociado/a significa “estar unidos” y “estar involucrados para seguir activando y que la asociación siga adelante” (Entrevista a miembro asociado, agosto de 2023 y 2024). De esta manera, las prácticas comunitarias son parte constitutiva del desarrollo del conjunto: fueron vías de llegada una vez iniciado el proyecto migratorio, vías de sostenibilidad de su actividad cotidiana y vías de crecimiento para el futuro. Se coincide entonces con lo afirmado por Rivero Sierra en torno a que, en este caso, “la experiencia comunitaria se conforma como un capital en sí mismo” (Comunicación personal, noviembre de 2024).

Como parte de la expresión de la pequeña política (Bailey, 1971, en Cowan Ros y Nussbaumer, 2013), se manifiestan distinciones al interior de la comunidad de las y los saropalqueños, producto de las jerarquías,

roles diferenciados y atributos valorados entre sus miembros. Como valores centrales, el trabajo y el compromiso con las instancias colectivas son claves para el grupo, tanto en la asociación como en el mercado frutihortícola. La llegada tarde a estas instancias y el incumplimiento con las tareas asignadas, demuestra una valoración negativa por parte de los otros miembros de la comunidad, más aún cuando se trata de integrantes de la Comisión Directiva. En este caso, son los propios miembros quienes señalan que estas actitudes son incorrectas. Como ejemplo de ello, se cuenta que tiempo atrás un integrante de dicha Comisión fue desplazado de su cargo por descuidos en las funciones otorgadas. De esta forma, se consolida como norma social el respeto y compromiso respecto de las tareas vinculadas al espacio común y las funciones asignadas, sobre todo cuando persiguen fines colectivos.

Hasta aquí, mediante las múltiples estrategias desarrolladas, las y los quinteros organizados mejoran su posición en el espacio social global (Bourdieu, 2001). La figura organizativa asociativa coincidente con la lógica del *ayllu* como forma de enlazamiento social, abona a la sostenibilidad de la red y los vínculos sociales que la tejen, potenciando a su vez, las prácticas individuales de quienes son parte. Como plantea Ostrom y Ahn (2003), las reglas prácticas y normas de reciprocidad comunes son las bases donde se asienta, construye y reconstruye el capital social. A partir de las actividades compartidas, la comunidad organizada de Saropalca extiende su presencia no sólo en las zonas donde se localiza el colectivo (Morón y Pilar), sino también en la extensa región de la RMBA.

CONCLUSIONES

En este trabajo se presentó un análisis sobre el modo en que las sociabilidades en red se consolidan como un recurso vital clave en las estrategias de vida desplegadas por los sectores populares. Partiendo de esta hipótesis, se desarrolló un análisis situado de la experiencia llevada adelante por la organización asociativa con fines comerciales impulsada por las y los quinteros, productores/as familiares y comercializadores/as del Mercado Frutihortícola Saropalca de Morón.

Con este objetivo, se retomaron ciertas claves conceptuales para abordar las sociabilidades desde el enfoque de las redes, las características del grupo y los círculos sociales que lo constituyen. Haciendo hincapié en el sentido de comunidad conformado desde las construcciones vinculares y los lazos sociales intra y extra comunitarios, se retomó también la importancia del capital social desplegado por las y los integrantes de la iniciativa. En conjunto, los aportes de los autores citados abonaron a la construcción de una mirada multidimensional para reflexionar sobre la experiencia empírica.

En un contexto de alta concentración económica y profundas inequidades sociales, es clave atender a las formas particulares en la que los sectores populares impulsan iniciativas colectivas para favorecer el reposicionamiento del conjunto. En la experiencia del Mercado Saropalca, las sociabilidades impulsadas por las y los asociados se constituyen en una expresión potente de su capital social, desplegadas intrínsecamente como si fueran un fin en sí mismas. Entendiendo al capital social como una estrategia de vida fundamental de los sectores populares en la fase de desarrollo del capitalismo actual, se concluye que los vínculos intracomunitarios les ha posibilitado ampliar sus canales de comercialización de alimentos y generar nuevas redes sociales, consolidando a su vez el capital social y político acumulado. Mediante las redes sociales internas se refuerza la propuesta comercial de las unidades familiares productivas, a la vez que las redes sociales externas fortalecen la legitimidad y extienden los márgenes de acción de la institución en el territorio. En un doble diálogo entre estas esferas, la comunidad saropalqueña en su experiencia práctica se constituye en el punto de encuentro desde donde se parte y hacia donde se va, lo cual fortalece “el proyecto histórico de los vínculos (que) insta a la reciprocidad, (y) que produce comunidad” (Segato, 2022).

El sentido otorgado a ella supera las diferencias internas, privilegiando las prácticas compartidas en tiempos y espacios diversos, las cuales mantienen cohesionado al grupo. Estos mecanismos alentados por una historia y atributos socioculturales comunes son también una respuesta organizada frente a condiciones socioeconómicas estructuralmente hostiles. De este modo, la experiencia asociativa del mercado puede ser entendida además como una forma de protegerse y fortalecerse comunalmente para hacer sostenible la vida de sus integrantes. Desde esta perspectiva, los vínculos comunitarios se vuelven estructuras de oportunidades que favorecen procesos de reposicionamiento del grupo al interior de la estructura social.

A través de sus aportes a la sociedad por múltiples vías, las y los saropalqueños en la región se posicionan como actores claves, tanto para el abastecimiento alimentario vía mercado, como para la integración sociocultural vía asociación. Desde el enfoque de las redes, las vinculaciones traccionadas en su propia comunidad, con áreas estatales y junto a la sociedad civil organizada, permite considerar la gama de relaciones sociales comunales como elementos característicos de las sociabilidades propulsadas por el colectivo saropalqueño en la RMBA.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bailey, Frederick (1971). Gift and poison. En Frederick Bailey (Org.), *Gifts and poison*. Basil Blackwell.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal.
- Benencia, Roberto (1997). *Área Hortícola Bonaerense. Cambios en la producción y su incidencia en los sectores sociales*. La Colmena.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Taurus.
- Bourdieu, Pierre (2000). ¿Cómo se hace una clase social?. En Pierre Bourdieu (Coord.), *Poder, derecho y clases sociales* (pp. 101-130). Descleé de Brouwer.
- Bourdieu, Pierre (2001). El capital social: apuntes provisionales. *Zona Abierta*, (94), 83-87.
- Busso, Mariana (2009). Cuando el trabajo informal es espacio para la construcción de identificaciones colectivas: un estudio sobre ferias comerciales urbanas. En *El mundo del trabajo en América Latina* (pp. 159-192). CAICYT.
- Caracciolo, Mercedes (2019). Espacios comerciales alternativos de la agricultura familiar: criterios para su análisis y diferenciación. En María Laura Viteri; Mariana Moricz y Sergio Dumrauf (Comps.), *Mercados: diversidad de prácticas comerciales y de consumo* (pp. 133-160). INTA.
- Caracciolo, Mercedes; Dumrauf, Sergio; González, Edgardo; Moricz, Mariana y Real, A. (2012). *Modalidades alternativas de comercialización en la agricultura familiar: entre el supermercado y la soberanía alimentaria*. VI Jornadas Nacionales de Investigadores de las Economías Regionales Economía Social y Solidaria: Experiencias, Saberes y Prácticas. FSOC-UBA.
- Cohen, Anthony (2001). *The symbolic construction of community*. Taylor & Francis e-Library.
- Cowan Ros, Carlos (2014). Quando o beneficiário se personaliza-se: (re) significação de programas de promoção social em comunidades andinas. *Revista Sociedade e Estado*, 29(2), 607-633.
- Cowan Ros, Carlos y Nussbaumer, Beatriz (2013). Retorno a la comunidad. *Avá. Revista de Antropología*, (22), 145-166.
- De Grande, Pablo (2013). Aportes de Norbert Elias, Erving Goffman y Pierre Bourdieu al estudio de las redes personales. *Andamios*, 10(22), 237-258.
- de Marinis, Pablo (2012). *Comunidad: estudios de teoría sociológica*. Prometeo Libros.

- Feito, María Carolina (2021). *Organización para la comercialización de la agricultura familiar: el grupo “Integración” del programa Cambio Rural en el mercado “Saropalca” de Morón, provincia de Buenos Aires*. En Actas XII Congreso Argentino de Antropología Social CAAS, Universidad Nacional de la Plata. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/134348>
- Feito, María Carolina (2023). Comercialización de la agricultura familiar para el desarrollo rural local en el Área Metropolitana de Buenos Aires. El mercado Saropalca de Morón, provincia de Buenos Aires. *Mundo Agrario*, 23(54). <https://doi.org/10.24215/15155994e200>
- Feldman, Silvio y Murmis, Miguel (2002). *Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes. Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Biblos.
- Fernández Rojas, Pablo (2024). Bailando entre la servidumbre y la libertad. *Revista Crisis*, (65), 11-14.
- García, Matías (2012). *Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platense en los últimos 20 años. El rol de los horticultores bolivianos*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata. <http://hdl.handle.net/10915/18122>
- Kadushin, Charles (2013). *Comprender las redes sociales: teorías, conceptos y hallazgos*. CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Mallimaci Barral, Ana Inés (2020). Construyendo comunidades. Géneros, tiempos, espacios y memorias de los/as bolivianos/as en Ushuaia. *Nuevo Mundo*. <https://doi.org/10.4000/NUEVOMUNDO.60257>
- Mariano, Mercedes (2015). Acerca de la identidad boliviana en Argentina. Un análisis de tres casos de estudio en la provincia de Buenos Aires, Argentina. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (22), 45-64.
- McPherson, Miller; Smith-Lovin, Lynn y Cook, James (2001). Birds of a feather: Homophily in social networks. *Annual Review of Sociology*, 27(1), 415-444.
- Ostrom, Elinor y Ahn, T.K. (2003). Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(1), 155-233.
- Parra García, Héctor (2021). *La colectividad boliviana en Buenos Aires: ensamblajes populares en la globalización*. Teseo.
- Pastore, Rodolfo (2010). Un panorama del resurgimiento de la economía social y solidaria en la Argentina. *Revista de Ciencias Sociales*, 2(18), 47-74. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1497>
- Pitt-Rivers, Julian (1971). *Los hombres de la sierra: ensayo sociológico sobre un pueblo andaluz*. Grijalbo.

- Rivero Sierra, Fulvio (2015). El “comunitarismo” de los Saropalqueños y el “individualismo” de los Calileños. Pistas para entender distintas lógicas migratorias entre los Toropalqueños de Potosí, Bolivia. *Odisea. Revista de Estudios Migratorios*, 2(10), 414-433.
- Santin, Antonella (2023). *Redes territoriales y rol del Estado para el fortalecimiento de experiencias alternativas de producción y comercialización de alimentos: el caso del Mercado Frutihortícola Saropalca de Morón*. En I° Jornada Distrital Trabajo social y Derechos Humanos: A 40 años de democracia, interpelaciones y propuestas desde el trabajo social. Colegio de Trabajadores Sociales de la Provincia de Buenos Aires-Distrito Morón. <http://www.catsmoron.org/RedesterritorialesyroldelEstado.pdf>
- Santin, Antonella (2024). *Prácticas espaciales y estrategias socioeconómicas de productores/as asociados/as bolivianos/as del Mercado Saropalca de Morón*. III Congreso Internacional de Ciencias Humanas. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín.
- Santin, Antonella (2025, en prensa). Las y los saropalqueños en Buenos Aires: movilidades y prácticas espaciales multiescales. *Revista Medio Ambiente y Urbanización*, 101(1).
- Santin, Antonella (en prensa). El Mercado Frutihortícola Saropalca: tramas de valor y redes en una experiencia alternativa de producción y comercialización de alimentos en la Región Metropolitana de Buenos Aires. En Julieta Monzón; Beatriz Nussbaumer y Paula Rosa (Eds.), *Comercialización y producción de alimentos: circulación de sentidos, saberes y prácticas territoriales en la Argentina*. Editorial de la Facultad de Agronomía (EFA).
- Sassone, Susana María (2009). Breve geografía histórica de la migración boliviana en la Argentina. *Temas de Patrimonio Cultural*, (24), 389-402.
- Sassone, Susana María (2007). Migración, territorio e identidad cultural: construcción de “lugares bolivianos” en la ciudad de Buenos Aires. *Población de Buenos Aires*, 4(6), 9-28.
- Segato, Rita (2007). *La Nación y sus Otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Prometeo Libros.
- Segato, Rita (22 de enero de 2022). Crueldad: pedagogías y contra-pedagogías. *Lobo Suelto*. https://lobosuelto.com/crueldad-pedagogias-y-contra-pedagogias-rita-segato/#_ftnref1.
- Simmel, Georg (2015 [1908]). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica.
- Tassi, Nico; Hinojosa, Alfonso y Canaviri, Richard (2015). *La economía popular en Bolivia: tres miradas*. Akal.
- Zalles Cueto, Alberto (2002). El enjambramiento cultural de los bolivianos en la Argentina. *Nueva Sociedad*, (178), 89-103.

Agradecimientos

Se agradecen los aportes de los técnicos que han contribuido en el proceso de recolección de información y, principalmente, a las y los miembros asociados/as del Mercado Frutihortícola Saropalca, por abrir sus espacios de trabajo y encuentro, y compartir su propio mundo.

Serena Santos

INTERMEDIARIOS Y ARTICULACIONES EN LA GESTIÓN DE UN PROGRAMA DE APOYO ESCOLAR

INTRODUCCIÓN

Desde mitad del siglo XX, la reconfiguración de la relación Estado-sociedad civil en la gestión de políticas públicas se constituyó en un campo de debate. Estudios provenientes de la ciencia política y la administración pública que se desarrollaron en Alemania, España, Inglaterra y Estados Unidos durante los años 1990 y la primera década de los 2000 definieron estos cambios sobre la base de los conceptos de gobernanza y redes de políticas (Zurbriggen, 2003; Fleury, 2002). El término gobernanza expresa transformaciones en la configuración de las lógicas de gobierno globales y locales, donde el rol jerárquico del Estado ha virado hacia una coordinación de interdependencias, de manera más horizontal (Mayntz, 2006; Natera Peral, 2005). Estas interdependencias involucran a distintos actores público-privados de diversos ecosistemas que participan en la gestión de las políticas públicas, lo que produce un entramado o red en donde los límites entre Estado y sociedad son cada vez más difusos (John, 1999, en Zurbriggen, 2003).

En el caso de Argentina, organizaciones de la sociedad civil y otros actores sociocomunitarios fueron convocados en el campo de la política educativa luego de la promulgación de la Ley de Protección Integral de los Derechos de los Niños, Niñas y Adolescentes N° 26.061 (2005) y la Ley de Educación Nacional N° 26.206 (2006). A partir de este nuevo marco normativo, estos actores comenzaron a ocupar nuevos roles y espacios de gobierno y a formar parte de una trama intersectorial local y corresponsable de la promoción de derechos de niños, niñas y

adolescentes. En este contexto, la gestión asociada entre organismos de gobierno en sus distintos niveles de coordinación y organizaciones sociales fue adquiriendo gran relevancia (Santos, 2023).

Este capítulo presenta un recorte de mi investigación doctoral en curso. La misma se ubica en la intersección de los campos de la sociología y las políticas educativas y se inscribe en la problemática anteriormente descrita, en tanto expresa una especial preocupación por los nuevos modelos de gobernanza y por la producción y reproducción de desigualdades socioeducativas. Nos preguntamos específicamente por la configuración de espacios de articulación local entre agentes estatales, actores de organizaciones sociales involucrados en la gestión del programa socioeducativo Red Comunitaria de Apoyo Escolar (RCAE) y actores escolares que sostienen la escolarización primaria desde 2013 hasta la actualidad en distintos barrios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). Consideramos que esta propuesta analítica tensiona el modelo actual de gobernanza en un nivel local, ya que posibilita dilucidar si es el Estado quien efectivamente gestiona las interdependencias o si ocupa otro lugar en la creación e implementación de la política pública socioeducativa.

Este escrito se enfoca en las tramas interactorales, definidas como aquellas interrelaciones que permiten establecer las mediaciones territoriales e institucionales de las políticas (Giovine, Martignoni y Correa, 2019). En este marco, se identificarán las tramas que se despliegan en el territorio entre distintos actores. Estos incluyen organismos gubernamentales, de gestión escolar, organizaciones sociales y otros actores sociocomunitarios, quienes habilitan lazos de cooperación y, al mismo tiempo, de tensiones y contradicciones.

Pondremos especial atención a los actores que desempeñan una función articuladora o de intermediación en la Red de Apoyo Escolar:

- Los referentes regionales, ubicados en el subgrupo de actores estatales.
- Los coordinadores de los centros de apoyo escolar que forman parte de las organizaciones sociales, ubicados dentro de los actores sociocomunitarios.

El capítulo presenta un doble propósito: por un lado, busca mostrar las dinámicas que regulan las relaciones interpersonales entre los actores mencionados. Por el otro, interesa evidenciar cuál es su rol en la red y en qué medida este rol posibilita el desarrollo de oportunidades para mejorar los recorridos escolares y de vida de los estudiantes que participan de los apoyos escolares. Para ello, se utilizará la perspectiva teórica del Análisis de Redes Sociales.

Si bien el foco de este trabajo presenta cierto desplazamiento respecto del concepto de sociabilidad en sentido estricto hacia el análisis de las redes comunitarias que sostienen un programa de apoyo escolar, consideramos que estas redes constituyen formas concretas y situadas de sociabilidad. Los vínculos entre los trabajadores del programa reflejan relaciones de confianza y desconfianza, interacciones más fuertes o más débiles, todas ellas dimensiones clave de la sociabilidad. Al mismo tiempo, estos lazos se configuran en contextos de desigualdad, donde la articulación comunitaria se vuelve una estrategia fundamental de soporte, especialmente en los barrios populares. De este modo, el capítulo muestra el papel central de los vínculos informales que integran un entramado relacional más amplio, constituido por interacciones de diversa intensidad.

El texto se estructura en dos apartados. El primero introduce el marco teórico-conceptual que guía el trabajo y el segundo presenta un análisis de datos empíricos organizado en tres sub-apartados. En primer lugar, se realiza una breve contextualización del programa Red Comunitaria de Apoyo Escolar. Luego, se presentan las articulaciones que se producen en el marco de dicho programa partiendo de un diagrama de red simple que refleja la función mediadora de los referentes regionales y coordinadores de apoyo escolar. En tercer lugar, se analiza la construcción del vínculo entre estos actores y se profundiza en la función de intermediación que tiene cada uno tomando categorías del Análisis de Redes Sociales (Granovetter, 2000; Herrero, 2000; Miceli, 2008; Molina, 2005) desde un enfoque cualitativo, es decir, considerando la naturaleza y dinámica de ciertas conexiones y su inserción en una estructura más amplia. Por último, se presentan las conclusiones.

MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL

Nuestra principal categoría teórica es la de *articulación social*, concepto propuesto por la sociología y retomado por la antropología social desde la década de 1970.

Principalmente, recuperamos el trabajo del reconocido antropólogo argentino Leopoldo Bartolomé (1980), quien se interroga sobre la utilidad del concepto de articulación como instrumento analítico para las ciencias sociales. Interesa su planteo sobre la necesidad de superar una perspectiva centrada en el estudio de unidades societales tratadas como sistemas cerrados, para concentrarse en definir y analizar las formas y procesos conectivos a nivel societal (Bartolomé, 1980, p. 275). Tal como señala el autor, “la preocupación por los procesos de articulación se origina en la urgencia en buscar una salida a ese dilema teórico-metodológico, centrando el objetivo en el tejido conectivo

de la sociedad antes que en sus unidades constitutivas” (Bartolomé, 1980, p. 276).

Si bien Bartolomé señala que el concepto de articulación se relaciona directamente con otros tales como *integración*, *asimilación* o *intermediación*, propone reservar este término “para hacer referencia a todos aquellos procesos que resultan en una unión o vinculación de partes sin que éstas se vean necesariamente afectadas en sus atributos diferenciales y específicos” y, por tanto, “reservar para el término articulación la categoría epistemológica más abarcante, a partir de la cual se hace posible discriminar formas y modos articularios específicos” (1980, p. 276).

En nuestro caso, la *articulación* también representa una categoría nativa dado que fue mencionada por los actores entrevistados al describir las interrelaciones que entablan con otros en el proceso de implementación de la política socioeducativa para valerse de determinados recursos —materiales y simbólicos— que abonan al sostenimiento de las trayectorias escolares. Un dato empírico relevante es que los entrevistados caracterizaron a las articulaciones como “artesanales”, basadas en dinámicas de “ensayo y error” y de “demandas puntuales”. Para ellos, las mismas evidencian una “personalización” dado que, en gran parte, dependen de las personas que se encuentran en un rol específico en un momento determinado, por lo que no suelen sostenerse a largo plazo. Estas características hacen que, en la Red de Apoyo Escolar, estas conexiones tengan un alto grado de informalidad, sean esporádicas y contingentes y, por lo tanto, posean una baja institucionalización.

La articulación como categoría nativa coincide con la definición teórica de Bartolomé (1980) al referirse a los procesos conectivos que se producen en un escenario de relaciones sociales entre diversos actores e instituciones, en contextos y situaciones específicas. De esta manera, expresa un sentido práctico que da cuenta de determinadas acciones y dinámicas de vinculación.

Aunque podría decirse que los actores le atribuyen a las articulaciones una carga más bien negativa, la noción de artesanidad que ellos mismos introducen parece expresarse como un símbolo o como un signo que se abre en múltiples significaciones, algunas más conocidas y otras menos. Si bien parece tratarse de un término precautorio que utilizan los actores para señalar que la implementación del programa se hace “como se puede”, lo “artesanal” agrega a la definición de Bartolomé un sentido político, en tanto representa estrategias y maniobras delicadas que deben hacerse para lograr una correcta mediación, o bien lograr el propósito requerido en la gestión. Por ende, la categoría de articulación y su carácter artesanal dan cuenta de un idioma social propio de la gestión en los programas que sostienen trayectorias escolares.

Consideramos que nuestro objeto de estudio, al poner énfasis en las formas y procesos conectivos de un tejido social particular, requiere ser analizado desde la perspectiva del relacionismo metodológico (Corcuff, 2013) en tanto paradigma que establece como entidades primordiales de análisis a las relaciones sociales. Su propuesta consiste en reconstruir el sentido de la acción de los actores teniendo en cuenta la dimensión relacional entre actor y estructura, por lo que es desde esta perspectiva general que nos proponemos analizar la configuración de las articulaciones en el marco del programa Red Comunitaria de Apoyo Escolar.

Teniendo en cuenta este posicionamiento, encontramos en el Análisis de Redes Sociales (ARS) algunas categorías que, en tanto herramientas teórico-metodológicas, son útiles para analizar la construcción de vinculaciones entre los referentes regionales del programa y los coordinadores de apoyos escolares, así como su función de intermediación en un plano más global de la red en la que se encuentran inmersos.

El análisis de redes sociales e interpersonales cobra importancia en el siglo XXI, con la profundización de la individualización de la vida social y el surgimiento de comunidades especializadas y parciales. Este fenómeno, conocido como “individualismo conectado” (Wellman, 2001, en Molina, 2005) pone el foco en el individuo y, a partir de él, en las redes sociales que genera dada su participación simultánea en varias comunidades.

Siguiendo a Molina (2005), el Análisis de Redes Sociales constituye una herramienta analítica adecuada para la comprensión de fenómenos de rango “intermedio” o “meso”. En este nivel se configuran simultáneamente interacciones de carácter individual, institucional y estructural, todas ellas empíricamente observables (p. 2). Dichas configuraciones vinculan redes de personas y organizaciones, lo que permite abordar problemáticas más estructurales como la acción colectiva, la movilización de recursos o la definición de la agenda política.

Dentro de este campo, nuestro análisis otorga centralidad a *la fuerza de los vínculos interpersonales* (Granovetter, 2000), conceptualización que fue aplicada para analizar la movilidad en el mercado laboral de Estados Unidos en la década de 1960. Aunque el estudio de Granovetter se centró en cómo las personas encuentran empleo y en la influencia que tienen las redes interpersonales en este proceso, consideramos que el desarrollo conceptual que utiliza puede aplicarse en un caso empírico distinto, como la implementación de un programa socioeducativo.

La fuerza de los vínculos interpersonales es definida como “una combinación del tiempo, la intensidad emocional, intimidad (confianza mutua) y los servicios recíprocos que caracterizan un vínculo” (Granovetter, 2000, p. 42), aspectos que son independientes entre sí, pero

que conforman un conjunto interrelacionado. Según esta noción, un vínculo dado puede ser fuerte, débil o ausente.

La principal hipótesis que plantea Granovetter (2000) y que es de nuestro interés, tiene que ver con la fortaleza o potencialidad de los vínculos débiles, ya que crean contactos o facilitan flujos de intercambio entre partes distantes de una red. Para el autor, los vínculos débiles son cruciales en la estructura social dado que contribuyen a la obtención de nueva información y oportunidades, mientras que los vínculos fuertes dan cuenta de intercambios que se producen al interior de un mismo círculo social. Granovetter también caracteriza a los vínculos débiles como “puentes”, al crear recorridos más cortos en una red en términos de distancia social.

A lo largo del capítulo veremos cómo los vínculos débiles y fuertes cobran relevancia en la implementación de la Red de Apoyo Escolar, al analizar la función que cumplen en él los referentes regionales y los coordinadores de las organizaciones sociales que gestionan los apoyos escolares.

ANÁLISIS DE DATOS

EL PROGRAMA RED COMUNITARIA DE APOYO ESCOLAR

El programa Red Comunitaria de Apoyo Escolar pertenece a la Gerencia Operativa de Inclusión Educativa del Ministerio de Educación de CABA. Desde 2013, brinda apoyo escolar gratuito en espacios barriales como clubes, parroquias y bibliotecas bajo un modelo de gestión asociada con diecinueve organizaciones de la sociedad civil.¹ Actualmente se implementan alrededor de cincuenta y nueve centros de apoyo escolar que tienen por objetivo fortalecer y sostener la escolarización de estudiantes de primaria y secundaria.

Al momento, el trabajo de campo se compone de doce entrevistas realizadas entre mayo y julio de 2024 al equipo técnico del programa (un coordinador y cuatro referentes regionales), miembros de la Gerencia Operativa de la cual depende el programa (la exgerenta operativa y un referente técnico-pedagógico) y a directores ejecutivos, coordinadores y educadores de centros de apoyo escolar de dos organizaciones sociales que desde 2013 gestionan apoyos escolares en territorios diferentes. La organización A realiza dicha gestión en barrios de la zona norte de CABA (Colegiales y Belgrano), mientras que la organización B lo hace

1 Esta modalidad implica la firma de un convenio asociativo entre el Ministerio y cada organización social, a través del cual se les otorgan recursos económicos para la gestión de los apoyos escolares. Las organizaciones son las encargadas de la contratación de los coordinadores y educadores que trabajan en forma directa con los estudiantes.

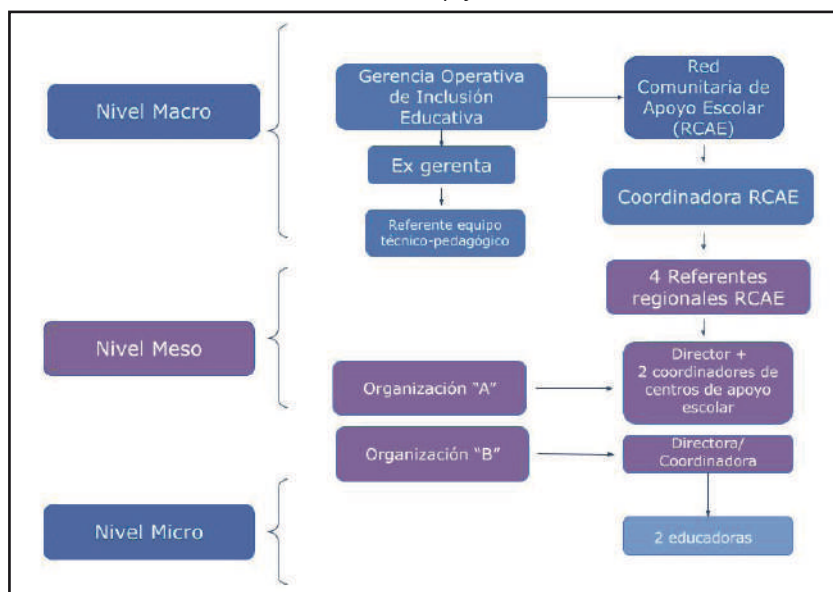
en un barrio popular de la zona sur de la ciudad (Barrio Zavaleta, Villa 21-24, Barracas).

Estas organizaciones tienen perfiles similares: sus referentes las denominan como “fundaciones” y comenzaron a trabajar en proyectos sociales y educativos entre fines de los años 1990 y principios del 2000. Si bien en sus orígenes las dos iniciaron su actividad en barrios populares, al asociarse con el Ministerio de Educación, la organización A pasó a trabajar en barrios del corredor norte de la ciudad. Mientras tanto, la organización B siempre estuvo vinculada a la Villa 21-24.

A continuación, se presenta un esquema de las entrevistas realizadas. Se identifican en color violeta las seis entrevistas que recupera este capítulo, llevadas a cabo con los cuatro referentes regionales del programa y dos coordinadores de los centros de apoyo escolar, uno por cada organización. Ambos actores se ubican en un nivel meso de implementación de la política.

Ilustración 1

Actores entrevistados y ubicación en los niveles de implementación del programa Red Comunitaria de Apoyo Escolar



Los referentes regionales son quienes acompañan a los coordinadores de las organizaciones sociales en la gestión cotidiana de los apoyos escolares. Cada uno está a cargo de una región de la ciudad, en la que realizan el seguimiento de catorce centros de apoyo escolar. Por su par-

te, los coordinadores son quienes trabajan de manera conjunta con los educadores y con los estudiantes y sus familias, y representan el nexo entre los referentes regionales y las direcciones de las organizaciones.

En cuanto a los rasgos típicos de ambos roles, la mayoría suelen ser mujeres. En general se trata de jóvenes profesionales egresadas de la Universidad de Buenos Aires (UBA), de carreras como Comunicación Social, Ciencias de la Educación, Trabajo Social, Economía y Psicología. Algunas tienen más trayectoria en la gestión pública, mientras que otras han trabajado previamente en organizaciones de la sociedad civil en espacios de apoyo escolar, de educación popular, en otras actividades de interés social o como docentes en los distintos niveles educativos. En el caso de la organización B, la coordinadora tiene un perfil distinto al ser la directora y fundadora de la institución.

Principalmente, podemos decir que este grupo de entrevistados comparte una fuerte vocación por la educación y por la “ayuda social” —tal como mencionó una de las coordinadoras—, lo que los ha hecho permanecer en el programa e incluso ir creciendo dentro del mismo, asumiendo distintos roles.

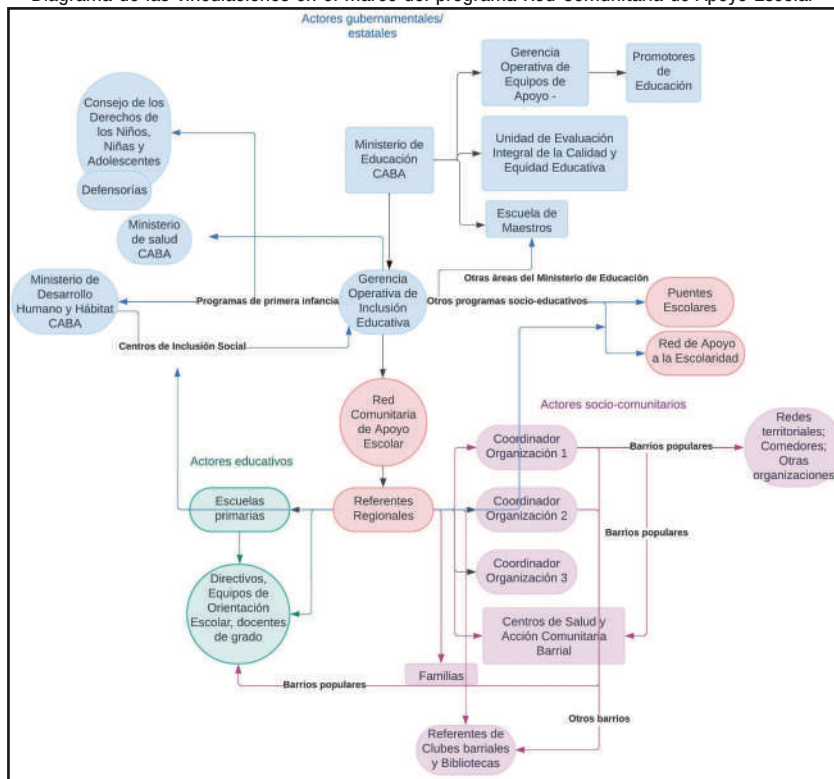
En el siguiente sub-apartado se introduce el material empírico con la elaboración de un diagrama de red que sistematiza las vinculaciones en el marco de la Red de Apoyo Escolar, para luego poner foco en el rol articulador o de intermediación que tienen tanto los referentes regionales como los coordinadores de los centros de apoyo escolar.

ARTICULACIONES EN EL PROGRAMA RED COMUNITARIA DE APOYO ESCOLAR

A continuación se presenta un diagrama de red simple que, con base en las entrevistas realizadas, busca reconstruir lo más fehacientemente posible las vinculaciones entre distintos tipos de actores en el contexto del programa, según los diferentes niveles de implementación de la política socioeducativa. Estos son: actores gubernamentales o estatales (dependencias de los ministerios de Educación, de Salud y de Desarrollo Humano y Hábitat y el Consejo de los Derechos de los Niños, Niñas y Adolescentes), actores escolares (directivos de escuelas, docentes, profesionales de los equipos de orientación escolar) y actores sociocomunitarios (referentes de organizaciones de la sociedad civil, clubes de barrio, bibliotecas populares, centros de salud y acción comunitaria). Asimismo, se destaca el rol intermediario que tienen dentro de la red tanto los referentes regionales como los coordinadores de las organizaciones sociales.

Ilustración 2

Diagrama de las vinculaciones en el marco del programa Red Comunitaria de Apoyo Escolar



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos relevados utilizando la aplicación *Lucidchart*.

Los actores gubernamentales operan en un nivel macro (color celeste), mientras que los actores escolares (color verde) y sociocomunitarios (color violeta) se ubican en un nivel micro, a escala local. En el nivel meso, se encuentran los equipos técnicos de programas socioeducativos, como la Red Comunitaria de Apoyo Escolar (color rosa), que articulan entre los niveles macro y micro. Los referentes regionales de este programa conectan con actores gubernamentales, como el Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat y otros programas socioeducativos (flechas celestes, hacia arriba del diagrama), para obtener información útil para las familias y estudiantes, y con las escuelas, a través de directivos o equipos de orientación escolar (flechas verdes, hacia la izquierda del diagrama). Además, mantienen conexiones con las organizaciones sociales, especialmente con los coordinadores de los apoyos escolares

(flechas violetas, hacia la derecha del diagrama).² Por otro lado, actúan como intermediarios entre los equipos interdisciplinarios de los centros de salud barriales y los equipos de las organizaciones sociales, cuando detectan estudiantes que necesitan apoyo psicológico o psicopedagógico. Además, interactúan con familias, con los referentes de clubes o bibliotecas donde muchos apoyos tienen lugar, para atender a necesidades específicas (flechas violetas, hacia abajo del diagrama).

Uno de los referentes regionales relató una situación que da cuenta de las complejidades de su trabajo cotidiano. Mencionó el caso de tres hermanas (A., de seis años; B., de ocho años y C., de quince años) que asistían juntas a un apoyo escolar del Bajo Flores. La coordinadora del apoyo le reportó que las tres asistían con desgano, sin los materiales adecuados y presentaban muchas dificultades de aprendizaje.

El referente se contactó con las escuelas de las estudiantes. En la escuela primaria, la directora se encontraba preocupada por la menor de las hermanas, dado que faltaba con frecuencia, se distraía mucho y en ocasiones no respondía cuando se le hablaba. Ante esto, intercambiaron sobre qué contenidos requería reforzar en el apoyo escolar. En la escuela secundaria, un miembro del Departamento de Orientación Escolar atribuyó los problemas a la falta de acompañamiento adulto y sugirió convocar a la familia desde el apoyo escolar, dado que no respondieron a citaciones previas.

Al investigar sobre la situación familiar, el referente y la coordinadora advirtieron que las niñas pasaban la mayor parte del tiempo solas, ya que la madre trabajaba durante todo el día y algunas noches. Cuando contactaron a la madre, dijo que no podía asistir a una entrevista y luego dejó de responder a las comunicaciones. En paralelo, la hermana mayor mencionó a la coordinadora que la policía había visitado su casa por una denuncia de “abandono de persona”.

A pesar de que el referente contactó a la Defensoría Zonal y al Equipo de Orientación Escolar de la escuela primaria, no hubo intervenciones. Ante esto, el equipo de apoyo escolar decidió continuar trabajando con las hermanas para fomentar su interés en sus procesos educativos.

La situación anterior da cuenta del rol articulador de los referentes regionales en el entramado. Los entrevistados se describieron a sí mismos como “articuladores” y “mediadores”. Para ellos, su rol consiste en la realización de múltiples tareas que les resultan difusas y difíciles de jerarquizar. Se sitúan en medio de tensiones que hay que alojar, dado que las situaciones que se presentan son complejas y no

2 El sector del diagrama en donde se ubican las organizaciones sociales representa un recorte del universo de organizaciones con las que articula el programa RCAE.

siempre cuentan con herramientas suficientes para dar respuestas. Como señaló uno de los entrevistados: “Nuestro rol se inscribe en un territorio de lo imposible, no lo imposible porque no se pueda hacer nada, sino lo imposible porque no se puede hacerlo todo” (Entrevista a referente regional RCAE, Bajo Flores). En este sentido, para el referente se trata de un rol de pasaje o transición “extremadamente artesanal” que interviene caso a caso, ya que cada contexto representa un nuevo desafío que requiere un enfoque desde cero.

En cuanto a las organizaciones sociales, las entrevistas dan cuenta de que aquellas que participan del programa en barrios vulnerados suelen formar parte de redes territoriales con mayor cohesión. Una de las coordinadoras (organización B, Barrio Zavaleta) mencionó que su trabajo territorial de tantos años les facilitó una vinculación más directa con algunas escuelas y el centro de salud, haciendo menos necesario el rol del referente regional. Como veremos más adelante, en estos contextos parecerían ser los coordinadores de apoyo escolar quienes asumen —en mayor medida— una función de intermediación o articuladora en el programa, pero más asociada al propio territorio de actuación. Estas conexiones se representan en el diagrama con las flechas violetas, con la leyenda *barrios populares* y que, a modo de ejemplo, salen de la “OSC 1”. En contraste, las organizaciones sociales que trabajan en otros barrios dependen más de los referentes regionales para relacionarse con otros actores. Si bien el arraigo territorial en barrios populares promueve relaciones más cercanas, la coordinadora también refirió que las mismas se construyen sobre la base de “un trabajo muy artesanal” (Coordinadora organización B, Barrio Zavaleta).

En el siguiente apartado, nos valdremos de algunas categorías del Análisis de Redes Sociales (ARS) (Granovetter, 2000; Herrero, 2000; Miceli, 2008; Molina, 2005) que, en tanto herramientas metodológicas, nos permiten profundizar en cómo se van construyendo las vinculaciones registradas entre referentes regionales y coordinadores de apoyo escolar, así como su función de intermediación en la generalidad de la red.

LOS REFERENTES REGIONALES Y LOS COORDINADORES DE APOYO ESCOLAR: LA CONSTRUCCIÓN DE VÍNCULOS Y SU FUNCIÓN ARTICULADORA DESDE LA PERSPECTIVA DEL ANÁLISIS DE REDES SOCIALES

Recuperando la descripción del apartado anterior, consideramos que cierta terminología utilizada por el Análisis de Redes Sociales nos permite definir a la red que se conforma en el contexto del programa Red de Apoyo Escolar como una red amplia y abierta, al no tener fronteras claras. Si bien existe una delimitación inicial de los actores más relevantes de articulación, éstos pueden variar en función de las demandas

detectadas en el territorio, siendo dichas demandas las que van regulando la construcción de la red. En términos generales, la amplitud de la red también marca una menor densidad de las relaciones (Herrero, 2000), dado que hay menos visibilidad recíproca entre quienes forman parte de la misma y, por ende, menos cohesión grupal. En este sentido, nuestra red podría describirse como poco densa, lo cual implica desafíos para el programa en términos de centralización y cohesión.

De todas formas, en las redes abiertas y de baja densidad vincular, tienden a crearse subgrupos o sub-redes fragmentadas con mayor densidad, es decir con más intensidad en sus conexiones (Herrero, 2000). En nuestro caso, estas sub-redes estarían dadas especialmente en los barrios populares, tal como se mencionó anteriormente.

Uno de los primeros pasos en el mapeo de una red social es la definición de sus nodos y lazos en tanto entidades primarias (Miceli, 2008, p. 7). Los nodos son aquellos puntos dentro de una red representados por individuos o instituciones entre los que pueden establecerse relaciones, y dan cuenta de determinados atributos que definen los vínculos o lazos entre ellos.³ En nuestro caso, los nodos están conformados por individuos pertenecientes a determinadas estructuras institucionales con diferentes posiciones en el territorio, según los niveles de implementación del programa. Así, cada referente regional representa un nodo al tener a cargo el seguimiento del programa en territorios específicos. En el caso de las organizaciones sociales, escuelas y otros actores, los nodos pueden definirse a nivel institucional. Es decir que, por ejemplo, cada organización social equivaldría a un nodo y quienes las representan son los coordinadores de los centros de apoyo escolar. De esta manera, los nodos se definen tanto por sus atributos —todos se dedican al sostenimiento y acompañamiento de trayectorias escolares— como por las interrelaciones mapeadas a partir de las entrevistas a los actores.

Teniendo en cuenta estas especificaciones, en los siguientes subapartados se presentan dos dimensiones de análisis. La primera trata sobre la construcción de vinculaciones entre referentes regionales y coordinadores de apoyo escolar, basadas principalmente en la desconianza y la confianza, en el peso de “lo político” y las condiciones materiales de trabajo en tanto productores de ciertas distancias y conflictos de interés, pero también de solidaridades. La segunda analiza la función articuladora de estos actores desde la fuerza y debilidad de los vínculos interpersonales (Granovetter, 2000) generados con el resto de la red, lo cual permite observar la construcción de dos tipos de intermediación.

3 Entendemos que es el investigador quien delimita el contenido de los vínculos según sus intereses investigativos (Miceli, 2008).

Las condiciones materiales de trabajo, la desconfianza y la confianza como reguladores de los vínculos

Tal como hemos visto, la articulación entre los referentes regionales y los coordinadores de los centros de apoyo escolar tiene como objetivo construir estrategias para acompañar las trayectorias escolares y de vida de los estudiantes que asisten a los apoyos escolares. Esto implica el intercambio de información educativa y social sobre los estudiantes y sus familias, así como de recursos materiales (libros, cuadernos, útiles escolares) y simbólicos (contactos de distintos actores sociales).

Una de las referentes regionales que acompaña organizaciones sociales en barrios del sur de la ciudad (Villa Lugano y Villa Soldati) mencionó que, en su vinculación con algunos coordinadores, se pone en juego la propia lógica de la gestión asociada, la cual relacionó con una “tercerización” del trabajo educativo. Como se señaló anteriormente, la gestión asociada implica un contrato de locación de servicios entre el Estado y las organizaciones, las cuales reciben un subsidio económico para gestionar los apoyos escolares. Si bien esta modalidad se enmarca en el principio de corresponsabilidad, la tercerización implica que las organizaciones estarían asumiendo responsabilidades en la tarea educativa que en el fondo le competen al Estado. Para la referente, la tercerización trae aparejada la dificultad de encauzar una ética de trabajo compartida con las organizaciones que se desempeñan en los territorios más vulnerados, especialmente con aquellas que expresan un proyecto social y político muy propio, que consideran distinto y más independiente del de la gestión ministerial.

Además, la entrevistada expresó una sensación de desconfianza respecto de quiénes son las personas que están a cargo de los apoyos escolares, ya que en ocasiones se trata de perfiles que no cuentan con una formación específica en educación, lo cual complejiza el trabajo conjunto dado que “no se habla el mismo lenguaje”. En estos casos, para la referente, la tercerización pone de manifiesto “intereses cruzados” que exceden al programa, generando tensiones transversales al tratar de encuadrar a las organizaciones en los principios y propuestas educativas “oficiales”. En este sentido, podríamos decir que para esta referente la lógica de la gestión asociada, en términos de tercerización, genera una distancia entre los referentes regionales y los coordinadores y educadores de las organizaciones.

Por su parte, el coordinador de apoyos escolares de la organización A (Belgrano y Colegiales) destacó una relación fluida con el equipo del programa, especialmente para articular con escuelas ante situaciones particulares de los estudiantes. Asimismo, valoró el respaldo institucional que otorga el programa al pertenecer al Ministerio de Educación. Para él, el referente regional es clave en el trabajo cotidiano, mientras

que la dirección de la organización está menos involucrada. Por otro lado, la coordinadora de la organización B (Barrio Zavaleta) señaló que el sentido de pertenencia al programa depende del perfil y rol del referente regional. Según mencionó, al inicio de la asociación algunos referentes han asumido posturas más controladoras, aunque actualmente percibe un enfoque menos rígido en la gestión asociada, lo que mejoró la relación de trabajo.

Otro aspecto clave que atraviesa la construcción de estas vinculaciones, señalado tanto por referentes como por coordinadores, es la contratación de las organizaciones en condiciones de “precarización laboral”. Esto se debe a que los subsidios del Ministerio de Educación “siempre están fuera de término” y “desvalorizados”. Aunque para los referentes regionales esta situación genera tensiones con algunas organizaciones, también habilita lazos de solidaridad y de confianza con los coordinadores, que permiten sostener el proyecto socioeducativo. Como señaló uno de los entrevistados:

Nosotros, desde el programa, es algo que cuidamos mucho, el vínculo con las organizaciones, porque lo consideramos primordial. Incluso en la gestión pasada hubo un reconocimiento al programa con relación a esto en términos de que se estaban atrasando los pagos y los convenios y sin embargo las organizaciones no protestaban, o no protestaban tanto como quizás sucedía en otros ámbitos del Ministerio y esto se nos reconoció que era por el buen vínculo que manteníamos, ¿no? por la escucha, por la confianza, por contenerlos. (Entrevista a referente regional RCAE, Bajo Flores)

De este modo, la “tercerización” y “precarización laboral” que para los entrevistados trae aparejada la gestión asociada, el proyecto político de las organizaciones, los perfiles de los coordinadores y referentes regionales y la confianza o la desconfianza que se genera entre ellos parecen ser elementos que regulan la construcción de estas vinculaciones.

La función de intermediación construida a través de vínculos débiles y fuertes

Esta dimensión de análisis recupera la conceptualización de Granovetter (2000) sobre la fuerza de los vínculos interpersonales y la diferenciación que realiza entre los lazos débiles y fuertes. Como mencionamos en el apartado teórico, mientras que los primeros resultan cruciales al conectar partes distantes de una red, los segundos dan cuenta de intercambios que se producen al interior de un mismo círculo social.

En la generalidad de la red que conforma el programa, la función de intermediación de los referentes regionales puede ser caracterizada como un vínculo débil entre éstos y otros actores gubernamentales,

escolares y sociocomunitarios. Esta parecería ser la fortaleza del rol del referente regional en cada territorio, en donde a partir de vínculos débiles puede conseguir contactos indirectos a través de los cuales alcanzar informaciones socialmente distantes (en lo territorial pero también en lo simbólico) que, en términos de oportunidades y de igualdad en el acceso a derechos de los estudiantes, son muy relevantes.

Por ejemplo, los referentes mencionaron que muchas veces entablan “contactos puntuales” con agentes del Ministerio de Educación, defensorías o centros de salud barriales para abordar necesidades específicas de los estudiantes, como vacantes escolares, vulneraciones de derechos o apoyo en salud mental. Cuando los coordinadores de los apoyos escolares informan sobre estas situaciones, el referente actúa como intermediario al obtener información relevante o contactos que luego comparte con los coordinadores para que lo transmitan a las familias, con el fin de contribuir a mejorar la situación del estudiante. De tal manera, el referente regional actúa como conector de dos partes distantes de la red —por un lado, el agente gubernamental o efector de salud y, por el otro, el coordinador de apoyo escolar y la familia del estudiante—.

El referente regional en tanto vínculo débil o puente puede sacar provecho para acceder a determinados recursos y activar su movilidad en la red, o puede representar un bloqueo, lo que lo dota de un rol con cierto poder en la estructura de la red.⁴ Si bien esta posición estratégica le permite fortalecer su estructura de recursos y posicionarse mejor en la red, las entrevistas expresan que los recursos y oportunidades derivados de la posición del referente regional no se usan para beneficio personal, sino que se utilizan para una mejor implementación de la política.

La concepción de vínculos débiles o puentes puede ampliarse tomando otro concepto que emplea el Análisis de Redes Sociales: el de “agujeros estructurales” (Burt, 1992, en Molina, 2005). El agujero refiere a un vacío de relaciones dentro de la red que puede ser ocupado por individuos que dotan de más poder e influencia a los nodos, necesarios para establecer conexiones. Por tanto, puede decirse que los referentes regionales ocupan agujeros estructurales dentro de la red, es decir, actúan como puentes que conectan partes de la red separadas por dichos agujeros. Tomando esta definición, podría decirse que cuanto mayor sea el grado de intermediación de los referentes, o su capacidad de constituirse en puentes, mayor será el capital social de la red. Este capital puede entenderse como un conjunto de recursos inmersos en

4 Este tipo de poder no es equivalente a las posiciones formales de poder que definen las teorías sociológicas más clásicas.

la red social, suponiendo que las personas que ocupan posiciones de intermediación disponen de más y mejores recursos (Lin, 1982, en Molina, 2005).

Del otro lado, si analizamos la función de intermediación que tienen dentro de la red los coordinadores de los apoyos escolares, podemos decir que ésta se da desde la construcción de vínculos fuertes en el territorio. Como ya señaló Granovetter (2000), la fortaleza de los vínculos da cuenta de relaciones más próximas en términos de distancia social; viene dada por una mayor frecuencia y un sostenimiento de las mismas en el largo plazo. Anteriormente mencionamos que, en nuestro caso, las conexiones fuertes son más habituales en los barrios populares, en donde las organizaciones que participan del programa tienen mayor inserción territorial y forman sub-redes más densas dentro de la red más amplia. Según los referentes regionales y la coordinadora de la organización B, las organizaciones que se ubican en estos barrios entablan conexiones más intensas con otros actores del territorio en términos de soporte, solidaridad y organización comunitaria, lo que les permite acceder a determinados recursos. Tal como mencionó uno de los entrevistados:

(...) ahí sucede algo particular en el Bajo Flores, que es que la organización tiene muchos recursos (...) Es como una particularidad de esta organización que es una estructura tan grande, con tantas inserciones en el territorio, que más bien yo me entero de lo que hicieron antes de tener que hacerlo yo (...) me han contado que han conseguido alimentos para familias que no tenían para comer o han conseguido que algún vecino les preste una habitación para pasar un tiempo, a una familia que no tenía donde estar; bueno, ese tipo de cuestiones (...) Lo que hay vinculado a esto es cierta articulación comunitaria en el Bajo Flores, que yo veo que en Caballito no hay (...) se ayudan, hay una red ahí de un tipo de ayuda al semejante ¿no? de un modo que en otros barrios no está. (Entrevista a referente regional RCAE, Bajo Flores)

Por su parte, la coordinadora de la organización B destacó el vínculo que sostienen con el centro de salud barrial, ubicado en frente de la sede de apoyo escolar, sobre todo para planificar talleres dirigidos a los estudiantes:

Algo muy marcado es la relación con el Centro de Salud, siempre necesitamos de ellos para estas charlas más educativas, que vamos mechando dentro del apoyo escolar, talleres de ESI o algunos relacionados con alguna temática de violencia o de relaciones. (Entrevista a coordinadora organización B, Barrio Zavaleta)

Consideramos que, en estos casos, el rol de intermediación de los coordinadores de los apoyos escolares puede entenderse como un puente local u ocupar un agujero estructural en relación con el afuera de la sub-red, pero fundamentalmente su rol se define en tanto abona a la construcción de capital social hacia dentro de la sub-red en un barrio determinado, dando cuenta de relaciones más homofílicas (Molina, 2005). En términos del Análisis de Redes Sociales, este tipo de lazos se asocian a los subgrupos de mayor densidad en donde se genera una *red afectiva*, en contraposición a una *red extensa* (Epstein, 1969, en Granovetter, 2000) dada la socialización más natural, regular e intensa cuyo objetivo es asegurar los recursos compartidos fortaleciendo las vinculaciones. Además, pueden llegar a estar asociadas a una posición social compartida (Molina, 2005, p. 25). Según Molina (2005), las relaciones homofílicas se asimilan a la definición de lazos fuertes de Granovetter.

CONCLUSIONES

Este capítulo presentó un marco analítico basado en el Análisis de Redes Sociales, con el fin de conceptualizar el entramado que se produce en la implementación del programa Red Comunitaria de Apoyo Escolar. Especialmente, se destacaron las relaciones entre referentes regionales y coordinadores de apoyos escolares y su función articuladora o de intermediación para el sostenimiento de trayectorias escolares, que varía según los distintos territorios.

Los referentes regionales, a través de vínculos débiles, conectan nodos distantes cuando logran facilitar la comunicación y el intercambio de recursos, lo cual contribuye a la cohesión de la red. Por su parte, en barrios populares, los coordinadores de los apoyos escolares, mediante vínculos fuertes, más próximos y solidarios, forman parte de una “articulación comunitaria” que abona la construcción de capital social. Es decir que, en dichos barrios, estas vinculaciones dependen menos de la institucionalidad o, más bien, ésta se ancla en el capital social del barrio. En relación con ello y como prospectiva, un aspecto que podría profundizarse en futuros trabajos es la construcción de capital social como atributo de las comunidades y su relación con la implementación de políticas públicas (Ostrom y Ahn, 2003).

A partir de lo analizado es posible definir dos tipos de intermediación dentro del programa que se complementan: la de los referentes regionales y sus vinculaciones débiles y la de los coordinadores de apoyo escolar y sus vinculaciones más fuertes, especialmente en barrios populares.

Otro punto central es que, a pesar de los tipos de intermediación, parecería que gran parte de la implementación del programa se juega en la capacidad de los referentes regionales para gestionar y mediar en las

interacciones. Estos actores, al ubicarse en un nivel meso de la implementación del programa, son los principales responsables de la relación con los otros dos niveles de la política socioeducativa: el macro (actores gubernamentales) y el micro (actores escolares y sociocomunitarios). Como ellos mismos señalaron, ocupan un rol de “pasaje o transición” entre estos niveles, lo que los coloca en una posición estratégica para la gestión de las interacciones. Asimismo, refirieron a la naturaleza “artesanal” y poco institucionalizada de las articulaciones, lo que hace que las mismas den cuenta de una “personalización”.

Todas estas características hacen que la capacidad de mediación de los referentes regionales sea crucial para el éxito del programa. Tal como mencionaron los entrevistados, el referente regional tiene que adaptarse constantemente a las necesidades y especificidades de cada situación, debe sortear las complejidades de las relaciones interpersonales, resolver conflictos, identificar recursos y oportunidades y adaptar sus estrategias a cada contexto específico.

Para finalizar, consideramos que el estudio de la fuerza de los vínculos interpersonales revela cómo interacciones a pequeña escala pueden influir en fenómenos sociales más amplios como la movilidad o la cohesión social y la organización política (Granovetter, 2000, p. 42). Asimismo, permite identificar paradojas en la unión de lo micro y lo macro, como la importancia de los vínculos débiles en la movilización de oportunidades. En este sentido, el análisis posibilita dilucidar las complejidades de la implementación de las políticas públicas en el nivel local y la importancia de considerar las relaciones interpersonales en estos procesos, especialmente en la configuración de fenómenos más estructurales como la centralización, la descentralización o la fragmentación en la política socioeducativa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bartolomé, Leopoldo (1980). Sobre el concepto de articulación social. *Desarrollo Económico*, 20(78), 275-286.
- Corcuff, Philippe (2013). Introducción. De la herencia filosófica al programa racionalista y al lenguaje constructivista. *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010*. Siglo Veintiuno Editores.
- Fleury, Sonia (2002). El desafío de la gestión de las redes de políticas. *Revista Instituciones y Desarrollo*, (17), 221-247.
- Giovine, Renata; Martignoni, Liliana y Correa, Natalia (2019). Estado, escuelas secundarias y organizaciones sociales: una trama socioeducativa para la inclusión de jóvenes en la Provincia de Buenos Aires (Argentina). *Praxis Educativa*, 14(2), 432-450. doi: <https://doi.org/10.5212/PraxEduc.v.14n2.002>

- Granovetter, Mark (2000). La fuerza de los vínculos débiles. *Política y Sociedad*, (33), 41-56.
- Herrero, Reyes (2000). La terminología del análisis de redes. Problemas de definición y de traducción. *Política y Sociedad*, 33(1), 199-206.
- Mayntz, Renate (2006). Governance en el Estado moderno. *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, (11), 103-117.
- Miceli, Jorge (2008). Los problemas de validez en el análisis de redes sociales: Algunas reflexiones integradoras. *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, (14), 1-45.
- Molina, José Luis (2005). El estudio de las redes personales: contribuciones, métodos y perspectivas. *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, (10), 71-105.
- Natera Peral, Antonio (2005). La gobernanza como modo emergente de gobierno y gestión pública. *Gestión y Análisis de Políticas Públicas*, (33-34), 53-65.
- Ostrom, Elinor y Ahn, Toh-Kyeong (2003). Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(1), 155-233.
- Santos, Serena Aylen (2023). *Las políticas socioeducativas y el sostenimiento de trayectorias escolares del nivel primario: articulaciones locales entre escuelas, familias y organizaciones sociales en un barrio popular de la CABA*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales con orientación en Educación. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Argentina).
- Zurbriggen, Cristina (2003). *Las redes de políticas públicas. Una revisión teórica. Colección de documentos*. Institut Internacional de Governabilitat de Catalunya.

Marcela López Aversa

MICROPOLÍTICAS ENTRE MUJERES QUE APRENDEN DANZA DEL VIENTRE

PRESENTACIÓN

La danza del vientre —también llamada danza árabe u oriental— llegó a mi vida cuando tenía 19 años y me ha acompañado desde entonces. Tomé mi primera clase motivada por la curiosidad que me generaban sus movimientos, de los que no tenía mayores referencias que algunas pocas escenas de *El Clon*, telenovela de moda en el año 2002. A partir del año 2012 comencé a desempeñarme como profesora y fue en el marco de esta práctica que emergieron los interrogantes que hoy guían el desarrollo de mi investigación, orientada a obtener el título de magíster en estudios feministas.

Las vivencias compartidas por mis alumnas y la observación atenta de sus dificultades y progresos despertaron en mí el interés por las prácticas corporales. Conjugando sus testimonios con mi propia trayectoria, comencé a ver la danza no solo como ejercicio físico o expresión artística, sino como un potencial espacio de transformación personal y social.

Al reflexionar sobre sus trayectorias corporales y subjetivas, muchas de mis alumnas asignan a la danza del vientre un rol protagónico en aquello que definen como la *reconciliación* con sus cuerpos; incluso se refieren a la *recuperación o reapropiación* de ellos. También recalcan que la danza les ha permitido sentirse *conectadas, empoderadas, lindas* —expresiones todas que conviven con momentos de frustración y descontento—. De allí que me proponga comprender los significados tras estas afirmaciones, así como los elementos que las motivan.

Desde un abordaje etnográfico, comencé a tratar de identificar aquellas experiencias que incitan a estas mujeres a realizar afirmaciones como las citadas. ¿Qué implica para ellas sostener que han podido recuperar sus cuerpos o reconciliarse con ellos? ¿Qué dificultades enfrentan en este proceso? ¿Es posible pensar en una micropolítica feminista gestada en y desde los cuerpos? Es decir, si ciertas formas de opresión pueden ser cuestionadas/repensadas desde el cuerpo, ¿no sería relevante prestar atención a aquellos saberes que se gestan, no desde la intelectualidad, sino desde las prácticas corporales?

Utilizo el término micropolítica para aludir a los procesos de producción, circulación y disputa de sentidos, afectos y posiciones de poder que se tramitan en la escala cotidiana de los cuerpos y de los vínculos interpersonales. Recuperando la herencia de la microfísica foucaultiana (Foucault, 1979), y la potencia de la vitalidad micropolítica desarrollada por Guattari y Rolnik (1986), este escrito se propone reafirmar que *lo personal es político*: sentires aparentemente privados, trayectorias de vida semejantes y decisiones en apariencia menores —ocupar determinados espacios, bromear entre pares, habitar el cuerpo desde el placer, entre otras— remiten siempre a dinámicas macro que pueden ser reforzadas o desafiadas.¹

Comencé a abordar los interrogantes señalados con la intuición de que ciertas particularidades de esta danza —que van desde aspectos técnicos y el vestuario hasta la construcción de un imaginario atravesado por el orientalismo— constituían el trasfondo que hace posibles las experiencias mencionadas. Sin embargo, desde el inicio de la investigación, a principios de 2023, los registros recogidos no solo me revelaron vivencias diversas que todavía procuro ordenar, sino que también me impulsaron a prestar especial atención al tejido de vínculos dentro de las clases. Con frecuencia, tanto en las entrevistas como en el espacio de las clases, mis alumnas subrayaban el papel de sus compañeras; expresiones como “hermandad” o “comunidad” se hicieron habituales, y el valor concedido a la mirada atenta y afectuosa de las demás cobró cada vez más relevancia. Empecé entonces a sospechar que las vivencias que originalmente atraieron mi interés solo pueden germinar en entornos sustentados por la contención mutua.

1 Lo personal es político: consigna surgida de los grupos de autoconciencia del feminismo de la segunda ola (Hanisch, 1970), que denuncia la falsa frontera entre esfera privada y esfera pública. Su fuerza reside en mostrar que los problemas “íntimos” (cuerpo, placer, violencia doméstica) expresan relaciones de poder estructurales. Aquí la retomo para subrayar que las micropolíticas corporales y afectivas desplegadas en la clase de danza del vientre son inseparables de la economía del cuidado, la división sexual del trabajo y la violencia simbólica que atraviesa a las mujeres.

Por este motivo, dedicaré las páginas siguientes a describir las características que asumen los vínculos generados en las clases. Por un lado, profundizaré en la construcción de lazos de amistad, en el modo en que las participantes dotan de significado a estos espacios y en la creación de un lenguaje compartido con códigos de humor propios. Además, me detendré en las tensiones y conflictos que pueden amenazar la armonía del grupo y en las estrategias de contención que emergen para abordarlas.

Cabe aclarar que, en tanto se trata aún de una investigación en curso, las conclusiones aquí presentadas serán de carácter parcial y sujetas a revisión. Asimismo, a fin de salvaguardar la privacidad de las mujeres que, confiando en esta investigación, facilitaron el acceso a su mundo íntimo y otorgaron su consentimiento informado, utilizo seudónimos para mencionarlas a lo largo del capítulo.

“SI EN DEFINITIVA, ESTAMOS TODAS EN LA MISMA”. UNA EXPERIENCIA GENÉRICA COMPARTIDA

Cristina y Aylén siempre llegan temprano; Aylén incluso suele esperar afuera hasta que llegue la hora de tocar el timbre. Cabe aclarar que “tocar el timbre” es casi un decir, porque nunca funciona y, cuando funciona, suelen robarlo. Por eso Verónica, la dueña de la sala, colocó una campanita que las chicas hacen sonar agitando una cuerda que cae sobre la entrada.

La sala está en un primer piso; tiene ventanales que dan a la calle y otros que miran hacia la terraza de la casa, ubicada en el barrio de Floresta. Se accede por un garaje y desde allí por una escalera. Es un espacio amplio y luminoso, con espejos, un piano, algunos tachos de luces y múltiples referencias al flamenco. Verónica es *bailaora* y su sala porta los rostros de Camarón y otros tantos referentes del cante,² el baile y la música flamenca.

En el grupo son seis. Toman clases los martes y jueves por la tarde. Débora fue la última en incorporarse y aún le cuesta sostener el ritmo: falta con frecuencia y, en ocasiones, llega a destiempo, por lo que se pierde buena parte de la clase. Dos de las integrantes del grupo, Carolina y Aylén, fueron estudiantes mías en el pasado, cuando dictaba clases en la escuela “Espacio Nuevo Tiempo”, con sedes en Villa Crespo y Caballito.

Aylén realizó el Profesorado de Danza del Vientre, aunque luego no ejerció ni bailó durante algunos años, en los que estuvo abocada

2 “Cante” es una expresión propia de quienes practican el arte flamenco. Se utiliza para referirse al ejercicio de cantar dentro del flamenco. En la terminología especializada se diferencia del toque (guitarra) y del baile (danza).

a maternar a sus dos hijos, además de sostener su trabajo de oficina. Carolina bailó muy poco tiempo. Pese a su gran destreza, su entonces pareja la convenció de que bailaba mal y “hacía el ridículo”. También, le sugirió que hiciera una danza “más en serio” como la danza clásica. Ella, no obstante, hizo todo lo posible por pasar desapercibida —en la danza y en la vida— y terminó abandonando las clases.

Aylén y Carolina son las treintañeras, las jovencitas del grupo. Luego están “las tres viejas”, como dice Cristina entre risas. Ella, Roxana y Vanesa tienen entre cincuenta y sesenta años. Son conocidas “de la vida” y afianzaron su amistad al compartir las clases. Las tres estudiaron *bellydance* durante su juventud, aunque no con los mismos profesores. *Bellydance* es la traducción al inglés de danza del vientre, pero entre lxs practicantes alude a un estilo asociado a las figuras de Saida y Amir Thaleb, denominado *argentino* (Altieri, 2014) o *moderno* (Ferreira, 2017). Este estilo recupera elementos básicos de la danza del vientre tradicional y los fusiona con recursos del clásico o el jazz: se ejecuta mayormente en media punta y añade numerosos giros y piruetas.

Cristina y Roxana abandonaron la danza cuando la combinación de trabajo asalariado y doméstico no les dejó más tiempo. La primera tiene cuatro hijxs y la segunda, dos. Vanesa, en cambio, cedió ante la negativa de su pareja, que no quería que “anduviese por ahí bailando en poca ropa”. La historia de Débora es similar, unos tres años de práctica, la maternidad irrumpiendo y transformando su rutina y la dificultad de volver a bailar luego. Actualmente está intentando retornar a “sus cosas”.

Las clases acostumbra ser ruidosas. Este es el segundo año que el grupo comparte y en ese tiempo han tejido lazos de amistad que atenúan la solemnidad y favorecen la distensión. El primer segmento de la clase —dedicado al calentamiento corporal— suele ser el momento en que circulan noticias, chismes y chistes. También funciona como espacio de desahogo cuando alguna llega angustiada por algún motivo. En esos casos, sin embargo, la clase se suspende momentáneamente para atender la situación. Es decir, mientras aquellos comentarios destinados a “ponerse al día” o los intercambios de bromas pueden suceder en paralelo al trabajo corporal; las situaciones tristes, graves o angustiantes requieren una atención más completa.

Los lazos de amistad del grupo trascienden las diferencias etarias. Si bien el vínculo más próximo se da entre Roxana, Cristina y Vanesa, ello no obedece única ni principalmente a una cuestión generacional, sino más bien a la existencia de un pasado común y a la proximidad geográfica. Las tres viven en un espacio comprendido entre Vélez Sarsfield y Monte Castro. De allí también es Débora. Aunque ella aún no ha desarrollado vínculos de amistad con sus compañeras, un poco porque es nueva, otro porque es inconsistente con su asistencia a clases. Aylén,

en cambio, viene de Mataderos, en tanto que Carolina lo hace desde Caballito.

Roxana insiste en intentar incorporar a Débora, pues se siente identificada con ella. Débora enfrenta una serie de problemas con su exmarido —entre ellos, conflictos por la tenencia de la hija que ambos tienen en común y el pago de la cuota alimentaria—. En más de una oportunidad, Roxana comenta: “Pobre, es duro eso, remarla sola; yo sé lo que se siente”. También afirma a veces: “Si, en definitiva, estamos todas en la misma: o ya pasamos, o estamos pasando por esas cosas”.

Lo primero que me llamó la atención fue que, cuando la conocí, Roxana solía sentenciar que las mujeres “somos más jodidas” que los varones. Al parecer forjó esa idea mientras trabajaba como promotora para una marca de cosmética. “Mis compañeras eran una manga de hijas de puta”, sostiene, refiriéndose a lo agresiva que se volvía la competencia por las ventas. En ese tipo de empleo los salarios fijos son muy bajos y el componente variable —las comisiones— resulta decisivo.

La primera vez que mencionó el supuesto carácter “jodido” de las mujeres, el resto del grupo guardó silencio: era un comentario disonante en un espacio integrado exclusivamente por mujeres que mantienen un trato cordial y respetuoso. Un poco preocupada por esta tensión, intervine para indagar qué la llevaba a pensar así. No obstante, seguí marcando los movimientos para no magnificar el asunto. Roxana relató brevemente su experiencia laboral y comenté que yo conocía ese ambiente por haber trabajado en perfumerías. Le sugerí que aquella “violencia” parecía más propia del rubro que del género, observación con la que sus compañeras asintieron. Ella se limitó a responder: “Puede ser”, y el tema quedó allí.

En lo que se evidencia como la efectividad de la violencia simbólica (Bourdieu, 2007), Roxana ha interiorizado ciertas representaciones negativas sobre su género que la llevan a pensar que las mujeres son más “jodidas” e incluso más competitivas y envidiosas. Lo interesante es que estas sentencias conviven con una experiencia de vida concreta en la que ella reconoce, en su propia biografía y en otras, la presencia de formas diversas de violencia ejercidas por varones hacia sus parejas o exparejas mujeres. Sin embargo, esta aparente disonancia no necesariamente conlleva al replanteo de aquellas representaciones.

Es la tardecita de un sábado caluroso de diciembre. Estamos todas en la sala junto a las alumnas de flamenco de Verónica: tenemos ensayo general para la muestra. Hace pocos meses comencé a dar clases allí y solo tengo dos alumnas, Roxana y Carolina. Verónica, quien además de ser la dueña de la sala es mi profesora, me ofrece que ellas participen en su espectáculo, considerando que montar una muestra con tan pocas alumnas es muy difícil. Como suele suceder, el ensayo incluye

momentos de espera. Mientras cada grupo presenta su número, el resto puede optar por mirar en silencio o salir a la terraza. Los ensayos constituyen momentos relevantes en el desarrollo de vínculos entre compañerxs. La espera fomenta el acercamiento: algunas practican y se las oye enseñándose unas a otras; otras conversan y se acercan a compañeras con quienes no comparten clase.

Roxana y Carolina pasan horas juntas en la terraza y descubren que comparten mucho más que su pasión por la danza del vientre. Ambas han tenido parejas violentas que no querían que ellas bailaran, que las denigraban y ejercían diversos tipos de violencia. Carolina logró cortar de raíz esa relación cuando la balanza del miedo se inclinó a su favor: “Empecé a sentir más miedo de quedarme ahí con él que de separarme”. Su pareja solía reírse cuando ella insinuaba terminar: “¿Qué vas a hacer vos sin mí?”. Carolina se lo creía; pensaba que era incapaz de vivir sola y que lo necesitaba.

La posibilidad real de terminar con ese vínculo apareció cuando pudo contarles a sus amigas lo que estaba viviendo. A partir de entonces ellas le buscaron un departamento y la ayudaron a organizar la mudanza. Vivió el último mes con su pareja en silencio, ya que él le retiró la palabra cuando comprendió que la separación iba en serio. Durante ese mes ella sintió miedo, y ese miedo la convenció de que estaba tomando la decisión correcta.

Roxana también se separó de su exmarido, aunque mantiene un contacto esporádico con él porque tienen un hijo de catorce años. Hace pocos días lo llamó para consultarle si podía aumentar la cuota alimentaria: le explicó que gastaba más en comida y que la cuota del club al que asiste su hijo había subido. Él se enojó y la amenazó con quitarle la obra social que le paga cada mes; luego cedió ante su llanto y prometió que no la dejaría sin cobertura, aunque tampoco aumentaría la cuota.

Por eso cuando Débora comenta —casi al pasar— que mantiene conflictos con el padre de su hija por el pago de alimentos, Roxana empatiza. Así siente que ella, Carolina, Débora e incluso Vanesa —abandonada por el padre de su primera hija cuando la niña era muy pequeña— “están en la misma”. Roxana entiende que las mujeres sufren un tipo de violencia particular que las une más allá de sus diferencias. También siente que bailar es una manera de *rebelarse* contra esa violencia. Esta percepción es compartida por todas ellas, aunque quizás no utilicen la misma palabra. Ellas explican su regreso a la danza como una consecuencia propia de haber trascendido aquellos vínculos violentos. Contra acciones y expresiones que fundaron en ellas la idea de que bailar no les correspondía, ya sea porque lo hacían mal, o porque resultaba inapropiado, o porque sus cuerpos eran feos o ridículos, retoman esta actividad como un modo de rebelarse contra aquellas violencias.

Aquella tarde de ensayo a la que me refería, Roxana me lo dice por primera vez. Antes de irse, ella y Carolina se acercan a saludarme: se las ve muy contentas, disfrutaron del ensayo y de la charla y aprendieron más de la vida de cada una. A modo de resumen, me cuentan que descubrieron que ambas bailan por lo mismo, porque ahora pueden, porque el baile es algo para ellas, que les hace bien y que pudieron recuperarlo desde que dejaron de soportar esa violencia. “Ahora estamos empoderadas”, sintetizan. Nos damos un abrazo; me agradecen por “devolverles la danza” y cada una se va por su lado.

Hasta aquí quisiera señalar lo mucho que me impactó la recurrencia con que la violencia de género aparece en los relatos de mis alumnas. Prácticamente la totalidad de las mujeres entrevistadas —como se verá también en el próximo apartado— fueron violentadas por sus parejas. En consecuencia, formaron percepciones negativas sobre sí mismas y tomaron decisiones que contradecían sus propios deseos. Tres de ellas, por ejemplo, abandonaron la danza a causa de esa violencia. Sin embargo, sólo una recibió la indicación explícita de hacerlo; las otras internalizaron miradas humillantes —cargadas de burla y menosprecio— y comenzaron a percibirse incapaces o ridículas al bailar. Esta forma de control sobre acciones y emociones evidencia los efectos de una pedagogía de la crueldad (Segato, 2016) orientada al disciplinamiento de género.

En casos como los de Vanesa, Roxana y Débora, las exigencias derivadas de la doble jornada —trabajo asalariado y doméstico— son indisociables de aquellas decisiones, pero incluso esas exigencias se explican, en gran medida, por la crianza solitaria que debieron asumir. Hasta Cristina, que sostiene no haber experimentado ningún tipo de violencia por parte de su marido, admite haber abandonado actividades que disfrutaba —como bailar— porque no le quedaba tiempo para nada fuera de las tareas de cuidado, mientras que su marido nunca dejó de jugar al fútbol con sus amigos.

En estos fragmentos de vida se refleja parte de lo que este libro busca ilustrar. Las relaciones de pareja, los modos de organizar el cuidado e incluso la manera en que estas mujeres se autoperciben dan cuenta de un orden social que distribuye afectos, deberes y posiciones de forma desigual.

La posibilidad de identificar la violencia, compartirla y reconocerla en las historias de las demás genera una suerte de comunión cimentada en la sensación de estar todas en la misma. En este contexto, el ámbito de las clases se presenta como un espacio propicio para empoderarse y rebelarse, donde —hipotetizo— los vínculos cumplen un papel central. Antes de profundizar en esta idea, quisiera presentar algunas de las expresiones con que mis entrevistadas describen esa experiencia.

“SIN LA DANZA ME HUBIESE VUELTO LOCA” LA CLASE COMO REFUGIO

Las clases, sin dejar de constituir un espacio de aprendizaje, se perciben como un entorno seguro y necesario para afrontar la rutina y las adversidades. Bailarinas a las que entrevisté refieren a sus clases como un “refugio”; otras, como un tipo de “terapia”. En todos los casos, la dimensión del intercambio con las demás resulta central: no sólo valoran el hecho de bailar, sino que también destacan los vínculos que se generan allí y la contención que pueden obtener de ellos.

Juana fue alumna mía durante dos años, entre 2015 y 2016. Acababa de finalizar la cursada del Profesorado de Danza del Vientre impartido en la escuela “Espacio Nuevo Tiempo”. El programa duraba cuatro años y, al concluirlo, las estudiantes podían optar por tomar clases de perfeccionamiento, que en ese entonces estaban a mi cargo. Actualmente, Juana dicta sus propias clases en la escuela Bailar Árabe, ubicada en Almagro, donde desarrollo parte de mi trabajo de campo.

Ella descubrió la danza del vientre a los dieciocho años. Le atraía particularmente lo que —imaginaba— sentían esas mujeres al bailar. Sin embargo, no fue hasta los treinta y dos cuando comenzó a estudiar esta disciplina de manera ininterrumpida. Más allá de aquella fascinación inicial, se sintió inhibida por las opiniones de su madre, quien, además de pretender que Juana fuese universitaria, miraba esta danza con recelo: “¿Dónde vas a bailar? ¿En un bar?”, cuestionaba.

La dimensión comunitaria surge cuando le pregunto por los cambios que experimentó al bailar. Además de enfatizar en la “reconciliación” con su cuerpo —que atribuye a la práctica—, Juana subraya que la danza le ofrece un espacio o, mejor dicho, un tiempo en el cual sus problemas desaparecen o, incluso, se exorcizan. Emplea la palabra “terapia”, aunque no la considera del todo apropiada; de hecho, confiesa que no encuentra un término preciso y añade:

No digo que sea mi terapia, pero es un lugar donde voy y así esté hecha mierda, son dos horas que estoy ahí, estoy bailando, estoy moviendo el cuerpo, estoy sintiendo, estoy moviendo endorfinas, me estoy relacionando con otras, estamos todas en la misma, estamos sintiendo la música, estamos aprendiendo movimientos, creando, compartiendo, estamos en comunidad. Y son esas dos horas de un día donde por ahí yo vengo re loca y son dos horas donde eso no está.

En sus afirmaciones aparecen al menos dos elementos relevantes. Por una parte, Juana identifica ciertos beneficios propios del ejercicio físico que implica la danza; por otra parte, destaca la presencia de otras mujeres con quienes la comparte. Es decir, para ella la danza —como actividad y como espacio de sociabilidad— se convierte en un medio a

través del cual logra lidiar con sus dificultades, pues estas “desaparecen”, aunque solo sea de forma momentánea. Juana sostiene que, sin la danza, se habría “vuelto loca”.

Aldana comparte muchas de estas sensaciones. Para ella, bailar y hacer amigas son actividades inseparables. “La danza era meterme en grupos de amistad”, me dice al recordar sus primeros acercamientos a la danza, que, como en el caso de Juana, comenzaron con el clásico. Su madre la llevó siendo muy pequeña, y ella recuerda que le gustaba. Más adelante, a los doce años, comenzó a bailar danzas folklóricas paraguayas.

Nacida en Paraguay, Aldana proviene de una familia muy numerosa y humilde: nunca les faltó lo esencial, pero tampoco les sobró nada. A los dieciocho años decidió mudarse a Buenos Aires para alejarse un poco de su entorno y vivir con su hermana, que llevaba alrededor de un año en Argentina. Sin embargo, esos planes no se concretaron. Su hermana debió regresar, ya que el padre de su hija no le permitió traerla a Buenos Aires. Así, Aldana quedó sola, lejos de su hogar y en un contexto completamente desconocido.

Pronto entabló una relación de pareja que resultó ser muy violenta y comenzó a experimentar ataques de pánico:

Estaba con alguien que todo el tiempo me hacía sentir que no era linda, que no estaba bien mi cuerpo, que me comparaba con otros. Me limitaba cosas. Ponele, yo me había anotado para arrancar la carrera de contador. Y no sé, llegaba cinco minutos tarde y me hacía escándalo. Entonces terminé dejando la carrera. Terminé dejando todo.

Cuando finalmente —y por iniciativa propia— logró terminar con ese vínculo, su familia y amigxs la juzgaron. Según me explica, la sociedad paraguaya es particularmente machista. En su círculo más cercano, este tipo de violencias que ella experimentó están completamente naturalizadas. Aldana, como sus hermanas y amigas, aprendió que las mujeres tenemos que “aguantar”. La condena familiar se agravó cuando comenzó a bailar danza del vientre, poco tiempo después de separarse: “También vengo de una cultura en donde la danza del vientre es como un tabú. Como que prácticamente la que lo baila es una puta”.

Con el tiempo, su familia tuvo que aceptar que no dejaría de bailar. De hecho, sus hermanas no solo avalan su decisión, sino que le regalan elementos de danza y le dicen que nunca la ven tan feliz como cuando baila. En cambio, con su madre y sus hermanos prefiere no hablar del tema. Mantiene una buena relación con ellos, pero sabe que su práctica sigue siendo un asunto sensible.

Ella significa el espacio de las clases de danza como un *refugio*: “Yo siempre digo que la danza —y más con lo que es danza del vientre específicamente— para mí fue un refugio y fue una salida”. Lo siente de este modo por al menos dos razones. La primera, porque la danza y sus movimientos le permitieron dejar de sentir que su cuerpo “estaba mal”, que ella no era linda. Por otro lado, los vínculos que pudo generar allí la sostuvieron mientras atravesaba aquel momento tan delicado.

Sus compañeras, que pronto se convirtieron en amigas, encarnaron ese refugio del que habla: la escucharon, compartieron su tiempo y, sobre todo, le ofrecieron una nueva manera de ver el mundo. A través de ellas, Aldana accedió a otras formas de pensar, opuestas a las de su entorno anterior. No sólo no la juzgaron por sus decisiones, sino que la apoyaron y la comprendieron.

Tal parece que la práctica de bailar, en consonancia con el hecho de habitar este espacio de sociabilidad que la clase provee, impacta sobre estas bailarinas de formas que merecen atención. La danza supone para muchas de ellas una forma de recuperar el control sobre sus cuerpos y decisiones, un proceso que puede leerse como una reafirmación de su agencia personal. Percibirse lindas o capaces se vuelve indisociable del movimiento. Ellas se amigan o reconcilian con lo que sus cuerpos son capaces de hacer y con la belleza que emana de los pasos que ejecutan.

La clase, además, se configura como un lugar seguro, noción que emerge de caracterizaciones como “refugio”, “hermandad” o “comunidad”. En este espacio, la danza y las relaciones interpersonales se entrelazan, proporcionando contención emocional y ofreciendo una vía para lidiar con las dificultades diarias. De este modo, al tiempo que contiene, la clase separa de un afuera que no es capaz de brindar la misma sensación de seguridad.

El reconocerse *empoderadas* expresa una transformación en el orden de lo identitario. Empoderadas es la palabra que eligen para expresar una suerte de reapropiación de sí mismas. Poder tomar sus propias decisiones, disfrutar del baile como una actividad que realizan por y para sí mismas, incluso tejer redes de amistad con las que compartir experiencias, son algunas de las vivencias que se condensan en esta expresión.

Animarse a danzar se erige como un acto de rebeldía. Sin embargo, es en el propio baile donde se forja esa sensación de empoderamiento, revelando cómo se entrelazan la práctica corporal y la configuración de la subjetividad (Jackson, 1983). A través del movimiento, estas mujeres experimentan una reconfiguración de sus cuerpos y subjetividades. Incorporan gestos, posturas y movimientos que antes les estaban vedados por la crítica externa —e interna—. En este sentido, bailar se vuelve

un acto performativo (Butler, 2007) capaz de desafiar las estructuras patriarcales, habilitando otras formas de habitarse y de nombrarse.

Desde esta perspectiva, sostengo que el ejercicio de bailar puede ser entendido como una micropolítica feminista. Cuando la danza deja de ser mero pasatiempo o disciplina artística para asumir la forma de una rebeldía encarnada, se transforma en una herramienta de subversión cotidiana, capaz de redirigir afectos, redistribuir poder y habilitar nuevas formas de identidad.

Me interesa ahora adentrarme en la dinámica que asumen los intercambios en las clases. Por un lado, haré referencia al humor como un recurso que delimita la pertenencia. Por otro lado, intentaré dar cuenta de los elementos que generan conflictos o tensiones, tales como el compromiso con las clases y la competencia entre estudiantes.

“LA OTRA QUE MUESTRA HASTA LA BOMBACHA”. HUMOR Y LENGUAJES COMPARTIDOS

Los jueves, la clase transcurre en una sala que forma parte de un centro cultural. Se trata de un pequeño edificio de dos pisos que también funciona como vivienda, donde se dictan clases de piano, guitarra, arte para infancias, yoga y distintas danzas. Además, cuenta con dos salas de ensayo. La diversidad de actividades da lugar a un público variopinto. La “sala de espera” ofrece un paisaje en el que conviven jóvenes murgueras con pañuelos verdes, niñxs disfrazadxs y manchadxs de pintura, metaleros con estética setentista, y mis alumnas, que contrastan visiblemente con el resto por la prolijidad de sus uñas, cabellos y delineados. Esta convivencia dura apenas unos minutos, hasta que la sala se desocupa y podemos subir.

Al quedarnos solas, emergen las risas. No se ríen de lxs otrxs, sino de sí mismas. Más bien, se ríen de los ojos con los que —imaginan— son observadas. “Mirá las viejas estas, deben decir estos chicos”, comenta Roxana. “¡Y la otra que muestra hasta la bombacha!”, retruca Cristina, aludiendo a que Roxana, mientras espera, a veces saca vestuarios del bolso y nos los muestra. El clima de la clase se torna más jocoso cuando están todas presentes o hay novedades que contagian alegría. Las buenas noticias vinculadas a “conquistas” o a la vida sexual suelen generar mayor revuelo. Los chismes sobre citas —pasadas o actuales— despiertan entusiasmo y suelen desatar bromas. Roxana y Cristina son las más proclives al chiste, aunque el ambiente hace que incluso las más recatadas terminen lanzando comentarios “desubicados”. Aylén, que se siente mal y tiene dolor de cabeza y náuseas, comenta que “no se le pasa con nada”. “¿No estarás embarazada vos?”, le pregunta Vanesa. “Imposible, imposible, imposible. Mi marido se hizo la vasectomía hace dos años, después de que nació Pilar”, responde Aylén. Todas

asienten, hasta que Carolina agrega: “Bueno, en tal caso, quizás no sea de tu marido”. Las risas estallan, no sólo por el comentario, sino porque Carolina, más pudorosa que el resto, sorprende al permitirse ese tipo de bromas.

Algunos elementos de las anécdotas compartidas terminan por generar un lenguaje propio, sólo comprensible al interior del grupo. Ese lenguaje puede ser verbal, pero también gestual. Cuando Vanesa era más joven y su segundo hijo aún era un bebé, se separó de su entonces marido y, en un ataque de celos, grafiteó su auto con aerosol. Desde que contó esa anécdota —en una cena organizada por Cristina—, sus compañeras bromea con el tema. Cuando la ven enojada por algún motivo realizan un gesto que representa el “sostener un aerosol” mientras agitan la mano y hacen “shhhhhhhhhhh”. A veces el gesto viene acompañado de una advertencia del estilo “guarda que ésta se te enoja y... shhhhhh”.

Quedarse fuera de esos códigos puede generar momentos de incertidumbre, e incluso de ansiedad. Roxana es quien más novedades trae en lo que respecta a citas. Suele tener una vida social activa y utiliza redes sociales para buscar pareja. Entre el grupo se instaló, en tono burlón, la idea de que no conviene faltar a ninguna clase ni encuentro informal, ya que eso implicaría perderse las novedades amorosas de la semana. En una oportunidad, Roxana comentaba que uno de sus candidatos, Mario, la había visitado en su local durante la tarde. Carolina, intrigada, preguntó: “¿Y quién es Mario?”. A lo que Cristina respondió: “Y bueno, eso te pasa por faltar... te perdiste la historia de Mario”. Carolina se rió, pero insistió en que “la pongan al día”.

El humor cumple entonces un rol central dentro de las clases. La generación de códigos compartidos —tanto verbales como gestuales— fortalece la identidad del grupo y refuerza su cohesión, consolidando un sentido de pertenencia. Como contracara, las nuevas integrantes pueden sentirse inicialmente excluidas. El humor permite también resignificar experiencias personales. Para Vanesa, el recuerdo de haber grafiteado el auto de su expareja es, en principio, doloroso; se lamenta por ese episodio. Sin embargo, logra reírse de ello gracias a las bromas que sus compañeras hacen al respecto. Finalmente, el chiste habilita la exploración de ciertos límites de lo normativo —como cuando se banaliza la infidelidad o se comparten detalles de la vida sexual— en un contexto que se percibe como seguro (Douglas, 1999).

Que se trate de un grupo exclusivamente compuesto por mujeres, interpreto, favorece esta dinámica. Considerando que las personas ajustan su comportamiento según los contextos en los que se desenvuelven, es esperable que el espacio de las clases conformadas solo por mujeres genere una mayor sensación de libertad. Allí es posible escapar de la

mirada masculina y del peso de buena parte de las expectativas sociales relativas al género. Las clases se convierten en una suerte de *backstage* (Goffman, 1971), ofreciendo un espacio en el que desenvolverse con mayor autenticidad, tanto a nivel verbal como corporal. Esto resulta especialmente relevante incluso en las instancias de aprendizaje de los movimientos. Esta danza incluye desplazamientos que, desde una mirada occidental, pueden ser interpretados como sensuales. Algunas de mis alumnas sienten pudor al ejecutarlos frente a familiares o amistades, particularmente cuando se trata de varones.

Claro que, así como ciertos hechos refuerzan los lazos al interior del grupo, también existen elementos que atentan contra su cohesión, generando conflictos entre las participantes y alterando el clima de la clase. Me adentraré en esta cuestión en los próximos apartados.

CUESTIÓN DE COMPROMISO. EXPECTATIVAS Y TENSIONES AL INTERIOR DEL GRUPO

Faltan apenas dos meses para la muestra, que tendrá lugar en un teatro pequeño ubicado en el barrio de La Paternal. Este fue un año complejo en términos de asistencia. A Vanesa le costó mucho “arrancar”: se integró a las clases recién a comienzos de abril, aunque luego logró sostener cierta regularidad. Roxana, por su parte, se ausentó durante julio y agosto y desde entonces mantiene una asistencia irregular. Débora, en cambio, asistió de forma esporádica desde que comenzó, en junio. Como consecuencia, ni Roxana ni Débora recuerdan con precisión las coreografías, lo que genera malestar en el resto del grupo.

Algunas compañeras se molestan especialmente porque se aburren. Es el caso de las más jóvenes, que quisieran avanzar con los bailes o practicar otras habilidades y sienten que se pierde mucho tiempo repasando o reexplicando los pasos. A Vanesa esto no le molesta: le gusta la repetición. A Cristina no le entusiasma tanto repetir, aunque cuando los pasos son difíciles, se siente motivada por el desafío. Lo que sí la incomoda es que las ausencias impidan definir las posiciones que cada una deberá adoptar durante las coreografías. Le “estresan los lugares”: siente que se pierde y se olvida los pasos cuando debe incorporar esa nueva información.

Todas experimentan cierto grado de incertidumbre respecto a las decisiones que sus compañeras puedan tomar. Sospechan que el poco compromiso con las clases podría derivar en que, finalmente, algunas no participen de la muestra. Esto implicaría, entre otras cosas, un teatro más vacío —dado que serían menos para vender entradas—, pero también obligaría a realizar cambios de último momento, como reacomodar posiciones o retocar figuras coreográficas.

El problema permanece latente hasta que, durante una instancia de estiramiento, Vanesa comenta que necesita compartírnos algo. La parte final de la clase, destinada a elongar, guarda ciertas similitudes con el segmento inicial. Habitualmente es un momento menos ruidoso: en parte porque ya están más cansadas, y también porque la música y los movimientos suelen ser más lentos, generando un clima relajado. Sin embargo, es factible seguir la clase y conversar en paralelo.

Vanesa advierte que probablemente Roxana no participe de la muestra y enumera una serie de cuestiones que —en confianza— ella le comentó que “la molestan”. En general, se refiere a diferencias que tiene conmigo. No está a gusto con algunas coreografías y se siente particularmente ofendida porque no utilicé una canción que ella había sugerido. Es entonces cuando las incomodidades o enojos del resto del grupo salen a la luz. Consideran egoísta su actitud y sostienen que, por una cuestión de *respeto* y *compromiso*, Roxana debería al menos comunicarme su decisión.

Intento calmar los ánimos. Mi estrategia es fijar una fecha límite para que cada integrante confirme su participación en la muestra. También indico que quienes no recuerden las coreografías deberán tomar clases particulares hasta aprenderlas. Estas medidas ayudan a distender el momento, aunque no permiten asegurar que no emerjan nuevas incomodidades más adelante.

Este tipo de conflictos evidencian que los grupos, al tiempo que ofrecen contención y propician un espacio en el que poder relajarse, suponen una serie de exigencias para con sus participantes. No es preciso que se trate de un ámbito de educación formal para que estas demandas emerjan. Lo que se espera de cada integrante parece inscribirse en una lógica de equilibrio.

Mis alumnas sienten que hacen esfuerzos para poder asistir a clase. Destinan parte de su tiempo —habitualmente colmado de obligaciones— para estar allí. Esa decisión implica, muchas veces, contar con menos horas para descansar o compartir con sus familias o amistades. También destinan dinero. Si bien se trata de mujeres de clase media sin dificultades económicas severas, todas deben tomar decisiones y organizar sus gastos para poder sostener la actividad. Finalmente, se enfrentan al eventual cansancio y a la desgana, pero priorizan ir a clases porque saben que luego se sentirán a gusto y porque entienden que tienen un compromiso conmigo y con sus compañeras. Mi interpretación es que necesitan sentir que ese esfuerzo es valorado y, sobre todo, compartido.

Luego de este evento Roxana me confirma que bailará en la muestra y comienza a asistir a las clases con regularidad. No puedo confirmarlo, pero su reacción me hace pensar que Vanesa le contó lo sucedido.

Su decisión evidencia la presión que pueden ejercer los vínculos entre pares dentro del grupo.

Considerando que las clases de danza constituyen una configuración social particular (Elias, 1987), es esperable que su estructura sea dinámica y habilite escenarios diversos. Mientras allí se gestan vínculos de cooperación —en los que las compañeras se enseñan, se sostienen y se apoyan mutuamente—, también se producen relaciones de poder y vigilancia. El compromiso con el grupo y las expectativas recíprocas generan una presión que puede conducir a ajustes en el comportamiento de las participantes. Si bien esto puede provocar tensiones, también fortalece los lazos de pertenencia.

Otro tipo de actitud que, al igual que la falta de compromiso, puede afectar la cohesión grupal es la competitividad. Sobre esta cuestión me detendré en el próximo y último apartado.

HERMANDAD VS COMPETENCIA

Morena fue estudiante mía durante prácticamente toda su formación como profesora. Al igual que Juana y Aldana, valora los vínculos que se tejen en las clases de danza del vientre, a los que se refiere con la expresión *hermandad*. Sostiene que son espacios donde “conectás con las otras”.

También contrapone la idea de hermandad a la de competencia: “Lo que tiene es cuando es medio competitivo, que una quiere sobresalir de la otra, es muy común y no está bueno, porque no se forma como una hermandad, ¿viste?”. Esta reflexión surge mientras hablamos sobre la autoestima. Morena siente que bailar incrementa su autoestima, especialmente porque le hace sentir que “hace algo bien”. Sin embargo, advierte que acceder a esa sensación de bienestar es posible solo si el grupo no es competitivo. Identifica que la competencia conduce a la comparación y que esta puede resultar muy dañina, sobre todo para quienes tienen una autoestima baja.

Entiendo su perspectiva, ya que he formado parte de grupos con características competitivas tanto en mi rol de alumna como de docente. Al referirme a grupos competitivos, pienso en aquellos donde una o más personalidades despliegan estrategias para sobresalir, ya sea en el espacio de la clase o en espectáculos y muestras. Estas estrategias suelen expresarse, especialmente, en el uso del espacio físico.

Por ejemplo, es posible que ciertas alumnas se ubiquen siempre cerca de la profesora o, al menos, en la primera línea, próxima al espejo. Esta actitud es lo suficientemente notoria como para que, en ocasiones, quienes se colocan allí sientan la necesidad de justificarse, argumentando, por ejemplo, que tienen dificultades visuales y que ubicarse más atrás les impide copiar adecuadamente los movimientos.

También es habitual que las estudiantes más competitivas procuren ocupar espacios más visibles en las coreografías y presenten mayores dificultades para adquirir conciencia espacial,³ tapando a sus compañeras durante el baile.

Cuando las docentes no desarrollan estrategias que limiten la competencia y garanticen la comodidad de todas las alumnas, las reacciones del grupo pueden tomar distintas formas. Una posibilidad es que opten por aislar progresivamente a la compañera que resulta conflictiva; otra, que sin necesidad de ignorarla, hablen mal de ella cuando no está presente. También puede ocurrir que algunas compañeras “entren en el juego” y se conviertan en competidoras. O incluso —como explicaba Morena—, la competencia puede generar que otras chicas se comparen con estas figuras más sobresalientes y esto afecte sus respectivas autoestimas, llegando incluso a abandonar las clases.

Cabe señalar, además, que en ciertas ocasiones no solo las docentes no limitan la competencia, sino que la fomentan. No podría afirmar con certeza por qué lo hacen, ya que hasta el momento no he tenido oportunidad de interactuar directamente con este tipo de perfiles. Sin embargo, me atrevo a esbozar dos posibles explicaciones: tal vez estas profesionales consideran que su tarea se limita exclusivamente a enseñar a bailar; o bien, podrían creer que la competencia favorece el aprendizaje. Me interesa destacar que la perspectiva de Morena cuestiona directamente esta idea: para ella la competencia, lejos de estimular, genera incomodidad. Por eso valora especialmente aquellos grupos en los que se produce eso que llama hermandad.

Aldana también asistió a clases que define como competitivas, durante un breve período que pasó en la escuela de Saida, probablemente la bailarina de danza del vientre más reconocida de la Argentina. Su escuela, conocida como “La Pink”, ofrece clases multitudinarias. Allí Aldana tomó unas poquísimas clases e inmediatamente se sintió incómoda con el ambiente. Observó que muchas de las chicas parecían enfocadas en lucirse y que, al finalizar la clase, varias se dirigían a un espacio especialmente decorado para sacarse *selfies*, con sillones, tonos rosas y el nombre de Saida destacado en la pared:

Porque yo como vengo de grupos chicos y de escuelas más chicas, vos te vas y mientras te estás preparando estás chusmeando, estás tomando mate, estás en la boludez, alguien viene con un chisme,

3 La conciencia espacial se refiere a la incorporación de las características del espacio. Es decir, al poder advertir donde uno está ubicadox con relación al espacio físico, pero también con relación al espacio que se define a partir de las ubicaciones de otros cuerpos. Este registro es clave para la elaboración de figuras grupales, y el principal desafío consiste en mantenerlo incluso en movimiento.

estás así. Y ahí era como que salías y todo el mundo hacía *selfies* en los *stands* preparados, porque Saida tiene todo, tenías esa esquina toda decorada, con un sillón así, tipo lindo para salir en la *selfie*. Y las que iban, por ahí salían y estaban más concentradas en sacarse las fotos que en hacer el vínculo o compartir.

Para Aldana, como para otras, es relevante que los grupos sean pequeños. Pero además, ella busca especialmente fomentar vínculos de amistad. No sólo quiere aprender una danza, quiere sumar amigas, compartir.

Nuevamente, pareciera que cierto equilibrio es indispensable para el bienestar general del grupo. La competencia afecta especialmente a las alumnas más vergonzosas o inseguras. Sentirse cómodas, para muchas, anida en no padecer la presión de lucirse entre sus compañeras. La danza supone al menos una triple exposición; se expone el cuerpo, se expone la capacidad técnica que ese cuerpo encarna, pero también se exponen emociones. La danza persigue la transmisión. Parte de sus propósitos es el de impactar en un otro. Poder transmitir aquello que se siente es parte de los objetivos de una bailarina. De allí que la confianza sea un elemento clave para el aprendizaje y la autoafirmación. Las dinámicas competitivas, cuando no son gestionadas adecuadamente, pueden socavar esta confianza y afectar negativamente la experiencia de las alumnas.

Cabe destacar que las docentes tenemos la capacidad de regular los comportamientos de nuestras alumnas. Contamos con herramientas para evitar o minimizar la competencia brindando a todas el mismo tiempo y el mismo espacio. Es decir, podemos elegir ser equitativas en nuestras devoluciones prestando igual atención a todas ellas. También, podemos montar coreografías que permitan a todas sentirse cómodas y generar ambientes más distendidos. Tenemos la posibilidad de rescatar y valorar el estilo de cada una. De este modo, hacemos a la construcción de espacios a los que la pedagoga feminista bell hooks (1994) caracterizara como *espacios de libertad* en los que fuera posible trascender normas opresivas y de ese modo habilitar al aprendizaje. Aprendizaje que tiene lugar en contextos donde, como mencionaba recientemente, la corporalidad juega un papel fundamental. La exposición del cuerpo que supone el bailar resulta particularmente difícil para las mujeres en tanto sujetos expuestos a la exigencia de alcanzar ciertos estándares de belleza, más aún si éstas han sido también violentadas verbal y/o psicológicamente en relación con sus cuerpos y sus danzas.

CONCLUSIONES

A lo largo de este artículo me he propuesto indagar en las vivencias, sensaciones y expresiones compartidas por mis alumnas de danza del vientre, prestando especial atención al papel que desempeñan los vínculos en esta práctica. Las reflexiones aquí expuestas sugieren que la danza del vientre trasciende su dimensión artística y técnica para convertirse en un espacio de transformación personal y colectiva, cargado de un potencial micropolítico que merece ser destacado.

En primer lugar, la cuestión de la *reconciliación* o *recuperación* del cuerpo aparece como un eje central en las narrativas de estas bailarinas. Considerando los propósitos de este capítulo, no he querido detenerme más sobre esta cuestión, que será central en mi tesis. No obstante, quisiera señalar la relevancia que adquiere el movimiento en la construcción de estas nociones. Aprender los movimientos de la danza del vientre no solo implica un mayor control sobre el propio cuerpo, dado por el desarrollo de la conciencia corporal y el aprendizaje de las técnicas. También, supone una resignificación de la imagen corporal. Muchas de estas mujeres, cuyas historias están marcadas por violencias que erosionaron su autoestima, encuentran en la danza la posibilidad de redescubrirse como sujetas sensuales, capaces y bellas. Este proceso, que podría estar presente en otras danzas, parece potenciarse aquí debido a las características particulares de esta disciplina, accidentalmente asociada a una expresividad que invoca sensualidad.

Sin embargo, estas transformaciones no ocurren en un vacío. El contexto social y emocional de las clases es indisoluble de estas experiencias. El espacio de la clase funciona como un *refugio*, donde las alumnas encuentran contención, escucha y apoyo mutuo. Las miradas amorosas y las relaciones de hermandad que se gestan dentro de este grupo permiten a estas mujeres poner en perspectiva sus experiencias personales y resignificarlas en un marco de sororidad. En este sentido, la sensación de “estar todas en la misma” emerge como un factor clave para comprender cómo las emociones y las experiencias compartidas contribuyen al empoderamiento colectivo.

El humor y los lenguajes compartidos son otros elementos destacados que fortalecen la cohesión del grupo. La creación de códigos comunes y el uso del humor permiten resignificar experiencias personales, aliviar tensiones y reforzar la identidad grupal. Estos intercambios, junto con la capacidad de las alumnas para negociar tensiones y conflictos, consolidan las clases como un espacio seguro y distendido, donde las participantes pueden explorar su autenticidad tanto a nivel verbal como corporal.

Por supuesto, estos espacios no están exentos de tensiones y conflictos. Tal como he mostrado, el equilibrio en las relaciones y en las

expectativas mutuas es crucial para garantizar un buen clima en las clases. La competencia, las ausencias reiteradas o la falta de compromiso pueden generar malestar y afectar la cohesión del grupo. Sin embargo, es precisamente en la negociación de estas diferencias donde se pone de manifiesto la importancia de los vínculos y de una pedagogía feminista que priorice la equidad y el respeto. En este sentido, el rol de la docente como reguladora de dinámicas grupales es fundamental para evitar que la competencia o las desigualdades socaven la experiencia colectiva.

Me interesa entonces enfatizar en el hecho de que poder lidiar o transformar emociones negativas y el compartir con otras esta experiencia, refuerza el potencial micropolítico de la danza. Siguiendo a Sara Ahmed (2004) y su análisis sobre cómo las emociones estructuran las relaciones sociales, las emociones que circulan en estos espacios pueden convertirse en herramientas para desafiar las estructuras de control y opresión que estas mujeres han experimentado en sus vidas cotidianas.

De este modo, el presente escrito procuró ilustrar las virtudes de una mirada micro, orientada a valorar los detalles de la cotidianeidad. En gestos aparentemente pequeños, como podrían considerarse el hecho de asistir a las clases, subirse a un escenario o sentirse sensual, es posible identificar estrategias que desafían condicionantes estructurales. Nociones sobre lo bello y lo feo, sobre lo apropiado e inapropiado, se disputan y resignifican en un espacio donde el vínculo con otras es fundamental.

La danza del vientre, para estas mujeres que tejen comunidad, no es solo una práctica corporal, sino también un acto micropolítico que las habilita a resistir y redefinir sus lugares en el mundo. En este sentido, las clases se consolidan como espacios de libertad, donde el movimiento, los vínculos y el humor se entrelazan para abrir nuevas posibilidades de existencia y agencia personal. Estos hallazgos, aunque parciales, invitan a seguir explorando el potencial transformador de las prácticas corporales como herramienta de empoderamiento y resistencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahmed, Sara (2004). *The cultural politics of emotion*. Routledge.
- Altieri, Florencia (2014). *El estilo argentino como un estilo regional de bellydance*. Tesis de grado, Universidad Nacional de las Artes. <http://repositorio.una.edu.ar/handle/56777/290>
- Bourdieu, Pierre (1994). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Siglo Veintiuno Editores.
- Butler, Judith (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (2.^a ed.). Paidós.

- Douglas, Mary (1999). *Implicit meanings: Selected essays in Anthropology* (2.^a ed.). Routledge.
- Elias, Norbert (1987). *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (A. Ruiz, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Ferreyra, María de los Milagros (2017). *El “cuerpo deseado” en las danzas árabes: Una aproximación sociodiscursiva al campo de las danzas árabes en Córdoba*. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad Nacional de Córdoba.
- Foucault, Michel (1979). *Microfísica del poder*. Ediciones de la Piqueta.
- Goffman, Erving (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Guattari, Felix y Rolnik, Suely (1986). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón.
- Hanisch, Carol (1970). *The personal is political*. Notes from the Second Year: Women's Liberation.
- hooks, bell (1994). *Enseñar a transgredir: La educación como práctica de la libertad*. Routledge.
- Jackson, Michael (1983). Knowledge of the body. *Man*, 18(2), 327-345. <https://doi.org/10.2307/2801375>
- Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*. Prometeo Libros.

Facundo Rosano

MANDATOS DE SUPERACIÓN PERSONAL EN LA MUSCULACIÓN DE LOS MUCHACHOS

INTRODUCCIÓN

En el marco del neoliberalismo entendido como arte de gobierno (Foucault, 2007), se promueve la responsabilidad individual y la autogestión, en un contexto donde los sujetos son concebidos como autónomos y responsables de sus propias decisiones. Las formas contemporáneas de construcción de una subjetividad “emprendedora y mercantilizada” (Landa y Córdoba, 2020), junto con la creciente valorización del autocuidado y la responsabilización individual en la gestión del bienestar, plantean interrogantes respecto del peso que estas exigencias tienen sobre las personas. Las tendencias vinculadas al autocuidado y a la presión por “valorizarse” y volverse más productivos sugieren que puede haber algo interesante en la investigación sobre las masculinidades en los espacios de entrenamiento.

Este trabajo se basó inicialmente en observaciones realizadas de manera sistemática durante 2024 en un gimnasio de *powerlifting* (levantamiento de potencia) ubicado en la ciudad de Buenos Aires. Además, el proceso de indagación incluyó reflexiones surgidas de mi experiencia previa como socio de una renombrada cadena de gimnasios desde 2021, así como de charlas informales con conocidos y compañeros de entrenamiento sobre sus experiencias entrenando en gimnasios. A esto se sumó mi participación en un grupo de *WhatsApp* que me permitió acceder a un espacio de sociabilidad digital en el que los participantes interactúan e intercambian saberes técnicos, opiniones, consejos y valoraciones en torno al entrenamiento físico, pero también ofreciendo apoyo moral mutuo.

Para complementar el material de análisis, incorporé la revisión de contenidos publicados en redes sociales por *influencers fitness* des-

tacados en Argentina, seleccionados en función del contenido moral de sus mensajes. La hipótesis de trabajo es que a través de estos videos los *influencers* expresan y contribuyen como figuras públicas a reproducir (o resignificar) las expectativas sociales en torno a las prácticas socialmente aceptadas dentro y fuera del gimnasio, así como a definir estándares de corporalidad deseables.

Los interrogantes planteados en el curso de esta investigación fueron los siguientes: ¿Qué lugar tiene el entrenamiento de musculación en la construcción de las identidades y cuáles son los significados que los entrenados atribuyen a sus prácticas? ¿Qué valores morales (autocuidado, rendimiento, disciplina, sacrificio, superación personal) son promovidos en el contexto del gimnasio y cómo se vinculan con las expectativas sobre el cuerpo ideal? ¿Qué rol juegan las redes sociales y las figuras públicas vinculadas al *fitness* en la constitución de las expectativas de los actores acerca de las prácticas dentro y fuera del gimnasio?

En primer lugar, ofrezco un repaso de algunos aportes que han contribuido a establecer al deporte y la actividad física como objeto de estudio sociológico. Posteriormente, comparto una descripción de mi experiencia entrenando en gimnasios, contextualizando el inicio de mi trabajo de observación. A continuación, describo y analizo algunos aspectos de las observaciones en el campo. En el siguiente apartado, examino las interacciones en un grupo de *WhatsApp* sobre musculación y algunos contenidos publicados en redes sociales por reconocidos *influencers fitness*, explorando los discursos que circulan y se construyen en torno a la práctica del entrenamiento en gimnasios. Finalmente, en las conclusiones, vinculo las observaciones de mi trabajo de campo con el análisis de los contenidos de redes sociales. En particular, destaco cómo los valores de autocuidado, disciplina, rendimiento y superación personal promovidos por algunos *influencers fitness* no solo se expresan en sus discursos, sino que se materializan en sus cuerpos, convirtiéndose en modelos aspiracionales para muchos jóvenes.

MIRADAS SOCIOLÓGICAS DE LA ACTIVIDAD FÍSICA

Este trabajo se enmarca en los enfoques de las ciencias sociales que buscan revelar cómo, detrás de la aparente trivialidad del deporte en general y del entrenamiento de musculación en gimnasios en particular, se esconden significados y dinámicas sociales profundamente relevantes que merecen ser estudiadas.

En el prefacio de *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Eric Dunning afirma que la sociología del deporte se consolidó como campo de estudio —salvo por excepciones, como la obra de Bourdieu *Sports and social class*, de 1978— recién a partir de la década de 1990 (Elias

y Dunning, 1992, p. 10). Hasta entonces, según Dunning, la sociología tendía a limitarse a “los aspectos serios y racionales de la vida” descuidando aspectos de la vida tales como el juego, la diversión, el placer y las emociones. Para estos autores los sociólogos descuidaron el tema del deporte por no haberse podido apartar de los valores y modos de pensar hegemónicos en sociedades occidentales. El distanciamiento es necesario para ponerse en condiciones de captar su trascendencia social. Prevalecía una mirada reduccionista que consideraba al deporte como algo trivial, recreativo, orientado por el placer y, en consecuencia, indigno de ser estudiado. Dunning señala diversas áreas relacionadas con el deporte que merecen investigación sociológica: el deporte como ocio y como trabajo; movilidad social en el deporte; profesionalismo y amateurismo; relaciones entre deporte y mercado; el papel del Estado en el deporte; política y deporte; políticas del deporte; entre otras áreas de indagación (1992, p. 14).

Pierre Bourdieu (1978) sostiene que las diversas actividades deportivas ofrecidas a los individuos pueden considerarse como una oferta destinada a satisfacer una demanda específica. Siguiendo este modelo, el autor plantea dos interrogantes fundamentales: en primer lugar, ¿existe un ámbito de producción particular donde se generan los “productos deportivos” dirigidos a los actores sociales? Y, en segundo lugar, ¿cuáles son las condiciones sociales que posibilitan la apropiación de estos productos deportivos? Para abordar estas preguntas, Bourdieu investiga cómo se configura la demanda de los productos deportivos, cómo se forma el “gusto” por el deporte y por qué se elige un deporte sobre otro, ya sea como práctica recreativa o como espectáculo. Según Bourdieu, este gusto no es aleatorio, sino que está estrechamente relacionado con la clase social a la que pertenece cada actor social, lo que implica que las preferencias deportivas se configuran dentro de un marco de distinciones sociales, donde las diferentes clases sociales se sienten atraídas por diferentes tipos de deportes, que a su vez reflejan y refuerzan las estructuras sociales existentes.

En la Argentina, en una reconstrucción histórica de los temas y perspectivas que organizaron la agenda de investigación de los estudios sociales del deporte, Branz y Murzi (2023) señalan que en la década de 1980 se realizaron los primeros trabajos que comenzaron a constituir al deporte como objeto de estudio (Archetti, 1984), llegando a institucionalizarse como área de indagación en décadas posteriores (Alabarces y Rodríguez, 1996; Alabarces *et al.*, 1998; Alabarces, 2010; Branz *et al.*, 2012). Estos autores exponen que las problemáticas que guiaron las primeras indagaciones —la violencia y el género, principalmente en el fútbol— continúan siendo temas centrales en este campo de estudios. No obstante, a partir de 2010 se produjo una diversificación de temas

de estudio y formulaciones —actualizando nociones como identidad, nación, masculinidades y clase social, entre otras— que pudo observarse en estudios sobre hockey, golf y rugby y otros deportes tradicionales. Además, proliferaron trabajos sobre prácticas deportivas tales como el *running* y la musculación que estimularon formulaciones novedosas, poniendo el foco en las intersecciones que se dan entre deporte y procesos de subjetivación, nuevas espiritualidades, uso de las tecnologías y espacio público (Branz y Murzi, 2003, p. 157). Por último, Branz y Murzi destacan la preeminencia de la técnica etnográfica como método privilegiado de investigación en la Argentina.

En este sentido, destacan los aportes de investigadores como Alejandro Rodríguez (2013), María Inés Landa (2011) y Nemesia Hijós (2019). Tomar como punto de partida las indagaciones llevadas a cabo por estos autores resulta de utilidad para aproximarnos a las intersecciones que se producen entre los dispositivos de entrenamiento/*fitness* —considerados como ámbitos de disputa de saberes médicos, de educación física, del mercado, entre otros— y las reapropiaciones (y resignificaciones) por parte de quienes realizan actividades de entrenamiento.

Alejandro Rodríguez (2013) analiza la proliferación de gimnasios en los barrios porteños en el contexto de una tendencia global que afecta a las principales ciudades del mundo, iniciada en los años noventa. Este fenómeno responde a la creciente demanda de actividades como la musculación y el *fitness* grupal. A través de un estudio etnográfico realizado en un gimnasio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el autor investiga el “cuerpo entrenado” para comprender las marcas y significados que las personas inscriben en su carne. Su punto de partida es la hipótesis de que estas marcas son fundamentales para la identidad personal y reflejan el estilo de vida de ciertos grupos sociales.

Con esas premisas, Rodríguez centra su análisis en los “fierros”, término que utiliza para describir a un grupo de hombres jóvenes que convierten el entrenamiento en una parte central de su vida. Según el autor, los fierros obtienen una gratificación simbólica a través del entrenamiento, encarnando valores como salud, fortaleza, vigor, voluntad y sacrificio. Estas virtudes no solo se valoran dentro del gimnasio, sino que también adquieren significado en otros ámbitos de la vida, estableciendo un vínculo entre las prácticas físicas y las representaciones sociales positivas. Rodríguez afirma que, mediante esta práctica, los fierros intentan transformarse a sí mismos teniendo como modelo una imagen idealizada de hombre al cual aspiran y cuyos rasgos se expresan en el cuerpo. Y concluye su trabajo argumentando que este grupo de hombres parece caracterizarse por el deseo de extender su juventud en el tiempo a través de su práctica en el gimnasio (2013, p. 136).

Por su parte, Maria Inés Landa (2011) realizó un estudio a partir de una recopilación de material que circula en el ámbito del *fitness* y una serie de observaciones de sus prácticas discursivas y corporales en Argentina que, según muestra la autora, presentan manifestaciones similares en otras regiones americanas y europeas. Landa propone pensar al *fitness* como dispositivo cultural en clave foucaultiana, es decir, atendiendo a las microbatallas cotidianas donde se disputan modos de ver, de enunciar y de ser en el mundo. Según esta autora, el *fitness* constituye un proceso cultural novedoso que presenta en su emergencia algunos rasgos característicos del *ethos* dominante de las sociedades del nuevo capitalismo —retomando la conceptualización del nuevo espíritu del capitalismo de Boltanski y Chiapello (2002)—. En este sentido, la autora señala que las prácticas corporales del *fitness* comenzaron a comercializarse de manera creciente a partir de la década de los noventa, principalmente en áreas metropolitanas, observando asimismo una progresiva “*managementización*” de sus espacios, “produciéndose un solapamiento de lógicas empresariales y educativas en la gestión de la organización-gimnasio” (Landa, 2011, p. 5). Esto da lugar a una de sus hipótesis centrales, que sostiene que la generalización de la cultura del *fitness* está vinculada a la implementación de técnicas del *management* en los ámbitos de sus prácticas y a la oferta de una forma corporal que está íntimamente ligada a los estilos de vida de los centros urbanos. Llevar un estilo de vida activo, la estética, la salud, el consumo para, por y a través del cuerpo y la autogestión personal constituyen algunos de los aspectos centrales que definen las prácticas del *fitness*.

Además, Landa y Córdoba (2020) sostienen que la expansión del concepto de salud hacia un enfoque de bienestar integral y subjetivo responde a un cambio sociohistórico en la manera de relacionarnos con este signifiante, lo que ha transformado también nuestra relación con el cuerpo y con nosotros mismos. Este argumento se apoya en los conceptos de sociedad de control, molde y modulación de Deleuze, así como en la teoría de Rose (2001, 2007) sobre la economización y medicalización de la vida. A través de esta perspectiva, se examinan los efectos del paradigma biopsicosocial de la salud en ámbitos como la cirugía estética y el *fitness*. El concepto ampliado de salud habría permitido que la medicina extendiera su alcance hacia el cuidado personal y la apariencia física, facilitando la expansión global de la cultura del *fitness*.

Otra valiosa contribución al estudio socioantropológico del fenómeno *fitness* en el ámbito local es la etnografía de Nemesia Hijós (2019), quien investigó las prácticas corporales, económicas y los modos de sociabilidad en un grupo de corredores. Su trabajo analiza cómo estas dinámicas se entrelazan con las relaciones entre mercado, consumo

y deporte, enfocándose en la creciente relevancia del *running* en los últimos años. En particular, Hijós estudió el impacto de la lógica empresarial representada por *Nike Run Club*, patrocinador del equipo, y exploró los significados que los corredores asignan a la actividad de correr.

Entre sus hallazgos, la autora destaca que quienes se integran a un equipo de *running* con objetivos iniciales como mejorar su salud, alcanzar metas estéticas o sociabilizar, terminan reordenando ciertos aspectos de su vida para alinearse con los valores que el grupo considera legítimos. A medida que los corredores adoptan una identidad como *runners*, interiorizan formas de pensar, sentir y actuar asociadas a esta práctica, lo que refuerza su sentido de pertenencia e identidad colectiva. Este proceso incluye la modificación de hábitos (como rutinas de entrenamiento y alimentación) y el establecimiento de clasificaciones morales vinculadas a su nueva forma de vida.

Tal como surge de los análisis históricos sobre la consolidación del deporte como objeto de estudio sociológico y las investigaciones más recientes sobre los dispositivos de entrenamiento/*fitness*, se pone en evidencia que en los salones de musculación es posible ver mucho más que lugares para ejercitarse: son espacios donde se configuran identidades, se negocian significados y se reflejan valores dominantes como el autocuidado, la disciplina y el rendimiento. El análisis de las prácticas deportivas y, en particular, de la musculación en gimnasios, revela dinámicas culturales, económicas y sociales que trascienden su aparente trivialidad.

En este marco, la idea de superación personal remite a un proceso continuo de transformación en el que las personas buscan alcanzar ideales de mejora en diversos aspectos de su vida, como la salud, el rendimiento físico o la productividad. En el gimnasio, este concepto adquiere una dimensión concreta: implica no solo superar límites físicos, sino también adoptar hábitos que refuercen el autocuidado, la disciplina y la constancia. Sin embargo, lejos de ser un acto puramente individual, la superación personal está atravesada por presiones sociales que impulsan la autoexigencia y la comparación constante con estándares de éxito y corporalidad impuestos culturalmente. En este sentido, refleja una lógica de autooptimización donde el esfuerzo individual está profundamente influido por dinámicas sociales más amplias.

Partiendo de estas consideraciones, paso a reflexionar desde mi propia experiencia entrenando en un gimnasio, el lugar donde emergieron los interrogantes planteados en este trabajo y donde pude experimentar en carne propia las presiones, satisfacciones y aprendizajes que estas prácticas conllevan.

ANOTARSE EN UN GIMNASIO Y ADQUIRIR CONSTANCIA

Para septiembre de 2021, tras seis meses de salir a correr regularmente, decidí inscribirme en un gimnasio, actividad que mantuve de manera constante hasta la actualidad. Me anoté en *Mega*,¹ una empresa que cuenta con múltiples sucursales en la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. Con amplias instalaciones, esta cadena ofrece actividades diversas como natación, gimnasia grupal, yoga y *spinning*. Los salones de musculación cuentan con un amplio espacio, un equipamiento moderno que incluye máquinas para trabajar los diferentes grupos musculares, un área destinada al entrenamiento aeróbico y un sector para ejercitar con pesos libres (barras y mancuernas). Además, en este espacio siempre hay presentes uno o dos entrenadores encargados de asistir a las personas que requieren el armado de alguna rutina o responder alguna pregunta o inquietud.

Al menos en un principio, sostener la práctica de entrenamiento no fue sencillo. Uno de los principales desafíos era adaptarme a un entorno completamente nuevo, con poca información y confianza en mis habilidades. Aunque los entrenadores a cargo del gimnasio ofrecían apoyo inicial diseñando rutinas de entrenamiento y explicando la ejecución de los ejercicios, su asistencia no suponía un acompañamiento continuo. Esto significaba que, en muchas ocasiones, debía confiar en mi criterio para ejecutar los movimientos correctamente, lo que no siempre era suficiente para evitar errores en la técnica.

Unos meses antes de cumplir mi primer año de entrenamiento, al solicitar una nueva rutina, viví un momento particularmente revelador. El entrenador, argumentando estar muy ocupado, me respondió: “Podés armarte algo combinando los ejercicios de las rutinas anteriores”. Este comentario marcó un límite claro en cuanto a la asistencia que podía esperar por parte de los entrenadores del gimnasio y subrayó la necesidad de aprender a gestionar mi propio entrenamiento. Comprendí que no se trataba de una falta de disposición por parte de los entrenadores, sino que era parte de la lógica misma del funcionamiento del gimnasio: dos personas para atender a un gran número de usuarios. Según pude corroborar al momento de realizar esta investigación en charlas con otros entrenados, esta situación es bastante común en los gimnasios de Buenos Aires, poniendo de manifiesto que el dispositivo de entrenamiento exige en gran medida la autogestión del aprendizaje.

Esta experiencia también puso en evidencia desigualdades en el acceso a recursos: mientras quienes cuentan con medios económicos suficientes pueden contratar un entrenador personal y recibir un

1 Los nombres de gimnasios y personas mencionados en este capítulo fueron modificados para preservar la confidencialidad de los sujetos y de las instituciones referidas.

asesoramiento individualizado, otros deben recurrir al aprendizaje autodidacta, apoyándose en consejos de personas que cuentan con más experiencia o en la información que circula en Internet y redes sociales.

En enero de 2023, decidí comenzar a entrenar en otro espacio: *Power Station*, un gimnasio especializado en *powerlifting*, donde un amigo dictaba clases para grupos reducidos. A diferencia de *Mega*, *Power Station* cuenta con un espacio más acotado y equipamiento específico para el entrenamiento de fuerza. Allí pude observar algunas características distintivas: los entrenadores tienden a priorizar el desarrollo de la fuerza por sobre la hipertrofia muscular; suelen hacer hincapié en la correcta ejecución técnica y es más frecuente que brinden asistencia activa durante los ejercicios; además, es habitual que los usuarios compartan elementos como bancos y mancuernas. Estas dinámicas contribuyen a configurar un entorno que se puede percibir menos impersonal y favorecen una interacción más cercana, tanto entre los usuarios como entre estos y los entrenadores.

El espacio, aunque más modesto en términos de estética, está bien equipado, con soportes para sentadillas, bancos para *press* plano, poleas y una variedad de mancuernas y barras. Las paredes de este gimnasio están adornadas con trofeos y medallas de competiciones de *powerlifting*, camisetas de rugby y llaman la atención los grandes carteles colgados en una de las paredes: en uno de ellos, junto al logo del gimnasio, vemos posar a entrenadores y competidores; en otra imagen podemos ver a una persona de contextura robusta, que ante la mirada de un grupo personas y con una expresión de notable esfuerzo levanta una barra curvada en sus extremos debido al peso de los discos. En otra de las paredes del establecimiento podemos encontrar un afiche con indicaciones y recomendaciones para poder “levantar pesado”, entre las que se encuentra la manera correcta de realizar la respiración al ejecutar los ejercicios. También podemos ver un estante con suplementos nutricionales como proteínas y creatina y libros relacionados con la musculación y el entrenamiento de fuerza.

Iniciar esta investigación me llevó a reflexionar sobre lo que había de colectivo en mis vivencias en gimnasios. A través de las conversaciones con compañeros de entrenamiento y conocidos que practican la musculación en este u otros gimnasios, identifiqué que cuando el entrenamiento se mantiene a lo largo del tiempo, es habitual que induzca cambios de hábitos y consumos fuera del gimnasio. En este sentido, la adopción de una actitud disciplinada dentro y fuera del espacio de entrenamiento es percibida por los actores como un factor clave para conseguir progresos. Por ejemplo, reducir el consumo de alcohol u otras sustancias nocivas, descansar adecuadamente y seguir una dieta más saludable. En este sentido, pude advertir que los entrenamientos

no solo repercuten en el cuerpo a nivel físico, sino también en la vida diaria, llevando a modificar rutinas, prioridades y perspectivas sobre la salud y el bienestar. En paralelo a las mejoras físicas, una transformación subjetiva hacia un estilo de vida *fitness*. La noción de estilo de vida *fitness*, que problematiza Alejandro Rodríguez (2014), se vincula con la gubernamentalidad neoliberal, los dispositivos de gestión de los cuerpos e implica novedosas formas de autoconstrucción de la subjetividad (p. 12).

A continuación, me detengo en algunas de las formas de interacción que emergen en el gimnasio, así como en las jerarquías y en los valores que se manifiestan en este ámbito.

CUERPOS EN TRANSFORMACIÓN: ENTRE EL TRABAJO INDIVIDUAL Y EL COMPAÑERISMO

Las personas que forman parte de mi grupo de entrenamiento conforman un conjunto heterogéneo de personas, con edades que van desde los dieciséis hasta los cincuenta años y diferentes niveles de experiencia en el entrenamiento. En términos generales todos comparten un similar nivel socioeconómico. Aunque la mayoría de ellos afirma entrenar por motivos vinculados a la salud —como evitar el sedentarismo—, en la interacción cotidiana pude advertir que la estética también es un factor importante a la hora de pensar la práctica del entrenamiento y sus motivaciones.

Los planes de entrenamiento que se diseñan en *Power Station* pueden ser modificados y adaptados para un grupo heterogéneo de asistentes y según sus necesidades, desde los que están en un nivel inicial hasta aquellos con mayor experiencia. Las rutinas están estandarizadas y pensadas para periodos de seis u ocho semanas, con ajustes semanales para mantener la progresión. Los entrenamientos con énfasis en piernas y cadera están diseñados específicamente para mujeres, mientras que los que se enfocan en tren superior están pensados para varones. Además, las rutinas varían según la frecuencia, adaptándose a entrenamientos de dos, tres, cuatro o cinco días por semana, con ejercicios que optimizan el volumen y la intensidad según los grupos musculares.

En el gimnasio, se observa un patrón común entre los entrenados en relación con el compromiso con los días de entrenamiento. Independientemente de la cantidad de días por semana que entrenen, la mayoría de ellos hace un esfuerzo consciente por no faltar; y si lo hacen, intentan recuperar el día perdido en otro momento dentro de la misma semana. No cumplir con el cronograma establecido genera en los entrenados que se comprometen con la práctica una sensación de culpa o incomodidad, lo que refleja la importancia de la perseverancia dentro de la moral del gimnasio.

Este compromiso es particularmente visible en quienes entrenan en contextos en los que deben combinar el entrenamiento con otras obligaciones laborales, académicas y familiares, lo que a veces —según me manifestaban con expresiones de desgano— dificulta la constancia en la práctica. Con todo, suelen expresar que el esfuerzo y el sacrificio de ir al gimnasio aun con sensación de cansancio, pocas ganas y a pesar de las condiciones climáticas como el calor o el frío, terminaba otorgándoles una gratificación, argumentando que venir a entrenar siempre termina valiendo la pena.

En *Power Station*, el hecho de compartir rutinas preestablecidas y horarios específicos de entrenamiento favorece las interacciones y la solidaridad dentro del grupo de entrenados. Este compañerismo se evidencia, por ejemplo, cuando un miembro asiste a otro durante ejercicios que requieren levantar cargas pesadas, promoviendo una dinámica de apoyo mutuo. Además, encuentros periódicos organizados fuera del gimnasio, como reuniones en bares, proporcionan espacios propicios para la sociabilidad, contribuyendo a fortalecer la cohesión entre los integrantes del grupo.

No obstante, las interacciones dentro del gimnasio suelen ser breves y se dan principalmente durante los tiempos de descanso entre series. Algunos entrenados —y, entre ellos, los más experimentados— prefieren reducir al mínimo las interacciones durante el tiempo de entrenamiento y es habitual ver personas usando auriculares durante el tiempo que dura su entrenamiento. Una de las razones esgrimidas es que la concentración durante los entrenamientos debe ser total.

El dispositivo de entrenamiento está concebido bajo una lógica de trabajo en la cual los equipos como mancuernas, máquinas y aparatos están diseñados para uso individual. Sin embargo, esta lógica se ve interrumpida en ciertos momentos por prácticas tales como el trabajo en duplas, que desafían la lógica del dispositivo (Rodríguez, 2013, p. 86). Un ejemplo de esta dinámica fue observado en el gimnasio, cuando dos nuevos asistentes, que evidentemente eran amigos que se habían inscrito juntos, realizaban las mismas rutinas y ejercicios en paralelo. Se desplazaban juntos a lo largo de su entrenamiento, compartiendo los espacios y equipos de manera constante. Esto llamó la atención de algunos entrenados y hubo quien oportunamente le pidió a uno de los dos si podía moverse del lugar, ya que mientras esperaba a su compañero impedía el uso de una máquina.

Esto ilustra cómo, aunque el diseño del gimnasio está pensado para el trabajo individual, las relaciones sociales y la camaradería pueden generar momentos en los que se rompen las normas tácitas del dispositivo. En este caso, la interacción entre los dos amigos no solo cuestiona la lógica de trabajo autónomo, sino que también resalta cómo las

relaciones sociales entre los miembros del gimnasio pueden modificar la organización del espacio y el tiempo de entrenamiento. Al mismo tiempo, permite advertir que la socialización entre los entrenados, al margen de algunas excepciones, se ve limitada por la propia lógica de funcionamiento del dispositivo.

En este trabajo retomo la hipótesis planteada por Rodríguez (2013), que a partir de la noción foucaultiana de dispositivo explica que en los gimnasios opera un conjunto de elementos que contribuyen a moldear la práctica del entrenamiento y un tipo de cuerpo específico. En su trabajo etnográfico, Rodríguez identificó la existencia de jerarquías basadas en los saberes, poderes y cuerpos que los individuos poseen. Estas jerarquías determinan el estatus de los practicantes, habilitándolos para realizar determinadas acciones y moverse con seguridad e independencia dentro del espacio.

Algo similar pude observar en *Power Station*, donde mis observaciones y notas de campo me llevaron a clasificar a los asistentes en tres grupos:

- Recién llegados o principiantes: nunca asistieron a un gimnasio, o lo hicieron durante algún tiempo y abandonaron la actividad. En muchos casos experimentan ciertas tensiones con otros participantes, principalmente con los más experimentados, por desconocer algunas de las normas tácitas del dispositivo de entrenamiento. Estas tensiones podrían llegar a ser algunos (aunque no los únicos) factores que inciden en el abandono de estos espacios en el corto plazo, especialmente en aquellos que tienen más dificultades para ejecutar ejercicios que requieran mucha coordinación y técnica.
- Intermedios: aquellos que han logrado mantener una constancia en su práctica de musculación, adaptándose gradualmente a las normas impuestas por el dispositivo de entrenamiento. Se trata de individuos que comienzan a implementar hábitos saludables en su vida cotidiana, como una alimentación equilibrada y un descanso adecuado, lo que les permite optimizar su rendimiento. Además, han podido llegar a sostener una sobrecarga progresiva, comprendiendo la importancia de incrementar gradualmente la intensidad para evitar estancamientos y lograr avances sostenibles. Su capacidad para adaptarse y comprometerse con las exigencias del entrenamiento los coloca en un punto intermedio, donde buscan consolidar y perfeccionar su práctica sin llegar a gozar del estatus de los entrenados más avanzados.

- Experimentados: cuentan con un *habitus* y un capital corporal adquirido que les permite moverse con seguridad en este tipo de lugares y ganarse el respeto de otros entrenados, en este grupo se encuentran los entrenados más avanzados. En *Power Station* algunos de ellos son competidores en la disciplina de *powerlifting*. Conocen las normas implícitas que constituyen el dispositivo de entrenamiento y pueden mostrar en ocasiones cierto desdén hacia aquellos que aún no las han internalizado. Se trata de entrenados que han incorporado los saberes que les permiten moverse con autonomía dentro del espacio, tienen conocimiento de sus capacidades y limitaciones y pueden armar sus propias rutinas de entrenamiento con relativa independencia, llegando a limitar (aunque solo hasta cierto punto) el poder de los entrenadores, quienes gozan de la jerarquía formal en estos espacios (Rodríguez, 2013, p. 94).

Las motivaciones y los significados que las personas asignan a sus prácticas de entrenamiento no las conocemos plenamente. Hipotetizamos que parte de lo que aquí subyace puede entenderse en relación con las presiones sociales que impulsan la búsqueda constante de rendimiento y productividad. Según Byung-Chul Han (2012), la sociedad del rendimiento se distingue por su capacidad para incentivar una producción creciente y cada vez más rápida. Han argumenta que hemos transitado de una sociedad disciplinaria, basada en el control externo y normas rígidas, hacia una sociedad del rendimiento, donde las exigencias provienen del propio individuo. En este contexto, el sujeto se convierte en su propio explotador; imponiéndose metas que responden a la necesidad de maximizar su rendimiento personal. Estas exigencias autoimpuestas suelen generar insatisfacción cuando los resultados no cumplen con las expectativas. En este marco, las prácticas de entrenamiento dejan de ser meramente actividades orientadas al bienestar físico para convertirse en expresiones de optimización corporal, reflejando una lógica de autoexigencia y competitividad que se alimenta de la constante comparación con otros y con ideales socialmente construidos.

Los valores vinculados con la disciplina, el autocuidado y el rendimiento que se encarnan en los cuerpos y los discursos de los entrenados más experimentados reflejan una lógica social más amplia que privilegia la autooptimización y la productividad incluso en los espacios y tiempos destinados al ocio. Tener en cuenta esto permite cuestionar que la disciplina y la superación personal dependen exclusivamente de elecciones individuales, y pone en evidencia que estos valores responden a dinámicas sociales generales. A continuación, algunos hallazgos en el mundo digital refuerzan la interpretación propuesta.

LA SUPERACIÓN PERSONAL COMO COSMOVISIÓN

Juan: ¿Cuántos kilos pensás subir? O sea, ¿vas a definirte y después volumen²?

Martín: Por eso me metí al grupo, jeje. La verdad es que no tengo mucha idea, salvo algunos consejos que me dio un compañero de trabajo. Los gimnasios a los que voy son buenos, pero no te dan mucha bola. Yo veo muchos videos en *Instagram* y voy agarrando lo que creo que me conviene.

Juan: Es cierto, no te dan mucha bola. A veces hay que aprender solo.

Martín: Pero está bien, es lo que hay. Si no, hay que pagar algo personalizado o ir guiándote por consejos, je. (Fragmento de conversación en grupo de *WhatsApp* sobre *fitness* y entrenamiento, 13/12/2024)

A los fines de obtener información adicional que pudiera contribuir a esta investigación, conseguí acceder a un grupo de *WhatsApp* relacionado con el *fitness* y la actividad física. Este grupo, que no tiene vínculo con mi gimnasio ni con los que allí entrenan, reúne a más de cien personas interesadas en el entrenamiento físico, provenientes de diversos puntos de Argentina. La mayor parte de los integrantes son varones jóvenes de entre 16 y 25 años (hasta donde pude observar, solo una mujer participa en el grupo). No todos entrenan en gimnasios, sino que algunos lo hacen desde sus casas con lo que tienen a mano, y encuentran en este espacio virtual un lugar para socializar con personas con las que comparten intereses y motivaciones. Cuando un integrante nuevo llega al grupo en búsqueda de consejos, es muy frecuente que las respuestas apunten a la necesidad de adoptar una conducta disciplinada, ya que “la motivación es pasajera” y el entrenamiento parece —en términos de los actores— requerir algo más que solamente motivación. Los participantes muestran en diversos grados un compromiso con el entrenamiento y, en ocasiones, algunos participantes reciben apoyo moral y consejos al narrar situaciones complejas de sus vidas personales.

2 Etapa de volumen: fase del entrenamiento en la que el objetivo principal es aumentar la masa muscular. Durante esta etapa, se incrementa la ingesta calórica, especialmente de proteínas y carbohidratos, para favorecer el crecimiento muscular. Los entrenamientos suelen centrarse en levantar pesos más pesados y realizar menos repeticiones. Etapa de definición: fase en la que el objetivo es reducir el porcentaje de grasa corporal para resaltar la musculatura adquirida durante la etapa de volumen. En este periodo se controla la ingesta calórica —especialmente reduciendo los carbohidratos— y se aumenta el enfoque en ejercicios cardiovasculares y de tonificación.

En el grupo intercambian consejos acerca del armado de rutinas de entrenamiento, recomendaciones sobre ejercicios, alimentación, suplementos alimentarios y se difunde contenido relacionado con el *fitness*, como videos motivacionales que promueven valores como el sacrificio, la disciplina y la “mejora constante”. En este contexto, varios participantes mencionaron en algunas oportunidades a un *influencer* conocido entre los jóvenes, cuya cuenta de *Instagram* (@marpefitness_) acumula más de dos millones de seguidores. En sus videos, algunos de los cuales fueron compartidos en el grupo de *WhatsApp*, el autor busca motivar e inspirar a su audiencia a incorporar o modificar hábitos en su vida, con la promesa de que hacerlo conducirá al logro de los objetivos propuestos. “El cambio es hoy, y depende de vos” es una frase recurrente en sus publicaciones.

Los participantes también comparten sus fotos y videos entrenando o mostrando con orgullo sus resultados físicos, lo que frecuentemente recibe aprobación y reconocimiento por parte de otros miembros. También es común encontrar fotos de comidas saludables, junto con sugerencias y consejos sobre alimentación, consolidando al grupo como un espacio de sociabilidad virtual que promueve tanto el autocuidado como una mentalidad de “mejora constante”. Un pequeño fragmento de una conversación en el grupo ejemplifica muy bien esto:

Benja: Intentando ser mejor chicos [mensaje junto a una foto de cuerpo entero con el torso desnudo, músculos definidos, con abdominales y brazos marcados]. De eso se trata la vida no?

Valentino: Así es, buscar la mejor versión.

Fede: De disfrutar hermano. A nosotros nos gusta entrenar, a otros vivir tomando. Hagamos la diferencia hermano [emoticon de abrazo junto al mensaje].

Benja: A veces no es todo estética, es como te movés. Como funcionás. En un futuro levantaré a mi esposa en mis hombros y a mi hijo en mis brazos. (Fragmento de conversación en grupo de *WhatsApp* sobre *fitness* y entrenamiento, 28/12/2024)

La mentalidad de “mejora constante” a través de la disciplina y el sacrificio se expresa de manera manifiesta entre los participantes del grupo, quienes perciben la necesidad de trabajar continuamente en sí mismos para lograr sus objetivos. Muchos de estos jóvenes expresan su admiración y respeto por algunos de los *influencers* que promueven estos valores y que, a través de sus relatos de éxito, han logrado construir una imagen pública respaldada por millones de seguidores en las redes sociales. Estos *influencers* se presentan como modelos a seguir, no solo por sus transformaciones físicas, sino por la promesa

implícita de que la adherencia a estas prácticas de autoexigencia puede llevar a la obtención de un éxito tangible, tanto en lo personal como en lo profesional.

Sin embargo, en ocasiones los participantes llegan a cuestionar la idea de que el sacrificio y el esfuerzo bastan para alcanzar los objetivos propuestos, expresando con pesar las dificultades que se presentan cuando no se tienen los recursos para pagar la cuota del gimnasio o para comer todo lo que consideran necesario para lograr los resultados físicos deseados. El caso de un fisicoculturista que cuenta que tuvo que dejar el entrenamiento por tres meses tras haber perdido su trabajo ilustra esta cuestión, llegando a poner en duda —al menos momentáneamente— estos discursos que responsabilizan al individuo, lo cual puede interpretarse como formas de micro-resistencia frente a las narrativas que colocan todo el peso en la voluntad de los sujetos.

En plataformas virtuales como *Instagram*, algunos de los mencionados creadores de contenido se posicionan como figuras inspiradoras que construyen sus relatos personales mediante narrativas autobiográficas, en las que se destacan elementos como la disciplina, el esfuerzo y la constancia. Esto lo hacen a través de publicaciones que combinan imágenes cuidadosamente editadas con descripciones emotivas, mostrando sus cambios físicos, las dificultades que enfrentaron y los logros alcanzados. A modo de ejemplo, en una publicación de *Instagram* del 20/08/2024, el *influencer* @mazzatomas comparte un video editado con imágenes suyas entrenando y textos superpuestos, donde narra que comenzó a entrenar en 2016 con el objetivo de transformar su físico. Relata que, con esfuerzo y dedicación, logró hacerse más fuerte, superando sus inseguridades y documentando su evolución en redes, sirviendo de inspiración a muchas personas. Hacia el final del video se lo muestra posando con músculos notablemente marcados y, a continuación, rodeado de seguidores que lo abrazan, termina el video dedicándoles palabras afectuosas por haberlo apoyado en su proceso de transformación.³

Relatos como este no solo apelan a la admiración de sus seguidores, sino que también actúan como guías normativas que moldean ideales corporales y estilos de vida. Pero además de relatos de transformación física, muchas de estas celebridades de Internet producen una cantidad considerable de contenido que se centra en transmitir enseñanzas morales. En sus videos, buscan motivar a sus seguidores a adoptar una actitud disciplinada y productiva, a través de la promoción de valores como el esfuerzo constante y la resiliencia. Este tipo de contenido a

3 Video titulado *Reel dedicado a ustedes, los amo*. Subido a *Instagram* el 20 de agosto de 2024. <https://www.instagram.com/reel/C-6AsV1yd19/?igsh=d3k2NnE5Zzk1azRz>.

menudo incluye consejos sobre cómo gestionar relaciones afectivas, con énfasis en la importancia de priorizar el desarrollo personal. Por ejemplo, el *influencer* @rodrigovalle_pro recomienda en uno de sus videos: “dejá de juntarte con tus amigos pobres (...), dejá de juntarte con personas que no tienen la vida que vos querés”. Afirma a su audiencia que para lograr el éxito económico y alcanzar el físico deseado hay que rodearse de las personas que ya lo hayan alcanzado.

Además, frases como “El cambio es hoy, y depende de vos” son frecuentes en sus discursos, funcionan como llamados a la acción que refuerzan la idea de que el éxito, tanto en el ámbito físico como en otros aspectos de la vida, depende exclusivamente de la voluntad y la determinación individuales. El *influencer* @marpefitness_ tiene un estilo que se caracteriza por su voz grave y usar un tono enérgico. En uno de sus videos se lo ve corriendo solo al costado de una ruta y, mirando a la cámara, pregunta: “¿Cuándo mierda vas a cambiar? Todos los días me decís que querés ser el mejor, que querés ser una bestia, hasta que llega el momento de ser una bestia. Estás dejando todo para después, y vos no perdés, vos ganás”. Este enfoque moralizador, al inspirar, moldea comportamientos alineados con la lógica de la autoexigencia propia de la sociedad del rendimiento.

Expresiones similares aparecen con frecuencia en los discursos de otros *influencers*. En otro video publicado en *Instagram*, @groszcris señala la importancia de tomar decisiones “correctas” de manera constante para alcanzar los objetivos propuestos. Afirma que “vos sos el conjunto de esas decisiones” y sostiene que la única forma de progresar es “haciendo lo que hay que hacer”. Además, apela a la identificación del espectador con situaciones cotidianas —como el hecho de ir a trabajar para pagar cuentas— para reforzar la idea de que la disciplina y el esfuerzo diario son indispensables para lograr resultados. El mensaje cierra con una exhortación a “enamorarse del proceso” como condición necesaria para que el esfuerzo personal “valga la pena”.

En algunas ocasiones, los integrantes del grupo de *WhatsApp* compartieron archivos PDF de libros de autoayuda, como *El club de las 5 a.m.*, *Hábitos atómicos* y *Padre rico, padre pobre*, entre otros. Mientras los dos primeros promueven el desarrollo personal a través del orden, la disciplina y la formación de hábitos, el último se inscribe en el ámbito de la autoayuda financiera. El trabajo etnográfico realizado por Daniel Fridman en *El sueño de vivir sin trabajar* (2019), que consistió en observación participante en diversas actividades organizadas por grupos de autoayuda financiera, entrevistas y revisión de contenidos en foros *online*, muestra que el neoliberalismo, además de implicar una transformación del trabajo, el Estado y la política, produjo también una

reconfiguración en la forma en que los individuos son gobernados y se gobiernan a sí mismos (p. 201).

Siguiendo el análisis de Fridman sobre este tipo de literatura, la autoayuda financiera puede entenderse como un conjunto de tecnologías del yo orientadas a la formación de un individuo autónomo y emprendedor, cuyo objetivo es alcanzar la libertad financiera. Esta libertad, sostiene el autor, va más allá de la mera obtención de dinero: implica una transformación del individuo, quien debe esforzarse activamente por alcanzarla (Fridman, 2019, p. 21).

La importancia que los participantes del grupo de *WhatsApp* atribuyen al autocuidado, la disciplina y autooptimización constante expresa de manera manifiesta estas transformaciones en la subjetividad de los individuos. Los jóvenes del grupo comparten los videos de algunos de los *influencers* mencionados anteriormente, a quienes admiran y respetan, siguiendo sus consejos y adoptando sus discursos como guías para su propia autooptimización.

Resumiendo, los contenidos de publicaciones en *Instagram* analizados están dirigidos principalmente a un público masculino y tienen como objetivo enfatizar el rendimiento, la disciplina y la superación personal como los medios para alcanzar el éxito. Sus exhortaciones buscan motivar a las personas a trabajar en sí mismas, a ser más productivas, a optimizar su rendimiento y a superar sus limitaciones. Estos discursos promueven una especie de espiritualidad que fomenta un enfoque hacia el crecimiento personal y la autoexigencia.

Este fenómeno puede también ser analizado a partir de la obra de Gilles Lipovetsky, *Gustar y emocionar: Ensayo sobre la sociedad de seducción* (2020), donde el autor argumenta que vivimos en una sociedad de seducción omnipresente, que ha permeado todos los aspectos de la vida. Lipovetsky afirma que la seducción va más allá de lo meramente erótico, es un elemento central de las relaciones sociales. Según este autor, los *influencers* se presentan como “productos” que buscan ser deseados y validados por otros, mediante la creación de conexiones emocionales profundas a través de sus relatos y apariencias.

En la sociedad hipermoderna descrita por Lipovetsky, el individualismo y el consumo hedonista han eliminado las restricciones tradicionales, lo que permite que la seducción se exprese de manera libre y sin límites. Este contexto favorece una constante búsqueda de placer y validación, algo que se refleja en la manera en que los *influencers* se presentan en las plataformas digitales. La seducción, en su versión contemporánea, se convierte en una herramienta no solo de atracción, sino también de consumo, como lo evidencia el papel que juegan los *influencers* en la promoción de productos y estilos de vida ligados al bienestar físico y la apariencia.

CONCLUSIONES

El análisis de las prácticas de entrenamiento en el gimnasio y las interacciones en espacios como el grupo de *WhatsApp* revelan la presencia de una lógica social de autooptimización que trasciende los límites del gimnasio. A través de la observación del funcionamiento del dispositivo de entrenamiento y las dinámicas sociales que se despliegan en estos contextos, se puede identificar cómo los valores de disciplina, sacrificio, rendimiento y superación personal se consolidan como valores centrales en las prácticas de los individuos que buscan transformar su físico y alcanzar una forma idealizada de cuerpo y vida.

En los gimnasios, las interacciones entre participantes y las tensiones que surgen en torno a las normas implícitas de estos espacios, reflejan la jerarquización y la sociabilidad propia de estos entornos. La importancia de la constancia, el esfuerzo y la “mejora continua”, valores que se encarnan en los cuerpos de los entrenados, se vinculan con la sociedad del rendimiento descrita por Byung-Chul Han, donde el sujeto se convierte en su propio explotador, autoimponiéndose metas para maximizar su rendimiento.

Además, las diferentes instancias de sociabilidad analizadas contribuyen, a través del intercambio entre los actores de saberes técnicos y opiniones, a configurar un sentido común donde la disciplina, la autoexigencia, el cuidado de sí y la superación personal se vuelven un imperativo. En este marco, la circulación de saberes y discursos en estos espacios refuerzan la idea de que la práctica de entrenamiento implica algo más que perseguir los objetivos propuestos —como los relacionados con la estética corporal—, requieren el esfuerzo y la voluntad de transformarse a sí mismos, de modo análogo a lo que ocurre entre los participantes de los grupos de autoayuda analizados por Fridman, que intentan transformar su conducta para alcanzar la libertad financiera.

Además, las redes sociales y las comunidades virtuales, como el caso del grupo de *WhatsApp*, consolidan este discurso de superación personal al promover la adopción de una conducta disciplinada. Los *influencers*, actuando como modelos a seguir, juegan un papel crucial al difundir relatos autobiográficos que refuerzan la idea de que el éxito depende exclusivamente de la voluntad y la disciplina del individuo. Estos relatos no solo promueven una mejora física, sino que también inducen a los seguidores a adoptar una mentalidad productiva y resiliente, lo que refuerza la lógica de la autoexigencia.

Por último, el fenómeno de la seducción, tal como lo describe Lipovetsky, se ve reflejado en la manera en que los *influencers* construyen su identidad en las plataformas digitales. Este proceso de seducción no se limita a lo físico, sino que también se extiende a la construcción de una identidad que apela al deseo de validación y consumo, en un

contexto donde la imagen y el rendimiento se entrelazan. La búsqueda constante de reconocimiento y el deseo de un cuerpo idealmente construido, intensificados por las redes sociales, refuerzan la autoexigencia, particularmente entre los jóvenes, para quienes los *influencers* constituyen figuras de admiración e inspiración.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alabarces, Pablo (2010). Entre la banalidad y la crítica: Perspectivas de las ciencias sociales sobre el deporte en América Latina. En Samuel Martínez (Coord.), *Fútbol-espectáculo, cultura y sociedad: Una revisión crítica al negocio mundial* (pp. 69-101). Afinita Editorial.
- Alabarces, Pablo; Di Giano, Roberto y Frydenberg, Julio (1998). Introducción. En Pablo Alabarces, Roberto Di Giano y Julio Frydenberg (Comps.), *Deporte y sociedad* (pp. 13-18). Eudeba.
- Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (1996). *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*. Atuel.
- Archetti, Eduardo (1984). *Fútbol y ethos*. Serie Monografías e informes de investigación de FLACSO, n° 7. FLACSO.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Eve (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal.
- Bourdieu, Pierre (1978). Sport and social class. *Social Science Information*, 17(6), 819-840. <https://doi.org/10.1177/053901847801700603>
- Branz, Juan Bautista; Garriga Zucal, José y Moreira, Verónica (Comps.) (2012). *Deporte y ciencias sociales: Claves para pensar las sociedades contemporáneas*. Editorial de la Universidad de La Plata (Edulp).
- Branz, Juan Bautista y Murzi, Diego (2023). Los estudios sociales del deporte en Argentina: Trayectos, agendas y problemas actuales. *Papeles de trabajo: La revista electrónica del IDAES*, 17(25), 149-158.
- Elias, Norbert y Dunning, Eric (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica.
- Fridman, Daniel (2019). *El sueño de vivir sin trabajar: Una sociología del emprendedorismo, la autoayuda financiera y el nuevo individuo del siglo XXI*. Siglo Veintiuno Editores.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Hijos, María Nemesia (2019). *La carrera de los runners: una etnografía en Nike+ Run Club de Buenos Aires*. Tesis para optar por el título de Magíster en Antropología Social. Universidad Nacional de San Martín. <https://ri.unsam.edu.ar/handle/123456789/776>
- Landa, María Inés (2011). *Las tramas culturales del fitness en Argentina: los cuerpos activos del ethos empresarial emergente*. Universitat Autònoma de Barcelona.

- Landa, María Inés y Córdoba, Marcelo (2020). Cuerpos moldeables y vidas modulables: la invención del estado holísticamente saludable como bienestar (integral). *Arxius. Arxius de Ciències Socials*, (42), 59-74.
- Landa, María Inés; Hijós, María Nemesia; Muñoz, David y de Castro, Ana Lucía (2024). El management (de sí y del cuerpo) en dispositivos de la gubernamentalidad neoliberal. *Arxius de Ciències Socials*, (42). <https://doi.org/10.7203/acs.42.29115>
- Lipovetsky, Gilles (2020). *Gustar y emocionar: Ensayo sobre la sociedad de la seducción*. Anagrama.
- Foucault, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France* (1978-1979). Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, Alejandro Damián (2013). *Haciendo fierros en el boulevard: una aproximación etnográfica al interior de los gimnasios porteños*. Tesis para obtener el grado de Magíster en Ciencias Sociales. <https://repositorio.ungs.edu.ar/handle/UNGS/172>
- Rodríguez, Alejandro Damián (2014). *El fitness es un estilo de vida: Gimnasios y sociabilidad en una perspectiva crítica*. En VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3-5 de diciembre de 2014. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología.
- Rose, Nikolas (2001). The politics of life itself. *Theory, Culture & Society*, 18(6), 1-30. <https://doi.org/10.1177/02632760122052020>
- Rose, Nikolas (2007). Beyond medicalization. *The Lancet*, 369(9562), 700-702. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(07\)60319-5](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(07)60319-5)

FUENTES DIGITALES

- Grosz, Cristian [@groszcristian]. (18 de mayo de 2025). *Tus decisiones hoy, construyen tu cuerpo de mañana*. [Video]. Instagram. <https://www.instagram.com/reel/DJzljLVPmJ6/?igsh=MWNicXN4dHF0NG0zcA%3D%3D>
- Marpefitness [@marpefitness_]. (s.f.). *Publicaciones* [Perfil de Instagram]. Instagram. https://www.instagram.com/marpefitness_/
- Marpefitness [@marpefitness_]. (31 de octubre de 2024). *Todo el mundo quiere ser una bestia, hasta que llega el momento de ser una bestia*. [Video]. Instagram. de <https://www.instagram.com/reel/DBzwfAkPjPx/?igsh=dTkYb3Q5YnMzcQw>
- Mazza, Tomás [@mazzatomas]. (20 de agosto de 2024). *reel dedicado a ustedes... los amo* [Video]. Instagram. <https://www.instagram.com/reel/C-6AsV1yd19/?igsh=d3k2NnE5Zzk1azRz>
- Rodrigovalle_pro [@rodrigovalle_pro]. (31 de diciembre de 2024). *Que este año hagas las cosas diferentes*. [Video]. Instagram. <https://www.instagram.com/reel/DERFcFft3iQ/?igsh=cZfPYzNaHdhaHBv>

Santiago Rodríguez Durán

INJURIAS Y SOLIDARIDADES DESDE UN CLUB DE LECTURA *QUEER*

INTRODUCCIÓN

Desde 1983 el marco normativo, los espacios de sociabilidad y las prácticas de las diversidades sexuales en Argentina sufrieron sucesivas transformaciones. A partir de la recuperación de la democracia formal, las sexualidades divergentes comenzaron paulatinamente a ocupar la escena pública en búsqueda de igualdad, inclusión y ampliación de ciudadanía en virtud de la actividad de agrupaciones que contribuyeron a transformar la subjetividad y los contextos existenciales politizando las sexualidades (Barrancos, 2014). El movimiento gay fue de los primeros en lograr politizar la vida privada y la sexualidad (Meccia, 2006) y conformar organizaciones para el reclamo de derechos humanos relativos a las identidades sexo-généricas diversas, como el fin de las *razzias* y los edictos policiales y el reconocimiento de derechos por parte del Estado.

Sin embargo, fue a raíz del hito de la sanción de la ley de Matrimonio Igualitario (2010) que se produjo, progresivamente, la integración de las demandas históricas del colectivo LGBTIQ+¹ a la agenda pública y política argentina, su institucionalización e incluso la incorporación de militantes de la diversidad sexual en puestos estatales dirigenciales durante el kirchnerismo (Boy *et al.*, 2018). Todos estos procesos tra-

1 La sigla LGBTIQ+ es un acrónimo que agrupa distintas identidades de género y orientaciones sexuales no heterosexuales y/o no cisgénero. Incluye a personas lesbianas, gays, bisexuales, travestis, transexuales, transgénero, intersexuales, *queer* y el signo “+” incluye otras identidades que no están reflejadas específicamente en las letras anteriores pero que forman parte de la diversidad sexual y de género, como las personas asexuales, pansexuales, no binarias, agénero, entre otras.

jeron consigo grandes transformaciones en lo que respecta al acceso a derechos de las diversidades sexo-genéricas. Es decir, siguiendo a Barrancos, se pasó de la agencia por los derechos de las diversidades sexo-genéricas a una legislación positiva que “permitió a todas las individualidades desmarcadas de las formas polares de género, iguales derechos de ciudadanía permitiéndoles la prerrogativa de exhibir un cuerpo y un nombre propios” (Barrancos, 2014, p. 41). Lo que implicó un importante cambio en las subjetividades y en el repertorio de prácticas de las personas LGBTIQ+.

Este abordaje de la política sexual en la Argentina es entendida por algunos autores como el acceso a una “ciudadanía sexual”, en donde nuevos sujetos logran ser reconocidos en el espacio de lo público como merecedores de derechos, y se modifica la relación entre determinados grupos históricamente discriminados y su reconocimiento estatal, en atención a la identidad y a las sexualidades en su amplia expresión (Boy *et al.*, 2018). Mario Pecheny también entiende este proceso como una “ciudadanización” de aquellos sujetos que no se amoldan a la heteronormatividad reproductiva, entendida como el “orden social, sostenido políticamente, que privilegia los vínculos eróticos y sexuales heterosexuales, fundados en un binarismo de género que admite como identidades exclusivas y complementarias a los varones y a las mujeres” (2016, p. 75).

Sin embargo el proceso político y social que condujo a ese marco normativo en Argentina se vio interrumpido con la asunción de una nueva administración nacional en diciembre de 2023. Desde entonces la agenda LGBTIQ+ ha perdido representación desde lo institucional, con el cierre de organismos estatales y la eliminación de programas y de políticas públicas que promovían la igualdad y la no discriminación. Y también se produjo una creciente reacción conservadora desde lo discursivo que supuso un cambio de época respecto al vínculo entre la estatalidad y las diversidades. Así, se tomaron medidas como el desmantelamiento del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo y el cierre del Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad; y, a nivel comunicacional, se avanzó en imponer una nueva hegemonía “cultural” opuesta a una agenda política con perspectiva de género y diversidad, una “batalla cultural” que vuelva a disputar los límites de lo decible y de lo “políticamente correcto”.

Este tipo de perspectiva es difundida por funcionarios de primer nivel e incluso por el presidente Javier Milei, que en sus discursos públicos constantemente apela a dejar atrás la agenda de los derechos de las mujeres y las diversidades, tal como declaró en su discurso en la Asamblea General de la ONU en 2024 al llamar a terminar con “la agenda *woke* que ha chocado con la realidad”. Y que luego profundizó

en su alocución en el Foro de Davos, Suiza, en enero de 2025, cuando de forma más explícita se posicionó frente a la “epidemia” y al “cáncer” del “wokismo” y a la “agenda LGBT”, asimilando la homosexualidad, la transexualidad y al travestismo con enfermedades mentales e incluso con delitos como la pedofilia y el abuso infantil. El mandatario retomó así antiguas concepciones estigmatizantes, patologizantes y criminalizantes de las diversidades que nunca antes habían formado parte de los discursos oficiales de Estado desde el retorno de la democracia en 1983.

Ante el recrudecimiento del discurso oficialista para con las diversidades sexuales, la comunidad LGBTIQ+ autoconvocada en una asamblea en Parque Lezama el 25 de enero de 2025, decidió organizar una “Marcha Federal del Orgullo Antifascista, Antirracista LGBTIQNB+” para el 1 de febrero hacia Plaza de Mayo en respuesta al discurso del Presidente; lo que evidencia el nacimiento de una nueva época de activismo y un resurgimiento de las manifestaciones en el espacio público de los colectivos de las diversidades sexuales en reclamo de sus derechos.

Este breve *racconto* del estado de situación de las diversidades sexuales sirve como marco temporal para un trabajo de campo que se desarrolló durante el año 2024, en pleno giro discursivo y político por parte del Estado argentino y también como una breve descripción del momento político y social al momento del relevamiento.

A continuación reflexionaremos sobre un grupo de varones gays que se reúne mensualmente hace años en un club de lectura *queer* en la ciudad de Buenos Aires, para comprender sus motivaciones a la hora de sumarse a dicho espacio de microsociabilidad, cuáles son las actividades que realizan en conjunto y en qué medida el nuevo clima de época repercute en sus prácticas cotidianas.

EL “CLUB DE LECTURA QUEER” DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Esta investigación busca hacer foco en las prácticas y los procesos identitarios de un grupo de varones gays contemporáneos, quienes son en su mayoría nativos de la “gaycidad” (Meccia, 2011), y en sus consideraciones sobre sus formas de socializar a partir de encuentros que tienen a la lectura como disparador pero que plantean cuestiones identitarias que exceden el debate literario. Utilizaremos como recurso a este grupo de personas para reflexionar sobre las articulaciones de lo público y lo privado, de lo micro y lo macrosocial y sobre la persistencia en lo microsocioal de ciertas desigualdades aun con un marco legislativo que se presenta como igualitario. Y también sobre cómo influye el cambio de época con la reaparición de una retórica gubernamental

abiertamente contraria a las políticas de igualdad llevadas adelante por anteriores administraciones.

El objetivo del capítulo es describir y analizar las experiencias de socialización de varones gays que asisten a un club de lectura *queer* en la ciudad de Buenos Aires para identificar las particularidades que el club representa como espacio de sociabilidad para un colectivo atravesado históricamente por la desigualdad. Y que —como veremos— se recorta de otros espacios de sociabilidad como el universo social cotidiano eminentemente hetero-*cis*-género y el universo gay *mainstream* que tiene otro tipo de oferta de sociabilidad.

Buenos Aires es una de las ciudades con mayor cantidad de librerías en el mundo y se destaca por su gran oferta cultural. Existen en ella múltiples propuestas de clubes literarios. Pero hay pocos espacios orientados específicamente a la literatura LGBTIQ+. Dos de ellos son el “Club de Lectura Queer” dirigido por Martín Villagarcía desde 2011 y “Un lugar conocido - Club Gay de lectura”, dirigido por Fram Visconti y Fran Bariffi desde 2023.

A continuación analizaré el caso del “Club de Lectura Queer”, el más longevo de ambos, creado en el año 2011 por Martín Villagarcía —licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y becario doctoral del CONICET—, autor de literatura erótica gay. Desde sus orígenes hasta 2013, los encuentros del club se realizaron en Casa Brandon, un espacio cultural apuntado a la diversidad sexual, punto de referencia de la comunidad LGBTIQ+ de la ciudad de Buenos Aires que se caracteriza por su interdisciplinariedad. Cuando comenzaron esos encuentros eran abiertos a cualquier persona que quisiera sumarse y anotarse. Luego de dos años de interrupción el club retomó su actividad en el año 2015 y hasta la actualidad continúa en funcionamiento, de manera privada, pero ahora con un formato de encuentros mensuales presenciales, más reducidos, en la casa del moderador en el barrio porteño de Caballito.

Sus asistentes son varones gays de entre 30 y 55 años que residen mayoritariamente en la ciudad de Buenos Aires o en sus alrededores y que se juntan mensualmente a discutir un libro con la ayuda de una guía de lectura. En general son encuentros de entre cuatro y ocho integrantes según la asistencia que fluctúa de encuentro en encuentro. Los integrantes son personas que asisten hace varios años, y debido a la restricción espacial que supone generar estos encuentros en el *living* de un departamento, los nuevos integrantes son más bien escasos y los interesados en sumarse recién son aceptados para participar luego de alguna baja del “elenco estable”, lo cual es poco frecuente. Hay participantes que asisten de manera ininterrumpida desde 2011 y la última

incorporación data del año 2023, por lo que la permanencia dentro del club suele ser prolongada.

A lo largo de 2023 y 2024 asistí a estos encuentros y realicé observaciones con consentimiento informado y luego realicé entrevistas en profundidad a sus asistentes para conocer sus trayectorias de vida, sus espacios de sociabilidad, su llegada al club de lectura y su valoración del mismo desde un enfoque biográfico.

UN ENFOQUE BIOGRÁFICO: TRAS LAS HUELLAS DE LA HUMILLACIÓN EN LA SOCIALIZACIÓN PRIMARIA

Tomaremos como referencia los trabajos de Erving Goffman, Didier Eribon y Ernesto Meccia sobre los efectos de la discriminación en la construcción de la subjetividad, vinculándolos con la teoría social de la etnometodología de Harold Garfinkel, que pone atención a la contingencia de las prácticas en diferentes contextos sociales.

El concepto de estigma para Erving Goffman se refiere a un atributo que es considerado como una marca socialmente cuestionable, que reduce a un sujeto a una identidad socialmente inferior. Goffman explora cómo las personas estigmatizadas son tratadas por la sociedad y cómo gestionan su propia identidad en diferentes contextos de sociabilidad. Las personas estigmatizadas pueden sentirse en conflicto con su pertenencia a determinado grupo y con su “imagen social”, ya que la sociedad los ve de manera negativa; lo que los lleva a gestionar constantemente la manera en la que se presentan ante los demás para evitar la discriminación, un manejo *ad hoc* en las interacciones sociales que morigeran sus prácticas y expresiones para poder autogestionar el estigma que pesa sobre ellos (Goffman, 1989). Las personas que llevan una identidad estigmatizada despliegan así estrategias para enfrentarse a la discriminación, como ocultar u omitir determinada información o característica de sí, dependiendo el contexto de interacción.

El autor remarca que, a pesar de la carga que implica el estigma, las personas estigmatizadas pueden organizarse en “grupos de resistencia” o “solidaridad” para reivindicar su identidad, cambiar las percepciones sociales o promover la inclusión. En este caso, debido al tipo de socialización positiva que supone pertenecer a un club de lectura como espacio de sociabilidad, permite realizar una reivindicación de la propia identidad y las prácticas *queer* desde un plano microsociológico. Desde lo íntimo, en un espacio familiar que por sus condiciones se plantea como un ámbito diferente de las otras interacciones sociales que desarrollan sus participantes en otros espacios de sociabilidad.

El sociólogo francés Didier Eribon retoma algunos de estos temas en su obra, que trabaja la marginalización social y sus efectos en la subjetividad, centrándose en el fenómeno del juicio social y en cómo

este afecta a los individuos, especialmente a aquellos que se encuentran en posiciones de subalternidad social como los homosexuales. En uno de sus libros más recientes, *La sociedad como veredicto*, el autor propone una teoría social basada en el lugar que un actor ocupa ante el “veredicto” de la sociedad mayoritaria, y cómo este juicio moldea su existencia, su sentido de identidad y sus relaciones con los demás con la posibilidad de relegarlo a un lugar de subalternidad, de no ciudadanía (Eribon, 2017).

Eribon se centra en cómo las categorías sociales impuestas por la sociedad (como clase, género, sexualidad, origen migratorio) juegan un papel crucial en la construcción de la identidad de los individuos, en sus procesos de subjetivación, y cómo estas categorías son constantemente validadas o rechazadas mediante el veredicto social. Veredictos que afectan también la forma en la que los individuos se perciben a sí mismos. Las personas que son etiquetadas como “diferentes” o injuriadas tienden a experimentar una forma de desajuste con su entorno y, en muchos casos, terminan internalizando las críticas sociales. En su clásico libro sobre la homosexualidad *Reflexiones sobre la cuestión gay* ya se encontraba menos sistematizada esta idea de veredicto social a partir de la figura de la injuria, el insulto, la forma manifiesta del estigma del que hablaba Goffman que terceros le imponen a los sujetos homosexuales moldeando su subjetividad en su socialización temprana.

En el principio hay la injuria. La que cualquier gay puede oír en un momento u otro de su vida, y que es el signo de su vulnerabilidad psicológica y social. “Sucio marica” (“sucio tortillero”) no son simples palabras emitidas casualmente. Son agresiones verbales que dejan huella en la conciencia. Son traumatismos más o menos violentos que se experimentan en el instante pero que se inscriben en la memoria y en el cuerpo (porque la timidez, el malestar, la vergüenza son actitudes corporales producidas por la hostilidad del mundo exterior). Y una de las consecuencias de la injuria es moldear las relaciones con los demás y con el mundo. Y, por tanto, perfilar la personalidad, la subjetividad, el ser mismo del individuo. (Eribon, 2001, p. 29)

La etnometodología, corriente sociológica desarrollada principalmente por Harold Garfinkel en la década de 1960, se basa en el análisis de los métodos cotidianos que las personas usan para dar sentido a su mundo social. Se centra en cómo las personas crean y mantienen el orden social en su vida cotidiana a través de sus prácticas. Se interesa por las acciones y las interacciones cotidianas, es decir, por cómo las personas producen el sentido común que da coherencia a sus comportamientos (Garfinkel, 2016). La etnometodología también plantea

una indexicalidad radical contextual del sentido común que implica prácticas y dinámicas determinadas dentro de un determinado contexto situado a modo de brújula social. Desde esta perspectiva, entiendo a los individuos que forman parte de las diversidades sexuales como sujetos con prácticas que particularmente se van reactualizando según la situación de intercambio en la que se encuentren. En donde diferentes contextos suponen determinados comportamientos y los contextos eminentemente heterosexuales de las interacciones cotidianas aún hoy implican ciertas formas de ocultamiento de información personal o el gestionamiento de comportamientos “desviados”, amanerados, que se buscan “camuflar” u omitir en ciertos espacios. En este sentido, incorporarse como varones gays a un club de lectura *queer* representa integrar etnométodos de interacción diferentes de los que tienen en otros ámbitos de sociabilidad no pensados por y para integrantes LGBTIQ+ sino propios de la sociabilidad heterosexual que suponen una restricción para desplegar ciertos repertorios de acción.

Este proyecto en desarrollo se inserta en los estudios sobre homosexualidad en Argentina que enfatizan la relación entre la homosexualidad como experiencia, problematizando los vínculos entre identidades sexo-genéricas diversas y la sociedad en su conjunto (Meccia, 2006, 2011; Pecheny, 2016) desde un estudio de caso, de una pequeña grupalidad.

En el ámbito de la homosexualidad masculina específicamente, el sociólogo Ernesto Meccia ha realizado un exhaustivo trabajo de investigación a partir del análisis socionarrativo de las transformaciones identitarias que vivencian varones homosexuales mayores socializados en la opresión, la clandestinidad y la humillación en tiempos de advenimiento de la “gaycidad” como nuevo orden social. El autor da cuenta de cómo la nueva agenda de derechos de finales del siglo XX y principios del XXI supone un nuevo escenario social con formas y marcos novedosos que generan un replanteo de las prácticas, la identidad y el lugar social ocupado por los homosexuales mayores anteriormente. La homosexualidad para Meccia está caracterizada en términos de sociabilidad, por el ocultamiento, el secreto y la discreción, en tanto que la “gaycidad”, es acompañada por la visibilidad y grados variables de reconocimiento político y social. Meccia analiza cómo los cambios en los regímenes sociosexuales implicaron una transformación con respecto al tratamiento de la homosexualidad por parte del Estado, lo que produjo cambios en las subjetividades de los individuos que conformaban ese colectivo. Sin embargo, aun entre mayores de treinta años, contemporáneos a la gaycidad, hay algunas situaciones de la vida cotidiana que siguen representando una desigualdad social aunque el marco legal y social actual sea radicalmente más inclusivo que el del régimen de la homosexualidad.

En línea con estos trabajos de investigación socrionarrativos desarrollados por Ernesto Meccia, este proyecto busca dar cuenta de los significados actuales que los asistentes al “Club de Lectura Queer” dan a sus prácticas, cuáles son sus hitos identitarios en los procesos de reconocerse como sujetos sexuales diversos frente a la heteronormatividad, cuáles son sus espacios de sociabilidad y qué sentidos les otorgan.

El encuadre metodológico tiene un enfoque biográfico (Bertaux, 1980). Se realizaron entrevistas en profundidad con base en una guía de preguntas semiestructurada. La muestra intencional incluye al participante más longevo y al más reciente del club y contempla a los seis asistentes más frecuentes del club: Mariano (36), Patricio (33), Gastón (40), Ismael (39), Gerardo (53) y Lautaro (34). Los relatos de vida a partir de entrevistas son utilizados para reconstruir el nexo entre las experiencias individuales con el contexto histórico, teniendo como propósito retomar las experiencias personales que conectan la individualidad con las interacciones más amplias: familias, grupos e instituciones como el Estado (Sautu, 2004).

¿Cómo narran estos varones gays sus procesos identitarios en tanto sexualidades diversas? ¿Qué rol ocupa el club de lectura como espacio de sociabilidad gay? ¿En qué medida representa una sociabilidad alternativa al circuito gay porteño? ¿Cómo evalúan ellos el nuevo escenario político con respecto a las diversidades sexuales? Si bien se trata de un estudio exploratorio aún en proceso, presento a continuación algunas primeras reflexiones.

UN SÁBADO EN EL “CLUB DE LECTURA QUEER”, UN ÁMBITO DE INTERACCIÓN QUEER DIFERENTE DE LA OFERTA DE SOCIABILIDAD GAY PORTEÑA

Estamos en ronda compartiendo eso. Es un lindo espacio. Que seamos todos putos lo hace algo singular. Se produce la magia del aquelarre maricón entre todos putos. (Patricio, 33 años)

Sábado 11 de mayo de 2024, 15:55. Estoy en la entrada de un gran edificio de departamentos cerca de la intersección de las avenidas La Plata y Rivadavia en el barrio de Caballito, esperando a que sean las 16hs y se sume más gente para tocar el timbre. Llega Patricio. Él y yo en general somos siempre los primeros. Lleva lentes oscuros, el libro *Raving* de McKenzie Wark y una bolsa de plástico con pepas de membrillo. Suele traer siempre masitas de la panadería. Nos saludamos y empezamos inmediatamente a hablar del libro a modo de adelanto. “¿Qué te pareció? ¿Lo terminaste?”. Es el segundo que leemos de la autora trans australiana. Su anterior libro, *Vaquera invertida*, fue uno

de los mejores puntuados por el grupo el año pasado. En el medio de la charla llega Gerardo, un hombre de unos cincuenta años que está vestido con un conjunto deportivo y bromeamos. Una vez más, a diferencia de nosotros, no ha leído el libro del mes, sin embargo, sigue participando de las reuniones. “Me gusta venir igual a escuchar”, suele decir. Cuando se nos suma Gastón con su bicicleta que lo acompaña desde San Isidro consideramos que ya hay *quorum*, somos suficientes para tocar el timbre del 7° B. “Toquemos”.

Martín, el moderador, baja y nos abre la puerta. Viste ropa deportiva y ojotas. Nos dividimos en tres de los cuatro ascensores. Nos sacamos las zapatillas en el umbral del departamento de forma automática. Es una regla del anfitrión para poder ingresar a su casa. Las dejamos apoyadas en un costado de la puerta en un rincón. Si bien no hay lugares establecidos (a excepción del sillón de un cuerpo que es territorio de Patricio y cuya soberanía no discutimos) solemos igualmente ubicarnos todos en el mismo lugar. En la mesa ratona hay un budín de banana casero hecho por el dueño de casa. “Estoy probando una nueva receta”, dice risueño expectante por una devolución de nuestra parte. Patricio ubica las pepas en un plato, Gastón pone unas medialunas en una bandeja rectangular. En la mesa ya hay dos grandes teteras con dos saquitos Taragüi en remojo —una de ellas con un cobertor de *crochet* rojo para conservar la temperatura— y un juego de tazas de porcelana, herencia familiar del anfitrión. Gerardo toma una de las teteras y va sirviendo. Tocan el timbre Ismael, Lautaro y Mariano. Gastón se vuelve a calzar para bajar. Como es el último que llegó es el responsable de abrirle a los recién llegados, una regla tácita que orienta por orden de llegada quién es el próximo encargado de bajar a abrirle a los participantes menos puntuales. Todo sucede con muchísima familiaridad. Es una ritualidad que realizamos hace tiempo, no es necesario consultar qué hacer, dónde están las cosas, a quién le corresponde bajar. Ya nos conocemos y manejamos los códigos del encuentro y del hogar con particular confianza.

Comenzamos a conversar sobre los últimos acontecimientos relevantes, una charla informal sobre política, sobre las nuevas medidas del gobierno. Gastón trabaja en un organismo público en el área de cultura y comenta cómo hay una nueva “bajada de línea” respecto a los contenidos a desarrollar que excluyen conceptos relativos a los derechos humanos, las políticas de memoria y cuestiones relativas a género y diversidad sexual. Compartimos preocupaciones, impresiones, chismes e información. Luego de varios minutos de charla, Martín nos invita a cambiar de tema, a alejarnos de la coyuntura y a meternos —como siempre— en nuestro libro del mes. Después de introducir información sobre la autora y el contexto de escritura del libro comenzamos nuestra

ronda de devoluciones como todos los meses, descalzos, tomando té y degustando el budín de banana. Los encuentros suelen tener en general la misma estructura, dedicando el comienzo y el final de los mismos a charlas espontáneas de la coyuntura, a intercambios de recomendaciones, a hacer foco en las últimas novedades personales.

Unos días después, en el grupo de *WhatsApp* donde organizamos los encuentros y compartimos información que nos resulta relevante, Martín escribe que ya tiene los libros para el mes siguiente en su casa: consiguió —como de costumbre— un descuento por comprar por volumen ejemplares de *Vida real* de Brandon Taylor; a lo que añade el siguiente mensaje:

En otro orden de cosas, estoy viendo si se propone algún plan de lucha/movilización por el lesbicidio de Barracas. Sé que el viernes se hizo una concentración, pero luego de la muerte de la tercera víctima el domingo imagino que se tomarán más medidas. En todo caso, si saben y quieren compartir por acá, bienvenido será. Abrazo y fuerza.

Esta escena se desarrolló en el mes de mayo de 2024, pero la dinámica se mantiene más o menos imperturbable desde hace años. Un sábado por mes entre marzo y diciembre, un grupo de varones gays se juntan a tomar té a las 16hs, a discutir un libro de un/a autor/a LGBTQ+ y/o de temática *queer* en un living en Caballito, y principalmente a conversar. Utilizando la lectura de un libro común como disparador del encuentro social, pero en donde se teje una forma de sociabilidad marica entre pares gays como paratexto que articula la lectura, compuesto por las experiencias vitales de sus participantes y los contextos de existencia como personas LGBTQ+. En el período de realización del trabajo de campo, varios encuentros tuvieron momentos en donde se compartían impresiones sobre la administración libertaria que gobierna la Argentina desde fines de 2023. En estas conversaciones los participantes manifestaban sentimientos de indignación, preocupación, tristeza y una creciente sensación de temor (existente desde sus socializaciones tempranas) ahora reactualizada.

El “Club de Lectura Queer” no se trata de un grupo de estudio ni de un encuentro académico, sino más bien de una tertulia informal organizada por una guía de lectura que envía el anfitrión por *WhatsApp* una semana antes del encuentro, con ejes temáticos y *links* a notas periodísticas o material complementario (videos, películas). La variedad de lecturas no responde a otra consigna más que esa y a la curaduría del moderador. Pueden ser libros de autores nacionales, internacionales, varones, mujeres, *cis*, trans, pero predomina la escritura narrativa —en particular, novelas— por sobre otros géneros literarios. Para los entrevistados este grupo tampoco tiene una finalidad terapéutica en sí misma

sino que lo consideran un espacio recreativo. Tampoco se trata de un lugar de activismo LGBTQ+, un tipo de espacios que no frecuentan y no tienen interés en hacerlo. Es más bien un lugar de encuentro, con personas a las que les gusta leer y que quieren mantener una rutina lectora, pero cuya exigencia formal es muy baja. Es en primera medida un espacio seguro, donde estar cómodo y compartir códigos similares a través de compartir reflexiones, anécdotas, humor y en donde poder sentirse parte de un colectivo más grande en tanto grupo sin tener que reponer el acervo experiencial gay, como sucede en otros ámbitos de interacción donde priman las formas de la heterosexualidad.

Los integrantes participan con sus opiniones luego de una introducción del libro y el autor por parte del moderador y cada uno tiene su turno para dar una devolución y una puntuación del 1 al 5 del libro del mes, que se anota en una planilla de *Excel* para generar un promedio a fin de año y un *ranking* con las mejores puntuaciones. La participación funciona en forma de ronda en una mesa baja con sillones y sillas, lo que alienta un comportamiento más doméstico, diferente del de espacios públicos, con las distancias que crean aulas o grandes superficies. Las distancias físicas favorecen la cercanía, el tono de la voz no requiere de proyección y la intimidad del hogar permite tomar la palabra con libertad sintiéndose más cómodos.

Los encuentros son presenciales y pagos, con un valor que en diciembre de 2024 es de \$18.000, lo que implica un destinatario de nivel socioeconómico medio, medio/alto, ya que junto con el precio del libro promedian un costo mensual de aproximadamente \$40.000. Si bien no hay perfiles definidos, predominan personas con títulos universitarios o estudios superiores: abogado, psicólogo, psiquiatra, bibliotecario. Es un grupo compuesto exclusivamente por varones gays, *cis* género. Aunque esto no sea un requisito para poder participar, no hay presencia de otras identidades en la conformación actual.

En el grupo de *WhatsApp* hay once participantes, algunos ya no vienen más y otros son más estables en su participación. La muestra de entrevistados según su antigüedad como miembros es la siguiente: Mariano (cinco años), Patricio (nueve años), Gastón (trece años), Ismael (seis años), Gerardo (cuatro años) y Lautaro (dos años).

Los otros espacios tradicionales de la sociabilidad gay que frecuentan los participantes al ser indagados o que están presentes en su imaginario, son espacios que predisponen al encuentro con otros gays en general con foco en la sexualidad, en el “levante”. Están más asociados a la noche, a un contexto multitudinario y al consumo de sustancias psicoactivas. Fiestas, lugares de *cruising*, saunas, *glory holes*, *darkrooms* emergen en el imaginario y organizan la experiencia de

sociabilidad gay “tradicional” porteña alrededor del encuentro sexual, el baile y la corporalidad.

Quienes están en pareja (de novios o casados) en su mayoría mantienen vínculos no monogámicos, descreen de la noción de infidelidad, por lo que tienen una vida sexual activa con múltiples parejas sexuales utilizando aplicaciones de geolocalización o redes sociales para conocerlas. Si bien estos encuentros generan satisfacción y los tienen con frecuencia, destacan que no son encuentros que permitan otras interacciones o encuadres por fuera de lo sexual como forma de sociabilidad.

El club de lectura se concibe para ellos como un espacio diferente de este repertorio *mainstream*. Ofrece una experiencia de sociabilidad gay con eje en lo conversacional, es decir, en la charla como forma de compartir una experiencia solitaria como lo es la lectura, para generar una puesta en común y transformar un acto individual en algo colectivo. El espacio del club les permite indagar otras aristas de la sociabilidad gay entre pares y también reconocerse a sí mismos a través de sentirse identificados (o no) con otros varones gays pero desde un lugar no sexualizado, tal como señala uno de los entrevistados:

La principal diferencia con otros espacios de encuentro gay es que en el club de lectura estamos vestidos. (Mariano, 36 años)

Los encuentros del club privilegian la reflexión; en principio, de la forma de ver el libro, pero que la excede, ya que incorpora también en el discurso cosmovisiones y formas de ver la vida como personas no heterosexuales: la pareja, la familia, la vejez, la sexualidad. Supone un espacio de reflexión que utiliza la lectura como puntapié para pensar sobre sus experiencias como masculinidades gays, compartirla y contrastarla con las experiencias de sus compañeros. Los libros elegidos y los relatos de vida producen así una intertextualidad en donde se genera un diálogo entre la lectura, las anécdotas personales y el clima social y político.

Los asistentes destacan en sus relatos su interés en sumarse al club de lectura para “conectar con pares”, personas con una orientación sexual compartida, con experiencias comunes y también con perfiles comunes. Profesionales, con consumos afines y un capital cultural similar. Personas a las que no haya que realizar grandes confesiones, que cuenten con experiencias similares, es decir, otros “entendidos”. En una sociedad que ha avanzado en una mayor apertura hacia las diversidades sexuales pero que sigue siendo considerada como heterosexista en los ámbitos microsociales, en el sentido común que rige las interacciones cotidianas, es un espacio en donde sentirse parte de una comunidad de iguales. Existe una idea de pertenencia a una grupali-

dad mayor que sirve como recurso para poner en común lo padecido individualmente como “maricones” en un mundo social machista y patriarcal, esto es, en tanto “compañeros de infortunio” en términos de Goffman. En este sentido, el club se vuelve un lugar de pertenencia que se recorta del resto de los espacios de sociabilidad frecuentados por un sentido común compartido de prácticas e intereses, tal como indica uno de sus asistentes:

Me parece un espacio muy piola. Y también un espacio... Esto tiene que ver también con cuando empecé, tenía ganas de estar como en un marco más... En el que se hablaran de ciertas cosas y que nos juntáramos a hablar de esas cosas. Que muchas tienen que ver con temas de ser homosexual y ese tipo de cosas. Desde lo que pasa en las noticias, cosas que pasan, o que nos pasan a cada uno aunque de eso no tanto. En general de cosas que pasan en el país. Estaba buscando algo así. Supongo que necesitaba un espacio para conocer a otra gente. (Gerardo, 53 años)

DEVENIR GAYS: UN PASADO COMÚN DE ESTIGMATIZACIÓN TEMPRANA

Los entrevistados dan cuenta de experiencias —en su mayoría, dolorosas— de haberse reconocido y asumido gays, incluso de haber tratado de combatir esa identidad y esos deseos que iban en contra de lo considerado socialmente como “normal”. De esta manera, retomando la noción de estigma de Goffman y el poder del veredicto social y del insulto de Eribon sobre juventudes LGBTIQ+ específicamente, se puede ver cómo la infancia y luego el despertar sexual son etapas traumáticas, tristes, más fuertemente en quienes son migrantes del interior o quienes tienen orígenes de escolarización y socialización católica muy marcada. Los integrantes del club tienen orígenes heterogéneos, aunque muchos de ellos son migrantes internos, ni nacidos ni criados en la ciudad de Buenos Aires (Santa Fe, interior de la provincia de Buenos Aires, Gran Buenos Aires). Para quienes no son porteños, el exilio del lugar de origen se ve como un momento de plenitud, en donde el anonimato de una gran ciudad permite diluir el estigma social. Se vive como un espacio de libertad en donde las prácticas de la vida cotidiana pueden vivirse de forma menos constreñida y limitada por el “veredicto social” estigmatizante local, tal como ilustra uno de los miembros del club:

La vergüenza, el *bullying*, la violencia, no había muchas personas como yo. Fue muy duro. En la escuela por sobre todo, con desconocidos en la calle que sabían que yo era “el puto”. Profesores de la escuela o maestras de la escuela. Muchas situaciones. Ser chiquito, ir caminando con mi abuela y que me griten “puto” enfrente de mi

abuela. Nunca me cagaron a palos pero sí escupidas, empujones. Todo el tiempo. Tuve una infancia feliz dentro de todo, no me puedo quejar, pero no estaba seguro en casi ningún espacio. Siempre iba a estar sujeto a esa mirada. Y vivir con vergüenza de los 0 a los 16 años es horrible. Te vas como “photoshopeando” en vivo para que no se te note lo puto. Que es imposible porque la marica de adentro siempre va a querer salir. Es inevitable ser vos. Sentía que lo que me pasaba, ser gay, me pasaba solo a mí. Y me generaba muchísima vergüenza y muchísima angustia. No podía hablar con nadie. Acá (en Buenos Aires) había una oportunidad de vivir una vida diferente. (Patricio, 33 años)

En este sentido hay un especial foco discursivo en el acoso escolar como primera experiencia del estigma impuesto desde afuera (e internalizado) y de una lectura del mundo heterosexual que remarcaba qué prácticas eran consideradas reprobatorias y por ende debían ser eliminadas u ocultadas. Durante la socialización temprana, en el ámbito escolar las amigas mujeres heterosexuales son las principales aliadas o defensoras, mientras que los varones heterosexuales son caracterizados como excluyentes, violentos y/o agresivos: son los otros varones los principales vasallos del estigma. Todos los entrevistados han padecido alguna forma de discriminación y estigmatización temprana: acoso escolar por parte de compañeros y/o directivos, insultos en la vía pública en ciudades pequeñas, discriminación intrafamiliar más o menos manifiesta, como evitar indagar sobre cuestiones de la “vida privada” (parejas, sexo) por parte de sus padres, relegando ciertos temas al silencio. Lo que ha conducido en esas etapas a internalizar sentimientos de autodesprecio en el reconocimiento de sus identidades sexuales, tal como destacaba Didier Eribon.

Hasta el día de hoy, al momento de mapear los espacios o situaciones que les generan mayor incomodidad o incluso temor, los participantes destacan espacios con una marcada impronta masculina: fiestas o bares heterosexuales, espacios deportivos, grupos de varones heterosexuales alcoholizados en la calle, lugares de trabajo como la oficina, reuniones familiares con familia extendida, medios de transporte público o incluso ir al mecánico o al ferretero. Todos espacios o situaciones que asocian a la presencia de un estereotipo de varón heterosexual contrario a sus prácticas, en particular a su amaneramiento y vinculado con espacios hostiles, amenazantes y aun violentos. Se intenta así ser más discretos o “pasar desapercibidos” y, respecto de los “gradientes de amaneramiento” o femineidad, “montarse” menos. Como también suelen omitir ciertos capítulos de sus vidas —como sus parejas, sus vínculos sexoafectivos, sus actividades del fin de semana— en contextos de intercambio con compañeros de oficina, con

sus familias o en los espacios en donde hacen deporte, que se vuelven, así, más impersonales.

Bajo esa óptica, quienes tienen trabajos más “formales” —administrativos, de oficina— mencionan no sentirse cómodos compartiendo su “intimidad” con sus compañeros, por “discreción” pero también por no querer ser juzgados o tener que realizar demasiadas explicaciones. El reponer esta información de sí en estos espacios muchas veces no se ve como algo conveniente ya que implica responder las preguntas que despiertan curiosidad en los otros, los “no entendidos”, los no familiarizados con el “mundo gay”. Se produce así un notorio cambio respecto al repertorio de prácticas y conversaciones entre el mundo de lo público y el mundo privado que se resguarda para un marco de intimidad que brinda mayor seguridad, donde el *habitus* gay puede desenvolverse de manera más fluida como en el club de lectura (Bourdieu, 1990).

Por otra parte, la “vida heterosexual”, el machismo en las parejas de amigos o compañeros de trabajo y la composición familiar tradicional con roles de género tan marcados en donde la mujer es ubicada en un rol secundario y donde abundan niños pequeños que requieren atención constante, resulta distante respecto de los estilos de vida que llevan. Consideran que sus vínculos son más horizontales y sus construcciones familiares y sexoafectivas difieren de esa composición nuclear tradicional. Es este tipo de situaciones en donde se sienten en otra sintonía social, con otros intereses y otras búsquedas. Es por eso que los varones heterosexuales son catalogados en general, de mínima, como machistas, “cuadrados”, aburridos, limitados, por fuera de sus intereses y formas de ver el mundo; y de máxima, como violentos y hostiles. Muchas veces la sociabilidad en contextos con impronta heterosexual masculina resulta estresante y es fuente de ansiedad y de una extrema vigilancia de sí para no ser leídos como queriendo seducirlos o “molestarlos” (en vestuarios de varones o fiestas heterosexuales, por ejemplo), de modo que se evita un mayor contacto con ellos previniendo “malos entendidos”.

En este sentido, en el orden de las prácticas, desde una temprana edad los entrevistados manifiestan haber aprendido a morigerar ciertos comportamientos o actitudes amaneradas o a reconocer inmediatamente cuáles son las situaciones que pueden generar reprobachión o castigo social, eligiendo los espacios para desarrollar plenamente su identidad sin restricciones. La humillación social deja huellas en la autoestima y en la subjetividad asociada a determinadas prácticas sociales que fueron reprimidas en determinados contextos de socialización primaria y que hoy perduran.

Un punto en común respecto a los relatos de los integrantes del club de lectura es la falta de pares, de personas de referencia al momento de

empezar a experimentar sus orientaciones sexuales no heteronormativas, lo que producía la sensación de profunda soledad, de sentirse los únicos en experimentar eso. Por ende, algo que tenía que permanecer en el ámbito del secreto y el ocultamiento como una singularidad que generaba dificultades para abrirse de forma genuina a otros. El “devenir gay” es narrado como un proceso autodidacta, por lo general vivido en solitario sin otro con quien identificarse, lo que produjo angustia y fue un disparador para comenzar tratamientos psicológicos en la adolescencia o primera juventud. Esta vinculación con la psicología y el psicoanálisis muchas veces trajo tranquilidad y una mayor comprensión y legitimidad de sus deseos, por lo que se describen —en general— como experiencias positivas, liberadoras.

De forma común, a diferencia de generaciones anteriores de homosexuales, encontraron un primer refugio comunitario en Internet. Navegar por la *web* permitió una válvula de escape respecto a esas realidades poniéndolos en contacto con otras personas que compartían intereses o motivaciones principalmente a través de la cultura pop y los consumos culturales y la comunicación a través de *blogs*, *chats* y páginas de encuentros. Fue así como las primeras experiencias de sociabilidad gay se dieron a través de estos medios o recurriendo a espacios tradicionales de levante como baños de estaciones de tren, espacios que permiten el anonimato y el ocultamiento de prácticas rechazadas por el conjunto social. Es por eso que las primeras experiencias sexuales son con extraños bajo la forma de *cruising* (“levante callejero”, “teteras”) o arregladas a través de Internet con personas por fuera de su círculo social más cercano. Se educan así sexualmente a través de vínculos en general más impersonales.

El camino del reconocimiento de la identidad gay a la aceptación plena y orgullosa es un proceso que ha llevado más o menos tiempo según los casos, pero que ha dejado marcas. Es por eso que habitar espacios donde se invierten las estructuras y la “norma” es pertenecer a la diversidad sexual, establece un ámbito de mayor confianza, tranquilidad e implica una menor vigilancia sobre sí mismo. La curaduría de sí se vuelve menos relevante cuando la identificación con otros similares permite sentirse cómodo rápidamente.

El club de lectura es uno de esos espacios para ellos, un espacio donde encontrarse con personas que comparten un pasado común, con aquellos que también se sentían solos al momento de reconocerse gays y que hoy pueden pertenecer a un ámbito grupal que los hace sentirse parte de una comunidad con una historia compartida.

La sociabilidad dentro del club permite un repertorio de acciones más fiel a sí misma, sin necesidad de realizar una sobreadaptación a un ambiente social heterosexual visto como ajeno, hostil o incluso

peligroso. En términos de sociabilidad permite un espacio más igualitario y comunitario para ellos en sus relatos frente a la desigualdad de la socialización primaria que persiste en cierta idea de separación de su vida privada de ámbitos públicos o familiares. Incluso en tiempos más favorables a la diversidad sexual es interesante percibir cómo algunas asimetrías en el plano microsocioal persisten en los relatos de los entrevistados (como no hablar en el trabajo de su orientación sexual, no conversar de ciertos temas relacionados con sus vínculos con sus padres, no vestirse de manera femenina para no llamar la atención en el transporte público, en la calle o en el trabajo).

Y son estas desigualdades en el plano microsocioal aún persistentes, las que en un contexto político contrario a las políticas públicas de igualdad y género cobran mayor relevancia, porque dialogan rápidamente con lo que describen como un recrudecimiento del clima social, activando los miedos latentes de quienes sufrieron discriminación alguna vez.

Es por eso que los entrevistados describen el contexto actual con preocupación y temor. En algunos casos este miedo empujó a tomar decisiones como, por ejemplo, casarse para compartir la obra social con la pareja por miedo a futuras dificultades burocráticas para los matrimonios de parejas del mismo sexo. O en quienes tienen expresiones de género más femeninas al momento de vestirse los ha llevado a morigerar más estas expresiones por temor a ser agredidos. O en algunos casos a no besarse en la calle e ir de la mano con otro varón. En general, a desarrollar un mayor grado de vigilia por miedo a agresiones o por una sensación creciente de miradas reprobatorias. Este tipo de consideraciones de un clima social más hostil y contrario a la diversidad genera también de hecho, desde la práctica, una revalorización del club como espacio de micro resistencia desde la sociabilidad, que sin considerarse activista, se posiciona como un lugar seguro frente a las hostilidades del mundo social y sus desigualdades que persisten y se acrecientan.

CONCLUSIONES

Este análisis sostiene que el “Club de Lectura Queer” de Buenos Aires creado por Martín Villagarcía es un espacio de sociabilidad para varones gays de clase media con interés por la lectura. Pero también es un sitio en donde se reconfiguran las normas sociales heteronormativas, y las prácticas de sus integrantes fortalecen lazos de pertenencia a una pequeña comunidad de la diversidad sexual. Un espacio que promueve una interacción más genuina respecto a espacios heteronormativos de sociabilidad, que exigen mayor omisión de ciertos rasgos propios de la comunidad gay, *queer*, marica. Y que difiere de la oferta tradicional de espacios de sociabilidad orientada al público gay, con un enfoque

más asociado a la noche y/o a la hipersexualidad. El club es un lugar pequeño, más cómodo, menos exigente, por oposición a los lugares heterosexuales que se rehúyen o que implican una morigeración del yo gay, pero también por oposición a los lugares gays tradicionales cuyo foco escapa a lo conversacional.

Y, a diferencia de espacios académicos, militantes o activistas, no tiene un fin determinado más que establecer una solidaridad de grupo, un momento en común y usar la lectura como excusa para juntarse y pensarse en grupo con otros varones gays, algo que, por fuera de las juntadas con sus amigos, no es habitual. Y que les permite estar más a gusto con sus prácticas y sus maneras de ser (más afectadas, más amaneradas, más “aseñoradas”) sin tener la vigilancia ontológica sobre sí que tienen en otros espacios de sociabilidad de la vida cotidiana. Por lo que funciona como una suerte de refugio, como un lugar para sentirse fieles a sí mismos y en confianza con un grupo que maneja una gran familiaridad y que se nuclea en una paridad anclada en general en un pasado común solitario, con experiencias de injurias con consecuencias que perduran en sus subjetividades.

Es un espacio íntimo que permite ser y pensarse como personas sexualmente diversas, utilizando la lectura como hilo conductor de los encuentros, pero en donde el paratexto de anécdotas, opiniones, datos e información compartida produce una intertextualidad entre sus relatos de vida y las lecturas.

Un espacio que para algunos de sus participantes cobra mayor relevancia como espacio para sostener un *habitus* gay en un presente que consideran más adverso para las diversidades. En donde el giro a la derecha por parte del gobierno nacional genera preocupación y un “estado de alerta” que hace que los miedos y las ansiedades con respecto al mundo heteronormado —caracterizado por la agresión y la discriminación siempre latentes— se acrecientan y salgan a flote. Lo que da cuenta de cómo los marcos normativos y la posición del Estado son sumamente influyentes y tienen implicancias en establecer climas sociales más o menos favorables para el desarrollo subjetivo identitario. Aunque en sí mismos estos marcos normativos progresistas que tanto transformaron las vidas de las personas LGBTIQ+ tampoco son (ni fueron) suficientes para suprimir las desigualdades que continúan presentes en algunos aspectos de la sociabilidad en la vida cotidiana por fuera de espacios pensados por y para personas LGBTIQ+, como el “Club de Lectura Queer”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrancos, Dora (2014). Géneros y sexualidades disidentes en la Argentina: de la agencia por derechos a la legislación positiva. *Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, 11(2), 17-46.
- Bertaux, Daniel (1980). El enfoque biográfico, su validez y sus potencialidades [Trad. Univ. de Costa Rica]. *Cahiers internationaux de sociologie*, (69), 197-225.
- Bourdieu, Pierre (1984). *La distinción: Una crítica social del juicio*. Taurus.
- Boy, Martín; Villalba, María Emilia y Maltz, Tatiana (2018). Militancias LGBT+ y políticas de Estado: de la represión a la ciudadanía sexual. Argentina, 1969-2015. *Ts. Territorios – Revista de Trabajo Social*, (2), 47-64.
- Eribon, Didier (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Anagrama.
- Eribon, Didier (2017). *La sociedad como veredicto: clases, identidades, trayectorias*. El Cuenco de Plata.
- Garfinkel, Harold (2006). El tránsito y la gestión del logro de estatus sexual en una persona intersexuada. En *Estudios en etnometodología* (pp. 135-205). Anthropos.
- Goffman, Erving (1989). *Estigma: La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Maxwell, Joseph Alex (2016). *Qualitative research design: An interactive approach* (pp. 1-13). Sage Publications.
- Meccia, Ernesto (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Gran Aldea.
- Meccia, Ernesto (2011). *Los últimos homosexuales: Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Gran Aldea.
- Pecheny, Mario (2016). Carlos Jáuregui y la ciudadanización sexual (pp. 74-78). En Gustavo Pecoraro y Maximiliano Ferraro (Eds.), *Acá estamos: Carlos Jáuregui, sexualidad y política en la Argentina*. Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Sautu, Ruth (2004). *El método biográfico: La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Editorial de Belgrano.

Anexo
Club de lectura Queer - Bibliografía

Temporada 1 (2011) <i>Continuadísimo</i> , de Naty Menstrual Osos, de Diego Vecchio <i>Desarticulaciones</i> , de Sylvia Molloy <i>Miss Tacurembó</i> , de Dani Umpi <i>La guerra de las mariconas</i> , de Copi <i>El mendigo chupapijas</i> , de Pablo Pérez <i>Dame pelota</i> , de Dalia Rosetti <i>Adoro</i> , de Osvaldo Bossi <i>Juego de chicos</i> , de Facundo Soto <i>A cien mil watts</i> , de Germán Weissi	Temporada 2 (2012) <i>La virgen cabeza</i> , de Gabriela Cabezón Cámara <i>En breve cárcel</i> , de Sylvia Molloy <i>Rosa prepucio</i> , de Alejandro Modarelli <i>El beso de la mujer araña</i> , de Manuel Puig <i>El niño pez</i> , de Lucía Puenzo <i>Los jóvenes</i> , de Carlos Correas <i>Hielo locura</i> , de Mariano Blatt <i>Keres cojer?</i> , de Alejandro López <i>No es amor</i> , de Patricia Kolesnicov <i>Vosijo</i> , de Gael Policano Rossi	Temporada 3 (2013) <i>Solo te quiero</i> , como amigo de Dani Umpi <i>Me encantaría que gustes de mí</i> , de Dalia Rosetti <i>Lord</i> , de Joao Gilberto Noll <i>Los años 90</i> , de Daniel Link <i>Tango charter y el homosexualidad o la dificultad de expesarse</i> , de Copi <i>The Buenos Aires Affair</i> , de Manuel Puig <i>Stella Manhattan</i> , de Silviano Santiago
Temporada 4 (2015) <i>Las ratas</i> , de José Bianco <i>Orlando</i> , de Virginia Woolf <i>La gata sobre el tejado de zinc caliente y Súbitamente el último verano</i> , de Tennessee Williams <i>Alexis o el tratado del inútil combate</i> , de Marguerite Yourcenar <i>Diario del ladrón</i> , de Jean Genet <i>Carol</i> , de Patricia Highsmith	Temporada 5 (2016) <i>Otras voces otros ámbitos</i> , de Truman Capote <i>Muerte en Venecia</i> , de Thomas Mann <i>Duras</i> <i>Confesiones de una máscara</i> , de Yukio Mishima <i>Muerte en Persia</i> , de Annemarie Schwarzenbach <i>Teorema</i> , de Pier Paolo Pasolini <i>Las horas</i> , de Michael Cunningham <i>Al amigo que no me salvó la vida</i> , de Hervé Guibert <i>Sarah</i> , de JT Leroy <i>Recortes de mi vida</i> de Augusten Burroughs	Temporada 6 (2017) <i>Middlesex</i> , de Jeffrey Eugenides <i>La traición de Rita Hayworth</i> , de Manuel Puig <i>El lugar sin límites</i> , de José Donoso <i>El cuarto de Giovanni</i> , de James Baldwin <i>Monte de Venus</i> , de Reina Roffé <i>Un beso de Dick</i> , de Fernando Molano Vargas <i>La noche es virgen</i> , de Jaime Bayly <i>Plata quemada</i> , de Ricardo Piglia <i>La mano izquierda de la oscuridad</i> , de Ursula K. Le Guin <i>Thomas el impostor y El libro blanco</i> , de Jean Cocteau <i>Reflejos en un ojo dorado</i> , de Carson McCullers <i>El extranjero</i> , de Albert Camus
Temporada 7 (2018) <i>Memorias de Adriano</i> , de Marguerite Yourcenar <i>El volcán</i> , de Klaus Mann <i>El baile de las locas</i> , de Copi <i>Ladrones</i> , de Selva Almada <i>Antes que anochezca</i> , de Reinaldo Arenas <i>Acá todavía</i> , de Romina Paula <i>El talento de Mr. Ripley</i> , de Patricia Highsmith <i>Mi hermosa lavandería</i> , de Hanif Kureishi <i>Tengo miedo torero</i> , de Pedro Lemebel	Temporada 8 (2019) <i>La ilusión de los mamíferos</i> , de Julián López <i>Sueños y pesadillas</i> , de Dalia Rosetti <i>Adiós a Berlín</i> , de Christopher Isherwood <i>Maurice</i> , de E M Forster <i>Estados del deseo</i> , de Edmund White <i>El color púrpura</i> , de Alice Walker <i>Diosas de estampita</i> , de Alejandro López <i>Para acabar con Eddy Bellegueule</i> , de Edouard Louis <i>La otra mejilla</i> , de Oscar Hermes Villordo <i>Fiestas, baños y exilios</i> , de Alejandro Modarelli y Flavio Rapisardi <i>Plástico cruel</i> , de José Sbarra <i>Late un corazón</i> , de I Acevedo	Temporada 9 (2020) <i>Continuadísimo</i> , de Naty Menstrual <i>La intimidad</i> , de Roberto Videla <i>Personas como yo</i> , de John Irving <i>Citomegalovirus</i> , de Hervé Guibert <i>Demian</i> , de Hermann Hesse <i>El impostor</i> , de Silvina Ocampo <i>Bajar es lo peor</i> , de Mariana Enriquez <i>Habitaciones</i> , de Emma Barrandéguy <i>Kitchen</i> , de Banana Yoshimoto <i>Salón de belleza</i> , de Mario Bellatin <i>Amado mío</i> , de Pier Paolo Pasolini <i>Las malas</i> , de Camila Sosa Villada

Temporada 10 (2021) <i>Las aventuras de la China Iron</i> , de Gabriela Cabezón Cámara <i>Las tres carabelas</i> , de Blas Matamoro <i>El común olvido</i> , de Sylvia Molloy <i>Incidentes</i> , de Roland Barthes <i>Un año sin amor</i> , de Pablo Pérez <i>Médicos, maleantes y maricas</i> , de Jorge Salessi <i>Historia de un chico</i> , de Edmund White <i>Fatal</i> , de Carolina Unrein <i>El ahijado</i> , de Oscar Hermes Villordo <i>Venus más X</i> , de Theodore Sturgeon <i>El affair Skeffington</i> , de María Moreno	Temporada 11 (2022) <i>Sergio</i> , de Manuel Mujica Láinez <i>La prostitución masculina</i> , de Néstor Perlongher <i>El bosque de la noche</i> , de Djuna Barnes <i>Vaquera invertida</i> , de McKenzie Wark <i>El inmoralista</i> , de André Gide <i>Las criadas</i> , de Jean Genet <i>Dos damas muy serias</i> , de Jane Bowles <i>Grindermanías</i> , de Juan Pablo Sutherland <i>Vista desde una acera</i> , de Fernando Molano Vargas <i>Diario de una pasiva</i> , de Marcos Rodríguez	Temporada 12 (2023) <i>Diario inconsciente</i> , de Santiago Loza <i>Cris & Cris</i> , de María Felicitas Jaime <i>El Nunca Más de las locas</i> , de Matías Máximo <i>El placer desbocado</i> , de Ernesto Schóó <i>Cacería</i> , de Gonzalo Demaría <i>Un poquito tarada</i> , de Dani Umpi <i>Rosa mística</i> , de Marosa di Giorgio <i>Mentirosa</i> , de John Waters <i>Regreso a Reims</i> , de Didier Eribon <i>Todas mis cosas en tus bolsillos</i> , de Fernando Molano Vargas
Temporada 13 (2024) <i>Desayuno en Tiffany's</i> , de Truman Capote <i>Raving</i> , de McKenzie Wark <i>La guerrera Bang Gwanju</i> , Anónimo <i>Vida real</i> , de Brandon Taylor <i>Busco similar</i> , de Nicolás Artusi <i>Cuerpos para odiar</i> , Claudia Rodríguez <i>Ciertos chicos</i> , de Alberto Fuguet <i>De Profundis</i> , de Oscar Wilde <i>Estrechamente vinculados por la locura</i> , de Héctor Anabitarite		

Eva Lorena Stilman

LA FOTOGRAFÍA EN LA INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA DE LA VIDA COTIDIANA. REFLEXIONES A PARTIR DEL ANÁLISIS DE *PODRÍA SER YO*

Lo cotidiano no suele ser objeto de reflexión en el devenir diario. La sociología de la vida cotidiana problematiza precisamente eso que se ha vuelto obvio, invisibilizado y naturalizado en el transcurso de las actividades del día a día. A su vez, la mirada puesta en lo microsocial permite advertir tramas de sociabilidad y desigualdades existentes en las experiencias de vida de los agentes que resultan difícilmente asequibles desde otro tipo de enfoques.

¿Qué sucede cuando lo cotidiano y las desigualdades allí presentes se registran fotográficamente y se ponen a disposición de la mirada para que ésta pueda detenerse a observar lo que en el correr del presente simplemente transcurre? ¿Qué ocurre cuando las fotografías de la vida cotidiana son utilizadas en entrevistas grupales para ser pensadas por los propios agentes? ¿Qué acontece cuando se encuentra el registro fotográfico de sus casas, sus trabajos, sus barrios, sus lugares de ocio, con las narrativas de los agentes? ¿Qué pasa cuando se ponen en diálogo la mirada sociológica y la fotográfica para la comprensión de realidades sociales desiguales y heterogéneas? ¿Qué implicancias tienen estos encuentros en el estudio sociológico de la vida cotidiana de los sectores populares urbanos? A partir de estos interrogantes, el presente trabajo indaga los usos de la fotografía en la investigación sociológica mediante el análisis de un caso local que ha sido pionero y que, además, recientemente ha vuelto a circular en diferentes espacios: *Podría ser yo. Los sectores populares urbanos en imagen y palabra*, de Elizabeth Jelin y Pablo Vila, con fotografías de Alicia D'Amico.

La propuesta consiste en revisitar este estudio ya clásico recuperando herramientas conceptuales provenientes del campo sociológico. De este modo, se invita a ejercitar la mirada sociológica para pensar la potencialidad de la fotografía en la investigación social y ponerla en conversación con el pasado y el futuro de la disciplina. Por ello, se inicia el recorrido situando a *Podría ser yo* en perspectiva con algunos antecedentes fotográficos y sociológicos, poniéndolo en diálogo con otros casos que constituyen formas de producción de conocimiento sobre lo social que no suelen ser las más habituales o que han quedado olvidadas. Al mismo tiempo, revisitar el caso implica ponerlo en conversación con el presente, tanto de la sociedad en su conjunto como de las ciencias sociales en particular, y las urgencias actuales que desafían a la sociología a repensar los márgenes sociales y disciplinares.

LO SOCIAL FOTOGRÁFICO

“¿Pueden y deben la práctica de la fotografía y la significación de la imagen fotográfica proporcionar material para la sociología?”. Así inicia Bourdieu (1979, p. 15) la introducción de *La fotografía: un arte intermedio*, un libro coral publicado en 1965 en Francia y traducido al español por primera vez en México en 1979.

La vida social ha sido registrada desde los orígenes de la fotografía. En sus comienzos, la burguesía en ascenso adoptó al retrato fotográfico como medio de autorrepresentación artística, ya que resultaba el más adecuado a los valores del mundo social capitalista basados en la técnica, la mecanización y la optimización de los tiempos (Freund, 1946). El daguerrotipo llegó tempranamente al Río de la Plata, a través del abate Compté, y se convirtió en el medio de registro de los sectores dominantes y las élites dirigentes que recibieron con entusiasmo el procedimiento, como Florencio Varela y María Sánchez de Thompson, entre otros (Gómez, 1986).

Asimismo, el retrato fotográfico fue utilizado por el Estado como herramienta de control social (Sekula, 1997; Tagg, 2005). Especialmente a través del desarrollo de procesos de toma fotográfica estandarizada en la fotografía policial y judicial por Alphonse Bertillon, quien fue director de la Oficina de Identificación de la Comisaría de Policía de París y creó un método que se conoció como “bertillonaje” y “anotaciones sintagmáticas”, cuyo objetivo “era tanto clasificar la fotografía mediante un registro vitruviano de los rasgos antropométricos y la curva binomial como intentar traducir los signos aportados por la fotografía misma a otro registro, un registro verbal” (Sekula, 1997, p. 162). Además, la realización de “galerías de ladrones” por los departamentos de policía constituyeron formas de representar e identificar a sectores populares mediante la criminalización, lo que produjo registros que establecieron

“tipos” sociales “desviados”. Con respecto a estas últimas, en Buenos Aires, *La Galería de Ladrones de la Capital* constituye un documento de interés sociológico que consta de dos tomos realizados por José Álvarez publicados en 1887 por la imprenta del Departamento de Policía de la ciudad (Rogers, 2009).

Por otra parte, el avance de la técnica de impresión por semitonos permitió la publicación de fotografías en la prensa. En ese sentido, la primera fotografía publicada en un periódico fue precisamente una vista de un suburbio con el epígrafe “A scene in Shantytown, New York. Reproduction direct from nature”, en el *New York Daily Graphic* de Nueva York el 4 de marzo de 1880 (Amar, 2005, p. 34). Los avances en las técnicas de impresión, junto con la fabricación de cámaras cada vez más ligeras y la producción de emulsiones más sensibles, contribuyeron al desarrollo del fotoperiodismo.

En sintonía, el interés por registrar las condiciones de vida de los sectores populares fue uno de los ejes centrales del reformismo social de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Tal como indica Becker (1974), la fotografía y la sociología convergieron en estos proyectos, dado que compartían temas de interés ligados a la llamada “cuestión social”. Los célebres trabajos *How the other half lives* de Jacob Riis (1890) y el de Lewis Hine (realizado a partir de 1908 por encargo de la National Child Labor Committee) retratan parte de la vida de los sectores populares con el fin de promover regulaciones. En Argentina, el ministro del Interior Joaquín V. González encargó a Juan Biale Massé la realización de una investigación sobre las condiciones de vida de los trabajadores. Su informe final, titulado *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República*, fue presentado en 1904 e incluyó 132 fotografías en su tercer tomo.

Paralelamente, como señalaba el famoso eslogan publicitario de la Kodak Camera a fines del siglo XIX: “*You Press the Button, We Do the Rest*”, el abaratamiento de los costos y la progresiva automatización de la máquina fotográfica fueron expandiendo el acceso a las cámaras fotográficas, habilitando la producción de una gran cantidad de fotografías de la vida cotidiana realizadas por los propios actores. Así, en su trabajo pionero, Freund señala que “el aparato fotográfico, como el bastón, se convertía en el compañero indispensable de toda excursión dominical. Las fotos tomadas diariamente alcanzaban cifras fabulosas” (1946, p. 142).

Entre fines de la década del veinte y comienzos del treinta, se publicaron los tempranos trabajos sobre fotografía realizados por Siegfried Kracauer (1927) y Walter Benjamin (1931). En 1936, Gisèle Freund defendió en La Sorbona la primera tesis que aborda a la fotografía desde una perspectiva sociológica (iniciada en Alemania y finalizada

durante su exilio en París). Un año más tarde, en los Estados Unidos, en el marco del *New Deal* se fundó la Farm Security Administration (FSA), agencia encargada de llevar adelante uno de los proyectos fotográficos documentales más ambiciosos de su historia, en el que bajo la dirección de Roy Stryker se convocó a varios fotógrafos reconocidos (Dorotea Lange, Walker Evans, Russell Lee, entre otros) para registrar las condiciones de vida de los agricultores y la aplicación de políticas estatales, produciendo una gran cantidad de información que circuló en diferentes formatos (actualmente, la colección de la FSA disponible en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos cuenta con más de 107.000 copias fotográficas).

A mediados de los años sesenta, con el financiamiento de la Kodak-Pathé, se publicó en Francia el ya mencionado trabajo *La fotografía: un arte intermedio*, en el que Pierre Bourdieu fue compilador y contó con los trabajos de Robert Castel, Dominique Schnapper, Luc Boltanski, Gerard Lagneau, Jean-Claude Chamboredon y el mismo Bourdieu, quien analizó los usos sociales de la fotografía y la práctica fotográfica en diferentes sectores sociales (Bourdieu, 1979).

A mediados de los años setenta, comenzó a consolidarse en algunos espacios académicos la sociología visual, que “es casi por completo una criatura de la sociología profesional” (Becker, 2015, p. 220). En 1974, en su artículo “Photography and sociology”, Howard Becker planteó el enriquecimiento mutuo del diálogo entre fotografía y sociología; el mismo año, Gisèle Freund publicó *Photographie et société* (traducido posteriormente al español como *La fotografía como documento social*) en el que analiza el origen y desarrollo de la fotografía desde una perspectiva sociológica; en 1976, Erwin Goffman publicó *Gender advertisements*, un trabajo dedicado al estudio de los estereotipos de género en las publicidades en donde analiza y presenta una gran cantidad de fotografías; en 1980, William H. Whyte publicó *The social life in small urban spaces*, un libro que realiza un análisis sociológico-fotográfico de las formas de uso de espacios urbanos (plazas, lugares donde sentarse, entre otros); en 1982, Douglas Harper publicó *Good company. A tramp life*, producto de su tesis de doctorado, el cual, según sostiene su autor, fue el primer estudio de sociología visual que se identificó como tal en los Estados Unidos (Harper, 2016, p. 238); el mismo autor publicó en 1987 *Working knowledge. Skill and community in a small shop*.

En 1987, en Argentina, se publicó *Podría ser yo. Los sectores populares urbanos en imagen y palabra*, realizado por los sociólogos Elizabeth Jelin y Pablo Vila, con fotografías de Alicia D’Amico. Se trata de una obra que, según los términos de Becker (2015), podría enmarcarse en la sociología visual, dado que es hija de la sociología académica y utiliza de manera deliberada y reflexiva a la fotografía. *Podría ser yo* fue una

experiencia pionera, realizada en un contexto en el que los campos fotográfico y sociológico habían alcanzado un nivel de profesionalización (en tanto ya contaban con espacios institucionalizados que poseían cierto grado de autonomía). En *Podría ser yo*, de una manera intencional, dialogada y reflexiva, la fotografía y la sociología están imbricadas desde el comienzo hasta el final del abordaje de su objeto de estudio: la vida cotidiana de los sectores populares urbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA).

Por ello, resulta de especial interés analizar el caso desde una perspectiva sociológica para indagar en las potencialidades de la fotografía en el estudio de la sociabilidad de los sectores populares urbanos. En este sentido, las fuentes analizadas constituyen una constelación: el libro publicado en 1987; el informe de recepción realizado en 1989; el artículo “This could be me” aparecido en 1986 en la revista *Grassroots Development: A Journal of the Inter American Foundation*; la edición facsimilar de 2018 y su segundo volumen compuesto por estudios críticos; la sección “Memorias (re)presentadas. Identidad, política y fotografía” de la antología de Jelin editada por CLACSO en 2020; entrevistas a Jelin y Vila en distintas revistas; y artículos publicados por los autores posteriormente (en conjunto y por separado).

MIRADAS SOCIOLÓGICAS PARA EL ABORDAJE DE LA FOTOGRAFÍA

El análisis de las fuentes mencionadas se encuadra en una perspectiva sociológica y recupera algunos de los aportes propios del campo para pensar las relaciones entre fotografía y sociología: Freund (1946, 1974), Bourdieu (1979) y Becker (1974, 2015), haciendo foco especialmente en las imbricaciones entre fotografía y sociología en el estudio de la sociabilidad cotidiana de los sectores populares urbanos en *Podría ser yo*.

En 1936, Gisèle Freund publicó su tesis *La photographie en France au dix-neuvième siècle*, que diez años más tarde fue publicada en español por la editorial Losada en Buenos Aires. En ella, Freund legitima a la fotografía como objeto de estudio de la sociología y señala la presencia de la imagen fotográfica en todos los ámbitos de la vida social: “No hay apenas una forma de actividad humana que no la emplee de una manera o de otra. Se ha hecho indispensable tanto a la ciencia como a la industria” (1946, p. 11). La autora advierte el impacto en las subjetividades: “En las calles de cualquier ciudad del mundo la mirada resbala casi maquinalmente de un reclamo fotográfico a otro” (p. 11) y agrega que “atrae la vista hacia columnas de publicidad; adorna las vitrinas de los establecimientos, se halla fijada en el subterráneo, en los tranvías. Se la encuentra al abrir una caja de cigarrillos o de chocolates” (p. 11).

A su vez, la autora remarca la importancia política de la fotografía, ya que su omnipresencia la naturalizó en la vida social; al respecto afirma que “la fotografía constituye ya una parte de la vida diaria. Se ha incorporado de tal manera a la vida social que, a fuerza de verla, ya no se la ve” (pp. 11-12). Asimismo, indica que uno de los rasgos característicos es su recepción en todas las capas sociales: “Lo mismo se encuentra en el alojamiento del obrero, del artesano, que en el del comerciante, el funcionario o el industrial. En esto reside su gran importancia política” (p. 12). Además, Freund remarca que “así más que ningún otro medio, la fotografía es apta para expresar los deseos y las necesidades de las capas sociales dominantes, para interpretar a su manera los acontecimientos de la vida social” (p. 12) y plantea el problema de la “objetividad ficticia” con que habitualmente la fotografía se confunde, ya que “la lente, ese pretendido ojo imparcial, permite todas las deformaciones posibles de la realidad, porque el carácter de la imagen está determinado cada vez por la manera de ver del operador” (p. 12).

Décadas más tarde, Bourdieu planteó la cuestión de la legitimidad de la fotografía como objeto de estudio de las ciencias sociales y su relevancia sociológica, señalando que “la fotografía más insignificante expresa, además de las intenciones explícitas de quien la ha tomado, el sistema de los esquemas de percepción, de pensamiento y de apreciación común a todo un grupo” (1979, p. 22). En ese sentido, lo fotografiable y lo no-fotografiable no se definen a partir de características meramente técnicas o estéticas sino sociales, dado que “las normas que organizan la captación fotográfica del mundo, según la oposición entre lo fotografiable y lo no-fotografiable, son indisociables del sistema de valores implícitos propios de una clase, de una profesión o de una capilla artística” (p. 23). Además, Bourdieu sostiene que para comprender adecuadamente una fotografía es necesario recuperar no solamente las significaciones que *proclama* (relacionadas con las intenciones explícitas de su autor/a) sino también “descifrar el excedente de significación que *traiciona*, en la medida en que participa de la simbólica de una época, de una clase o de un grupo artístico” (p. 23).

Posteriormente, en una entrevista realizada por Schultheis en 2001, Bourdieu reflexionó sobre la práctica fotográfica como herramienta en la investigación social, en donde observa siempre dos funciones: “Por una parte estaba la función documental: en algunos casos, yo hacía las fotografías para poder recordar, para poder describir después, o fotografiaba objetos que no me podía llevar. En otros casos, era una forma de mirar” (Bourdieu, en Schultheis, 2011, p. 25). De este modo, la práctica fotográfica “era una forma de intensificar la mirada, miraba mucho mejor y, a menudo, suponía una entrada en materia” (p. 26). Además, señala que la fotografía posibilita, por un lado, ver aquello

que durante el relevamiento pudo pasar inadvertido y, por otro lado, brinda la oportunidad de volver a mirar minuciosamente. En este sentido, Bourdieu sostiene que las fotos que se pueden volver a ver con tranquilidad “permiten descubrir los detalles inadvertidos en el primer visionado y que no se pueden observar detenidamente, por discreción, durante la encuesta” (p. 50).

Como se mencionó anteriormente, en 1974 Becker enfatizó en las ventajas mutuas de poner en relación a la fotografía y a la sociología. En su artículo, considerado uno de los textos fundacionales de la sociología visual en los Estados Unidos, el autor presenta varios puntos de encuentro en los temas de interés que tanto fotógrafos como sociólogos han trabajado (comunidades, problemas sociales, ocupaciones y trabajos, nuevas clases sociales, ambientes de la vida urbana, etc.). Becker pone en diálogo a la sociología y a la fotografía en un registro legible para practicantes de ambos oficios y plantea ciertas similitudes y posibilidades de complementación. Además, compara y pone en evidencia ciertas limitaciones de cada praxis y propone usos combinados que aportan beneficios mutuos. De esta manera, Becker sostiene que la sociología contribuye a la resolución de ciertos problemas de la fotografía como, por ejemplo, que los fotógrafos al realizar su práctica tienen una teoría (muchas veces demasiado simple) de lo que están registrando pero que, al no ser explícita, no está disponible para su uso consciente, crítica o desarrollo; por tanto, la teoría sociológica puede dar sentido a la situación mientras que se la está fotografiando, así como proporcionar criterios para identificar informaciones que contribuyen al conocimiento de la sociedad y para separar aquellas que no lo hacen y, por ello, resultan prescindibles (Becker, 1974, p. 12). Por su parte, la fotografía deja problematizar prácticas habituales de la sociología o prenocios de los sociólogos como, por ejemplo, la creencia en que la ciencia es impersonal sin detenerse a analizar que el estilo de impersonalidad científica es también un estilo, e incluso Becker se pregunta cuál es la estética de la presentación tabular; así, los casos de estilo personal en la fotografía (como los de Paul Strand y Frank Cancian) permiten dar cuenta de que, frente a un mismo objeto (los campesinos), existen diferentes formas de retratar que evidencian la presencia de expresiones y estilos personales en la producción de representaciones sobre lo social (Becker, 1974, pp. 22-24).

En otros trabajos, Becker continuó reflexionando sobre la fotografía como objeto (Becker, 2008; 2015) y como herramienta sociológica (Becker, 2015). En su libro *Para hablar de la sociedad: la sociología no basta*, define a la fotografía como representación social, una construcción social que está atravesada por los contextos organizacionales, las convenciones propias de cada contexto y las tareas que asignan a

productores y usuarios (Becker, 2015). Por un lado, compara el uso de tablas estadísticas y de fotografías, analizando los trabajos de producción e interpretación que realizan los usuarios en cada caso. Por otro lado, plantea cómo los sentidos de las fotografías no están determinados por características intrínsecas a la imagen, sino que dependen de los contextos organizacionales en los que los productores crean las fotografías y los usuarios realizan su trabajo de interpretación; de este modo, una misma imagen puede ser interpretada desde convenciones diferentes, propias de cada contexto organizacional, generando así diferentes sentidos.

Para concluir, cabe señalar que, más allá de las diferencias académicas, geográficas y temporales, Freund, Bourdieu y Becker realizaron ellos mismos prácticas fotográficas (Freund se dedicó a la fotografía profesional, Bourdieu tomó sistemáticamente fotografías en Argelia y Becker estudió fotografía en el Instituto de Arte de San Francisco y produjo trabajos que incluyeron la práctica fotográfica), reflexionaron sobre el carácter social de la fotografía y propugnaron su relevancia como objeto de estudio legítimo de la sociología.

UN DISPOSITIVO FOTOGRÁFICO-SOCIOLÓGICO

Jelin (2012) sostiene que hacia 1983 tenían que integrar distintas investigaciones realizadas durante la última dictadura en un volumen que diera cuenta de la organización social de la vida cotidiana de los sectores populares urbanos. Para ello, querían trabajar con una metodología que pudiese reflejar la diversidad y complejidad del objeto de investigación, partiendo de la pregunta: “¿cómo la gente construye su mundo, su identidad, sus relaciones sociales cotidianas?” (Jelin y Vila, 2018, p. 7).

De este modo, tomaron la decisión de trabajar no solamente con entrevistas sino también con imágenes. Por tal motivo, comenzaron con una revisión de la bibliografía de las ciencias sociales que incorporaba fotografías, donde identificaron dos usos principales: como “ilustración” del texto o “centradas en la estética” con epígrafes explicativos que indican lo que los sujetos deben ver. En ese sentido, la autora sostiene que “sabíamos, a partir de esta revisión, lo que no queríamos” (Jelin, 2012, p. 57).

El trabajo de campo se desarrolló entre 1984 y 1986, se realizaron cincuenta entrevistas grupales (de entre tres y setenta personas) sobre la base de una muestra diversa para reflejar la variedad de matices presentes en la cotidianeidad de los sectores populares en el AMBA y se tomaron alrededor de ochocientas fotografías de diversos temas de la vida cotidiana (Jelin, 2012, p. 57). Además de Jelin y Vila, en el diseño de las entrevistas y la coordinación de los encuentros participó

Guillermo De Carli (Jelin y Vila, 2018, p. 5) y el diseño de diagramación estuvo a cargo Juan Miguel Castillo (diseño que la reedición de 2018 mantuvo, ya que —como se señaló anteriormente— se trata de una publicación facsimilar). La responsable de la producción fotográfica fue Alicia D’Amico, una reconocida fotógrafa que en ese momento estaba trabajando en una investigación visual que indagaba de manera crítica los modelos de belleza hegemónicos impuestos a las mujeres, a la que Jelin conocía porque ambas fueron parte del grupo fundador de Lugar de Mujer. El espacio fue creado en 1983 por veinte mujeres con diversas trayectorias y formaciones, que se organizaron y alquilaron un departamento en el mismo edificio en el que funcionaba el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), ubicado en el centro porteño (Jelin, en Caggiano, 2018, p. 92), con el objetivo de encontrarse a pensar colectivamente y problematizar el lugar asignado a las mujeres en la sociedad a través de reuniones, muestras, boletines y talleres (abordando desde cuestiones referidas a los estereotipos de belleza impuestos a las mujeres hasta situaciones de violencia de género, entre otras).

El libro se realizó como parte del Programa de Estudios de los Sectores Populares del CEDES y tuvo el apoyo financiero de la Fundación Inter-Americana. Jelin y Vila resumen la dinámica de trabajo de la siguiente manera:

Los investigadores sugeríamos los temas; la fotógrafa tomaba las fotos; los actores señalaban cuáles fotos debían ir al libro, cuáles faltaban, qué temas quedaban sin cubrir. Y también daban una parte del texto: los testimonios recogidos en las entrevistas colectivas con las fotos sobre la mesa constituyen el núcleo central del texto. La otra parte es nuestra interpretación analítica reflejada en textos y en la selección final de las fotos, incluyendo obviamente, nuestras propias visiones y sentimientos. (2018, pp. 7-8)

La mirada sociológica estuvo presente entonces desde el comienzo, antes de la captura de las fotografías. Así, el proceso de producción de imágenes estuvo guiado por categorías sociológicas consensuadas para el estudio de la vida cotidiana de los sectores populares. Al respecto, Jelin y Vila afirman que “se optó por un listado de temas convalidados por diversos estudios sobre vida cotidiana de sectores populares urbanos: barrio, trabajo, servicios, tiempo libre, familia, religiosidad popular, la calle” (2018, p. 22).

Si bien en *Podría ser yo* no hay un capítulo dedicado específicamente al proceso de toma fotográfica realizado por Alicia D’Amico, es posible rastrear antecedentes de reflexión sociológica en su intervención en el Primer el Coloquio Latinoamericano de Fotografía realizado en México en 1978. Allí, D’Amico, siguiendo a Freund (quien también

participó del Coloquio), sostuvo que la fotografía constituye un documento social, señaló que la producción de fotografías se convirtió en un imperativo en las sociedades contemporáneas y reflexionó sobre la fotografía social, que puede dar cuenta —a través de imágenes— de las condiciones de existencia y el desenvolvimiento de las sociedades humanas (D'Amico, 1978, p. 31).

Por otra parte, D'Amico exploró fotográficamente aspectos de la vida social en distintos ensayos (algunos de ellos realizados junto a Sara Facio, con la que trabajó en sociedad hasta 1985). Además, en Lugar de Mujer realizó distintos talleres de fotografía para mujeres, entre los que se destacó un taller de autorretrato que llevaron adelante junto a la psicóloga Graciela Sikos. Allí, problematizaron los estereotipos sociales en la representación de la mujer basados en la mirada masculina, proponiendo un trabajo de reflexión y autorrepresentación para que las mujeres puedan intervenir en la construcción de su propia imagen. Parte del trabajo realizado en dicho taller apareció en el artículo “Cómo somos” publicado en el periódico *Alfonsina* en el año 1984, donde se combinaron retratos fotográficos y fragmentos de testimonios de las mujeres participantes. De esta manera, la trayectoria de D'Amico evidencia que la fotógrafa contaba con recursos no solamente técnicos y estéticos, sino también teórico-metodológicos en la construcción de imágenes fotográficas.

En *Podría ser yo*, una vez producidas las fotografías, los investigadores realizaron un ordenamiento sociológico del material que agruparon por temas para luego ser planteados en las entrevistas colectivas. Los autores sostienen que la fotografía fue la herramienta metodológica central del trabajo (Jelin y Vila, 2018, p. 21), ya que se utilizaron grupos de fotografías sobre la vida cotidiana como estímulo durante la realización de entrevistas colectivas, en las que presentaban uno o dos temas por cada entrevista y se les solicitaba a los entrevistados que compartieran las ideas y sentimientos que les provocaban (Jelin, 2012, p. 57). Además, los autores observaron que la ambigüedad de las fotografías permitió una dinámica diferente a la lógica de pregunta-respuesta propia de las entrevistas tradicionales, dando lugar a una multiplicidad de reacciones e interpretaciones.

LA FOTOGRAFÍA COMO HERRAMIENTA SOCIOLOGICA PARA LA DESNATURALIZACIÓN DE LO COTIDIANO

Como se mencionó anteriormente, en el contexto de la vida cotidiana, la fotografía aparece naturalizada al punto de no verla. En este sentido, Becker (2015), a través del ejemplo de la fotografía deportiva, señala que durante el proceso de socialización los sujetos “aprenden desde niños el lenguaje del gesto y la pose, por lo que les lleva un segundo extraer

el significado intencional de cualquier fotografía de un atleta sonriente con los brazos en alto” (Becker, 2015, p. 75). Esta lectura “corriente” y muchas veces irreflexiva suele ser la habitual en la vida cotidiana; frente a ello Becker plantea la existencia de otro tipo de lectura “consciente y atenta” (p. 61).

En otro contexto, como el de una investigación social, la fotografía puede ser utilizada reflexivamente, con el fin de habilitar procesos de interpretación críticos que contribuyan a la desnaturalización de lo cotidiano. En este sentido, Jelin y Vila (2018) sostienen que una de las posibilidades que consideraron fue que los propios actores tomen las fotografías, por ello en las primeras entrevistas mostraron fotografías realizadas por la fotógrafa, por los sociólogos y por la gente. Lo que sucedió fue que las fotografías que habían tomado los propios actores “eran las que menos comentarios suscitaban, justamente por corresponderse no sólo a las formas habituales de mirar la cotidianeidad, sino por respetar el uso tradicional que se hace de la fotografía” (Jelin y Vila, 2018, p. 22).

Al respecto, resulta pertinente recordar el análisis de Bourdieu sobre las prácticas fotográficas de los diferentes sectores sociales y su observación para los campesinos de Lesquire, cuando señala que “los objetos del entorno cotidiano, aparte de los niños —y eso sólo desde algunos años—, no son dignos de ser fotografiados: no se fotografía lo que se tiene frente a los ojos todos los días” (Bourdieu, 1979, p. 56). En sintonía, Jelin y Vila, retomando a Bourdieu, sostienen que

... se toman fotos de ceremonias y rituales, de los “grandes acontecimientos”. Práctica esencialmente extracotidiana, subraya la superación de la rutina, el alejamiento de lo habitual: sólo es fotografiado aquello concebido como digno de ser conservado, mostrado y admirado. (2018, pp. 21-22)

El análisis de Bourdieu resalta además que “nada *puede* ser fotografiado fuera de lo que *debe* serlo. La ceremonia puede ser fotografiada porque escapa a la rutina cotidiana y debe serlo porque realiza la imagen que el grupo pretende dar de sí mismo como tal” (Bourdieu, 1979, p. 44).

En consecuencia, las fotografías de los actores pasaban casi desapercibidas frente a las tomas que realizó D’Amico. En torno a esto, los autores sostienen que si bien el mirar fotografías no era una actividad extraña para los entrevistados, sí lo fue el tipo de fotografías que registraban lo cotidiano desde la mirada de una fotógrafa profesional. Por otra parte, en su intervención en el Coloquio ya mencionado, D’Amico señaló que la mirada de los propios miembros del grupo social en varias ocasiones tiende a registrar clichés, mientras que la mirada de alguien externo al grupo social puede generar otro tipo de fotografías y que la

documentación supone no solo el retrato sino también el registro del ambiente y cómo la gente se mueve y actúa en él (D'Amico, 1978, p. 34).

En este sentido, si “el entorno familiar es lo que se ha visto siempre, sin mirar” (Bourdieu, 1979, p. 57), las fotografías realizadas profesionalmente desde criterios sociológicos permiten detenerse a observar aquella realidad que es vivida a diario sin mirar. Jelin y Vila en su informe sobre la recepción del libro afirman que “lo que para uno habitualmente transcurre, la fotografía congela, cristaliza en imágenes, imposibilitando su transcurrir” (Jelin y Vila, 1989, p. 19) y agregan que “ese transcurrir es abruptamente interrumpido por la fotografía que pone sobre el tapete (‘al verla de frente’) lo que uno está acostumbrado a dejar atrás. De ahí que uno reiteradamente ‘choque’ contra la realidad que refleja la fotografía” (p. 19).

Lo no-fotografiable para los propios actores (su realidad cotidiana) sí lo es para la fotógrafa profesional que registra fragmentos de la vida cotidiana de los sectores populares urbanos, a partir de temas sociológicos establecidos previamente. Cuando los actores se encuentran con esas imágenes, se produce un proceso de distanciamiento y de reconocimiento, tal como afirma uno de los fragmentos de un testimonio: “Porque vos las ves y decís: la pucha, ¿yo vivo acá?” (Jelin y Vila, 2018, p. 60). Los autores explican que la realidad cotidiana “muchas veces se **vive** pero no se **ve**” (Jelin y Vila, 1989, p. 19; negritas en el original) y añaden que “para poder vivir se intenta no ver, sobre todo en situaciones de extrema pobreza: sería imposible sobrevivir si constantemente se tuvieran presentes las carencias por las que uno atraviesa” (p. 19). La fotografía como representación social pone al sujeto frente al fragmento visual de una realidad muy próxima, que en su mirada diaria decide (o debe, para poder seguir) omitir: “De ahí que muchas carencias queden detrás de la mirada habitual y cotidiana. Y al mirar las fotos o el libro, se vuelven nuevamente ‘reales’” (p. 19).

En este sentido, los autores señalan una diferencia en los procesos de interpretación de fotografías entre la situación de entrevista (donde los actores tenían la posibilidad de armar y rearmar las secuencias de imágenes) y la de visualización del libro ya editado (en donde no es posible alterar el orden). Mientras que en la situación de entrevista “las fotos sueltas permiten cambiar las cosas, reordenarlas, juntar las imágenes de ‘antes’ y de ‘después’” (p. 24), el libro ya publicado “congela doblemente la realidad al usar la fotografía y al presentar las imágenes de una única manera, en un orden único” (p. 24). Los autores sostienen que frente al libro “la reacción es entonces protestar por mostrar solamente ‘lo peor del barrio’ y el reclamo de ‘más cosas lindas’ para compensar las feas” (p. 24). Por ello, es necesario atender al montaje como proceso de construcción de sentido.

COSTURAS SOCIOLÓGICAS DE IMÁGENES Y TEXTOS

Por un lado, en *Podría ser yo* hay secciones en las que los sociólogos toman la palabra y aparecen en la primera persona del plural, son espacios diferenciados dedicados a “los textos académicos de los sociólogos” (Jelin y Vila, 2018, p. 8). En todas estas secciones (“Introducción”, “El itinerario del diálogo” y “Nosotros, los otros”) se evidencia la suspensión de imágenes, ya que no se presenta ninguna fotografía. De este modo, los sociólogos aparecen explícitamente en los momentos en los que toman la voz en primera persona para presentar la investigación, realizar el análisis y dar cierre al trabajo.

Por otro lado, las fotografías y los testimonios están organizados por los investigadores en lo que puede denominarse montaje sociológico, dado que los criterios están establecidos de manera deliberada conforme a un objetivo de investigación sociológico. La agrupación de contenidos, su división en capítulos y la asignación de títulos brindan coordenadas para recorrer las fotografías y los fragmentos de entrevistas que se presentan sin las habituales convenciones fotográficas (epígrafes con fecha, lugar, etc.) y sociológicas (edad, género, etc.). Si bien el producto final no posee una forma habitual de las ciencias sociales, se inscribe desde su producción, circulación y reflexión en marcos sociológicos. De esta manera, los sociólogos aparecen implícitamente en las decisiones sobre el contenido y la forma que adopta finalmente la publicación.

Como indica su título completo, el libro se propone dar cuenta de los sectores populares *en* imagen y palabra. El montaje sociológico realiza la costura entre fragmentos visuales (la fotografía es siempre fragmentaria, porque el acto de fotografiar implica un conjunto de decisiones, donde las más evidentes resultan el encuadre y el punto de vista, es decir, se realiza un recorte de esa realidad que es representada desde un posicionamiento particular, en un momento determinado) y fragmentos textuales (la selección de segmentos de entrevistas también supone un proceso de toma de decisiones que implica posicionamientos respecto a los datos construidos sobre la realidad estudiada). En este proceso de montaje intervienen decisiones técnicas propias de la formación profesional de cada campo, pero también dimensiones éticas, culturales y políticas de los agentes.

El montaje, en el caso de *Podría ser yo*, es dinámico y producto de un diálogo entre las voces de los actores, la mirada de la fotógrafa y los textos de los investigadores. Los autores plantean que el proceso de selección, organización y edición supuso un diálogo en el que realizaron concesiones y negociaciones con los actores. En relación con esto, hay dos réplicas al inicio del libro que están explicitadas como tales: los capítulos “Réplica: un barrio” (9-14) y “Réplica: una villa” (15-19). De

este modo, la obra es un producto de distintas negociaciones que no borran por completo las asimetrías, pero las hacen visibles y las ponen en discusión, tanto en los derechos a réplica como en la inclusión de las miradas de los sujetos investigados durante el proceso de selección que hicieron los sociólogos.

A su vez, los autores aclaran que la versión final la decidieron los sociólogos. En este sentido, afirman que “no obstante haber priorizado en varios lugares y tiempos del libro la mirada o la lógica de los actores, es indudable que nuestra visión acerca de la realidad está presente” (Jelin y Vila, 2018, p. 24) y agregan que “no pretendemos ocultarlo: el producto final es la elaboración, no una mera transcripción de entrevistas” (p. 24). Además, explican que los investigadores construyeron la “red” que “pesca” la información a partir de criterios que guiaron la selección: “De las decenas de entrevistas realizadas se han elegido las citas más pertinentes” (p. 24).

El proceso de montaje supone la selección de fotografías, el recorte de fragmentos de entrevistas, la organización de secuencias y la división en capítulos. Con respecto a la presentación, Becker sostiene que todas las imágenes que forman parte de una secuencia de fotografías que el espectador tiene frente a sus ojos “condicionan su comprensión de la fotografía que vemos en un determinado momento. De hecho, cada imagen influye sobre la comprensión que tenemos de las demás” (2015, p. 59). En este sentido, se relaciona con lo que Barthes denomina *sintaxis*, mediante la cual varias fotografías se transforman en una secuencia, en donde el significante de connotación ya no se encuentra en ninguno de los fragmentos sino en el nivel del encadenamiento (1986, p. 21).

En cuanto a la relación entre fotografía y texto, Becker plantea que los fotógrafos documentales, en lugar de reducir el contenido de la imagen, suelen tratar de registrar la mayor cantidad de información posible. Así, la mayoría de las fotografías que se realizan con propósitos documentales “contienen una gran cantidad de detalles, muchas cosas presentes en el área en que se realizó la imagen, aun cuando nada de eso favorezca una única interpretación de lo que está ocurriendo” (2015, p. 57). De esta manera, este tipo de fotografías abren la posibilidad de realizar múltiples interpretaciones. El autor sugiere que el trabajo de interpretación en la fotografía corre por cuenta de los usuarios, por lo que surge el siguiente interrogante: “¿De qué manera llegan éstos a saber qué es lo importante, cuál es la idea, qué tiene el fotógrafo en mente, qué se supone que deban ‘sacar en claro’ de cada imagen?” (p. 57); y continúa preguntando: “¿De qué manera los fotógrafos pueden organizar las imágenes para que lo que tienen en mente incida en la interpretación de las personas que contemplan su obra?” (p. 57).

La respuesta está en el texto que suele acompañar a las fotografías documentales, que “indica a qué se debe prestar atención, qué se puede ignorar, cuáles son las conexiones que vinculan a los objetos y las personas presentes en la fotografía” (*id.*). Con todo, Becker sostiene que siempre existe un trabajo de interpretación, por lo que el sentido último será producto de ese trabajo que es activo. Así, plantea que en las fotografías documentales la parte fundamental del trabajo de interpretación le corresponde a los usuarios, de manera que “aunque se cuida minuciosamente la composición de cada una de las fotografías para que el detalle no sea sólo ruido al azar, los espectadores pueden interpretarlas de distintas maneras, según los detalles a los que confieran mayor relevancia y el sentido que les atribuyan” (pp. 56-57). Por su parte, en su análisis de la fotografía periodística, Barthes plantea que si bien la mayoría de las veces el texto amplifica las connotaciones que ya están incluidas en la imagen, “también a menudo el texto produce (inventa) un significado enteramente nuevo, que en cierto modo, resulta proyectado de forma retroactiva sobre la imagen, hasta el punto de parecer denotado por ella” (1986, p. 23).

Ahora bien, *Podría ser yo* no es un libro de fotografía documental ni periodística, sino un libro que, como se sostuvo anteriormente, puede enmarcarse en la sociología visual. En este sentido, cabe recordar que el contexto organizacional es importante para comprender el proceso de producción y de interpretación de las fotografías. *Podría ser yo*, desde antes del proceso de toma fotográfica hasta la publicación, estuvo orientado por criterios sociológicos.

En la introducción se anuncia como un trabajo que no es habitual en el ámbito académico más tradicional. A pesar de esto, se indica explícitamente que el contexto organizacional es el CEDES, un centro de investigación social. Por tal motivo, *Podría ser yo* se inscribe, si bien de manera novedosa y disruptiva por sus características particulares, dentro del campo sociológico. En este sentido, la obra puede ser interpretada buscando elementos que contribuyan a una mejor comprensión de la sociabilidad de los sectores populares urbanos del AMBA y las potencialidades de la herramienta fotográfica en la investigación social, entre otras cuestiones. Podría analizarse a partir de variables: cómo las mujeres aparecen retratadas en el libro, desde la fotografía de la cubierta que muestra a una mujer empujando el carro con niños a cuestas, siguiendo por las mujeres que aparecen en varias fotografías sosteniendo con el propio cuerpo a niños, paredes, baldes, entre otros. Asimismo, podría ponerse en diálogo con investigaciones sociales actuales; por ejemplo, el capítulo “El ocio es de los otros. Las mujeres y el tiempo libre”, donde se evidencia en las fotografías la ausencia de mujeres en actividades de ocio, reforzadas por los fragmentos de entre-

vistas que demuestran que las tareas domésticas no tienen fin, podría dialogar con la *Encuesta Nacional de Uso del Tiempo* realizada por el INDEC (2022) que demuestra la persistencia de desigualdades de género respecto a los tiempos dedicados a los trabajos no remunerados (tareas de cuidado, trabajo doméstico, etc.) tanto en la cantidad de mujeres respecto a los hombres que las realizan como en la cantidad de horas dedicadas diariamente a estas tareas.

Los contextos de interpretación son variables y producen diferentes procesos de construcción de sentido. Con relación a esto, Jelin y Vila hicieron que *Podría ser yo* salga de una circulación exclusiva dentro del campo académico para habilitar otros espacios y circuitos: los propios barrios, espacios de militancia, centros culturales, entrevistas, muestras, entre otros. El cambio de contextos y de agentes entre los que circularon permitieron otras formas de lectura y construcción de sentido.

Asimismo, parte de la obra recientemente circuló en muestras en diferentes ámbitos: el Parque de la Memoria (2022), el Museo Nacional de Bellas Artes (2023) y la Biblioteca Nacional Mariano Moreno (2023-2024). En cada uno de esos contextos organizacionales las fotografías pueden ser leídas de manera diferente: como registros documentales, obras estéticas, fuentes para la investigación, entre otras. Así, cada contexto habilita interpretaciones nuevas según las convenciones propias de esos espacios sociales y el trabajo activo de los agentes.

En resumen, el montaje en *Podría ser yo* fue un proceso complejo orientado por criterios sociológicos que incluyó la selección de fotografías y fragmentos de entrevistas, su agrupación y ordenamiento, las negociaciones con los actores, la división en capítulos, la asignación de títulos y la organización de cada sección. La disposición final brinda coordenadas y sugiere puntos de interés; no obstante, los contextos organizacionales, las convenciones y el trabajo activo de interpretación de los agentes son los que terminan de construir el sentido.

A MODO DE CIERRE

Como fue señalado al comienzo, desde sus orígenes la fotografía registró distintos aspectos de la vida social convirtiéndose así en un valioso documento social. Sin embargo, con la excepción de algunos destacados aportes, las ciencias sociales en general y la sociología en particular habitualmente se mantuvieron distantes y sostuvieron una mirada recelosa hacia la fotografía. Al mismo tiempo, los usos predominantes en las ciencias sociales estuvieron asociados al cumplimiento de funciones meramente ilustrativas, sin problematizarlas como construcciones sociales.

A lo largo de este capítulo, mediante el análisis de *Podría ser yo*, se puso en evidencia el potencial de la fotografía como herramienta

metodológica en la investigación social cuando es utilizada de manera reflexiva como un insumo clave en las entrevistas grupales, dado que su ambigüedad da lugar a una multiplicidad de reacciones e interpretaciones, lo cual ayuda a salir de la dinámica de interrogatorio frecuente en la entrevista clásica de pregunta-respuesta. Además, como pudo observarse a partir del análisis de la experiencia local, el uso de fotografías en técnicas interactivas de investigación social resulta una herramienta interesante para desnaturalizar lo cotidiano, ya que su carácter de imagen fija obliga a los sujetos a detenerse en aquello que durante la vida diaria está allí, pero no es visto. En el caso particular de *Podría ser yo*, evidencia también la importancia de la mirada de una fotógrafa profesional como la de Alicia D'Amico, ya que los fragmentos de la realidad de los sectores populares urbanos fueron fijados de una manera diferente a la que realizaban los propios actores, dado que lo no-fotografiable para estos últimos era precisamente objeto de interés para la fotógrafa profesional que registró escenas y sujetos de manera tal que habilitó la mirada hacia esos aspectos invisibilizados en el devenir de la vida cotidiana.

Asimismo, *Podría ser yo* demuestra el potencial de la teoría sociológica sobre la sociabilidad de la vida cotidiana como guía para el proceso de producción de imágenes fotográficas y como proveedora de criterios establecidos de manera deliberada conforme a objetivos de investigación sociológicos. De este modo, el proceso de montaje resulta una instancia clave al seleccionar y ordenar datos con criterios sociológicos, al mismo tiempo que incluye el diálogo con los sujetos investigados. En este sentido, el montaje sociológico brinda coordenadas para la lectura y orienta el recorrido por las imágenes y los textos (a través de la selección, orden, títulos, diagramación y textos analíticos), pero siempre existe un trabajo activo de los agentes que visualizan y construyen sentido al objeto final.

En suma, *Podría ser yo* como dispositivo fotográfico-sociológico permite pensar la vida cotidiana, el potencial de la fotografía cuando es utilizada de manera reflexiva en conjunto con herramientas sociológicas y los aportes de las fotografías para desnaturalizar sentidos y prácticas, al generar instancias para detenerse a mirar detalladamente eso que no es visto en el transcurso de la vida diaria. Además, la vinculación entre fotografía y sociología abre posibilidades de diálogo con públicos más amplios, apertura que se ha vuelto de vital importancia para las ciencias sociales en las coyunturas actuales.

En el campo sociológico todavía hay mucho por investigar y sistematizar respecto al potencial de la fotografía como objeto de estudio, herramienta de investigación y de socialización de conocimiento social. Con relación a esto, la experiencia local de *Podría ser yo* constituye un

trabajo central para pensar y problematizar la producción de datos fotográficos, sus usos en el trabajo de campo y las formas de socializar el conocimiento producido.

Por otra parte, la fotografía abre la posibilidad de indagar en aspectos actuales de la vida contemporánea que cuentan con antecedentes en el campo fotográfico. Por ejemplo, la sensación de una excesiva proliferación y saturación de imágenes que devalúa su valor, tiene raíces antiguas que pueden rastrearse en los debates sobre el estatuto de la fotografía planteadas por el pictorialismo, primer movimiento artístico internacional de la fotografía, que tuvo su auge entre fines del siglo XIX y la primera década del siglo XX. Asimismo, en la actualidad, las continuas transformaciones digitales condujeron a un cambio en las materialidades de la fotografía que, combinadas con la masificación del acceso a los *smartphones* como dispositivos de consumo y producción de imágenes (no solamente fotográficas) han llevado a otra escala a la “cuestión fotográfica”. Frente a las transformaciones de los hábitos que regulaban las prácticas fotográficas, la sociología puede brindar una mirada que permita comprender varios de los cambios en el campo fotográfico, desde cuestiones organizacionales de la industria fotográfica hasta sus usos según los diferentes grupos sociales.

También, la producción y consumo de fotografías forma parte de los procesos de socialización de diversos sectores sociales y ocupa un lugar relevante en la construcción de las subjetividades contemporáneas. Las prácticas fotográficas expresan y son formas de sociabilidad, es decir, no solamente registran ámbitos de sociabilidad, sino que son ellas mismas una forma de establecer relaciones sociales. En este aspecto, es posible indagar en las sociabilidades y las desigualdades, tanto en lo que las fotografías registran como en el estudio de las prácticas fotográficas que, como formas de sociabilidad, están atravesadas por múltiples desigualdades.

Por último, la aparición de la Inteligencia Artificial (IA) en distintas esferas públicas de sociabilidad cotidiana obliga a repensar las categorías clásicas sociológicas y las fotográficas, porque requiere indagar en la configuración de los nuevos contextos de visualidad, entendidos como entramados de relaciones sociales. En este aspecto, la producción de imágenes “hiperrealistas” creadas con el uso de IA que no poseen referentes empíricos directos está ahora a disposición de usuarios no profesionales y se ha masificado permeando los distintos espacios de circulación de imágenes, cobrando además una notoria centralidad en la disputa política. En este complejo escenario, las sociabilidades y las desigualdades cobran nuevas formas que plantean desafíos y objetos que se vuelven ineludibles para la sociología contemporánea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y FUENTES CONSULTADAS

- AA.VV. (2018). *Vol. II*. Asunción Casa Editora.
- Amar, Pierre-Jean (2005). *El fotoperiodismo*. La Marca editora.
- Banks, Marcus (2010). *Los datos visuales en la investigación cualitativa*. Morata.
- Barthes, Roland (1986). *Lo obvio y lo obtuso*. Paidós.
- Becker, Howard S. (1974). *Photography and sociology*, 1(1), 3-26.
- Becker, Howard S. (2008). *Los mundos del arte: sociología del trabajo artístico*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Becker, Howard S. (2015). *Para hablar de la sociedad: la sociología no basta*. Siglo Veintiuno Editores.
- Benjamin, Walter (2018 [1931]). *Breve historia de la fotografía. Estética de la imagen: fotografía, cine y pintura*. La Marca editora.
- Bialet Massé, Juan (1904). *Informe sobre el estado de las clases obreras en el Interior de la República*. Imprenta y Casa Editora de Adolfo Grau.
- Bourdieu, Pierre (1979 [1965]). *La fotografía: un arte intermedio*. Nueva Imagen.
- Caggiano, Sergio (2018). 30 años después. Pablo Vila y Elizabeth Jelin en entrevista con Sergio Caggiano. En AA.VV., *Vol. II*. Asunción Casa Editora.
- D'Amico, Alicia (1978). *Comentario*. Consejo Mexicano de Fotografía. Memorias del Primer Coloquio Latinoamericano de Fotografía. México DF, mayo de 1978.
- D'Amico, Alicia (1984). Como somos. *Alfonsina*, 1(3), 12 de enero de 1984.
- D'Amico, Alicia; Jelin, Elizabeth y Vila, Pablo (1986). This could be me. *Grassroots development: Journal of the Inter-American Foundation*, 10(1).
- Da Silva Catela, Ludmila (2018). Nosotros y los “otros” capturados por la luz fotográfica. El uso de la imagen en las ciencias sociales. Historias fundacionales y miradas transversales. En AA.VV. (2018). *Vol. II*. Asunción Casa Editora.
- Freund, Gisèle (1946 [1936]). *La fotografía y las clases medias en Francia en el siglo XIX*. Losada.
- Freund, Gisèle (2014 [1974]). *La fotografía como documento social*. Gustavo Gili.
- Garnik, Cora (7 de febrero de 2024). Instrucciones para mirar una fotografía. *Vist*. <https://vistprojects.com/instrucciones-para-mirar-una-fotografia/>
- Gómez, Juan (1986). *La fotografía en la Argentina. Su historia y evolución en el siglo XIX 1840-1899*. Abadía Editora.

- Goffman, Erwin (1987 [1976]). *Gender Advertisements*. Harper and Row Publishers.
- Harper, Douglas (1982). *Good company: A tramp life*. University of Chicago Press.
- Harper, Douglas (1987). *Working Knowledge*. University of Chicago Press.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (2022). *Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2021: resultados definitivos*. INDEC.
- Jelin, Elizabeth (2012). La fotografía en la investigación social: algunas reflexiones personales. *Memoria y Sociedad*, 16(33), 55-67.
- Jelin, Elizabeth (2018). Gente y fotos. Una mirada personal. En AA.VV., *Vol. II*. Asunción Casa Editora.
- Jelin, Elizabeth (2 de diciembre de 2019). ¿Así estamos viviendo nosotros, loco?. *Revista Anfibia*. <http://revistaanfibia.com/ensayo/asi-estamos-viviendo-loco/>.
- Jelin, Elizabeth (2020). *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. CLACSO.
- Jelin, Elizabeth y Vila, Pablo (1989). Cotidianeidad y política. *Punto de vista*, (29), 72-77.
- Jelin, Elizabeth y Vila, Pablo (1989). *Identidad y distancia: recepción e impacto de Podría ser yo*. CEDES.
- Jelin, Elizabeth y Vila, Pablo (2010). ¿Veinte años no es nada? (volver sobre) fotografías de la cotidianidad popular en los ochenta. En Ludmila Da Silva Catela; Mariana Giordano y Elizabeth Jelin, *Fotografía e identidad. Captura por la cámara – devolución por la memoria*. Nueva Trilce.
- Jelin, Elizabeth y Vila, Pablo (2018). *Podría ser yo. Los sectores populares urbanos en imagen y palabra*. Asunción Casa Editora-IDES.
- Kossoy, Boris (2001). *Fotografía e historia*. La Marca editora.
- Kracauer, Siegfried (2008 [1927]). La fotografía. En *La fotografía y otros ensayos*. Gedisa.
- Lemagny, Jean Claude y Rouillé, André (1988). *Historia de la fotografía*. Martinez Roca.
- Maresca, Sylvain y Meyer, Michaël (2015). *Compendio de fotografía para uso de sociólogos*. Edicions Bellaterra.
- Pérez Fernández, Silvia (2020). *Imágenes latentes: fotografía argentina de los ochenta*. Ediciones La Minga-UBA Sociales.
- Riis, Jacob (1890). *How the other half lives*. Charles Scribner's Sons.
- Rosa, María Laura (2019). Reflexiones sobre las imágenes femeninas. Alicia D'Amico e Ilse Fusková en Lugar de Mujer. *História: Questões & Debates*, 67(1), 111-133.

- Rogers, Geraldine (2009). *La galería de ladrones de la capital de José S. Álvarez, 1880-1887*. UNLP.
- Rosler, Martha (1997). Ética y estética de la fotografía documental. En *Imágenes públicas. La función política de la imagen*. Gustavo Gili.
- Schultheis, Franz (2011). Entrevista a Pierre Bourdieu. En Franz Schultheis y Christine Frisinghelli, *Pierre Bourdieu en Argelia. Imágenes del desarraigo*. Círculo de Bellas Artes-Camera Austria.
- Sekula, Allan (1997). El cuerpo y el archivo. En Jorge Ribalta y Glòria Picazo Calvo (Coords.), *Indiferencia y singularidad. La fotografía en el pensamiento artístico contemporáneo*. MACBA.
- Tagg, John (2005). *El peso de la representación. Ensayos sobre fotografías e historias*. Gustavo Gili.
- Triquell, Agustina (2018). Puntos de partida (o algunas notas sobre lo que pudo, puede y podría ser este libro). En AA.VV., *Vol. II*. Asunción Casa Editora.
- Vila, Pablo (2018). Una foto robada. En AA.VV., *Vol. II*. Asunción Casa Editora.
- Whyte, William H. (1980). *The Social Life of Small Urban Spaces*. PPS.

SOBRE LOS AUTORES

Gonzalo Seid. Bernal, 1987. Sociólogo, Profesor de Sociología, Magister en Investigación y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Posdoctor del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigador del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Miembro de la Academia Joven de Argentina. Docente en grado y posgrado de sociología y metodología de la investigación social. Contacto: gseid@sociales.uba.ar

Eliana Maiolino. Cañada de Gómez, Santa Fe, 1990. Licenciada y Profesora en Antropología por la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente es becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas para Temas Estratégicos. Se encuentra cursando el Doctorado en Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su beca doctoral se encuentra radicada en el Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Es miembro del Programa de Antropología y Educación de dicho centro de estudios e integrante de la Red de Investigación en Antropología y Educación. Es autora de libros, capítulos y artículos publicados en revistas científicas en el campo de la Antropología, educación, juventudes y emociones.

Magdalena Felice. Buenos Aires, 1987. Doctora en Sociología y Magister en Sociología Económica por la Universidad Nacional de San Martín. Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente de Sociología de la Cultura en carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Fue becaria doctoral del CONICET en el Instituto de Investigaciones

Gino Germani, donde integra el Grupo de Estudios Culturales y Urbanos (GECU). Actualmente se desempeña como docente-investigadora en el Instituto de Cultura Popular de la Universidad Nacional del Oeste.

Juan Bautista Ballestrin. San Isidro, 1994. Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Docente auxiliar de “La Idea de Nación” y “Georg Simmel: la cosificación de la sociedad moderna”, pertenecientes a la Licenciatura en Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, con sede de trabajo en Instituto de Investigaciones Gino Germani. Sus temas de investigación son el capitalismo de plataformas y la teoría crítica de la sociedad, y se encuentra realizando el Doctorado en Ciencias Sociales (UBA), en el que aborda ambas problemáticas desde una perspectiva empírica que toma como referente a las plataformas de reparto.

Antonella Santin. Buenos Aires, 1992. Lic. en Trabajo Social (UNLaM). Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Becaria doctoral de CONICET en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR). Docente de nivel secundario para adultos. Contacto: antonella.santin@conicet.gov.ar

Serena Santos. San Carlos de Bariloche, 1989. Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires; Profesora en Nivel Medio y Superior por la Universidad de San Andrés; Magíster en Ciencias Sociales con mención en Educación y Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina. Actualmente es Becaria Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con lugar de trabajo en el Programa Educación, Conocimiento y Sociedad del Área de Educación de FLACSO Argentina. Su línea de investigación aborda la configuración de articulaciones locales para el sostenimiento de trayectorias escolares del nivel primario en el marco de políticas y programas socio-educativos.

Marcela López Aversa. Buenos Aires, 1985. Socióloga y Profesora de Sociología (UBA), diplomada en Antropología Social y Política (FLACSO) y Maestranda en Estudios Feministas (UBA). Actualmente, se desempeña como docente de Antropología en el Ciclo Básico Común de la UBA y como asesora pedagógica en una Escuela Secundaria Profesional. Integra el proyecto *Sociabilidad cotidiana y*

micropoder en Buenos Aires del pasado y del presente (Sociales-UBA). Además, está formada en diversas danzas y es profesora de danza del vientre desde 2012, integrando esta práctica a su interés por las transformaciones corporales y sociales desde una perspectiva feminista. Su trayectoria combina la docencia, la investigación y el arte como herramientas de reflexión y cambio social.

Facundo Rosano. Buenos Aires, 1993. Estudiante avanzado de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente forma parte del proyecto *Sociabilidad cotidiana y micropoder en Buenos Aires del pasado y del presente*, desarrollado en el marco del Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales.

Santiago Rodríguez Durán. Buenos Aires, 1992. Licenciado en Sociología, Profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y becario doctoral CONICET en el Instituto Gino Germani. Investiga los procesos de subjetivación y sociabilidad de jóvenes varones gays residentes en la Ciudad de Buenos Aires bajo la dirección del Dr. Martín Boy. Integra el proyecto de investigación “Impactos de las políticas universitarias de género y diversidad en docentes, no docentes, estudiantes trans y organizaciones sociales en UNPAZ” de la Universidad Nacional de José C. Paz dirigido por la Dra. Anahí Farji Neer. También participa como investigador del proyecto *Sociabilidad cotidiana y micropoder en Buenos Aires del pasado y del presente*, que forma parte del Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales Convocatoria 2024-2026 del Instituto Gino Germani dirigido por el Dr. Gonzalo Seid.

Eva Lorena Stilman. Buenos Aires, 1984. Licenciada y Profesora en Sociología (FCS-UBA). Becaria de Doctorado UBACYT (Doctorado en Ciencias Sociales, FCS-UBA) con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (FCS-UBA). Realizó la Diplomatura en Investigación y Conservación Fotográfica Documental (FFyL-UBA) y el Programa de Posgrado en Estudios sobre Imagen y Archivos Fotográficos (EAYP-UNSAM). Docente en el Seminario “Fotografía y Sociología” (FCS-UBA, Carrera de Sociología, Cátedra Pérez Fernández). Integrante del Proyecto UBACYT (2023-2025): “La fotografía y las Ciencias Sociales y Humanas en la Argentina (1950-2020): prácticas, métodos, objetos de estudio y formación académica”, dirigido por Cora Gamarnik. Directora del PRII-UBA (2024-2026): “Sociología y fotografía: estudio de una relación (1890-2023)”.

¿Qué hay de nuevo en las formas de vincularse? ¿Qué revelan sobre las desigualdades? Las desigualdades sociales se desarrollan en amplias escalas temporales y espaciales. Pero también se recrean y se naturalizan, o a veces se cuestionan, en las interacciones cotidianas. Los detalles de la vida diaria, examinados desde las ciencias sociales, se convierten en material para reflexionar sobre persistencias y novedades del entramado de interdependencias sociales.

Los trabajos de investigación reunidos en este libro miran la desigualdad y el poder en la vida cotidiana de Buenos Aires. Retoman teorías clásicas y contemporáneas, ofrecen estados de la cuestión o se adentran en distintos ámbitos de sociabilidad. Indagan intimidades de la convivencia hogareña, solidaridades y tensiones en espacios de trabajo, experiencias compartidas en actividades de disfrute. Desde cada ámbito, reflexionan rasgos de los vínculos contemporáneos.

Repartidores a domicilio de aplicaciones, productores de frutas y verduras, trabajadores de la educación, mujeres que aprenden danza, varones jóvenes que entrenan. Son algunos de los grupos seleccionados que, mediante etnografías y entrevistas, se describen en profundidad en distintos capítulos. Las estructuras sociales y los procesos históricos dejan ver sus pistas, fragmentarias pero nítidas, a través del ojo de la cerradura de la cotidianeidad.



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

IIGG | **GINO**
GERMANI

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

ISBN 978-950-20-2076-4



9 789502 192076 4